

Faustino . 2



Historia de un alma

Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz

PROYECTO FÉNIX



Biblioteca gratuita
talcaldeg.github.io/fenix

Historia de un alma

Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz

Traducción de Proyecto Fénix

Edición al cuidado de Tomás Alcalde

Proyecto Fénix

Índice

1. [Nota de esta edición](#)
2. [Capítulo I](#)
3. [Capítulo II](#)
4. [Capítulo III](#)
5. [Capítulo IV](#)
6. [Capítulo V](#)
7. [Capítulo VI](#)
8. [Capítulo VII](#)
9. [Capítulo VIII](#)
10. [Capítulo IX](#)
11. [Capítulo X](#)
12. [Capítulo XI](#)
13. [Capítulo XII](#)
14. [Acto de ofrenda de mí misma como víctima de holocausto al
Amor misericordioso del buen Dios](#)
15. [Consagración a la Santa Faz](#)

Nota de esta edición

Esta es una traducción nueva de Proyecto Fénix, hecha directamente del francés de *Histoire d'une âme écrite par elle-même*, en la edición del Carmelo de Lisieux de 1912 (imprimatur de Bayeux, 18 de febrero de 1911), que el Project Gutenberg conserva como libro n.º 36708.

Comprende los doce capítulos de la *Historia de un alma*: los once que escribió santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz por obediencia a sus prioras, y el duodécimo, en que el Carmelo de Lisieux relata sus últimos meses y su muerte. Al final van el Acto de ofrenda al Amor misericordioso y la Consagración a la Santa Faz. No se incluyen las cartas de aprobación, el prefacio, los consejos y recuerdos, las cartas ni las poesías que esa edición publicaba aparte, ni las leyendas de sus ilustraciones.

Las notas al pie son las de la edición de 1912; las referencias bíblicas se dan al modo castellano. Siguiendo la costumbre de Fénix, los pronombres que se refieren a Dios van con mayúscula.

La traducción se preparó con ayuda de inteligencia artificial, se cotejó párrafo por párrafo con el original francés y se revisó en sus pasajes doctrinales contra el Catecismo de la Iglesia Católica. Si encuentra un error, puede avisarlo desde el sitio de Proyecto Fénix.

Traducción de Proyecto Fénix, 2026. Se puede copiar y difundir gratis, con crédito y sin fines de lucro, bajo la licencia Creative Commons BY-NC-SA 4.0.

Capítulo I

*Las primeras notas de un cántico de amor. El corazón de una madre.
Recuerdos de los dos a los cuatro años.*

A usted, mi venerada Madre, vengo a confiarle la *historia de mi alma*. El día en que me la pidió, me pareció que eso distraería mi corazón; pero después Jesús me ha hecho sentir que, obedeciendo sencillamente, Le sería agradable. Voy, pues, a comenzar a cantar lo que debo repetir eternamente: ¡*las misericordias del Señor!*...

Antes de tomar la pluma, me arrodillé ante la estatua de María¹, la que ha dado a mi familia tantas pruebas de las maternales preferencias de la Reina del cielo; le supliqué que guiara mi mano, para no trazar ni una sola línea que no le fuera agradable. Luego, abriendo el santo Evangelio, mis ojos cayeron sobre estas palabras: «*Jesús, habiendo subido a una montaña, llamó a Sí a los que Él quiso.*»² Ahí está, en verdad, el misterio de mi vocación, de toda mi vida; y sobre todo el misterio de los privilegios de Jesús sobre mi alma. Él no llama a los que son dignos, sino a los que Le place. Como dice san Pablo: «*Dios tiene piedad de quien quiere, y hace misericordia a quien quiere hacer misericordia*»³. Así pues, no es obra del que quiere, ni del que corre, sino de Dios, que hace misericordia.»⁴⁵

Durante mucho tiempo me pregunté por qué el buen Dios tenía preferencias, por qué no todas las almas recibían una medida igual de gracias. Me extrañaba verlo prodigar favores extraordinarios a grandes pecadores como san Pablo, san Agustín, santa Magdalena y tantos otros, a quienes Él forzaba, por así decirlo, a recibir Sus gracias. Me extrañaba también, al leer la vida de los santos, ver que Nuestro Señor acariciaba desde la cuna hasta la tumba a ciertas almas privilegiadas, sin dejar a su paso ningún obstáculo que les impidiera elevarse hacia Él,

sin permitir nunca que el pecado empañara el brillo inmaculado de su vestidura bautismal. Me preguntaba por qué los pobres salvajes, por ejemplo, morían en gran número sin haber oído siquiera pronunciar el nombre de Dios.

Jesús se ha dignado instruirme sobre este misterio. Puso ante mis ojos el libro de la naturaleza, y comprendí que todas las flores creadas por Él son hermosas, que el esplendor de la rosa y la blancura del lirio no le quitan su perfume a la pequeña violeta, ni restan nada a la sencillez encantadora de la margarita. Comprendí que, si todas las florecillas quisieran ser rosas, la naturaleza perdería su adorno primaveral, y los campos ya no estarían esmaltados de florecitas.

Así sucede en el mundo de las almas, ese jardín viviente del Señor. Él tuvo a bien crear grandes santos, que pueden compararse con los lirios y las rosas; pero ha creado también otros más pequeños, que deben contentarse con ser margaritas o simples violetas, destinadas a alegrar Sus miradas divinas cuando las baja a Sus pies. Cuanto más felices son las flores de hacer Su voluntad, más perfectas son.

Comprendí otra cosa todavía... Comprendí que el amor de Nuestro Señor se revela tanto en el alma más sencilla, que en nada resiste a Sus gracias, como en el alma más sublime. En efecto, siendo lo propio del amor abajarse, si todas las almas se parecieran a las de los santos Doctores que han iluminado la Iglesia, parece que el buen Dios no descendería lo bastante bajo al venir hasta ellas. Pero Él ha creado al niño que no sabe nada y solo deja oír débiles gritos; ha creado al pobre salvaje que no tiene, para conducirse, más que la ley natural; ¡y hasta sus corazones se digna abajarse!

Esas son *las flores del campo*, cuya sencillez Lo cautiva; y, con esta acción de descender tan bajo, el Señor muestra Su grandeza infinita. Así como el sol alumbra a la vez el cedro y la florecilla, así también el Astro divino ilumina particularmente cada una de las almas, grande o pequeña, y todo corresponde a su bien: como en la naturaleza, donde las estaciones están dispuestas de manera que hagan brotar, el día se-

ñalado, la más humilde margarita.

* * *

Sin duda, Madre mía, usted se pregunta con asombro adónde quiero llegar; pues hasta aquí no he dicho nada que se parezca a la historia de mi vida; pero ¿no me ordenó usted escribir sin coacción lo que me viniera naturalmente al pensamiento? Así pues, lo que encontrará en estas páginas no es propiamente *mi vida*; son *mis pensamientos* sobre las gracias que Nuestro Señor se ha dignado concederme.

Me encuentro en una época de mi existencia en que puedo echar una mirada sobre el pasado; mi alma ha madurado en el crisol de las pruebas interiores y exteriores. Ahora, como la flor después de la tormenta, levanto la cabeza, y veo que se cumplen en mí las palabras del salmo:

«El Señor es mi Pastor, nada me faltará. Él me hace reposar en pastos agradables y fértiles; me conduce suavemente a lo largo de las aguas. Conduce mi alma sin fatigarla... Pero, aun cuando descendiera al valle de la sombra de la muerte, no temería mal alguno, ¡porque Tú estarás conmigo, Señor⁶!»

¡Sí, el Señor siempre ha sido para mí *compasivo y lleno de dulzura, lento para castigar y abundante en misericordias⁷*! Por eso experimento una verdadera dicha al venir a cantar junto a usted, Madre mía, Sus inefables beneficios. Para *usted sola* voy a escribir la historia de *la florecilla* cortada por Jesús; este pensamiento me ayudará a hablar con abandono, sin preocuparme ni del estilo ni de las numerosas digresiones que voy a hacer; un corazón de madre comprende siempre a su hijo, aun cuando este solo sepa balbucear. Estoy, pues, segura de ser comprendida y adivinada.

Si una florecilla pudiera hablar, me parece que diría sencillamente lo que el buen Dios ha hecho por ella, sin tratar de ocultar Sus dones. Con el pretexto de la humildad, no diría que es fea y sin perfume, que

el sol ha empañado su brillo, que las tormentas han quebrado su tallo, cuando reconocería en sí misma todo lo contrario.

La flor que va a contar su historia se alegra de tener que publicar las delicadezas enteramente gratuitas de Jesús. Reconoce que nada había en ella capaz de atraer Sus miradas divinas; que solo Su misericordia la ha colmado de bienes. Él es quien la hizo nacer en una tierra santa y como toda impregnada de un perfume virginal; Él es quien hizo que la precedieran *ocho lirios* resplandecientes de blancura. En Su amor, quiso preservarla del soplo envenenado del mundo: apenas comenzaba su corola a entreabrirse, cuando este buen Maestro la trasplantó al monte Carmelo, en el jardín escogido de la Virgen María.

Acabo, Madre mía, de resumir en pocas palabras lo que el buen Dios ha hecho por mí; ahora voy a entrar en el detalle de mi vida de niña: sé que, donde cualquier otro no vería sino un relato aburrido, su corazón maternal hallará encantos.

* * *

En la *historia de mi alma* hasta mi entrada en el Carmelo, distingo tres períodos bien marcados: el primero, a pesar de su corta duración, no es el menos fecundo en recuerdos; se extiende desde el despertar de mi razón hasta la partida de mi madre querida a la patria de los cielos; dicho de otro modo: hasta mis cuatro años y ocho meses.

El buen Dios me hizo la gracia de abrir mi inteligencia muy temprano, y de grabar tan profundamente en mi memoria los recuerdos de mi infancia, que aquellos acontecimientos pasados me parecen de ayer. Sin duda, Jesús quería hacerme conocer y apreciar a la madre incomparable que me había dado. ¡Ay!, Su mano divina me la arrebató pronto, para coronarla en el cielo.

Toda mi vida el Señor se ha complacido en rodearme de amor; mis primeros recuerdos están impregnados de las sonrisas y las caricias más tiernas. Pero si había puesto junto a mí tanto amor, también lo ha-

bía puesto en mi pequeño corazón, creándolo afectuoso y sensible. No se puede imaginar cuánto quería a mi padre y a mi madre; les demostraba mi ternura de mil maneras, pues era muy expansiva; sin embargo, los medios que empleaba entonces me hacen reír hoy cuando pienso en ellos.

Usted quiso, Madre mía, poner en mis manos las cartas de mamá, dirigidas en aquel tiempo a mi hermana Paulina, interna en la Visitación de Le Mans; recuerdo perfectamente los rasgos que contienen; pero me será más fácil citar sencillamente ciertos pasajes de esas cartas encantadoras, a menudo demasiado elogiosas conmigo, por estar dictadas por el amor materno.

En apoyo de lo que decía sobre la manera de demostrar mi afecto a mis padres, he aquí unas palabras de mi madre:

La bebé es un duendecillo sin igual, que viene a acariciarme deseándome la muerte. «*¡Oh, cuánto quisiera que te murieras, mi pobre madrequita!*» Se la reprende, pero ella se excusa con aire muy sorprendido, diciendo: «*¡Es para que vayas al cielo, pues tú dices que hay que morir para ir allá!*» Del mismo modo le desea la muerte a su padre cuando está en *sus excesos de amor*.

Esta pobre pequeñita no quiere separarse de mí; está continuamente a mi lado y me sigue feliz, sobre todo al jardín. Cuando yo no estoy, se niega a quedarse en él y llora tanto que es preciso traérmela. Del mismo modo, no subiría la escalera ella sola, sin llamarme en cada peldaño: *¡Mamá! ¡mamá!* Tantos peldaños, tantos *¡mamá!*, y si por desgracia olvido responder una sola vez: «*¡Sí, hijita mía!*», se queda ahí, sin avanzar ni retroceder.

Iba a cumplir mi tercer año cuando mi madre escribía:

... La pequeña Teresa me preguntaba el otro día si iría al cielo: «*Sí, si eres muy buena*», le respondí. «*¡Ah, mamá!*, replicó entonces, *si yo no fuera buenita, ¿iría entonces al infierno? Pero yo sé bien lo que haría: me echaría a volar contigo, que estarías en el cielo; luego tú me tendrías muy fuerte en tus brazos. ¿Cómo haría el buen Dios para llevarme?*» Vi en

su mirada que estaba convencida de que el buen Dios no podía hacerle nada si se escondía en los brazos de su madre.

María quiere mucho a su hermanita. Es una niña que nos da a todos muchas alegrías; tiene una franqueza extraordinaria: es encantador verla correr tras de mí para hacerme su confesión. *«Mamá, empujé una vez a Celina, le pegué una vez; pero no lo volveré a hacer.»*

Apenas ha cometido la menor travesura, es preciso que todo el mundo lo sepa: ayer, habiendo roto sin querer un pedacito del papel mural, se puso en un estado que daba lástima; luego había que decirse-lo enseguida a su padre. Cuando él entró, cuatro horas después, nadie pensaba ya en ello; pero ella acudió corriendo a María, diciéndole: *«Cuéntale pronto a papá que rompí el papel.»* Se quedaba allí, como una criminal que espera su condena; pero tiene en su cabecita que se la perdonará más fácilmente si ella misma se acusa.

Al hallar aquí el nombre de mi querido padrecito, me veo llevada naturalmente a ciertos recuerdos muy alegres. Cuando él llegaba, yo corría invariablemente a su encuentro y me sentaba sobre una de sus botas; entonces me paseaba así, cuanto yo quería, por las habitaciones y por el jardín. Mamá decía riendo que él hacía todo lo que yo quería: *«¡Qué quieres!, respondía él, ¡es la reina!»* Luego me tomaba en sus brazos, me alzaba muy alto, me sentaba sobre su hombro, me besaba y me acariciaba de todas las maneras.

Sin embargo, no puedo decir que me malcriara. Recuerdo muy bien que un día en que me columpiaba retozando, mi padre pasó por ahí y me llamó, diciendo: *«¡Ven a darme un beso, mi reinita!»* Contra mi costumbre, no quise moverme y respondí con aire terco: *«¡Muévete tú, papá!»* Él no me hizo caso, y bien hizo. María estaba allí. *«Pequeña malcriada, me dijo, ¡qué feo es responder así a su padre!»* De inmediato salté de mi fatal columpio; ¡la lección había dado demasiado bien en el blanco! Toda la casa resonó con mis gritos de contrición; subí rápido la escalera, y esta vez no llamé *mamá* en cada peldaño; solo pensaba en encontrar a papá, en reconciliarme con él, lo que se hizo muy

pronto.

No podía soportar la idea de haber afligido a mis amados padres; reconocer mis faltas era cosa de un instante, como lo prueba también este rasgo de infancia, contado tan naturalmente por mi propia madre:

Una mañana quise besar a la pequeña Teresa antes de bajar; parecía profundamente dormida; no me atrevía, pues, a despertarla, cuando María me dijo: «Mamá, está haciéndose la dormida, estoy segura.» Entonces me incliné sobre su frente para besarla; pero ella se escondió de inmediato bajo su cobija, diciéndome con aire de niña consentida: «*No quiero que me vean.*» Yo estaba de todo menos contenta, y se lo hice sentir. Dos minutos después la oía llorar, y de pronto, ¡con gran sorpresa mía, la veo a mi lado! Había salido ella sola de su camita, había bajado la escalera descalza, enredada en su camisón más largo que ella. Su carita estaba cubierta de lágrimas. «*Mamá, me dijo arrojándose a mis rodillas, mamá, fui mala, ¡perdóname!*» El perdón se concedió enseguida. Tomé a mi querubín en mis brazos, lo apreté contra mi corazón y lo cubrí de besos.

De Mamá me gustaba la sonrisa;
su mirada profunda parecía decir:
«La Eternidad me embelesa y me atrae...
Voy a ir al Cielo azul
¡a ver a Dios!»

Recuerdo también el afecto muy grande que ya desde entonces tenía a mi hermana mayor, María, que acababa de terminar sus estudios en la Visitación. Sin darlo a entender, yo prestaba atención a todo lo que pasaba y se decía a mi alrededor; me parece que juzgaba las cosas como ahora. Escuchaba atentamente lo que ella enseñaba a Celina; para obtener el favor de ser admitida en su cuarto durante las lecciones, era muy buena y le obedecía en todo; por eso me colmaba de regalos que, a pesar de su poco valor, me daban un placer enorme.

¡Puedo decir que mis dos hermanas mayores me llenaban de orgullo! Pero, como Paulina me parecía tan lejana, yo solo soñaba con ella de la mañana a la noche. Cuando apenas empezaba a hablar, y mamá me preguntaba: «¿En qué piensas?», la respuesta era invariable: «¡En Paulina!» A veces oía decir que Paulina sería religiosa; entonces, sin saber muy bien qué era eso, pensaba: «¡Yo también seré religiosa!» Es uno de mis primeros recuerdos; y desde entonces nunca he cambiado de resolución. Fue, pues, el ejemplo de esta hermana querida el que, desde la edad de dos años, me arrastró hacia el Esposo de las vírgenes.

¡Oh, Madre mía, cuántas dulces reflexiones quisiera confiarle aquí sobre mi trato con Paulina! pero sería demasiado largo.

Mi querida Leonia ocupaba también un lugar muy grande en mi corazón; me quería mucho. Por la tarde, al volver de sus lecciones, quería quedarse conmigo cuando toda la familia salía de paseo; me parece oír todavía las lindas tonadas que cantaba con su dulce voz para arrullarme. Recuerdo perfectamente su primera comunión. Recuerdo también a la niña pobre, su compañera, a quien mi madre había vestido, según la conmovedora costumbre de las familias acomodadas de Aleñçon. Esta niña no se apartó de Leonia ni un solo instante de aquel hermoso día; y por la noche, en la gran cena, se la puso en el puesto de honor. ¡Ay!, yo era demasiado pequeña para quedarme en aquel piadoso banquete; pero participé un poco en él, gracias a la bondad de papá, quien vino él mismo, a la hora del postre, a traer a su reinita un trozo del pastel.

Ahora me queda hablar de Celina, la pequeña compañera de mi infancia. De ella los recuerdos son tan abundantes que no sé cuáles escoger. Nos entendíamos perfectamente las dos; pero yo era mucho más viva y mucho menos cándida que ella. He aquí una carta que le mostraré, Madre mía, cuán dulce era Celina y cuán mala yo. Yo tenía entonces casi tres años y Celina seis y medio.

Mi pequeña Celina está del todo inclinada a la virtud; en cuanto al *pequeño hurón*, no se sabe muy bien cómo resultará; ¡es tan pequeña,

tan atolondrada! Es una niña muy inteligente; pero es mucho menos dulce que su hermana, y sobre todo de una terquedad casi invencible. Cuando dice *no*, nada puede hacerla ceder; se la tendría todo un día en la bodega sin sacarle un *sí*; ¡antes dormiría allí!

Tenía yo aún un defecto del que mi madre no habla en sus cartas: era un gran amor propio. He aquí solo dos ejemplos:

Un día, queriendo saber sin duda hasta dónde llegaría mi orgullo, me dijo sonriendo: «Mi pequeña Teresa, si quieres besar el suelo, te voy a dar un sou.» Un sou era para mí toda una fortuna. Para ganarlo en aquella ocasión, apenas tenía que rebajar mi grandeza, pues mi baja estatura no ponía una distancia considerable entre el suelo y yo; sin embargo, mi orgullo se rebeló, y, poniéndome bien derecha, respondí a mamá: «¡Oh, no, madrecita, prefiero no tener sou!»

Otra vez, íbamos a ir al campo a casa de unos amigos. Mamá dijo a María que me pusiera mi traje más bonito, pero que no me dejara los brazos desnudos. No dije palabra, y hasta mostré la indiferencia que deben tener los niños de esa edad; pero por dentro me decía: «¡Y sin embargo, cuánto más linda habría estado con mis bracitos desnudos!»

Con una naturaleza semejante, me doy perfecta cuenta de que, si hubiera sido criada por padres sin virtud, me habría vuelto muy mala, y quizá hasta habría corrido a mi perdición eterna. Pero Jesús velaba sobre Su pequeña prometida; hizo que todos sus defectos redundaran en provecho de ella, y que, reprimidos a tiempo, le sirvieran para crecer en la perfección. En efecto, como yo tenía amor propio y también amor al bien, bastaba con que se me dijera una sola vez: «No hay que hacer tal cosa», para que ya no tuviera ganas de volver a hacerla. Veo con placer en las cartas de mi querida mamá que, a medida que avanzaba en edad, le daba más consuelo; como no tenía ante los ojos sino buenos ejemplos, quería naturalmente seguirlos. He aquí lo que ella escribía en 1876:

Hasta Teresa quiere meterse a hacer sacrificios. María ha regalado a sus hermanitas un rosario hecho a propósito para contar sus prácti-

cas de virtud; juntas tienen verdaderas conferencias espirituales muy divertidas. Celina decía el otro día: «¿Cómo es posible que el buen Dios esté en una hostia tan pequeña?» Teresa le respondió: «*¡No es tan asombroso, puesto que el buen Dios es todopoderoso!*» «¿Y qué quiere decir todopoderoso?» «*¡Quiere decir que hace todo lo que quiere!*»

Pero lo más curioso aún es ver a Teresa meter la mano cien veces al día en su bolsillito para sacar una cuenta de su rosario cada vez que hace un sacrificio.

Estas dos niñas son inseparables y les basta una con otra para entretenerse. La nodriza regaló a Teresa un gallo y una gallina de la especie pequeña; enseguida la bebé dio el gallo a su hermana. Todos los días, después de la comida, esta va a tomar su gallo, lo atrapa de una vez junto con la gallina; y luego vienen las dos a sentarse junto al fuego; se divierten así muy largo rato.

Una mañana, a Teresa se le ocurrió salir de su camita para ir a acostarse con Celina; la criada la buscaba para vestirla; por fin la divisa, y la pequeña le dice, besando a su hermana y apretándola muy fuerte entre sus brazos: «*¡Déjeme, mi pobre Luisa, ya ve que las dos somos como las gallinitas blancas, no podemos separarnos!*»

Es muy cierto que yo no podía estar sin Celina; prefería levantarme de la mesa antes de haber terminado mi postre que no seguirla apenas ella se levantaba. Volviéndome entonces en mi gran silla de niña, quería bajar enseguida y luego nos íbamos a jugar juntas.

Los domingos, como yo era demasiado pequeña para ir a los oficios, mamá se quedaba a cuidarme. En esa circunstancia yo mostraba gran juicio, caminando solo de puntillas; pero apenas oía abrirse la puerta, era una explosión de alegría sin igual; me precipitaba al encuentro de mi linda hermanita, y le decía: «¡Oh, Celina! ¡dame pronto pan bendito!» Un día, ¡ella no tenía!... ¿cómo hacer? No podía pasarme sin él; yo llamaba a ese banquete *mi misa*. Una idea luminosa me cruzó la mente: «No tienes pan bendito, pues bien, *¡haz uno!*» Abrió entonces la alacena, tomó el pan, cortó un bocado y, recitando encima

un *Ave María* en tono solemne, me lo presentó triunfante. Y yo, haciendo la señal de la cruz, me lo comí con gran devoción, encontrándole del todo el sabor del pan bendito.

Un día, Leonia, hallándose sin duda demasiado grande para jugar a las muñecas, vino a buscarnos a las dos con una cesta llena de vestidos, de lindos retazos de tela y otros adornos, sobre los cuales, habiendo acostado a su muñeca, nos dijo: «Tomen, mis hermanitas, ¡escojan!» Celina miró y tomó un ovillo de cordoncillo. Tras un momento de reflexión, extendí la mano a mi vez diciendo: «*¡Escojo todo!*», y me llevé cesta y muñeca sin más ceremonia.

Este rasgo de mi infancia es como el resumen de mi vida entera. Más tarde, cuando la perfección se me apareció, comprendí que para llegar a ser santa había que sufrir mucho, buscar siempre lo más perfecto y olvidarse de sí misma. Comprendí que, en la santidad, los grados son numerosos, que cada alma es libre de responder a los avances de Nuestro Señor, de hacer poco o mucho por Su amor; en una palabra, de *escoger* entre los sacrificios que Él pide. Entonces, como en los días de mi infancia, exclamé: «¡Dios mío, escojo todo! ¡No quiero ser santa a medias; no me da miedo sufrir por Ti, solo temo una cosa, que es conservar mi voluntad; tómala, porque *escojo todo* lo que Tú quieras!»

Pero me olvido de mí, Madre amada; aún no debo hablarle de mi juventud, apenas voy en la bebita de tres y cuatro años.

Recuerdo un sueño que tuve a esa edad y que se grabó profundamente en mi memoria:

Iba a pasear sola por el jardín, cuando divisé de pronto, junto al emparrado, dos horribles diablillos que bailaban sobre un barril de cal con una agilidad sorprendente, a pesar de los pesados grilletes que tenían en los pies. Primero lanzaron sobre mí ojos llameantes; luego, como presas del miedo, los vi precipitarse en un abrir y cerrar de ojos al fondo del barril, salir enseguida por no sé qué abertura, correr y esconderse por último en la ropería, que daba al jardín a ras de suelo. Al

verlos tan poco valientes, quise saber qué iban a hacer; y, dominando mi primer espanto, me acerqué a la ventana... Los pobres diablillos estaban allí, corriendo sobre las mesas y sin saber cómo huir de mi mirada. De tanto en tanto se acercaban, atisbaban por los vidrios con aire inquieto; luego, viendo que yo seguía allí, volvían a correr como desesperados.

Sin duda, este sueño no tiene nada de extraordinario; creo, sin embargo, que el buen Dios se sirvió de él para probarme que un alma en estado de gracia no tiene nada que temer de los demonios, que son cobardes, capaces de huir ante la mirada de una niña.

¡Oh, Madre mía, qué feliz era yo a esa edad! No solo comenzaba a gozar de la vida, sino que la virtud tenía para mí encantos. Me hallaba, me parece, en las mismas disposiciones que hoy, teniendo ya un dominio muy grande sobre todas mis acciones. Así, había adquirido la costumbre de no quejarme nunca cuando me quitaban lo que era mío; o bien, cuando se me acusaba injustamente, prefería callar antes que excusarme. No había en ello ningún mérito de mi parte; lo hacía naturalmente.

¡Ah, cuán rápidamente pasaron esos años soleados de mi primera infancia, y qué dulce y suave huella dejaron en mi alma! Recuerdo con dicha los paseos del domingo en que siempre nos acompañaba mi buena madre. Siento todavía las impresiones profundas y poéticas que nacían en mi corazón a la vista de los campos de trigo esmaltados de amapolas, de acianos y de margaritas. Ya entonces amaba las lejanías, el espacio, los grandes árboles; en una palabra, toda la hermosa naturaleza me embelesaba y transportaba mi alma a los cielos.

A menudo, durante estos largos paseos, nos encontrábamos con pobres, y la pequeña Teresa siempre estaba encargada de llevarles la limosna; lo que la hacía muy feliz. A menudo también, mi buen padre, hallando el camino un poco largo para su reinita, la llevaba de vuelta a casa, ¡para gran disgusto de ella! Entonces, para consolarla, Celina llenaba de margaritas su lindo cestito y se las daba al regreso.

¡Oh!, de veras, todo me sonreía en la tierra. Hallaba flores bajo cada uno de mis pasos, y mi feliz carácter contribuía también a hacer agradable mi vida; pero iba a abrirse un nuevo período. Destinada a ser tan pronto la prometida de Jesús, me era necesario sufrir desde mi infancia. Así como las flores de primavera comienzan a germinar bajo la nieve y se abren a los primeros rayos del sol, así también la florecilla cuyos recuerdos escribo debió pasar por el invierno de la prueba, y dejar que su tierno cáliz se llenara con el rocío de las lágrimas...

[1.](#) Esta preciosa imagen de la Virgen, aunque sin ningún valor artístico, se animó dos veces para iluminar y consolar, en graves circunstancias, a la madre de Teresa. Ella misma recibió, por medio de esta bendita estatua, gracias señaladas, como veremos más adelante.

[2.](#) Mc 3, 13.

[3.](#) Ex 33, 18-19.

[4.](#) Rm 9, 16.

[5.](#) N. del E.: Teresa habla de la gratuidad de los dones de Dios, no de una elección para la condenación. Dios «quiere que todos los hombres se salven» (1 Tm 2, 4; CEC 851), establece Su designio eterno incluyendo en él la respuesta libre de cada hombre a Su gracia (CEC 600) y no predestina a nadie al infierno (CEC 1037).

[6.](#) Sal 22, 1-4.

[7.](#) Sal 102, 8.

Capítulo II

La muerte de su madre. Los Buissonnets. Amor paterno. Primera confesión. Las veladas de invierno. Visión profética.

Todos los detalles de la enfermedad de mi madre están aún presentes en mi corazón. Recuerdo sobre todo las últimas semanas que pasó en la tierra. ¡Celina y yo éramos como dos pobres desterraditas! Todas las mañanas la señora X*** venía a buscarnos, y pasábamos el día en su casa. Una vez no habíamos tenido tiempo de hacer nuestra oración antes de salir, y mi hermanita me dijo muy bajito durante el trayecto: «¿Hay que confesar que no hemos hecho nuestra oración?». «Oh, sí», le respondí. Entonces, muy tímidamente, ella confió su secreto a aquella señora, que nos dijo al instante: «Pues bien, mis niñitas, la van a hacer»; y, dejándonos en una gran habitación, se marchó. Celina me miró estupefacta; yo no lo estaba menos y exclamé: «¡Ah, esto no es como con mamá! Ella siempre nos hacía rezar nuestra oración».

Durante el día, a pesar de las distracciones que trataban de darnos, el pensamiento de nuestra madre querida volvía una y otra vez. Recuerdo que mi hermana, habiendo recibido un hermoso albaricoque, se inclinó hacia mí y me dijo: «No nos lo vamos a comer, se lo daré a mamá». ¡Ay! Nuestra madre amada estaba ya demasiado enferma para comer los frutos de la tierra; solo debía saciarse en el cielo con la gloria de Dios y beber con Jesús el vino misterioso del que habló en Su última Cena, prometiendo compartirlo con nosotros en el reino de Su Padre.

La conmovedora ceremonia de la Extremaunción se grabó en mi alma. Veo todavía el lugar donde me hicieron arrodillar, oigo todavía los sollozos de mi pobre padre.

Mi madre dejó este mundo el 28 de agosto de 1877, en su cuadragé-

simo sexto año. Al día siguiente de su muerte, mi buen padre me tomó en sus brazos: «Ven, me dijo, a besar por última vez a tu querida madrecita». Y yo, sin pronunciar una sola palabra, acerqué mis labios a la frente helada de mi madre querida.

No recuerdo haber llorado mucho. No hablaba con nadie de los sentimientos profundos que llenaban mi corazón; miraba y escuchaba en silencio. Veía también muchas cosas que habrían querido ocultarme: en un momento me encontré sola frente al ataúd, colocado de pie en el corredor; me detuve largo rato a contemplarlo; nunca había visto uno, ¡y sin embargo comprendía! Era tan pequeña entonces que tenía que levantar la cabeza para verlo entero, y me parecía muy grande, muy triste...

Quince años más tarde me encontré ante otro ataúd, el de nuestra santa Madre Genoveva¹, ¡y me creí de nuevo en los días de mi infancia! Todos mis recuerdos se agolparon en mi memoria. Era la misma pequeña Teresa la que miraba, pero había crecido, y el ataúd le parecía pequeño; no levantaba la cabeza para mirarlo, la levantaba solo para contemplar el cielo, que le parecía muy alegre, porque la prueba había madurado y fortalecido de tal modo su alma que nada de este mundo podía ya entristecerla.

El día en que la santa Iglesia bendijo los restos mortales de mi madre, el buen Dios no me dejó del todo huérfana; me dio otra madre y me la hizo elegir libremente. Estábamos reunidas las cinco, mirándonos con tristeza. Al vernos así, nuestra criada se conmovió de compasión y, volviéndose hacia Celina y hacia mí, nos dijo: «¡Pobrecitas, ya no tienen madre!». Entonces Celina se echó en brazos de María exclamando: «¡Pues bien, tú serás mamá!». Yo, siempre acostumbrada a seguir a Celina, debería haberla imitado en una acción tan justa; pero pensé que Paulina iba quizás a sentir pena y a verse desamparada, al no tener una hija; entonces la miré con ternura y, escondiendo mi cabecita en su corazón, dije a mi vez: «¡Para mí, Paulina será mamá!».

Como lo escribí más arriba, a partir de aquella época tuve que en-

trar en el segundo período de mi existencia, el más doloroso, sobre todo desde la entrada en el Carmelo de la que yo había elegido por segunda madre. Este período se extiende desde los cuatro años y medio hasta mi decimocuarto año, cuando recobré mi carácter de niña, comprendiendo cada vez más la seriedad de la vida.

Debo decirle, Madre venerada, que apenas murió mamá, mi feliz carácter cambió por completo. Yo, tan viva, tan expansiva, me volví tímida y dulce, sensible en exceso; con frecuencia bastaba una mirada para hacerme deshacer en lágrimas; era necesario que nadie se ocupara de mí; no podía soportar la compañía de extraños y solo recobraba mi alegría en la intimidad de la familia. Allí seguía rodeada de las delicadezas más grandes. El corazón de mi padre, ya tan afectuoso, parecía enriquecido con un amor verdaderamente materno, y sentía que mis hermanas se habían vuelto para mí las madres más tiernas, las más desinteresadas. ¡Ah, si el buen Dios no hubiera prodigado Sus bienhechores rayos a Su florecilla, jamás habría podido aclimatarse en la tierra! Todavía demasiado débil para soportar las lluvias y las tormentas, necesitaba calor, un suave rocío y brisas primaverales; estos beneficios no le faltaron, ni siquiera bajo la nieve de la prueba.

* * *

Pronto, mi padre resolvió dejar Alençon para venir a vivir a Lisieux y acercarnos así a mi tío, hermano de mi madre. Hizo este sacrificio con el fin de confiar a mis hermanas, todavía jóvenes, a la dirección de mi querida tía, para que ella las guiara en su nueva misión y nos sirviera en cierto modo de madre. No sentí ninguna pena al abandonar mi ciudad natal; a los niños les gusta el cambio y lo que sale de lo ordinario; así que vine a Lisieux con gusto. Recuerdo el viaje y la llegada, por la tarde, a casa de mi tío; veo todavía a mis primitas, Juana y María, esperándonos en el umbral de la casa con mi tía. ¡Oh, cuánto me conmovió el cariño que nos demostraron nuestros queridos parientes!

Al día siguiente nos llevaron a nuestra nueva morada, quiero decir, a los Buissonnets, barrio solitario situado muy cerca del hermoso paseo llamado «Jardín de la Estrella». La casa alquilada por mi padre me pareció encantadora: un mirador desde donde la vista se extendía a lo lejos, el jardín inglés delante de la fachada y, detrás de la casa, otro gran huerto; todo aquello fue, para mi joven imaginación, una feliz novedad. En efecto, esta risueña vivienda llegó a ser el escenario de muy dulces alegrías, de escenas de familia inolvidables. En otra parte, como lo dije más arriba, yo estaba desterrada, lloraba, ¡sentía que ya no tenía madre! Allí, mi corazoncito se abría y volvía a sonreír a la vida.

Desde el despertar encontraba las caricias de mis hermanas y luego, a su lado, hacía mi oración. Después tomaba con Paulina mi lección de lectura; recuerdo que la palabra *cielos* fue la primera que pude leer sola. Apenas terminada mi clase, subía al mirador, residencia habitual de mi padre; ¡ah, cuán feliz era yo cuando tenía buenas notas que anunciarle!

Todas las tardes iba con él a dar un pequeño paseo, a visitar el Santísimo Sacramento, un día en una iglesia, al siguiente en otra. Así fue como entré por primera vez en la capilla del Carmelo. «¿Ves, mi reinita?, me dijo papá, detrás de esa gran reja hay santas religiosas que rezan siempre al buen Dios». ¡Estaba muy lejos de pensar que, nueve años más tarde, estaría entre ellas; que allí, en este Carmelo bendito, recibiría tan grandes gracias!

Después del paseo volvía a casa, donde hacía mis tareas; luego, todo el resto del tiempo, saltaba por el jardín alrededor de mi buen padre. No sabía jugar a las muñecas; mi mayor placer era preparar tisanas con semillas y cortezas de árboles. Cuando mis infusiones tomaban un hermoso color, se las ofrecía enseguida a papá, en una linda tacita que daba verdaderamente ganas de saborear su contenido. Este tierno padre dejaba al instante su trabajo y luego, sonriendo, hacía como que bebía.

También me gustaba cultivar flores; me divertía levantando peque-

ños altares en un hueco que había, por fortuna, en medio del muro de mi jardín. Cuando todo estaba listo, corría hacia papá, que se extasiaba, para darme gusto, ante mis maravillosos altares, ¡admirando lo que yo estimaba una obra maestra! No acabaría nunca si quisiera contar mil rasgos de este género de los que he guardado el recuerdo. ¡Ah! ¿Cómo podría decir todas las ternuras que mi incomparable padre prodigaba a su reinita?

Eran para mí hermosos días aquellos en que mi *rey querido*, como me gustaba llamarlo, me llevaba con él a pescar. A veces yo misma intentaba pescar con mi pequeña caña; más a menudo prefería sentarme aparte sobre la hierba florida. Entonces mis pensamientos se volvían muy profundos; y, sin saber lo que era meditar, mi alma se sumergía en una verdadera oración. Escuchaba los ruidos lejanos, el murmullo del viento. A veces la música militar me enviaba desde la ciudad algunas notas indecisas, y «melancolizaba» dulcemente mi corazón. ¡La tierra me parecía un lugar de destierro y yo soñaba con el cielo!

La tarde pasaba rápido; pronto había que volver a los Buissonnets; pero, antes de recoger nuestras cosas, tomaba la merienda que traía en mi cestita. ¡Ay! La hermosa rebanada de pan con mermelada preparada por mis hermanas había cambiado de aspecto. En lugar de su vivo color, ya solo veía un ligero matiz rosado, todo *envejecido y encogido*. Entonces la tierra me parecía más triste todavía, y comprendía que solo en el cielo la alegría sería sin nubes.

A propósito de nubes, recuerdo que un día el hermoso cielo azul del campo se cubrió de ellas; pronto la tormenta empezó a retumbar con fuerza, acompañada de centelleantes relámpagos. Yo me volvía a derecha e izquierda para no perder nada de aquel majestuoso espectáculo; por fin vi caer el rayo en un prado vecino y, lejos de sentir el menor miedo, quedé encantada; ¡me pareció que el buen Dios estaba muy cerca de mí! Mi querido padre, menos contento que su reina, vino a sacarla de su arrobamiento; ya la hierba y las grandes margaritas, más altas que yo, centelleaban de piedras preciosas, y teníamos que

atravesar varios prados antes de llegar al camino. Me tomó, pues, en sus brazos, a pesar de su aparejo de cañas, y desde allí yo miraba abajo los hermosos diamantes, lamentando casi no estar cubierta e inundada de ellos.

* * *

Me parece que no he dicho que, durante mis paseos diarios, tanto en Lisieux como en Alençon, llevaba con frecuencia limosna a los desdichados. Un día vimos a un pobre anciano que se arrastraba penosamente sobre unas muletas. Me acerqué para darle mi monedita; él fijó en mí una larga y triste mirada y luego, sacudiendo la cabeza con una dolorosa sonrisa, rechazó mi limosna. No puedo decir lo que pasó en mi corazón. Habría querido consolarlo, aliviarlo; ¡en vez de eso, quizás acababa de humillarlo, de causarle pena!

Sin duda adivinó mi pensamiento, pues pronto lo vi volverse y sonreírme desde lejos. En ese momento, mi buen padre acababa de comprarme un pastel; yo tenía muchas ganas de correr a dárselo al anciano; me decía: «No quiso dinero, pero seguramente un pastel le daría gusto». Luego no sé qué temor me detuvo; tenía el corazón tan apretado que apenas podía ocultar mis lágrimas; por fin recordé haber oído decir que el día de la primera comunión se obtenían todas las gracias que se pedían: este pensamiento me consoló al instante. Aunque entonces solo tenía seis años, me dije: «Rezará por mi pobre el día de mi primera comunión»; y, cinco años más tarde, cumplí fielmente mi resolución. Siempre he pensado que mi oración infantil por aquel miembro doliente de Nuestro Señor fue bendecida y recompensada.

Al crecer, yo amaba al buen Dios cada vez más, y Le daba con mucha frecuencia mi corazón, sirviéndome de la fórmula que mi madre me había enseñado; me esforzaba por agradar a Jesús en todas mis acciones y ponía gran cuidado en no ofenderlo nunca. Sin embargo, un día cometí una falta que vale bien la pena referir aquí; me da un gran

motivo para humillarme, y creo haber tenido de ella una contrición perfecta.

Fue en el mes de mayo de 1878. Como mis hermanas me encontraban demasiado pequeña para ir a los ejercicios del mes de María todas las tardes, yo me quedaba con la criada y hacía con ella mis devociones ante mi altar propio, que arreglaba a mi manera. Todo era tan pequeño, candeleros, macetas de flores, etc., que dos fósforos de cera bastaban para alumbrarlo perfectamente. A veces Victoria, para economizar mi provisión de fósforos, me daba la sorpresa de dos verdaderos cabos de vela; pero eso era raro.

Una tarde, cuando íbamos a ponernos en oración, le dije: «¿Quiere empezar el *Acordaos*? Yo voy a encender». Ella hizo como que empezaba, luego me miró riéndose muy fuerte. Yo, que veía mis preciosos fósforos consumirse rápidamente, le rogué otra vez que dijera enseguida el *Acordaos*. ¡El mismo silencio! ¡Las mismas carcajadas! Entonces, en el colmo de la indignación, me levanté y, saliendo de mi dulzura habitual, golpeé el suelo con el pie con fuerza gritando bien alto: «¡Victoria, es usted una mala!». La pobre muchacha ya no tenía ganas de reír; me miraba, muda de asombro, y me mostraba, pero demasiado tarde, la sorpresa de sus dos cabos de vela escondidos bajo el delantal. Después de haber llorado de rabia, ¡ay!, derramé lágrimas de contrición; estaba toda avergonzada y desolada y tomé la firme resolución de no volver a hacerlo jamás.

Poco tiempo después fui a confesarme. ¡Qué dulce recuerdo para mí! Paulina me decía: «Mi pequeña Teresa, no es a un hombre, sino al buen Dios mismo a quien vas a confesar tus pecados». Quedé tan persuadida de ello que le pregunté en serio si no había que decir al señor abate D*** *que lo quería con todo mi corazón*, puesto que era al buen Dios a quien iba a hablar en su persona.

Bien instruida de todo lo que debía hacer, entré en el confesionario y, volviéndome justo frente al sacerdote para verlo mejor, me confesé y recibí su bendición con un gran espíritu de fe, pues mi hermana me

había asegurado que en ese momento solemne las lágrimas del Niño Jesús iban a purificar mi alma. Recuerdo la exhortación que se me dirigió: me invitaba sobre todo a la devoción a la Santísima Virgen; y me prometí redoblar mi ternura hacia aquella que ya ocupaba un lugar muy grande en mi corazón.

Por fin, entregué mi rosarito para que lo bendijeran, y salí del confesionario tan contenta y tan ligera que nunca había sentido tanta alegría. Era de noche. Al llegar bajo un farol me detuve y, sacando del bolsillo el rosario recién bendecido, le di vueltas y más vueltas en todos los sentidos. «¿Qué miras, mi pequeña Teresa?», me dijo Paulina. «Pues miro *cómo es un rosario bendecido*». Esta respuesta ingenua divirtió mucho a mis hermanas. En cuanto a mí, quedé durante muchísimo tiempo penetrada de la gracia que había recibido; desde entonces quise confesarme en las grandes fiestas, y esta confesión, puedo decirlo, llenaba de alborozo todo mi pequeño interior.

¡Las fiestas!... ¡Ah, cuántos recuerdos perfumados me trae este simple vocablo!... ¡Las fiestas!... ¡Cuánto las amaba! ¡Mis hermanas sabían explicarme tan bien los misterios escondidos en cada una de ellas! Sí, aquellos días de la tierra se volvían para mí días del cielo. Me gustaban sobre todo las procesiones del Santísimo Sacramento. ¡Qué alegría esparcir flores bajo los pasos del buen Dios! Pero, antes de dejarlas caer allí, las lanzaba muy alto y nunca era tan feliz como al ver mis rosas deshojadas tocar la sagrada custodia.

*¡Las fiestas! ¡Ah, si las grandes eran raras, cada semana traía una muy querida a mi corazón: el domingo! ¡Qué día radiante! Era la fiesta del buen Dios, la fiesta del *descanso*. Primero, toda la familia partía a la misa mayor; y recuerdo que, en el momento del sermón (estando nuestra capilla lejos del púlpito), había que bajar y buscar sitio en la nave, cosa que no era muy fácil. Pero, para la pequeña Teresa y su padre, todos se apresuraban a ofrecerles sillas. Mi tío se alegraba al vernos llegar a los dos; me llamaba *su pequeño rayo de sol*, y decía que ver a aquel venerable patriarca conduciendo de la mano a su niñita era un*

cuadro que lo encantaba.

Yo no me preocupaba gran cosa de que me miraran, solo me ocupaba de escuchar atentamente al sacerdote. Un sermón sobre la Pasión de Nuestro Señor fue el primero que comprendí y que me tocó profundamente; tenía entonces cinco años y medio, y desde entonces pude captar y gustar el sentido de todas las instrucciones.

Cuando se hablaba de santa Teresa, mi padre se inclinaba y me decía muy bajito: «Escucha bien, mi reinita, están hablando de tu santa patrona». Escuchaba bien, en efecto, pero lo confieso, miraba más a menudo a papá que al predicador. ¡Su hermoso rostro me decía tantas cosas! A veces sus ojos se llenaban de lágrimas que se esforzaba en vano por contener. Al escuchar las verdades eternas, parecía no habitar ya la tierra; su alma me parecía sumergida en otro mundo. ¡Ay! Su carrera estaba lejos, muy lejos de llegar a su término: largos y dolorosos años debían transcurrir todavía antes de que el hermoso cielo se abriera a sus ojos y de que el Señor, con Su mano divina, enjugara las lágrimas amargas de Su fiel servidor.

Vuelvo a mi jornada del domingo. Esta alegre fiesta, que pasaba tan rápido, tenía también su matiz de melancolía: mi felicidad era sin mezcla hasta las completas; pero, a partir de ese oficio de la tarde, un sentimiento de tristeza invadía mi alma: pensaba que al día siguiente habría que recomenzar la vida, trabajar, aprender lecciones, y mi corazón sentía el destierro de la tierra, ¡suspiraba por el descanso del cielo, por el domingo sin ocaso de la verdadera patria!

Antes de volver a los Buissonnets, mi tía nos invitaba, una tras otra, a pasar la velada en su casa: yo era muy feliz cuando llegaba mi turno. Escuchaba con sumo placer todo lo que decía mi tío; sus conversaciones serias me interesaban mucho; ciertamente no sospechaba la atención que yo ponía en ellas. Sin embargo, mi alegría se mezclaba con espanto cuando me sentaba en una sola de sus rodillas, ¡cantando *Barba Azul* con una voz formidable!

Hacia las ocho, mi padre venía a buscarme. Entonces recuerdo que

miraba las estrellas con un embeleso inexpresable... Había sobre todo en el profundo firmamento un grupo de perlas de oro (el tahalí de Orión) que yo advertía con delicia, encontrándole la forma de una T,

* * *

y decía por el camino a mi querido padre: «Mira, papá, *¡mi nombre está escrito en el cielo!*». Luego, no queriendo ver ya nada de la fea tierra, le pedía que me guiara; y, sin mirar dónde ponía los pies, levantaba bien en alto mi cabecita, sin cansarme de contemplar el azul estrellado.

* * *

¿Qué podría decir de las veladas de invierno en los Buissonnets? Después de la partida de damas, mis hermanas leían *El Año litúrgico*; luego algunas páginas de un libro interesante e instructivo a la vez. Mientras tanto, yo me acomodaba en las rodillas de mi padre; y, terminada la lectura, él cantaba, con su hermosa voz, melodiosos estribillos como para dormirme. Entonces yo apoyaba mi cabeza en su corazón, y él me mecía suavemente...

Por fin subíamos a hacer la oración; y allí también tenía mi sitio junto a mi buen padre, y me bastaba mirarlo para saber cómo rezan los santos. Luego Paulina me acostaba; después de lo cual yo le decía invariablemente: «¿He sido buena hoy?, ¿está contento de mí el buen Dios?, ¿van a volar los angelitos a mi alrededor?...». La respuesta era siempre sí: de otro modo habría pasado la noche entera llorando. Después de este interrogatorio, mis hermanas me besaban, y la pequeña Teresa quedaba sola en la oscuridad.

Considero una verdadera gracia haber sido acostumbrada desde la infancia a vencer mis miedos. A veces, Paulina me enviaba sola por la noche a buscar algo a una habitación lejana; no admitía ninguna negativa, y eso me era necesario, pues me habría vuelto muy miedosa; mientras que ahora es muy difícil asustarme. Me pregunto cómo mi

madrecita pudo educarme con tanto amor sin malcriarme, pues no me pasaba ninguna imperfección: jamás me hacía reproches sin motivo, pero tampoco jamás, yo lo sabía bien, volvía sobre una cosa decidida.

Esta hermana querida recibía mis confidencias más íntimas; aclaraba todas mis dudas. Un día le manifesté mi sorpresa de que el buen Dios no dé una gloria igual en el cielo a todos los elegidos; tenía miedo de que no todos fueran felices. Entonces ella me mandó a buscar el vaso grande de papá y lo puso al lado de mi dedalito; luego, llenando de agua los dos, me preguntó cuál parecía más lleno. Le dije que los veía tan llenos el uno como el otro, y que era imposible echarles más agua de la que podían contener. Paulina me hizo entender entonces que en el cielo el último de los elegidos no envidiaría la dicha del primero. Así, poniendo a mi alcance los más sublimes secretos, daba a mi alma el alimento que le era necesario.

* * *

¡Con qué alegría veía llegar cada año la distribución de premios! Aunque yo concursaba sola, la justicia, como siempre, no por eso dejaba de guardarse; solo recibía las recompensas absolutamente merecidas. Me latía muy fuerte el corazón al escuchar mi sentencia, al recibir de manos de mi padre, ante toda la familia reunida, los premios y las coronas. ¡Era para mí como una imagen del juicio!

¡Ay! Al ver a papá tan radiante, yo no preveía las grandes pruebas que lo esperaban. Un día, sin embargo, el buen Dios me mostró, en una visión extraordinaria, la imagen viva de ese dolor futuro.

Mi padre estaba de viaje y no debía regresar tan pronto; podían ser las dos o las tres de la tarde: el sol brillaba con vivo resplandor y toda la naturaleza parecía de fiesta. Me hallaba sola en una ventana que daba al huerto, con el espíritu todo ocupado en pensamientos risueños; cuando vi, delante del lavadero, frente a mí, a un hombre vestido absolutamente como papá, de la misma elevada estatura y el mismo andar,

pero además muy encorvado y envejecido. Digo *envejecido* para describir el aspecto general de su persona; porque no le veía el rostro, pues llevaba la cabeza cubierta con un velo espeso. Avanzaba lentamente, con paso regular, bordeando mi jardincito. Al instante me sobrecogió un sentimiento de espanto sobrenatural y llamé bien alto, con voz temblorosa: «¡Papá! ¡Papá!...». Pero el misterioso personaje no parecía oírme; continuó su marcha sin siquiera volverse, y se dirigió así hacia un grupo de abetos que dividía la alameda principal del jardín. Yo esperaba verlo reaparecer del otro lado de los grandes árboles; ¡pero *la visión profética* se había desvanecido!

Todo aquello no había durado más que un instante: un instante que se grabó tan profundamente en mi memoria que hoy todavía, después de tantos años, el recuerdo lo tengo tan presente como la visión misma.

Mis hermanas estaban juntas en una habitación vecina. Al oírme llamar a papá, sintieron ellas mismas una impresión de espanto. Disimulando su emoción, María acudió corriendo hacia mí: «¿Por qué, me dijo, llamas así a papá, que está en Alençon?». Conté lo que acababa de ver y, para tranquilizarme, me dijeron que la criada, queriendo sin duda asustarme, se había tapado la cabeza con su delantal.

Pero Victoria, interrogada, aseguró no haber salido de su cocina; por lo demás, la verdad no podía oscurecerse en mi espíritu: *había visto a un hombre, y ese hombre se parecía absolutamente a papá*. Entonces fuimos todas detrás del macizo de árboles y, al no encontrar nada, mis hermanas me dijeron que no pensara más en eso. ¡No pensar más en eso! ¡Ah, no estaba en mi poder! Muy a menudo mi imaginación me representaba aquella visión misteriosa. Muy a menudo trataba de levantar el velo que me ocultaba su sentido, y guardaba en el fondo del corazón la íntima convicción de que algún día me sería revelado por entero.

¡Y usted lo sabe todo, Madre amada! Ahora lo sabe: era en verdad a mi padre a quien el buen Dios me había hecho ver, avanzando encor-

vado por la edad y llevando en su rostro venerable, en su cabeza encañecida, la señal de su gran prueba. Como la Faz adorable de Jesús fue velada durante Su Pasión, así el rostro de Su fiel servidor debía ser velado en los días de su humillación, para poder resplandecer con más brillo en los cielos. ¡Ah, cuánto admiro la conducta de Dios, que nos muestra de antemano esta cruz preciosa, como un padre hace entrever a sus hijos el porvenir glorioso que les prepara, y se complace, en Su amor, en considerar Él mismo las riquezas sin precio que han de ser su herencia!

Pero me viene a la mente una reflexión: «¿Por qué el buen Dios dio esta luz a una niña que, si la hubiera comprendido, habría muerto de dolor?». ¿Por qué?... ¡Es uno de esos misterios impenetrables que solo comprenderemos en el cielo, para hacer de ellos el tema de nuestra eterna admiración! ¡Dios mío, qué bueno eres! ¡Cómo proporcionas las pruebas a nuestras fuerzas! En aquel tiempo yo no tenía ni siquiera el valor de pensar, sin espanto, que papá pudiera morir. Un día se había subido a lo alto de una escalera y, como yo me quedaba allí muy cerca, me dijo: «Aléjate, mi reinita, pues si me caigo, te voy a aplastar». Al instante sentí una rebelión interior y, acercándome todavía más a la escalera, pensé: «Al menos, si papá se cae, no voy a tener el dolor de verlo morir, voy a morir con él».

¡No, no puedo decir cuánto amaba a mi padre! Todo en él me causaba admiración. Cuando me explicaba sus pensamientos sobre cosas muy serias, como si yo hubiera sido una muchacha grande, le decía con ingenuidad: «Claro, papá, que si hablaras así a los grandes hombres del gobierno, te tomarían para hacerte rey, y entonces Francia sería feliz como nunca lo ha sido; pero tú serías desdichado, puesto que es la suerte de todos los reyes; y además ya no serías mi rey para mí sola, así que prefiero que no te conozcan».

Hacia los seis o siete años, vi el mar por primera vez. Este espectáculo me produjo una impresión profunda, no podía apartar de él los ojos. Su majestad, el rugido de sus olas, todo hablaba a mi alma de la grandeza y del poder del buen Dios. Recuerdo que, en la playa, un señor y una señora me miraron largo rato y, preguntando a papá si yo era hija suya, dijeron que era una niña muy bonita. Al instante mi padre les hizo señas de que no me dirigieran cumplidos. Sentí placer al oír eso, pues yo no me encontraba linda; ¡mis hermanas ponían tanta atención en no emplear jamás ningún lenguaje capaz de hacerme perder mi sencillez y mi candor infantiles! Así que, como yo les creía solo a ellas, no di mucha importancia a las palabras ni a las miradas de admiración de aquellas personas, y no pensé más en ello.

Esa misma tarde, a la hora en que el sol parece bañarse en la inmensidad de las olas, dejando delante de sí una estela luminosa, fui a sentarme con Paulina sobre una roca desierta; contemplé largo rato esa estela de oro que ella me decía que era la imagen de la gracia iluminando aquí abajo el camino de las almas fieles. Entonces me representé mi corazón en medio de la estela, como una barquita ligera de graciosa vela blanca, y tomé la resolución de no alejarlo jamás de la mirada de Jesús, para que pudiera navegar en paz y con rapidez hacia la orilla de los cielos.

1. Esta venerada Madre había hecho su profesión en el Carmelo de Poitiers, de donde fue enviada para fundar el de Lisieux en 1838. Su memoria ha quedado en bendición en estos dos monasterios; practicó constantemente allí, bajo la mirada de Dios solo, las virtudes más heroicas, y coronó con una muerte santísima una vida cargada de buenas obras, el 5 de diciembre de 1891. Tenía ochenta y seis años.

Capítulo III

El internado. Dolorosa separación. Extraña enfermedad. Una visible sonrisa de la Reina del Cielo.

Tenía ocho años y medio cuando Leonia salió del internado y yo ocupé su lugar en la Abadía de las Benedictinas de Lisieux. Me pusieron en una clase de alumnas todas mayores que yo; una de ellas, de catorce años, era poco inteligente, pero sabía, sin embargo, imponerse a las internas. Al verme tan pequeña, casi siempre la primera en las composiciones y querida por todas las religiosas, sintió celos y me hizo pagar de mil maneras mis pequeños éxitos. Con mi natural tímido y delicado, yo no sabía defenderme y me contentaba con llorar sin decir nada. Celina, igual que mis hermanas mayores, ignoraba mi pena; pero yo no tenía virtud suficiente para elevarme por encima de esas miserias, y mi pobre corazoncito sufría mucho.

Cada tarde, por suerte, volvía a encontrar el hogar paterno; entonces mi alma se ensanchaba, saltaba sobre las rodillas de mi padre, le decía las notas que me habían dado, y su beso me hacía olvidar todas mis penas. ¡Con qué alegría anuncié el resultado de mi primera composición! Había sacado el máximo y, como recompensa, recibí una linda monedita blanca que puse en mi alcancía para los pobres, y que estaba destinada a recibir casi cada jueves una nueva compañera. ¡Ah! Yo tenía verdadera necesidad de esos mimos; le era muy necesario a la florecilla hundir con frecuencia sus tiernas raíces en la tierra amada y escogida de la familia, puesto que en ninguna otra parte encontraba el jugo necesario para su sustento.

Todos los jueves teníamos día libre; pero ya no reconocía los días libres que daba Paulina, los cuales pasaba en gran parte en el mirador con papá. Como no sabía jugar igual que los otros niños, no me sentía

una compañera agradable; sin embargo, hacía lo posible por imitar a los demás, sin conseguirlo nunca.

* * *

Después de Celina, que me era, por así decirlo, indispensable, buscaba sobre todo a mi primita María, porque me dejaba libre para elegir juegos a mi gusto. Ya estábamos muy unidas de corazón y de voluntad, como si el buen Dios nos hubiera hecho presentir que un día, en el Carmelo, abrazaríamos la misma vida religiosa¹.

Muy a menudo (la escena ocurría en casa de mi tío) María y Teresa se convertían en dos anacoretas muy penitentes, que no poseían más que una pobre cabaña, un pequeño campo de trigo y un huerto para cultivar algunas legumbres. Su vida transcurría en continua contemplación; es decir, que una reemplazaba a la otra en la oración cuando había que ocuparse de la vida activa. Todo se hacía con una armonía, un silencio y unos modales perfectamente religiosos. Si salíamos de paseo, nuestro juego continuaba incluso en la calle: las dos ermitañas rezaban el rosario, valiéndose de los dedos, para no mostrar su devoción al indiscreto público. Con todo, un día, *el solitario Teresa* se descuidó: habiendo recibido un pastel para su merienda, hizo, antes de comerlo, una gran señal de la cruz; y varios profanos del siglo no se privaron de sonreír.

Nuestra unión de voluntades pasaba a veces los límites. Una tarde, al volver de la Abadía, quisimos imitar la modestia de los solitarios. Le dije a María: «Guíame tú, yo voy a cerrar los ojos». «Yo también quiero cerrarlos», me respondió ella; y cada una hizo su voluntad.

Caminábamos por una acera, así que no teníamos que temer a los carruajes. Pero, después de un agradable paseo de algunos minutos, en que las dos atolondradas saboreaban las delicias de andar sin ver, cayeron juntas sobre unos cajones colocados a la puerta de una tienda y los derribaron de un solo golpe. Enseguida salió el comerciante muy

enojado para recoger su mercadería; pero las ciegas voluntarias se habían levantado muy bien solas y caminaban a pasos apresurados, con los ojos bien abiertos y los oídos también, para oír los justos reproches de Juana, que parecía tan enfadada como el comerciante.

* * *

Todavía no he dicho nada de mi nueva relación con Celina. En Lisieux los papeles habían cambiado: ella se había vuelto el duendecillo lleno de travesura, y Teresa una niña muy dulce, pero ¡llorona en exceso! Por eso necesitaba un defensor, ¿y quién podrá decir con qué intrepidez mi querida hermanita se encargaba de ese oficio? A menudo nos hacíamos pequeños regalos que, de una parte y de otra, causaban una felicidad sin igual. ¡Ah! Es que a esa edad no estábamos hastiadas; nuestra alma, en toda su frescura, se abría como una flor primaveral, feliz de recibir el rocío de la mañana; la misma brisa ligera hacía balancear nuestras corolas. Sí, nuestras alegrías eran comunes: lo sentí muy bien el día tan hermoso de la primera comunión de mi querida Celina.

Yo tenía entonces siete años y todavía no iba a la Abadía. ¡Qué dulce me es el recuerdo de su preparación! Cada tarde, durante las últimas semanas, mis hermanas le hablaban de la gran acción que iba a realizar; yo escuchaba, ávida de prepararme también, y cuando me decían que me retirara, porque todavía era demasiado pequeña, se me apretaba el corazón; pensaba que cuatro años no eran demasiado para prepararse a recibir al buen Dios.

Una tarde oí estas palabras dirigidas a mi feliz hermanita: «A partir de tu primera comunión tendrás que empezar una vida del todo nueva». Al instante tomé la resolución de no esperar ese tiempo para mí, sino de comenzar una vida nueva con Celina.

Durante su retiro preparatorio ella quedó como interna completa en la Abadía, y su ausencia me pareció muy larga. Por fin llegó su her-

moso día. ¡Qué impresión deliciosa dejó en mi corazón! ¡Era como el preludio de mi propia primera comunión! ¡Ah, cuántas gracias recibí ese día! Lo considero uno de los más hermosos de mi vida.

* * *

He retrocedido un poco para evocar ese inefable recuerdo. Ahora debo hablar de la dolorosa separación que vino a destrozar mi corazón, cuando Jesús me arrebató a mi *madrecita*, tan tiernamente amada. Un día le había dicho que quería irme con ella a un desierto lejano; ella me respondió entonces que mi deseo era el suyo, pero que esperaría a que yo fuera lo bastante grande para partir. Esta promesa irrealizable, la pequeña Teresa la había tomado en serio, ¡y cuál no fue su pena al oír a su querida Paulina hablar con María de su próxima entrada en el Carmelo! Yo no conocía el Carmelo; pero comprendía que ella me dejaría para entrar en un convento, ¡comprendía que no me esperaría!

¿Cómo podría decir la angustia de mi corazón? En un instante la vida se me apareció en toda su realidad: llena de sufrimientos y de continuas separaciones, y derramé lágrimas muy amargas. Yo ignoraba entonces la alegría del sacrificio; era débil, tan débil, que considero una gran gracia haber podido soportar sin morir una prueba en apariencia muy superior a mis fuerzas.

Siempre recordaré con qué ternura me consoló mi *madrecita*. Me explicó la vida del claustro; y he aquí que una tarde, repasando yo sola en mi corazón el cuadro que ella me había trazado, sentí que el Carmelo era el desierto donde el buen Dios quería también esconderme. Lo sentí con tanta fuerza que no hubo la menor duda en mi espíritu; no fue un sueño de niña que se deja arrastrar, sino la certeza de un llamado divino. Esta impresión, que no puedo expresar, me dejó en gran paz.

Al día siguiente confié mis deseos a Paulina quien, mirándolos como la voluntad del cielo, me prometió llevarme pronto al Carmelo pa-

ra ver a la Madre Priora, a quien podría decirle mi secreto.

Se eligió un domingo para esta solemne visita. Grande fue mi apuro cuando supe que mi prima María, todavía bastante joven para ver a las carmelitas, debía acompañarme. Sin embargo, tenía que encontrar la manera de quedarme sola; y esto fue lo que se me ocurrió: le dije a María que, teniendo el privilegio de ver a la Reverenda Madre, debíamos ser muy buenas, muy educadas, y que para eso había que confiarle nuestros secretos; así que, una después de otra, tendríamos que salir un momento. A pesar de su repugnancia a confiar secretos que no tenía, María me creyó bajo palabra; y así pude quedarme sola con usted, Madre querida. Después de oír mis grandes confidencias y de creer en mi vocación, usted me dijo, sin embargo, que no se recibían postulantes de nueve años y que habría que esperar a mis dieciséis. Tuve que resignarme, a pesar de mi vivo deseo de entrar con Paulina y de hacer mi primera comunión el día de su toma de hábito.

* * *

¡Por fin llegó el 2 de octubre! Día de lágrimas y de bendiciones en que Jesús cortó la primera de Sus flores, la flor escogida que debía ser, pocos años después, la Madre de sus hermanas. Mientras mi amado padre, acompañado de mi tío y de María, subía la montaña del Carmelo para ofrecer su primer sacrificio, mi tía me llevó a misa con mis hermanas y mis primas. Nos deshacíamos en lágrimas, tanto que, al vernos entrar en la iglesia, la gente nos miraba con asombro; pero eso no me impedía llorar. ¡Me preguntaba cómo el sol podía seguir brillando sobre la tierra!

Quizá encuentre usted, Madre venerada, que exagero un poco mi pena. En efecto, me doy cuenta de que esa partida no habría debido afligirme hasta ese punto; pero, debo confesarlo, mi alma estaba lejos de haber madurado; y tenía que pasar por muchos crisoles antes de alcanzar la orilla de la paz, antes de saborear los frutos deliciosos del

abandono total y del perfecto amor.

En la tarde de ese 2 de octubre de 1882 vi a mi querida Paulina, hecha sor Inés de Jesús, detrás de las rejas del Carmelo. ¡Oh, cuánto sufrí en ese locutorio! Puesto que escribo la historia de mi alma, ¡creo que debo decirlo todo! Pues bien, confieso que tuve por nada los primeros sufrimientos de la separación, en comparación con los que siguieron. Yo, que estaba acostumbrada a conversar de corazón a corazón con mi madrecita, conseguía con gran trabajo dos o tres minutos al final de las visitas de familia; por supuesto, los pasaba derramando lágrimas y me iba con el corazón desgarrado.

No comprendía que hubiera sido imposible darnos a menudo a cada una media hora, y que había que reservar los momentos más largos para mi padrecito y para María; no comprendía, y decía en el fondo de mi corazón: ¡Paulina está perdida para mí! Mi espíritu se desarrolló de una manera tan asombrosa en el seno del sufrimiento, que no tardé en caer gravemente enferma.

* * *

La enfermedad que me atacó venía ciertamente de los celos del demonio, que, furioso por esta primera entrada en el Carmelo, quería vengarse en mí del gran daño que mi familia habría de hacerle en el futuro. Pero él no sabía que la Reina del Cielo velaba fielmente por su florecilla, que le sonreía desde lo alto y se disponía a hacer cesar la tempestad en el mismo momento en que su tallo delicado y frágil iba a quebrarse sin remedio.

A fines de este año 1882 me dio un dolor de cabeza continuo, pero soportable, que no me impidió proseguir mis estudios; esto duró hasta la fiesta de Pascua de 1883. En esa época, mi padre, que había ido a París con mis hermanas mayores, nos confió, a Celina y a mí, a mi tío y a mi tía.

Una tarde en que me encontraba sola con mi tío, me habló de mi

madre, de los recuerdos pasados, con una ternura que me conmovió profundamente y me hizo llorar. Mi sensibilidad lo emocionó a él mismo; le sorprendió ver en mí, a esa edad, los sentimientos que expresaba, y resolvió proporcionarme toda clase de distracciones durante las vacaciones.

El buen Dios había decidido otra cosa. Esa misma tarde mi dolor de cabeza se volvió de una violencia extrema, y me dio un temblor extraño que duró toda la noche. Mi tía, como una verdadera madre, no se apartó de mí un instante; me rodeó durante esa enfermedad de la más tierna solicitud y me prodigó los cuidados más abnegados y más delicados.

Se adivina el dolor de mi pobre padre cuando, a su regreso de París, me vio caída en ese estado desesperante. Pronto creyó que me iba a morir; pero Nuestro Señor habría podido responderle: «*Esta enfermedad no va a la muerte, ha sido enviada para que Dios sea glorificado*»². ¡Sí, el buen Dios fue glorificado en esta prueba! Lo fue por la admirable resignación de mi padre, lo fue por la de mis hermanas, de María sobre todo. ¡Cuánto sufrió por mi causa! ¡Cuán grande es mi gratitud hacia esta hermana querida! Su corazón le dictaba lo que me era necesario, y de veras un corazón de madre es mucho más poderoso que la ciencia de los médicos más hábiles.

* * *

Entretanto se acercaba la toma de hábito de sor Inés de Jesús, y se evitaba hablar de ella delante de mí por temor a darme pena, pensando bien que yo no podría ir. En el fondo del corazón yo creía firmemente que el buen Dios me concedería el consuelo de volver a ver, ese día, a mi querida Paulina. Sí, yo sabía bien que esa fiesta sería sin nubes, sabía que Jesús no probaría a Su prometida con mi ausencia; ella, que ya había sufrido tanto por la enfermedad de su hijita. En efecto, pude abrazar a mi *madre querida*, sentarme en sus rodillas, esconderme bajo

su velo y recibir sus dulces caricias; ¡pude contemplarla, tan encantadora en su blanco atavío! Verdaderamente fue un hermoso día en medio de mi sombría prueba; pero ese día, o más bien esa hora, pasó pronto, y enseguida tuve que subir al coche que me llevó lejos del Carmelo.

Al llegar a los Buissonnets me hicieron acostar, aunque yo no sentía ningún cansancio; pero al día siguiente me atacó de nuevo con violencia, y la enfermedad se volvió tan grave que, según los cálculos humanos, yo no debía sanar jamás.

No sé cómo describir un mal tan extraño: decía cosas que no pensaba, hacía otras como si me forzaran a ello a pesar mío; casi siempre parecía delirar, y sin embargo estoy segura de no haber estado privada ni un solo instante del uso de mi razón. A menudo permanecía desmayada durante horas, y con un desmayo tal que me habría sido imposible hacer el más leve movimiento. Sin embargo, en medio de esa extraordinaria postración, oía distintamente lo que se decía a mi alrededor, incluso en voz baja; todavía lo recuerdo.

¡Y qué espantos me inspiraba el demonio! Tenía miedo absolutamente de todo: mi cama me parecía rodeada de precipicios horribles; ciertos clavos, fijos en la pared de la habitación, tomaban a mis ojos la imagen aterradora de gruesos dedos negros carbonizados, y me hacían lanzar gritos de espanto. Un día, mientras papá me miraba en silencio, su sombrero, que tenía en la mano, se transformó de repente en no sé qué forma horrible, y manifesté un miedo tan grande que ese pobre padre se fue sollozando.

Pero, si el buen Dios permitía al demonio acercarse a mí por fuera, también me enviaba ángeles visibles para consolarme y fortalecerme. María no se apartaba de mí; nunca mostraba fastidio, a pesar de todo el trabajo que yo le daba; porque yo no podía soportar que se alejara de mí. Durante las comidas, en que Victoria me cuidaba, no dejaba de llamar con lágrimas: «¡María! ¡María!». Cuando ella quería salir, tenía que ser para ir a misa o para ver a Paulina; solo entonces yo no decía

nada.

¡Y Leonia! ¡Y mi pequeña Celina! ¡Qué no hicieron por mí! Los domingos venían a encerrarse horas enteras con una pobre niña que parecía una idiota. ¡Ah, mis queridas hermanitas, cuánto las hice sufrir!

Mi tío y mi tía también estaban llenos de afecto por mí. Mi tía venía todos los días a verme y me traía mil golosinas³. No sabría decir cuánto aumentó mi cariño por estos queridos parientes durante esa enfermedad. Comprendí mejor que nunca lo que nos decía a menudo mi padre: «Recuerden siempre, hijas mías, que su tío y su tía tienen con ustedes una entrega nada común». En los días de su vejez, él mismo lo experimentó; ¡y ahora, cómo debe proteger y bendecir a quienes le prodigaron cuidados tan abnegados!

En los momentos en que el sufrimiento era menos vivo, ponía mi alegría en tejer coronas de margaritas y de nomeolvides para la Virgen María. Estábamos entonces en el hermoso mes de mayo, toda la naturaleza se adornaba con flores primaverales; ¡solo *la florecilla* languidecía y parecía marchita para siempre! Sin embargo, tenía un sol a su lado, y ese sol era la estatua milagrosa de la Reina de los Cielos. A menudo, muy a menudo, la florecilla volvía su corola hacia ese Astro bendito.

Un día vi entrar a mi padre en mi habitación; parecía muy conmovido y, acercándose a María, le dio varias monedas de oro con una expresión de gran tristeza, pidiéndole que escribiera a París para solicitar una novena de misas en el santuario de Nuestra Señora de las Victorias, a fin de obtener la curación de su pobre reinecita. ¡Ah, qué conmovida quedé al ver su fe y su amor! ¡Cuánto habría querido levantarme y decirle que estaba curada! ¡Ay! Mis deseos no podían hacer un milagro, ¡y hacía falta uno muy grande para devolverme a la vida! Sí, hacía falta un gran milagro, y ese milagro Nuestra Señora de las Victorias lo hizo por completo.

Un domingo, durante la novena, María salió al jardín, dejándome con Leonia, que leía junto a la ventana. Al cabo de unos minutos me puse a llamar casi en voz baja: «¡María! ¡María!». Leonia, acostumbra-

da a oírme quejarme siempre así, no hizo caso; entonces grité bien fuerte y María volvió a mi lado. La vi perfectamente entrar; pero ¡ay! por primera vez no la reconocí. Buscaba a mi alrededor, hundía en el jardín una mirada ansiosa, y volvía a llamar: «¡María! ¡María!».

Era un sufrimiento indecible esa lucha forzada, inexplicable, ¡y María sufría quizá más aún que su pobre Teresa! Por fin, tras vanos esfuerzos por hacerse reconocer, se volvió hacia Leonia, le dijo una palabra en voz baja y desapareció, pálida y temblorosa.

Mi pequeña Leonia me llevó enseguida junto a la ventana; entonces vi en el jardín, sin reconocerla todavía, a María, que caminaba despacio, tendiéndome los brazos, sonriéndome y llamándome con su voz más tierna: «¡Teresa, mi pequeña Teresa!». Como este último intento no tuvo mayor éxito, mi querida hermana se arrodilló llorando al pie de mi cama y, volviéndose hacia la Virgen bendita, la imploró con el fervor de una madre que pide, que *quiere* la vida de su hijo. Leonia y Celina la imitaron, y fue un grito de fe que forzó la puerta del cielo.

Sin hallar ningún socorro en la tierra y a punto de morir de dolor, yo también me había vuelto hacia mi Madre del cielo, rogándole de todo corazón que tuviera por fin piedad de mí.

¡De pronto la estatua cobró vida! La Virgen María se volvió bella, tan bella que nunca encontraré expresión para describir esa belleza divina. Su rostro respiraba una dulzura, una bondad, una ternura inefables; ¡pero lo que me penetró hasta el fondo del alma fue *su encantadora sonrisa*! Entonces todas mis penas se desvanecieron, dos gruesas lágrimas brotaron de mis párpados y corrieron en silencio...

¡Ah, eran lágrimas de una alegría celestial y sin mezcla! *¡La Santísima Virgen se ha adelantado hacia mí! ¡Me ha sonreído... qué feliz soy!*, pensé; *pero no se lo diré a nadie, porque mi felicidad desaparecería*. Luego, sin ningún esfuerzo, bajé los ojos y reconocí a mi querida María. Me miraba con amor, se la veía muy emocionada y parecía sospechar el gran favor que yo acababa de recibir.

¡Ah, a ella, a su oración conmovedora, le debía yo esta gracia inex-

presable de *la sonrisa de la Santísima Virgen*! Al ver mi mirada fija en la estatua, ella se había dicho: «¡Teresa está curada!». ¡Sí, la *florequilla* iba a renacer a la vida, un rayo luminoso de su *dulce sol* la había calentado y liberado para siempre de su cruel enemigo! «*El sombrío invierno acababa de terminar, las lluvias habían cesado*»⁴, y la flor de la Virgen María se fortaleció de tal manera que, cinco años después, se abrió sobre la montaña fértil del Carmelo.

Como ya he dicho, María estaba persuadida de que la Santísima Virgen, al devolverme la salud, me había concedido alguna gracia oculta; por eso, cuando quedé a solas con ella, no pude resistir sus preguntas tan tiernas, tan insistentes. Asombrada de ver descubierto mi secreto sin que yo hubiera dicho una sola palabra, se lo confié entero. ¡Ay! No me había equivocado: mi felicidad iba a desaparecer y a cambiarse en amargura. Durante cuatro años, el recuerdo de esta gracia inefable se convirtió para mí en una verdadera pena del alma; y no debía recuperar mi felicidad sino a los pies de Nuestra Señora de las Victorias, en su santuario bendito. Allí me fue devuelta en toda su plenitud; hablaré más adelante de esa segunda gracia.

* * *

Así fue como mi alegría se cambió en tristeza:

María, tras haber oído el relato ingenuo y sincero de *mi gracia*, me pidió permiso para contárselo todo al Carmelo; yo no podía negarme. En mi primera visita a ese Carmelo bendito me llené de alegría al ver a mi pequeña Paulina con el hábito de la Santísima Virgen. ¡Qué dulces momentos para las dos! ¡Había tantas cosas que decirse! ¡Habíamos sufrido tanto! En cuanto a mí, apenas podía hablar, tenía el corazón demasiado lleno...

Usted estaba allí, Madre amada, y ¿de cuántas muestras de afecto no me colmó? Vi también a otras religiosas, y usted debe de recordar que me preguntaron sobre el milagro de mi curación: unas me pregun-

taron si la Santísima Virgen llevaba al Niño Jesús; otras, si los ángeles la acompañaban, etc. Todas estas preguntas me turbaron y me causaron pena; yo solo podía responder una cosa: «*La Santísima Virgen me pareció muy hermosa, la vi adelantarse hacia mí y sonreírme*».

Al notar que las carmelitas se imaginaban algo muy distinto, creí haber mentido. ¡Ah, si hubiera guardado mi secreto, también habría guardado mi felicidad! Pero la Virgen María permitió este tormento para bien de mi alma; sin eso, quizá, la vanidad se habría deslizado en mi corazón; mientras que, al tocarme en suerte la humillación, no podía mirarme sin un sentimiento de profundo horror. ¡Dios mío, solo Tú sabes lo que he sufrido!

1. María Guérin entró en el Carmelo de Lisieux el 15 de agosto de 1895 y pronunció sus votos con el nombre de *sor María de la Eucaristía*. Se hizo notar por su gran espíritu de pobreza y su paciencia en medio de largos sufrimientos. «*No sé si he sufrido bien, dirá durante su última enfermedad, pero me parece que TERESA me comunica sus sentimientos y que tengo su mismo abandono. ¡Oh, si pudiera, como ella, morir de amor! No sería de extrañar, puesto que formo parte de la legión de las pequeñas víctimas que ella pidió al buen Dios. Madre mía, durante mi agonía, si ve que el sufrimiento me impide hacer actos de amor, se lo ruego, recuérdeme mi deseo. Quiero morir diciendo a Jesús que Lo amo.*» Este deseo se cumplió. La Madre Priora, en una carta circular dirigida a todos los Carmelos, relata así sus últimos momentos: «Realmente se respiraba, en su celda, otra atmósfera que la de este mundo. Una de nuestras hermanas llevó allí «LA VIRGEN DE TERESA». La mirada ya tan hermosa de la pequeña María se iluminó con un reflejo celestial. «*¡Cómo la quiero!*, dijo tendiéndole los brazos. *¡Oh, qué hermosa es!*» »Se acercaba el momento supremo, y los arrebatos de nuestra dulce moribunda se hacían cada vez más expresivos y más ardientes: «*¡No temo morir! ¡Oh, qué paz!... No hay que tener miedo al sufrimiento... Él siempre da la fuerza... ¡Oh, cuánto quisiera morir de amor!... ¡de amor al buen Dios!... ¡JESÚS MÍO, TE AMO!*» Y el alma de nuestra angélica hermana, abandonando su frágil envoltura, se exhaló en este acto de amor... »Era el 14 de abril de 1905. Tenía 34 años.»

2. Jn 11, 4.

3. Desde lo alto del cielo, Teresa supo devolverle sus cuidados maternos. Durante su última enfermedad, la protegió visiblemente. Una mañana se la encontró apaci-

ble y radiante: *«Sufría mucho, dijo, pero mi pequeña Teresa me veló con ternura. Toda la noche la sentí junto a mi cama. Varias veces me acarició, lo cual me dio un valor extraordinario.»* La señora Guérin había vivido y murió como una santa, a la edad de 52 años. Repetía, con la sonrisa en los labios: *«¡Qué contenta estoy de morir! ¡Es tan bueno ir a ver al buen Dios! Jesús mío, Te amo. Te ofrezco mi vida por los sacerdotes, como mi pequeña Teresa del Niño Jesús.»* Era el 13 de febrero de 1900. El señor Guérin, después de haber empleado durante muchos años su pluma en la defensa de la Iglesia y su fortuna en el sostén de las buenas obras, murió santamente, terciario del Carmelo, el 28 de septiembre de 1909, en su año sesenta y nueve.

[4.](#) Ct 2, 11.

Capítulo IV

Primera Comunión. Confirmación. Luces y tinieblas. Nueva separación. Bondadosa liberación de sus penas interiores.

Al contar esta visita al Carmelo, recuerdo la primera que tuvo lugar después de la entrada de Paulina. La mañana de ese día feliz me preguntaba qué nombre se me daría más tarde. Sabía que había una sor Teresa de Jesús; sin embargo, mi hermoso nombre de Teresa no podía quitárseme. De pronto pensé en el Niño Jesús, a quien tanto amaba, y me dije: «¡Oh, qué feliz sería si me llamara *Teresa del Niño Jesús!*». Me guardé muy bien, Madre mía venerada, de expresarle ese deseo; y resulta que usted me dijo en medio de la conversación: «Cuando venga usted con nosotras, mi querida hijita, se llamará *Teresa del Niño Jesús*». Mi alegría fue grande; y aquella feliz coincidencia de pensamientos me pareció una delicadeza de mi amado Niño Jesús.

* * *

Todavía no he hablado de mi amor por las estampas y la lectura; y sin embargo, a las hermosas estampas que Paulina me mostraba debo una de las alegrías más dulces y una de las impresiones más fuertes que me impulsaron a la práctica de la virtud. Perdía la noción de las horas al mirarlas. Por ejemplo, «la florecilla del divino Prisionero» me decía tantas cosas que quedaba sumida en una especie de éxtasis; me ofrecía a Jesús para ser Su florecilla, quería consolarle, llegar yo también muy cerca del sagrario, ser mirada, cultivada y recogida por Él.

Como no sabía jugar, habría pasado la vida leyendo. Por fortuna tenía, para guiarme, ángeles visibles que me escogían libros al alcance de mi edad, capaces de recrearme y, al mismo tiempo, de nutrir mi espíritu y mi corazón. Solo debía dedicar a ese entretenimiento escogido

un tiempo muy limitado, y con frecuencia eso era motivo de grandes sacrificios, porque apenas pasaba la hora, me imponía el deber de interrumpir de inmediato la lectura, incluso en medio del pasaje más interesante.

En cuanto a la impresión que producían esas lecturas, debo confesar que, al leer ciertos relatos caballerescos, no siempre comprendía la realidad concreta de la vida. Así, al admirar las acciones patrióticas de las heroínas francesas, particularmente de la Venerable Juana de Arco, sentía un gran deseo de imitarlas. Recibí entonces una gracia que siempre he considerado una de las más grandes de mi vida; pues a esa edad no estaba favorecida con las luces de lo alto como lo estoy hoy.

Jesús me hizo comprender que la verdadera, la única gloria es la que durará para siempre; que, para alcanzarla, no es necesario realizar obras brillantes, sino más bien ocultarse a los ojos de los demás y de uno mismo, de modo que la mano izquierda ignore lo que hace la derecha. Pensando entonces que yo había nacido para la gloria, y buscando el modo de alcanzarla, se me reveló interiormente que mi gloria no aparecería jamás a los ojos de los mortales, sino que consistiría en llegar a ser santa.

Este deseo podría parecer temerario, si se considera lo imperfecta que yo era, y cuánto lo soy todavía después de tantos años pasados en religión; sin embargo, siento siempre la misma confianza audaz de llegar a ser una *gran santa*. No cuento con mis méritos, pues no tengo ninguno; pero espero en Aquel que es la Virtud, la Santidad misma. Solo Él, contentándose con mis débiles esfuerzos, me elevará hasta Sí, me cubrirá con Sus méritos y me hará santa. Yo no pensaba entonces que era necesario sufrir mucho para llegar a la santidad; el buen Dios no tardó en desvelarme este secreto mediante las pruebas contadas más arriba.

Ahora retomo mi relato en el punto donde lo había dejado.

Tres meses después de mi curación, mi padre me hizo hacer un agradable viaje; allí empecé a conocer el mundo. Todo era alegría, felicidad a mi alrededor; me festejaban, me mimaban, me admiraban; en una palabra, mi vida durante quince días no estuvo sembrada sino de flores. La Sabiduría tiene mucha razón al decir que *«el embujo de las bagatelas seduce aun al espíritu alejado del mal¹»*. A los diez años el corazón se deja deslumbrar fácilmente; y confieso que esa existencia tuvo encantos para mí. ¡Ay! ¡Qué bien sabe el mundo aliar las alegrías de la tierra con el servicio de Dios! ¡Y qué poco piensa en la muerte!

Y sin embargo, ¡la muerte ha venido a visitar a gran número de las personas que conocí entonces, jóvenes, ricos y felices! Me gusta volver con el pensamiento a los lugares encantadores donde vivieron, preguntarme dónde están, qué les queda hoy de los castillos y los parques donde las vi gozar de las comodidades de la vida. Y pienso que *«todo es vanidad sobre la tierra², fuera de amar a Dios y servirle a Él solo³»*.

Quizá Jesús quiso hacerme conocer el mundo antes de Su primera visita a mi alma, para dejarme elegir con más seguridad el camino que debía prometerle seguir.

* * *

Mi primera comunión quedará siempre en mí como un recuerdo sin nubes. Me parece que no podía estar mejor dispuesta. ¿Recuerda usted, Madre mía, el precioso librito que me había dado tres meses antes del gran día? Aquel delicado recurso me preparó de una manera constante y rápida. Si bien desde hacía mucho tiempo pensaba en mi primera comunión, era preciso, no obstante, dar a mi corazón un nuevo impulso y llenarlo de flores nuevas, como estaba indicado en el precioso manuscrito. Cada día hacía, pues, gran cantidad de sacrificios y actos de amor que se transformaban en otras tantas flores; unas veces eran violetas, otras rosas; luego acianos, margaritas, nomeolvides; en una pala-

bra, todas las flores de la naturaleza debían formar en mí la cuna de Jesús.

Por último, tenía a María, que ocupaba para mí el lugar de Paulina.

Cada noche me quedaba mucho rato junto a ella, ávida de escuchar sus palabras; ¡cuántas cosas hermosas me decía! Me parece que todo su corazón, tan grande, tan generoso, pasaba a mí. Como los guerreros antiguos enseñaban a sus hijos el oficio de las armas, así me enseñaba ella el combate de la vida, excitando mi ardor y mostrándome la palma gloriosa. Me hablaba también de las riquezas inmortales que es tan fácil amontonar cada día, y de la desgracia de pisotearlas cuando, por así decir, basta agacharse para recogerlas.

¡Qué elocuente era aquella hermana querida! Yo habría querido no ser la única en oír sus profundas enseñanzas; creía en mi ingenuidad que los más grandes pecadores se habrían convertido al escucharla y que, dejando sus riquezas perecederas, no habrían buscado ya sino las del cielo.

En aquella época me habría sido muy dulce hacer oración; pero María, juzgándome bastante piadosa, solo me permitía mis oraciones vocales. Un día, en la Abadía, una de mis maestras me preguntó cuáles eran mis ocupaciones los días de asueto, cuando me quedaba en Les Buissonnets. Respondí tímidamente: «Señora, muy a menudo voy a esconderme en un pequeño espacio vacío de mi cuarto, que me es fácil cerrar con las cortinas de mi cama, y allí *pienso...*». «Pero ¿en qué piensa usted?», me dijo riendo la buena religiosa. «Pienso en el buen Dios, en la rapidez de la vida, en la eternidad; en fin, ¡*pienso!*». Esta reflexión no se perdió, y más tarde mi maestra gustaba de recordarme el tiempo en que *yo pensaba*, preguntándome *si todavía pensaba...* Comprendo hoy que hacía entonces una verdadera oración, en la cual el divino Maestro instruía dulcemente mi corazón.

Los tres meses de preparación para mi primera comunión pasaron pronto; enseguida tuve que entrar en retiro y, durante ese tiempo, hacerme interna. ¡Ah, qué retiro bendito! No creo que se pueda gustar una alegría semejante fuera de las comunidades religiosas: siendo pequeño el número de niñas, resulta tanto más fácil ocuparse de cada una. Sí, lo escribo con gratitud filial: nuestras maestras de la Abadía nos prodigaban entonces cuidados verdaderamente maternos. No sé por qué motivo, pero me daba cuenta de que velaban por mí más aún que por mis compañeras.

Cada noche, la primera maestra venía con su pequeña linterna a abrir suavemente las cortinas de mi cama y depositaba en mi frente un tierno beso. Me demostraba tanto afecto que, conmovida por su bondad, le dije una noche: «Oh, señora, la quiero mucho, así que voy a confiarle un gran secreto». Sacando entonces misteriosamente el precioso librito del Carmelo, escondido bajo mi almohada, se lo mostré con los ojos brillantes de alegría. Lo abrió con mucha delicadeza, lo hojeó con atención y me hizo notar cuán privilegiada era yo. En efecto, varias veces durante mi retiro experimenté que muy pocas niñas, privadas como yo de su madre, son tan mimadas como lo era yo a esa edad.

Escuchaba con mucha atención las instrucciones que daba el señor abate Domin, y hacía cuidadosamente el resumen. En cuanto a mis pensamientos, no quise escribir ninguno, diciendo que los recordaría bien; y así fue.

¡Con qué felicidad asistía a todos los oficios como las religiosas! Me hacía notar entre mis pequeñas compañeras por un gran crucifijo que me había dado mi querida Leonia; lo llevaba pasado por el cinturón a la manera de los misioneros, y se creyó que quería imitar así a mi hermana carmelita. ¡Y era, en efecto, hacia ella adonde volaban con frecuencia mis pensamientos y mi corazón! Sabía que ella también estaba en retiro; no, es cierto, para que Jesús se diera a ella, sino para darse ella misma enteramente a Jesús, y eso el mismo día de mi primera comunión. Esta soledad pasada en la espera me fue, pues, doblemente

querida.

¡Por fin se levantó para mí el más hermoso entre todos los días de la vida! ¡Qué recuerdos inefables dejaron en mi alma los menores detalles de aquellas horas del cielo! El alegre despertar de la aurora, los besos respetuosos y tiernos de las maestras y de las compañeras mayores, la sala de aseo llena de *copos de nieve*, de los que cada niña se veía revestida a su turno; sobre todo la entrada a la capilla y el canto del cántico matinal:

¡Oh santo altar que rodean los ángeles!

Pero no quiero ni podría decirlo todo... Hay cosas que pierden su perfume apenas se exponen al aire; hay pensamientos íntimos que no pueden traducirse en el lenguaje de la tierra sin perder al instante su sentido profundo y celestial.

¡Ah, qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma! ¡Sí, fue un beso de amor! Me sentía amada, y yo también decía: «¡Te amo, me entrego a Ti para siempre!». Jesús no me hizo ninguna petición, no reclamó ningún sacrificio. Hacía ya mucho tiempo que Él y la pequeña Teresa se habían mirado y comprendido... Ese día, nuestro encuentro ya no podía llamarse una simple mirada, sino una *fusión*. Ya no éramos dos: Teresa había desaparecido como la gota de agua que se pierde en el seno del océano, Jesús quedaba solo; ¡Él era el Maestro, el Rey! ¿No Le había pedido Teresa que le quitara su libertad? Esa libertad le daba miedo; se sentía tan débil, tan frágil, que quería unirse para siempre a la Fuerza divina.⁴

Y entonces su alegría se hizo tan grande, tan profunda, que no pudo contenerla. Pronto lágrimas deliciosas la inundaron, para gran asombro de sus compañeras, que más tarde se decían unas a otras: «¿Por qué habrá llorado? ¿No tendría alguna inquietud de conciencia?». «No, era más bien por no tener cerca a su madre o a su hermana carmelita, a quien tanto quiere». Y nadie comprendía que, cuando todo el gozo del cielo viene a un corazón, ese corazón desterrado, débil y mortal, no puede soportarlo sin derramar lágrimas...

¿Cómo me habría entristecido la ausencia de mi madre el día de mi primera comunión? Si el cielo habitaba en mi alma: al recibir la visita de Jesús, recibía también la de mi madre querida... Tampoco lloraba la ausencia de Paulina; ¡estábamos más unidas que nunca! No, lo repito, solo la alegría, inefable, profunda, llenaba mi corazón.

Por la tarde pronuncié, en nombre de mis compañeras, el acto de Consagración a la Santísima Virgen. Mis maestras me eligieron sin duda porque había sido privada muy joven de mi madre de la tierra. ¡Ah, puse todo mi corazón en consagrarme a la Virgen María, en pedirle que velara por mí! Me parece que ella miró con amor a su *florequilla* y le sonrió otra vez. Recordaba su sonrisa *visible*, que antaño me había curado y liberado; ¡bien sabía lo que le debía! Ella misma, la mañana de aquel 8 de mayo, ¿no había venido a depositar en el cáliz de mi alma a su Jesús, *la Flor del campo y el Lirio de los valles*⁵?

Al caer la tarde de aquel hermoso día, papá, tomando la mano de su reynecita, se dirigió hacia el Carmelo; y vi a mi Paulina convertida en esposa de Jesús: la vi con su velo blanco como el mío y su corona de rosas. Mi alegría fue sin amargura; esperaba reunirme pronto con ella y aguardar a su lado el cielo...

No fui insensible a la fiesta de familia preparada en Les Buissonnets. El hermoso reloj que me regaló mi padre me causó gran placer; y sin embargo mi felicidad era tranquila, nada podía turbar mi paz íntima. Por fin, la noche puso término a aquella hermosa tarde; porque a los días más radiantes les siguen las tinieblas: ¡solo el día de la primera comunión, la eterna, la de la patria, no tendrá ocaso!

* * *

El día siguiente apareció ante mis ojos cubierto de un cierto velo de melancolía. ¡Los hermosos vestidos, los regalos que había recibido no llenaban mi corazón! Solo Jesús podía en adelante contentarme, y yo no suspiraba sino por el momento dichoso en que Le recibiría por se-

gunda vez. Hice esa segunda comunión el día de la Ascensión, y tuve la dicha de arrodillarme en la Santa Mesa entre mi padre y mi amada María. Mis lágrimas corrieron de nuevo con una inefable dulzura; recordaba y me repetía sin cesar las palabras de san Pablo: «*¡Ya no soy yo quien vive, es Jesús quien vive en mí!*»⁶. Desde esa segunda visita de Nuestro Señor, ya no aspiraba sino a recibirle. ¡Ay, las fiestas me parecían entonces muy lejanas!...

La víspera de esos días dichosos, María me preparaba como lo había hecho para mi primera comunión. Una vez, lo recuerdo, me habló del sufrimiento, diciéndome que, en lugar de hacerme andar por ese camino, el buen Dios, sin duda, me llevaría siempre como a una niña pequeña. Esas palabras me volvieron a la mente después de mi comunión del día siguiente, y mi corazón se inflamó de un vivo deseo de sufrir, con la certeza íntima de que me estaba reservado gran número de cruces. Entonces mi alma fue inundada de tales consuelos que no he tenido otros semejantes en toda mi vida. El sufrimiento se convirtió en mi atractivo, le encontré encantos que me cautivaron, sin conocerlos bien todavía.

Sentí otro gran deseo: el de no amar sino al buen Dios, el de no hallar alegría sino en Él solo. A menudo, durante mis acciones de gracias, repetía este pasaje de la Imitación: «*¡Oh Jesús, dulzura inefable, cambia para mí en amargura todos los consuelos de la tierra!*»⁷. Esas palabras salían de mis labios sin esfuerzo; las pronunciaba como una niña que repite, sin comprender demasiado, lo que una persona amiga le inspira. Más tarde le diré, Madre mía, cómo Nuestro Señor se complació en realizar mi deseo; cómo fue siempre Él solo mi dulzura inefable. Si le hablara de ello ahora, habría que adelantarse a mi vida de joven; y tengo todavía muchos detalles que darle sobre mi vida de niña.

* * *

Poco tiempo después de mi primera comunión, entré de nuevo en reti-

ro para mi confirmación. Me había preparado con mucho cuidado para la visita del Espíritu Santo; no podía comprender que no se pusiera gran atención en la recepción de este sacramento de amor. Como la ceremonia no tuvo lugar el día señalado, tuve el consuelo de ver mi soledad un poco prolongada. ¡Ah, qué alegre estaba mi alma! Como los Apóstoles, esperaba con dicha al Consolador prometido, me alegraba de ser pronto perfecta cristiana y de tener en la frente, grabada eternamente, la cruz misteriosa de este sacramento inefable.

No sentí el viento impetuoso del primer Pentecostés, sino más bien aquella *brisa ligera* cuyo murmullo oyó el profeta Elías en el monte Horeb. Ese día recibí *la fuerza* de sufrir, fuerza que me era bien necesaria, pues el martirio de mi alma debía comenzar poco después.

Pasadas aquellas fiestas deliciosas e inolvidables, tuve que retomar mi vida de interna. Me iba bien en los estudios y retenía con facilidad el sentido de las cosas; solo me costaba un trabajo extremo aprender palabra por palabra. Sin embargo, en el catecismo mis esfuerzos fueron coronados por el éxito. El señor capellán me llamaba su *pequeño doctor*, sin duda a causa de mi nombre de Teresa.

Durante los recreos me divertía muy a menudo contemplando de lejos los alegres juegos de mis compañeras, entregándome a serias reflexiones. Esa era mi distracción favorita. Había inventado también un juego que me gustaba mucho: buscaba con esmero los pobres pajarillos caídos muertos bajo los grandes árboles, y los sepultaba *honrosamente*, todos en el mismo cementerio, a la sombra del mismo césped. Otras veces contaba historias, y con frecuencia alumnas mayores se mezclaban entre mis oyentes; pero pronto nuestra prudente maestra me prohibió continuar mi oficio de orador, pues quería vernos *correr* y no *discursar*.

Escogí por amigas, en aquel tiempo, a dos niñas de mi edad; ¡pero qué estrecho es el corazón de las criaturas! Una de ellas tuvo que volver a su familia por unos meses; durante su ausencia me guardé muy bien de olvidarla, y manifesté gran alegría al volver a verla. ¡Ay, solo

obtuve una mirada indiferente! Mi amistad no fue comprendida; lo sentí vivamente, y no mendigué ya en adelante un afecto tan inconstante. Sin embargo, el buen Dios me ha dado un corazón tan fiel que, cuando ha amado, ama siempre; por eso sigo rezando por esa compañera y todavía la quiero.

Al ver que varias alumnas se apegaban particularmente a una de las maestras, quise imitarlas, pero no pude lograrlo. ¡Oh, feliz impotencia! ¡Cuántos grandes males me ha evitado! ¡Cuánto agradezco al Señor que solo me hiciera hallar amargura en las amistades de la tierra! Con un corazón como el mío, me habría dejado atrapar y cortar las alas; entonces, ¿cómo habría podido *«volar y descansar»*⁸? ¿Cómo puede un corazón entregado al afecto humano unirse íntimamente a Dios? Siento que eso no es posible. He visto tantas almas, seducidas por esa falsa luz, lanzarse hacia ella como pobres mariposas y quemarse las alas, y luego volver heridas hacia Jesús, el fuego divino que arde sin consumir.

¡Ah, lo sé, Nuestro Señor me conocía demasiado débil para exponerme a la tentación; sin duda, me habría quemado por entero en la engañosa luz de las criaturas: pero esta no brilló ante mis ojos! Allí donde las almas fuertes encuentran alegría y se desprenden de ella por fidelidad, yo no encontré sino aflicción. ¿Dónde está, pues, mi mérito de no haberme entregado a esos apegos frágiles, puesto que solo me vi preservada de ellos por un dulce efecto de la misericordia de Dios? Sin Él, lo reconozco, habría podido caer tan bajo como santa Magdalena; y la profunda palabra del divino Maestro a Simón el fariseo resuena en mi alma con gran dulzura. Sí, lo sé, *«aquel a quien se le perdona menos, ama menos»*⁹. Pero sé también que Jesús me ha perdonado más a mí que a santa Magdalena. ¡Ah, cuánto quisiera poder expresar lo que siento! Aquí tiene al menos un ejemplo que traducirá un poco mi pensamiento:

Supongamos que el hijo de un hábil médico encuentra en su camino una piedra que lo hace caer y le rompe un miembro. Su padre acu-

de enseguida, lo levanta con amor, cura sus heridas empleando para ello todos los recursos del arte; y pronto su hijo, completamente curado, le demuestra su gratitud. Sin duda, ese niño tiene mucha razón en amar a un padre tan bueno; pero he aquí otra suposición:

El padre, habiendo sabido que en el camino de su hijo hay una piedra peligrosa, se adelanta y la retira sin que nadie lo vea. Ciertamente ese hijo, objeto de su previsora ternura, al no saber la desgracia de la que lo ha preservado la mano paterna, no le demostrará ninguna gratitud, y lo amará menos que si lo hubiera curado de una herida mortal. Pero, si llega a saberlo todo, ¿no lo amará más? Pues bien, yo soy ese niño, objeto del amor previsor de un Padre *«que no envió a Su Verbo para redimir a los justos, sino a los pecadores¹⁰»*. Él quiere que Lo ame, porque me ha perdonado, no *mucho*, sino *todo*. Sin esperar a que yo Lo ame mucho, como santa Magdalena, me ha hecho saber cómo me había amado con un amor de inefable previsión, ¡para que ahora *Lo ame con locura!*

He oído decir muchas veces, durante los retiros y en otras partes, que no se había encontrado un alma pura que amara más que un alma arrepentida. ¡Ah, cuánto quisiera desmentir esa afirmación!

* * *

Pero estoy muy lejos de mi tema, ya no sé bien por dónde retomarlo...

Fue durante mi retiro de segunda comunión cuando me vi asaltada por la terrible enfermedad de los escrúpulos. Hay que haber pasado por ese martirio para comprenderlo bien. ¡Decir lo que sufrí durante cerca de dos años me sería imposible! Todos mis pensamientos y mis acciones más sencillas se me volvían motivo de turbación y angustia. Solo tenía reposo después de haberlo confiado todo a María, lo cual me costaba mucho; pues me creía obligada a decirle absolutamente todos mis pensamientos, hasta los más extravagantes. Apenas depositado mi fardo, gustaba un instante de paz; pero esa paz pasaba como un re-

lámpago, ¡y mi martirio volvía a empezar! ¡Dios mío, cuántos actos de paciencia no habré hecho hacer a mi hermana querida!

* * *

Aquel año, durante las vacaciones, fuimos a pasar quince días a la orilla del mar. Mi tía, siempre tan buena, tan maternal con sus niñas de Les Buissonnets, les procuró todos los placeres imaginables: paseos en burro, pesca del lanzón, etc. Hasta nos mimaba en el vestir. Recuerdo que un día me regaló cintas azul cielo. Era todavía tan niña, a pesar de mis doce años y medio, que sentí alegría al atarme el cabello con esas lindas cintas. Después tuve tanto escrúpulo por ello que me confesé, en la misma Trouville, de ese placer infantil que me parecía ser un pecado.

Allí hice una experiencia muy provechosa:

Mi prima María tenía muy a menudo jaqueca; y mi tía en esas ocasiones la mimaba, le prodigaba los nombres más tiernos, sin obtener jamás otra cosa que lágrimas, con la invariable queja: «¡Me duele la cabeza!». Yo, que casi todos los días tenía también dolor de cabeza y no me quejaba, quise una buena noche imitar a María. Me puse, pues, a lagrimear en un sillón, en un rincón del salón. Pronto mi prima mayor Juana, a quien quería mucho, se afanó en torno a mí; mi tía vino también y me preguntó cuál era la causa de mis lágrimas. Respondí como María: «¡Me duele la cabeza!».

Parece que no me iba bien quejarme: jamás pude hacer creer que ese dolor de cabeza me hiciera llorar. En lugar de acariciarme, como solía hacerlo, mi tía me habló como a una persona mayor. Juana incluso me reprochó, muy suavemente, pero con un acento de pena, que faltara a la confianza y a la sencillez con mi tía, al no decirle la verdadera causa de mis lágrimas, que ella creía un gran escrúpulo.

En fin, todo mi esfuerzo fue en vano, y quedé bien resuelta a no imitar más a los demás, y comprendí la fábula *del burro y el perrito*. Yo

era el burro que, testigo de las caricias prodigadas al perrito, había puesto su pesado casco sobre la mesa para recibir también su parte de besos. Si no fui despedida a palos, como el pobre animal, no dejé de recibir, con todo, el pago en la misma moneda, y esa moneda me curó para siempre del deseo de llamar la atención.

* * *

Vuelvo a mi gran prueba de los escrúpulos. Terminó por enfermarme, y fue preciso sacarme del colegio a los trece años. Para completar mi educación, mi padre me llevaba, varias veces por semana, a casa de una respetable señora de quien recibía excelentes lecciones. Esas lecciones tenían la doble ventaja de instruirme y de acercarme al mundo.

En aquella habitación amueblada a la antigua, rodeada de libros y cuadernos, asistía con frecuencia a numerosas visitas. La madre de mi institutriz llevaba, en lo posible, el peso de la conversación; sin embargo, esos días no aprendía gran cosa. Con la nariz metida en mi libro, lo oía todo, incluso lo que habría sido mejor para mí no oír. Una señora decía que yo tenía hermosos cabellos, otra al salir preguntaba quién era esa joven tan bonita. Y esas palabras, tanto más lisonjeras cuanto que no se pronunciaban delante de mí, me dejaban una impresión de placer que me mostraba claramente cuán llena estaba de amor propio.

¡Cuánta compasión siento por las almas que se pierden! ¡Es tan fácil extraviarse por los senderos floridos del mundo! Sin duda, para un alma algo elevada, la dulzura que él ofrece está mezclada de amargura, y el inmenso vacío de los deseos no podría llenarse con alabanzas de un instante; pero, lo repito, si mi corazón no hubiera sido elevado hacia Dios desde su primer despertar, si el mundo me hubiera sonreído desde mi entrada en la vida, ¿qué habría sido de mí? ¡Oh Madre mía venerada, con qué gratitud canto las misericordias del Señor! Según una palabra de la Sabiduría, ¿no me ha *«retirado del mundo antes de que mi espíritu fuera corrompido por su malicia, y de que las aparien-*

cias engañosas hubieran seducido mi alma¹¹»?

Entretanto, resolví consagrarme muy particularmente a la santísima Virgen, solicitando mi admisión entre las Hijas de María; para ello debí volver al convento dos veces por semana, lo cual me costó un poco, lo confieso, a causa de mi gran timidez. Quería mucho, sin duda, a mis buenas maestras, y siempre les guardaré una viva gratitud; pero, ya lo he dicho, no tenía, como las otras antiguas alumnas, una maestra particularmente amiga con quien me hubiera sido posible pasar varias horas. Entonces trabajaba en silencio hasta el final de la clase de labores; y, como nadie se fijaba en mí, subía luego a la tribuna de la capilla hasta la hora en que mi padre venía a buscarme.

En esa visita silenciosa hallaba mi única consolación. ¿No era Jesús mi único Amigo? No sabía hablar sino con Él solo; las conversaciones con las criaturas, aun las piadosas, me fatigaban el alma. Es cierto que en esos desamparos tenía algunos momentos de tristeza y recuerdo que, con frecuencia entonces, repetía con consuelo este verso de un hermoso poema que nos recitaba mi padre:

El tiempo es tu navío y no tu morada.

Cuando era muy pequeña, esas palabras me devolvían el ánimo. Todavía ahora, a pesar de los años que hacen desaparecer tantas impresiones de piedad infantil, la imagen del navío encanta siempre mi alma y le ayuda a soportar el destierro. ¿No dice también la Sabiduría que *«la vida es como el navío que surca las olas agitadas y no deja tras sí ninguna huella de su rápido paso¹²»?*

Cuando pienso en estas cosas, mi mirada se sumerge en el infinito; ¡me parece tocar ya la orilla eterna! Me parece recibir los abrazos de Jesús... ¡Creo ver a la Virgen María que viene a mi encuentro con mi padre, mi madre, los angelitos mis hermanos y hermanas! ¡Creo gozar por fin, para siempre, de la verdadera, de la eterna vida de familia!

Pero antes de verme sentada en el hogar paterno de los cielos, debía sufrir todavía muchas separaciones en la tierra. El año en que fui recibida como hija de la santísima Virgen me arrebató a mi querida María¹³, el único sostén de mi alma. Desde la partida de Paulina, ella seguía siendo mi único oráculo, y la quería tanto que no podía vivir sin su dulce compañía.

Apenas supe su determinación, resolví no tomar ya ningún placer aquí abajo; ¡no puedo decir cuántas lágrimas derramé! Por lo demás, era mi costumbre en aquel tiempo: lloraba no solo en las grandes ocasiones, sino en las más pequeñas. Aquí van algunos ejemplos:

Tenía un gran deseo de practicar la virtud, pero me las arreglaba de una manera singular: no estaba acostumbrada a servirme; Celina arreglaba nuestro cuarto, y yo no me ocupaba de ningún trabajo doméstico. Me sucedía a veces, *para agradar al buen Dios*, hacer la cama, o bien, de noche, en ausencia de mi hermana, meter en casa sus esquejes y sus macetas de flores. Como ya dije, hacía esas cosas *solo para el buen Dios*; así, no debería haber esperado el agradecimiento de las criaturas. ¡Ay, todo era muy distinto! Si Celina tenía la desgracia de no parecer feliz y sorprendida por mis pequeños servicios, yo no quedaba contenta y se lo hacía ver con mis lágrimas.

Si me sucedía causar involuntariamente una pena a alguien, en lugar de sobreponerme, me desconsolaba hasta enfermarme, lo cual aumentaba mi falta en vez de repararla; y, cuando empezaba a consolar-me de la falta misma, lloraba por haber llorado.

¡De verdad me afligía por todo! Ahora es lo contrario; el buen Dios me hace la gracia de no abatirme por ninguna cosa pasajera. Cuando recuerdo el pasado, mi alma rebosa de gratitud; a consecuencia de los favores que he recibido del cielo, se ha obrado en mí un cambio tal que estoy irreconocible.

Cuando María entró en el Carmelo, no pudiendo ya confiarle mis tormentos, me volví hacia los cielos. Me dirigí a los cuatro angelitos que me habían precedido allá arriba, pensando que esas almas inocentes, que nunca habían conocido la turbación ni el temor, debían de tener piedad de su pobre hermanita que sufría en la tierra. Les hablé con una sencillez de niña, haciéndoles notar que, siendo la última de la familia, siempre había sido la más amada, la más colmada de ternuras por parte de mis padres y de mis hermanas; que, si ellos se hubieran quedado en la tierra, sin duda me habrían dado las mismas pruebas de afecto. Su entrada en el cielo no me parecía ser para ellos una razón para olvidarme; al contrario, hallándose en condiciones de sacar de los tesoros divinos, debían tomar de allí *la paz* para mí, y mostrarme así que allá arriba todavía se sabe amar.

La respuesta no se hizo esperar; pronto la paz vino a inundar mi alma con sus olas deliciosas. ¡Era, pues, amada, no solo en la tierra, sino también en el cielo! Desde ese momento creció mi devoción a mis hermanitos y hermanitas del paraíso; me gustaba conversar con ellos, hablarles de las tristezas del destierro y de mi deseo de ir pronto a reunirme con ellos en la patria eterna.

[1.](#) Sb 4, 12.

[2.](#) Qo 1, 2.

[3.](#) *Imit.*, l. I, c. 1, 3.

[4.](#) N. del E.: «fusión» y la gota que se pierde en el océano son lenguaje de los místicos para la unión íntima con Cristo, fruto principal de la comunión (CEC 1391). Es unión de amor, no disolución de la persona en Dios. Tampoco pedir que se le quite la libertad es renunciar al libre albedrío: es pedir no apartarse nunca de Él, y la gracia no se opone a la libertad, sino que la hace crecer (CEC 1742).

[5.](#) Ct 2, 1.

[6.](#) Ga 2, 20.

[7.](#) *Imit.*, l. III, c. 26, 3.

[8.](#) Sal 54, 6.

[9.](#) Lc 7, 47.

[10.](#) Lc 5, 32.

[11.](#) Sb 4, 11.

[12.](#) Sb 5, 10.

[13.](#) Ella entró en el Carmelo de Lisieux el 15 de octubre de 1886 y tomó el nombre de *Sor María del Sagrado Corazón*.

Capítulo V

La gracia de Navidad. Celo por las almas. Primera conquista. Dulce intimidad con su hermana Celina. Obtiene de su padre el permiso para entrar en el Carmelo a los quince años. Negativa del Superior. Recurre a Su Excelencia Monseñor Hugonin, obispo de Bayeux.

Aunque el cielo me colmaba de gracias, yo estaba lejos de merecerlas. Sentía constantemente un vivo deseo de practicar la virtud, pero ¡qué imperfecciones se mezclaban en mis actos! Mi extrema sensibilidad me hacía verdaderamente insoportable; todos los razonamientos eran inútiles, no podía corregirme de ese feo defecto.

¿Cómo me atrevía, entonces, a esperar mi próxima entrada en el Carmelo? Hacía falta un pequeño milagro para hacerme crecer en un momento; y ese milagro tan deseado, el buen Dios lo hizo en el día inolvidable del 25 de diciembre de 1886. En esa fiesta de Navidad, en esa noche bendita, Jesús, el dulce Niño de una hora, cambió la noche de mi alma en torrentes de luz. Al hacerse débil y pequeño por amor a mí, Él me hizo fuerte y valerosa; me revistió de Sus armas, y desde entonces marché de victoria en victoria, comenzando, por así decirlo, *una carrera de gigante*. La fuente de mis lágrimas se secó y ya solo se abrió rara y difícilmente.

Le diré ahora, Madre mía, en qué circunstancia recibí esa gracia inestimable de mi completa conversión:

Al llegar a Les Buissonnets, después de la Misa de medianoche, yo sabía que encontraría en la chimenea, como en los días de mi primera infancia, mis zapatos llenos de golosinas (lo que prueba que, hasta entonces, mis hermanas me trataban como a un bebé). Mi propio padre gozaba viendo mi felicidad, oyendo mis gritos de alegría cuando sacaba cada nueva sorpresa de los zapatos encantados, y su alegría aumen-

taba aún más mi placer. Pero había llegado la hora en que Jesús quería librarme de los defectos de la infancia y quitarme sus inocentes alegrías. Permitió que mi padre, contra su costumbre de consentirme en toda circunstancia, sintiera esta vez fastidio. Al subir a mi cuarto, le oí pronunciar estas palabras que me traspasaron el corazón: «Para una muchacha tan grande como Teresa, esta es una sorpresa demasiado infantil; espero que sea el último año.»

Celina, que conocía mi extrema sensibilidad, me dijo en voz baja: «No bajes enseguida, espera un poco; llorarías demasiado al mirar las sorpresas delante de papá.» Pero Teresa ya no era la misma... ¡Jesús había cambiado su corazón!

Conteniendo mis lágrimas, bajé rápidamente al comedor; y, reprimiendo los latidos de mi corazón, tomé mis zapatos, los puse delante de mi padre y fui sacando *alegremente* todos los objetos, con aire feliz como una reina. Papá reía, ya no aparecía en su rostro ninguna señal de contrariedad, ¡y Celina se creía en medio de un sueño! Por fortuna era una dulce realidad: la pequeña Teresa acababa de recobrar para siempre la fortaleza de ánimo que había perdido a los cuatro años y medio.

En aquella noche luminosa comenzó, pues, el tercer período de mi vida, el más hermoso de todos, el más lleno de las gracias del cielo. En un instante, la obra que yo no había podido hacer en varios años, Jesús la realizó, contentándose con mi buena voluntad. Como los Apóstoles, podía decir: *«Señor, he pescado toda la noche sin sacar nada»*¹. Más misericordioso todavía conmigo que con Sus discípulos, *Jesús tomó Él mismo la red*, la echó y la sacó llena de peces; hizo de mí *un pescador de almas*... La caridad entró en mi corazón junto con la necesidad de olvidarme siempre de mí misma, y desde entonces fui feliz.

* * *

Un domingo, al cerrar mi libro al final de la Misa, una fotografía que

representaba a Nuestro Señor en la cruz se deslizó un poco fuera de las páginas, dejándome ver solo una de Sus manos divinas, traspasada y ensangrentada. Experimenté entonces un sentimiento nuevo, inefable. Mi corazón se partió de dolor al ver aquella sangre preciosa que caía a tierra sin que nadie se apresurara a recogerla; y resolví mantenerme continuamente en espíritu al pie de la cruz, para recibir el divino rocío de la salvación y derramarlo luego sobre las almas.

Desde ese día, el grito de Jesús moribundo: «*¡Tengo sed!*» resonaba a cada instante en mi corazón, para encender en él un ardor desconocido y vivísimo. Yo quería dar de beber a mi Amado; me sentía devorada yo misma por la sed de almas, y quería arrancar a toda costa a los pecadores de las llamas eternas.

Para excitar mi celo, el buen Maestro me mostró pronto que mis deseos Le eran agradables. Oí hablar de un gran criminal, llamado Pranzini, condenado a muerte por asesinatos espantosos, y cuya impenitencia hacía temer una condenación eterna. Quise impedir esa última e irremediable desgracia. Para lograrlo, empleé todos los medios espirituales imaginables; y, sabiendo que por mí misma nada podía, ofrecí por su rescate los méritos infinitos de Nuestro Señor y los tesoros de la santa Iglesia.

¿Hace falta decirlo? Yo sentía en el fondo de mi corazón la certeza de ser escuchada. Pero, para darme ánimo y seguir corriendo a la conquista de las almas, hice esta ingenua oración: «Dios mío, estoy bien segura de que Tú perdonarás al desdichado Pranzini; lo creería aun si no se confesara y no diera ninguna señal de arrepentimiento, tanta es la confianza que tengo en Tu infinita misericordia. Pero es mi primer pecador; por eso, solo Te pido *una señal* de arrepentimiento, para mi simple consuelo.»

¡Mi oración fue escuchada al pie de la letra! (Mi padre nunca nos dejaba leer los periódicos; sin embargo, no creí desobedecer al mirar los pasajes que se referían a Pranzini.) Al día siguiente de su ejecución, abro con ansia el diario «*La Croix*», y ¿qué veo?... ¡Ah! mis lágri-

mas delataron mi emoción y me vi obligada a huir. Pranzini, sin confesión, sin absolución, había subido al cadalso; ya los verdugos lo arrastraban hacia la fatal plancha, cuando, conmovido de repente por una súbita inspiración, se vuelve, toma un Crucifijo que le presentaba el sacerdote *¡y besa por tres veces Sus llagas sagradas!...*

¡Había obtenido, pues, la señal pedida; y esa señal fue muy dulce para mí! ¿No fue ante las llagas de Jesús, al ver correr Su sangre divina, cuando la sed de almas había penetrado en mi corazón? Yo quería darles a beber esa sangre inmaculada, para purificarlas de sus manchas; ¡y los labios de «mi primer hijo» fueron a pegarse sobre las llagas divinas! ¡Qué respuesta tan inefable! ¡Ah! Desde esa gracia única, mi deseo de salvar almas crecía cada día; me parecía oír a Jesús decirme en voz baja, como a la Samaritana: *«¡Dame de beber!»*². Era un verdadero intercambio de amor: a las almas yo les daba la sangre de Jesús, a Jesús Le ofrecía esas mismas almas refrescadas con el rocío del Calvario; así pensaba saciar Su sed; pero mientras más Le daba de beber, más aumentaba la sed de mi pobre almita, y yo recibía esa sed ardiente como la más deliciosa recompensa.

* * *

En poco tiempo, el buen Dios me había sacado del estrecho círculo en que yo vivía. El gran paso estaba dado; pero, ¡ay!, aún me quedaba un largo camino por recorrer.

Libre de mis escrúpulos y de mi excesiva sensibilidad, mi espíritu se desarrolló. Siempre había amado lo grande, lo bello; en esa época me sobrevino un deseo extremo de saber. No contentándome con las lecciones de mi maestra, me aplicaba sola a ciencias especiales; y, de ese modo, adquirí más conocimientos en pocos meses que durante todos mis años de estudio. ¡Ah! ¿No era ese celo *vanidad y aflicción de espíritu*?

Con mi naturaleza ardiente, me encontraba en el momento más pe-

ligroso de la vida. Pero el Señor hizo conmigo lo que refiere Ezequiel en sus profecías:

«Vio que había llegado para mí el tiempo de ser amada; hizo alianza conmigo, y llegué a ser suya; extendió sobre mí Su manto; me lavó con perfumes preciosos; me revistió de vestidos resplandecientes, dándome collares y perfumes sin precio. Me alimentó con la más pura harina, con miel y aceite en abundancia. Entonces me hice hermosa a Sus ojos, y Él hizo de mí una reina poderosa.»³

¡Sí, Jesús ha hecho todo eso por mí! Podría retomar cada palabra de este inefable pasaje y mostrar que se ha cumplido en mi favor; pero las gracias referidas más arriba ya son una prueba suficiente. Voy, pues, a hablar solo del alimento que el divino Maestro me ha prodigado «en abundancia».

Desde hacía mucho tiempo sostenía mi vida espiritual con «la más pura harina» contenida en la *Imitación*. Era el único libro que me hacía bien, pues yo no había descubierto los tesoros escondidos en el santo Evangelio. Este librito no se apartaba nunca de mí. En la familia se divertían mucho con eso; y a menudo mi tía, abriéndolo al azar, me hacía recitar el capítulo en que caía su mirada.

A los catorce años, con mi deseo de ciencia, el buen Dios juzgó necesario añadir a «la más pura harina, miel y aceite en abundancia». Esa miel y ese aceite me los hizo gustar en las conferencias del señor abate Arminjon sobre *el fin del mundo presente y los misterios de la vida futura*. La lectura de esa obra sumió mi alma en una felicidad que no es de la tierra; yo presentía ya lo que Dios reserva a quienes Le aman; y, viendo que esas recompensas eternas eran tan desproporcionadas con los leves sacrificios de esta vida, quería amar, amar a Jesús con pasión, darle mil muestras de ternura mientras aún podía.

* * *

Celina se había convertido, sobre todo desde Navidad, en la confiden-

te íntima de mis pensamientos. Jesús, que quería hacernos avanzar juntas, formó en nuestros corazones lazos más fuertes que los de la sangre. Nos hizo *hermanas de alma*.

En nosotras se cumplieron las palabras de nuestro Padre san Juan de la Cruz, en su Cántico espiritual:

- > Siguiendo Tus huellas, oh mi Amado,
- > las jóvenes recorren ligeramente el camino.
- > El toque de la chispa,
- > el vino aromado,
- > les hacen producir aspiraciones divinamente perfumadas.

¡Sí, con qué ligereza seguíamos las huellas de Jesús! Las chispas ardientes que Él sembraba en nuestras almas, el vino delicioso y fuerte que nos daba a beber hacían desaparecer ante nuestros ojos las cosas pasajeras de aquí abajo; y de nuestros labios salían aspiraciones todas de amor.

¡Con qué dulzura recuerdo nuestras conversaciones de entonces! Cada noche, en el mirador, sumergíamos juntas la mirada en el azul profundo sembrado de estrellas de oro. Me parece que recibíamos gracias muy grandes. Como dice la Imitación: «*Dios se comunica a veces en medio de un vivo resplandor, o bien suavemente velado bajo sombras o figuras.*»⁴ Así se dignaba manifestarse a nuestros corazones; ¡pero qué transparente y ligero era ese velo! La duda no habría sido posible; ya la fe y la esperanza abandonaban nuestras almas: el amor nos hacía encontrar en la tierra a Aquel a quien buscábamos.⁵ *Habiéndolo encontrado a solas, nos había dado Su beso, para que en adelante nadie pudiera despreciarnos.*⁶

Estas divinas impresiones no debían quedar sin fruto; la práctica de la virtud se me hizo dulce y natural. Al principio, mi rostro delataba el combate; pero, poco a poco, la renuncia me pareció fácil, aun en el primer instante. Jesús lo ha dicho: «*Al que tiene se le dará todavía más, y*

*tendrá en abundancia.»*⁷ Por una gracia fielmente recibida, me concedía una multitud de otras. Se daba Él mismo a mí en la santa comunión, más a menudo de lo que yo habría osado esperar. Me había fijado como regla de conducta hacer, con toda fidelidad, todas las comuniones permitidas por mi confesor, sin pedirle nunca aumentar su número. Hoy lo haría de otra manera; pues estoy bien segura de que un alma debe decir a su director el atractivo que siente por recibir a su Dios. No desciende *cada día* del cielo para quedarse en el copón de oro, sino para encontrar otro cielo: el cielo de nuestra alma, donde halla Sus delicias.

Jesús, que veía mi deseo, inspiraba, pues, a mi confesor para que me permitiera varias comuniones por semana; y esos permisos, que venían directamente de Él, me colmaban de alegría. En aquel tiempo, yo no me atrevía a decir nada de mis sentimientos interiores; el camino por el que andaba era tan recto, tan luminoso, que no sentía la necesidad de otro guía que Jesús. Comparaba a los directores con espejos fieles que reflejaban a Nuestro Señor en las almas; y pensaba que, para mí, el buen Dios no se servía de intermediario, sino que obraba directamente.

* * *

Cuando un jardinero rodea de cuidados un fruto que quiere hacer madurar antes de tiempo, nunca es para dejarlo colgado del árbol; es para presentarlo en una mesa ricamente servida. Con una intención semejante, Jesús prodigaba Sus gracias a Su florecilla. Quería hacer resplandecer en mí Su misericordia; Él, que exclamaba en un arrebato de alegría, en los días de Su vida mortal: *«Padre, Te bendigo porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes, para revelarlas a los más pequeños.»*⁸ Porque yo era pequeña y débil, se abajaba hacia mí y me instruía dulcemente en los secretos de Su amor. Como dice san Juan de la Cruz en su Cántico del alma:

- > No tenía guía ni luz,
- > excepto la que brillaba en mi corazón.
- > Esa luz me guiaba
- > más seguramente que la del mediodía
- > al lugar donde me esperaba
- > Aquel que me conoce perfectamente.

Ese lugar era el Carmelo; pero antes de *reposar a la sombra de Aquel a quien yo deseaba*⁹, debía pasar por muchas pruebas. Y sin embargo la llamada divina se hacía tan apremiante que, aunque hubiera tenido que atravesar las llamas, me habría lanzado a ellas para responder a Nuestro Señor.

Solo mi hermana Inés de Jesús me animaba en mi vocación; María me hallaba demasiado joven, y usted, Madre querida, trataba también, sin duda para probarme, de moderar mi ardor. Desde el comienzo no encontré sino obstáculos. Por otra parte, yo no me atrevía a decir nada a Celina, y ese silencio me hacía sufrir mucho; ¡me era tan difícil ocultarle algo! Pronto, sin embargo, esta hermana querida supo mi determinación y, lejos de intentar apartarme de ella, aceptó el sacrificio con un valor admirable. Puesto que ella quería ser religiosa, habría debido partir primero; pero, como antaño los mártires daban gozosamente el beso de despedida a sus hermanos, elegidos los primeros para combatir en la arena: así me dejó ella alejarme, tomando en mis pruebas la misma parte que si se hubiera tratado de su propia vocación.

Por el lado de Celina no tenía, pues, nada que temer; pero no sabía qué medio tomar para anunciar mis proyectos a mi padre. ¿Cómo hablarle de dejar a su reina, cuando acababa de sacrificar a sus dos mayores? Además, ese año lo habíamos visto enfermo de un ataque de parálisis bastante serio, del que se recuperó pronto, es cierto, pero que no dejaba de darnos muchas inquietudes para el futuro.

¡Ah! ¡Cuántas luchas íntimas sufrí antes de hablar! Sin embargo, era preciso decidirme: iba a cumplir catorce años y medio, solo seis

meses nos separaban aún de la hermosa noche de Navidad, y yo estaba resuelta a entrar en el Carmelo a la misma hora en que, el año anterior, había recibido mi gracia de conversión.

Para hacer mi gran confidencia elegí la fiesta de Pentecostés. Todo el día pedí las luces del Espíritu Santo, suplicando a los Apóstoles que rezaran por mí, que me inspiraran las palabras que iba a tener que decir. ¿No eran ellos, en efecto, quienes debían ayudar a la niña tímida que Dios destinaba a ser el apóstol de los apóstoles por la oración y el sacrificio?

Por la tarde, al volver de Vísperas, encontré la ocasión deseada. Mi padre había ido a sentarse en el jardín; y allí, con las manos juntas, contemplaba las maravillas de la naturaleza. El sol poniente doraba con sus últimos fuegos la cima de los grandes árboles, y los pajarillos gorjeaban su oración de la tarde.

Su hermoso rostro tenía una expresión toda celestial, yo sentía que la paz inundaba su corazón. Sin decir una sola palabra, fui a sentarme a su lado, con los ojos ya húmedos de lágrimas. Me miró con una ternura indefinible, apoyó mi cabeza sobre su corazón y me dijo: «¿Qué tienes, mi reinita? Confíamelo...» Luego, levantándose como para disimular su propia emoción, caminó despacio, estrechándome siempre contra su corazón.

A través de mis lágrimas le hablé del Carmelo, de mis deseos de entrar pronto; ¡entonces lloró él mismo! Sin embargo, no me dijo nada que pudiera apartarme de mi vocación; simplemente me hizo notar que yo era todavía muy joven para tomar una determinación tan grave; y, como yo insistía, defendiendo bien mi causa, mi incomparable padre, con su naturaleza recta y generosa, quedó pronto convencido. Continuamos largo rato nuestro paseo; mi corazón estaba aliviado, papá ya no derramaba lágrimas. Me habló como un santo. Acercándose a un muro poco elevado, me mostró unas florecillas blancas, semejantes a azucenas en miniatura; y, tomando una de esas flores, me la dio, explicándome con qué cuidado el Señor la había hecho brotar y la había

conservado hasta ese día.

Yo creía oír mi historia, tan impresionante era el parecido entre la florecilla y la pequeña Teresa. Recibí esa flor como una reliquia; y vi que, al querer cortarla, mi padre había arrancado todas sus raíces sin quebrarlas: parecía destinada a vivir todavía en otra tierra más fértil. Esa misma acción acababa de hacerla papá por mí, al permitirme dejar, por la montaña del Carmelo, el dulce valle testigo de mis primeros pasos en la vida.

Pegué mi florecilla blanca sobre una imagen de Nuestra Señora de las Victorias: la Santísima Virgen le sonríe, y el Niño Jesús parece sostenerla en Su mano. Allí está todavía, solo que el tallo se ha quebrado muy cerca de la raíz. El buen Dios, sin duda, quiere decirme con eso que pronto romperá los lazos de Su florecilla y no la dejará marchitarse en la tierra...

Después de haber obtenido el consentimiento de mi padre, creía poder volar sin temor al Carmelo. ¡Ay! Mi tío, después de escuchar a su vez mis confidencias, declaró que esa entrada a los quince años, en una orden austera, le parecía contraria a la prudencia humana; que sería perjudicar a la religión dejar que una niña abrazara semejante vida. Añadió que iba a poner de su parte toda la oposición posible, y que, a menos de un milagro, no cambiaría de parecer.

Comprendí que todos los razonamientos eran inútiles, y me retiré con el corazón sumido en la más profunda amargura. Mi único consuelo era la oración; suplicaba a Jesús que hiciera el milagro pedido, puesto que solo a ese precio podía responder a Su llamada. Pasó bastante tiempo; mi tío parecía no acordarse ya de nuestra conversación; pero supe más tarde que, muy al contrario, yo le preocupaba mucho.

Antes de hacer brillar sobre mi alma un rayo de esperanza, el Señor quiso enviarme otro martirio muy doloroso, que duró tres días. ¡Oh! Nunca comprendí tan bien la pena amarga de la Santísima Virgen y de san José, buscando por las calles de Jerusalén al divino Niño Jesús. Me hallaba en un desierto espantoso; o mejor, mi alma se parecía al

frágil eskuife entregado sin piloto a merced de las olas tormentosas. Lo sé, Jesús estaba allí, durmiendo en mi barquilla, pero ¿cómo verlo en medio de una noche tan sombría? Si la tormenta hubiera estallado abiertamente, un relámpago habría surcado quizá mis nubes. Sin duda, es muy triste el resplandor de los relámpagos; sin embargo, a su claridad habría divisado por un instante al Amado de mi corazón.

Pero no... ¡era la noche! ¡La noche profunda, el abandono completo, una verdadera muerte! Como el divino Maestro en el Huerto de la Agonía, me sentía sola, sin hallar consuelo ni del lado de la tierra ni del lado de los cielos. La naturaleza parecía tomar parte en mi amarga tristeza: durante esos tres días, el sol no mostró un solo rayo y la lluvia cayó a torrentes. Siempre lo noté: en todas las circunstancias de mi vida la naturaleza era la imagen de mi alma. Cuando yo lloraba, el cielo lloraba conmigo; cuando gozaba, el azul del firmamento no se veía oscurecido por ninguna nube.

El cuarto día, que era un sábado, fui a ver a mi tío. ¡Cuál no fue mi sorpresa al encontrarlo del todo cambiado conmigo! Ante todo, sin que yo le hubiera manifestado el deseo, me hizo entrar en su despacho; luego, comenzando por dirigirme suaves reproches por mi manera de ser, un poco cohibida con él, me dijo que el milagro exigido ya no era necesario; que, habiendo pedido al buen Dios que le diera una simple inclinación de corazón, acababa de obtenerla. Ya no lo reconocía. Me abrazó con ternura de padre, añadiendo en tono muy emocionado: «Ve en paz, mi querida niña, eres una florecilla privilegiada que el Señor quiere cortar, no me opondré.»

¡Con qué alegría retomé el camino de Les Buissonnets *bajo el hermoso cielo cuyas nubes se habían disipado por completo!* En mi alma también había cesado la noche. Jesús, al despertar, me había devuelto la alegría, ya no oía el ruido de las olas: en lugar del viento de la prueba, una brisa ligera hinchaba mi vela, ¡y me creía en el puerto! ¡Ay! Más de una tormenta debía levantarse aún, haciéndome temer en ciertas horas haberme alejado sin retorno de la orilla tan ardientemente desea-

da.

Después de haber obtenido el consentimiento de mi tío, supe por usted, Madre venerada, que el señor Superior del Carmelo no me permitía entrar antes de los veintiún años. Nadie había pensado en esa oposición, la más grave, la más invencible de todas. Sin embargo, sin perder el ánimo, fui yo misma con mi padre a exponerle mis deseos. Me recibió muy fríamente, y nada pudo cambiar sus disposiciones. Lo dejamos por fin con un *no* bien firme: «Con todo, añadió, yo no soy más que el delegado de Monseñor; si él permite esa entrada, ya no tendré nada que decir.» Al salir del presbiterio nos encontramos *bajo una lluvia torrencial*; ¡ay!, también gruesas nubes cargaban el firmamento de mi alma. Papá no sabía cómo consolarme. Me prometió llevarme a Bayeux si yo lo deseaba; acepté con agradecimiento.

Pasaron muchos acontecimientos antes de que nos fuera posible realizar ese viaje. Por fuera, mi vida parecía la misma: estudiaba y, sobre todo, crecía en el amor del buen Dios. A veces tenía arrebatos, verdaderos transportes...

Una tarde, no sabiendo cómo decir a Jesús que Le amaba y cuánto deseaba que fuera servido y glorificado en todas partes, pensé con dolor que de los abismos del infierno no subiría jamás un solo acto de amor. Entonces exclamé que, de buen grado, consentiría en verme sumergida en ese lugar de tormentos y blasfemias, para que allí fuera amado eternamente. Eso no podría glorificarlo, puesto que Él solo desea nuestra felicidad; pero, cuando se ama, se siente la necesidad de decir mil locuras. Si hablaba así, no era porque el cielo no despertara mi deseo; pero entonces mi cielo no era otro que *el amor*, y sentía, en mi ardor, que nada podría separarme del objeto divino que me había cautivado...

* * *

Hacia esa época, Nuestro Señor me dio el consuelo de ver de cerca al-

mas de niños. Fue en esta circunstancia: durante la enfermedad de una pobre madre de familia, me ocupé mucho de sus dos hijitas, la mayor de las cuales no tenía seis años. Era un verdadero placer para mí ver con qué candor daban fe a todo lo que yo les decía. Por fuerza el santo bautismo deposita en las almas un germen muy profundo de las virtudes teologales, puesto que, desde la infancia, la esperanza de los bienes futuros basta para hacer aceptar sacrificios. Cuando quería ver a mis dos niñitas bien avenidas entre sí, en lugar de prometerles juguetes y golosinas, les hablaba de las recompensas eternas que el Niño Jesús dará a los niños buenos. La mayor, cuya razón empezaba a desarrollarse, me miraba con una expresión de viva alegría y me hacía mil preguntas encantadoras sobre el Niño Jesús y Su hermoso cielo. Me prometía luego con entusiasmo ceder siempre a su hermana, añadiendo que jamás en su vida olvidaría las lecciones de «la señorita grande» (así me llamaba).

Considerando esas almas inocentes, las comparaba a una cera blanda en la que se puede grabar toda huella: la del mal, ¡ay!, como la del bien; y comprendí la palabra de Jesús: *que más valdría ser arrojado al mar que escandalizar a uno solo de estos pequeños*¹⁰. ¡Ah! ¡Cuántas almas llegarían a una alta santidad si, desde el principio, fueran bien dirigidas!

Lo sé, Dios no necesita de nadie para cumplir Su obra de santificación; pero, así como permite a un hábil jardinero criar plantas raras y delicadas, dándole para ello la ciencia necesaria, reservándose Él el cuidado de fecundar, así quiere ser ayudado en Su divino cultivo de las almas. ¿Qué sucedería si un horticultor torpe no injertara bien sus árboles? ¿Si no supiera reconocer la naturaleza de cada uno y quisiera hacer brotar, por ejemplo, rosas en un duraznero?

Eso me hace recordar que, antaño, entre mis pájaros, yo tenía un canario que cantaba a las mil maravillas; tenía también un pequeño pardillo al que prodigaba cuidados especiales, pues lo había adoptado al salir del nido. Este pobre pequeño prisionero, privado de las leccio-

nes de música de sus padres y no oyendo de la mañana a la noche más que los alegres trinos del canario, quiso imitarlo un buen día. (¡Difícil empresa para un pardillo!) Era encantador ver los esfuerzos de ese pobrecito, a cuya dulce voz le costó mucho ajustarse a las notas vibrantes de su maestro. Lo logró, sin embargo, para mi gran sorpresa, y su canto llegó a ser absolutamente el mismo que el del canario.

¡Oh, Madre mía, usted sabe quién me enseñó a cantar desde la infancia! ¡Usted sabe qué voces me encantaron! Y ahora espero un día, a pesar de mi debilidad, repetir eternamente el cántico de amor cuyas notas armoniosas oí modular tantas veces aquí abajo.

* * *

Pero ¿dónde estoy? Estas reflexiones me han llevado demasiado lejos... Retomo enseguida el relato de mi vocación.

El 31 de octubre de 1887 partí hacia Bayeux, sola con mi padre, con el corazón lleno de esperanza, pero también muy emocionada ante la idea de presentarme en el obispado. Por primera vez en mi vida iba a hacer una visita sin ir acompañada de mis hermanas; ¡y esa visita era a un Obispo! Yo, que nunca necesitaba hablar sino para responder a las preguntas que me hacían, debía explicar y desarrollar las razones que me llevaban a solicitar mi entrada en el Carmelo, a fin de dar pruebas de la solidez de mi vocación.

¡Cuánto me costó vencer hasta ese punto mi timidez! ¡Oh! Es muy verdad que *el amor nunca encuentra imposibilidad, porque cree que todo le es posible y todo le está permitido*¹¹. En efecto, solo el amor de Jesús podía hacerme afrontar esas dificultades y las que siguieron; pues yo debía comprar mi felicidad con grandes pruebas. Hoy, sin duda, me parece haberla pagado muy barata, y estaría dispuesta a soportar penas mil veces más amargas para adquirirla, si aún no la tuviera.

Las cataratas del cielo parecían abiertas cuando llegamos al obispado. El señor abate Révérony, Vicario general, que él mismo había fija-

do la fecha del viaje, se mostró muy amable, aunque un poco sorprendido. Al ver lágrimas en mis ojos, me dijo: «¡Ah! Veo diamantes, ¡no hay que mostrárselos a Monseñor!»

Atravesamos entonces grandes salones, donde yo me sentía como una pequeña hormiga y me preguntaba qué iba a atreverme a decir. Monseñor se paseaba en ese momento por una galería, con dos sacerdotes; vi que el señor Gran Vicario cambiaba con él algunas palabras y volvía en su compañía al aposento donde esperábamos. Allí, tres enormes sillones estaban colocados frente a la chimenea, donde crepitaba un fuego ardiente.

Al ver entrar a Monseñor, mi padre se puso de rodillas junto a mí para recibir su bendición; luego Su Excelencia nos hizo sentar. El señor Révérony me ofreció el sillón del medio: me excusé con cortesía; insistió, diciéndome que mostrara si era capaz de obedecer. Enseguida lo hice sin la menor reflexión, y tuve la confusión de verlo tomar una silla, mientras yo me hallaba hundida en un asiento monumental donde cuatro como yo habrían estado cómodas (¡más cómodas que yo, pues estaba lejos de estarlo!). Yo esperaba que mi padre fuera a hablar; pero me dijo que explicara el motivo de nuestra visita. Lo hice con la mayor elocuencia posible, comprendiendo muy bien que una simple palabra del Superior me habría servido más que mis razones. ¡Ay! Su oposición no abogaba mucho en mi favor.

Monseñor me preguntó si hacía mucho tiempo que deseaba el Carmelo.

«¡Oh, sí, Monseñor, desde hace mucho!».

«Vamos», replicó riendo el señor Révérony, «¡no puede ser que hayan pasado ya quince años de eso!».

«Es verdad», respondí, «pero no hay muchos años que restar; pues deseé entregarme al buen Dios desde los tres años».

Monseñor, creyendo agradar a mi padre, intentó hacerme comprender que debía quedarme todavía algún tiempo junto a él. ¡Cuáles no fueron la sorpresa y la edificación de Su Excelencia al ver entonces a

papá tomar mi partido! Añadió, con aire lleno de bondad, que debíamos ir a Roma con la peregrinación diocesana y que yo no vacilaría en hablar al Santo Padre si antes no obtenía el permiso solicitado.

Sin embargo, se exigió como indispensable una entrevista con el Superior antes de darnos ninguna decisión. No podía oír nada que me causara más pena; pues yo conocía su oposición formal y firme. Así, sin tener en cuenta la recomendación del señor abate Révérony, hice más que *mostrar diamantes* a Monseñor, *se los di*. Vi bien que estaba conmovido; me hizo caricias como, según parece, ninguna niña había recibido jamás de él.

«No todo está perdido, mi querida pequeña, me dijo; pero me alegro mucho de que haga con su buen padre el viaje a Roma: así afirmará su vocación. ¡En lugar de llorar, debería alegrarse! Por lo demás, la semana próxima iré a Lisieux; hablaré de usted al señor Superior y, ciertamente, recibirá mi respuesta en Italia.»

Su Excelencia nos condujo luego hasta el jardín; mi padre lo interesó mucho contándole que, esa misma mañana, para parecer mayor, yo me había recogido el cabello hacia arriba. ¡Eso no se perdió! Hoy, lo sé, Monseñor no habla a nadie de *su hijita* sin contar la historia del cabello. (Habría preferido, lo confieso, que esa revelación no se hubiera hecho.) El señor Gran Vicario nos acompañó hasta la puerta, diciendo que jamás se había visto cosa semejante: un padre tan deseoso de dar su hija a Dios como esa hija de ofrecerse a sí misma.

Hubo, pues, que retomar el camino de Lisieux sin ninguna respuesta favorable. Me parecía que mi porvenir estaba destrozado para siempre; mientras más me acercaba al término, más veía enredarse mis asuntos. Sin embargo, no dejé de tener en el fondo del alma una gran paz, porque yo no buscaba sino la voluntad del Señor.

[1.](#) Lc 5, 5.

[2.](#) Jn 4, 7.

3. Ez 16, 8-9. 13.

4. *Imitación de Cristo*, l. III, c. 43, 4.

5. N. del E.: es una hipérbole de la experiencia espiritual. En esta vida «caminamos en la fe y no en la visión» (2 Co 5, 7; CEC 164); solo en el cielo veremos a Dios «cara a cara» (1 Co 13, 12; CEC 163).

6. Ct 8, 1.

7. Lc 19, 26.

8. Lc 10, 21.

9. Ct 2, 3.

10. Mt 18, 6.

11. *Imitación de Cristo*, l. III, c. 5, 4.

Capítulo VI

Viaje a Roma. Audiencia de S. S. León XIII. Respuesta de monseñor el obispo de Bayeux. Tres meses de espera.

Tres días después del viaje a Bayeux, debía emprender otro mucho más largo: el de la Ciudad eterna. Este último viaje me mostró la nada de todo lo que pasa. Sin embargo, vi espléndidos monumentos, contemplé todas las maravillas del arte y de la religión; sobre todo, pisé la misma tierra que los santos Apóstoles, la tierra regada con la sangre de los Mártires, y mi alma se ensanchó al contacto con las cosas santas.

Me alegra mucho haber ido a Roma; pero comprendo a las personas que suponían que mi padre había emprendido este viaje con el propósito de cambiarme las ideas sobre la vida religiosa. Ciertamente había con qué sacudir una vocación mal afianzada.

Nos encontramos primero, mi hermana y yo, en medio del gran mundo que componía casi por completo la peregrinación. ¡Ah! Lejos de deslumbrarnos, todos esos títulos de nobleza no nos parecieron sino humo vano. Comprendí aquella palabra de la Imitación: *«No persigas esa sombra que se llama un gran nombre»*¹. Comprendí que la verdadera grandeza no se encuentra en el nombre, sino en el alma.

El Profeta nos dice que *el Señor dará OTRO NOMBRE a Sus elegidos*²; y leemos en san Juan: *«El vencedor recibirá una piedra blanca, en la que está escrito un NOMBRE NUEVO que nadie conoce, sino quien lo recibe»*³. Es, pues, en el cielo donde sabremos nuestros títulos de nobleza. Entonces *cada uno recibirá de Dios la alabanza que merece*⁴, y el que, en la tierra, haya escogido ser el más pobre y el más desconocido por amor a Nuestro Señor, ese será el primero, el más noble y el más rico.

La segunda experiencia que tuve se refiere a los sacerdotes. Hasta

entonces, yo no podía comprender el fin principal de la reforma del Carmelo; rezar por los pecadores me encantaba, pero rezar por los sacerdotes, cuyas almas me parecían más puras que el cristal, ¡eso me parecía asombroso! ¡Ah! Comprendí mi vocación en Italia. No era ir a buscar demasiado lejos un conocimiento tan útil.

Durante un mes traté con muchos sacerdotes santos; y vi que, si su sublime dignidad los eleva por encima de los Ángeles, no por eso dejan de ser hombres débiles y frágiles. Entonces, si unos sacerdotes santos, a quienes Jesús llama en el Evangelio *la sal de la tierra*, muestran que necesitan oraciones, ¿qué hay que pensar de los tibios? ¿No dijo Jesús también: «*Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se le dará sabor?*»?⁵

¡Oh Madre mía, qué hermosa es nuestra vocación! ¡A nosotras, al Carmelo, nos toca conservar la sal de la tierra! Ofrecemos nuestras oraciones y nuestros sacrificios por los apóstoles del Señor; nosotras mismas debemos ser sus apóstoles, mientras ellos, con sus palabras y sus ejemplos, evangelizan las almas de nuestros hermanos. ¡Qué noble misión la nuestra! Pero debo quedarme aquí, siento que, sobre este asunto, mi pluma no se detendría nunca...

* * *

Voy a contarle, Madre querida, mi viaje con algunos detalles:

El 4 de noviembre, a las tres de la mañana, atravesábamos la ciudad de Lisieux, todavía sepultada en las sombras de la noche. Muchas impresiones pasaron por mi alma: me sentía ir hacia lo desconocido, ¡sabía que grandes cosas me esperaban allá!

Llegados a París, mi padre nos hizo visitar todas sus maravillas; yo, por mi parte, no hallé más que una: *Nuestra Señora de las Victorias*. Lo que experimenté en su santuario no podría decirlo. Las gracias que me concedió se parecían a las de mi primera Comunión: estaba llena de paz y de dicha... Allí fue donde mi Madre, la Virgen María, *me dijo claramente que era ella quien me había sonreído y me había curado*. ¡Con

qué fervor le supliqué que me guardara siempre y realizara mi sueño, ocultándome a la sombra de su manto virginal! Le pedí además que alejara de mí todas las ocasiones de pecado.

No ignoraba que, durante mi viaje, se presentarían muchas cosas capaces de turbarme; como no tenía ningún conocimiento del mal, temía descubrirlo. No había experimentado aún que *todo es puro para los puros*⁶, que el alma sencilla y recta no ve mal en nada, puesto que el mal solo existe en los corazones impuros, y no en los objetos insensibles. Pedí también a san José que velara por mí; desde mi infancia, mi devoción a él se confundía con mi amor a la Santísima Virgen. Cada día recitaba la oración: «*Oh san José, padre y protector de las vírgenes...*». Me parecía, pues, estar bien protegida y del todo a salvo del peligro.

Después de nuestra consagración al Sagrado Corazón, en la basílica de Montmartre, partimos de París el 7 de noviembre. Como se trataba de poner cada compartimiento de vagón bajo la advocación de un santo, se había acordado conceder ese honor a uno de los sacerdotes que ocupaban el compartimiento: ya adoptando su patrono o el de su parroquia.

Y he aquí que, en presencia de todos los peregrinos, oímos nombrar el nuestro: *San Martín*. Mi padre, muy sensible a esta delicadeza, fue de inmediato a dar las gracias a monseñor Legoux, vicario general de Coutances y director de la peregrinación. Desde entonces, varias personas no lo llamaban de otro modo que *señor San Martín*.

El señor abate Révérony examinaba con atención todas mis acciones; yo lo veía de lejos observándome. En la mesa, cuando no estaba frente a él, se las arreglaba para inclinarse y verme y oírme. Pienso que debió de quedar satisfecho con su examen; pues, al final del viaje, se mostró bien dispuesto en mi favor. Digo *al final*, porque en Roma estuvo lejos de servirme de abogado, como diré enseguida. Sin embargo, no querría hacer creer que quisiera engañarme, al no obrar ya conforme a las buenas intenciones manifestadas en Bayeux. Estoy persuadida, al contrario, de que siempre siguió lleno de benevolencia hacia mí;

si contrarió mis deseos, fue únicamente para probarme.

* * *

Antes de llegar a la meta de nuestra peregrinación, atravesamos Suiza, con sus altas montañas cuya cumbre nevada se pierde en las nubes, sus cascadas, sus valles profundos llenos de helechos gigantes y de brezos rosados.

¡Madre muy amada, cuánto bien hicieron a mi alma estas bellezas de la naturaleza, derramadas así con profusión! ¡Cómo la elevaron hacia Aquel que se complació en arrojar semejantes obras maestras sobre una tierra de destierro que no ha de durar más que un día!

A veces nos llevaban hasta la cumbre de las montañas: a nuestros pies, precipicios cuya profundidad la mirada no podía sondear parecían querer tragarnos. Más allá, atravesábamos una aldea encantadora, con sus chalés y su gracioso campanario, sobre la cual se mecían suavemente unas nubes ligeras. Aquí era un vasto lago de aguas calmas y puras, cuyo tinte azulado se mezclaba con los fuegos del poniente.

¿Cómo decir mis impresiones ante un espectáculo tan poético y grandioso? Yo presentía las maravillas del cielo... La vida religiosa se me aparecía tal cual es, con sus sujeciones, sus pequeños sacrificios cotidianos cumplidos en la sombra. Comprendía lo fácil que resulta entonces replegarse sobre uno mismo, olvidar la meta sublime de la propia vocación; y me decía: «Más tarde, a la hora de la prueba, cuando, prisionera en el Carmelo, no pueda ver más que un pequeño rincón del cielo, me acordaré de hoy; este cuadro me dará ánimo. Ya no haré caso de mis pequeños intereses al pensar en la grandeza, en el poder de Dios; Lo amaré a Él solo y no tendré la desgracia de apegarme a pajas, ahora que mi corazón entrevé lo que Él reserva a los que Lo aman».

* * *

Después de haber contemplado las obras de Dios, pude admirar también las de Sus criaturas. La primera ciudad de Italia que visitamos fue Milán. Su catedral de mármol blanco, con estatuas tan numerosas como para formar un pueblo, fue para nosotros objeto de un estudio particular.

Mientras las damas tímidas se cubrían el rostro con las manos, después de haber subido los primeros escalones del edificio, Celina y yo seguimos a los peregrinos más audaces y llegamos hasta el último pínáculo, y tuvimos luego el gusto de ver a nuestros pies la ciudad de Milán entera, cuyos habitantes parecían hormiguitas. Bajadas de nuestro pedestal, comenzamos nuestros paseos en coche, que debían durar un mes y saciarme para siempre del deseo de andar en carruaje sin cansancio.

El Campo Santo nos encantó. Sus estatuas de mármol blanco, que un cincel de genio parece haber animado, están sembradas por el vasto campo de los muertos, con una especie de descuido que no carece de encanto. Casi se sentiría la tentación de consolar a los personajes alegóricos que lo rodean a uno. ¡Su expresión es tan verdadera, de dolor sereno y cristiano! ¡Y qué obras maestras! Aquí hay un niño que arroja flores sobre la tumba de su padre; se olvida el peso del mármol: los pétalos delicados parecen deslizarse entre sus dedos. Más allá, el ligero velo de las viudas y las cintas que adornan los cabellos de las jóvenes parecen flotar al capricho del viento.

No encontrábamos palabras para expresar nuestra admiración, cuando un anciano señor *francés*, que nos seguía a todas partes, lamentando sin duda no poder compartir nuestros sentimientos, dijo de mal humor: «¡Ah, qué entusiastas son los franceses!». Creo que ese pobre señor habría hecho mejor en quedarse en su casa. Lejos de estar contento con su viaje, siempre salían quejas de su boca: estaba descontento de las ciudades, de los hoteles, de las personas, de todo.

A menudo mi padre, que se hallaba bien en cualquier parte (pues era de un carácter diametralmente opuesto al de su desagradable veci-

no), procuraba alegrarlo, le ofrecía su lugar en el coche y en otras partes, le mostraba, con su habitual grandeza de alma, el lado bueno de las cosas; ¡nada lo animaba! ¡Cuántos personajes diferentes hemos visto! ¡Qué interesante estudio el del mundo, cuando se está en vísperas de dejarlo!

* * *

En Venecia, la escena cambió por completo. En lugar del tumulto de las grandes ciudades, solo se oyen, en medio del silencio, los gritos de los gondoleros y el murmullo del agua agitada por los remos. Esta ciudad tiene sus encantos, pero es triste. El palacio de los dogos, con todos sus esplendores, también es triste. Hace mucho que el eco de sus bóvedas sonoras no repite la voz de los gobernantes pronunciando sentencias de vida o de muerte en las salas que hemos atravesado. Han dejado de sufrir los desdichados condenados, enterrados vivos en los oscuros calabozos.

Al visitar aquellas horribles prisiones, me creía en el tiempo de los mártires. Aquel asilo tenebroso lo habría escogido con gusto por morada, si se hubiera tratado de confesar mi fe; pero pronto la voz del guía me sacó de mi ensueño, y pasé por *el puente de los suspiros*, llamado así por los suspiros de alivio de los pobres prisioneros al verse liberados del horror de los subterráneos, a los que preferían la muerte.

Después de despedirnos de Venecia, veneramos en Padua la lengua de san Antonio; luego, en Bolonia, el cuerpo de santa Catalina, cuyo rostro conserva la huella del beso del Niño Jesús.

* * *

Me vi con alegría en el camino de Loreto. ¡Qué bien escogió la Santísima Virgen este lugar para depositar en él su bendita Casa! Allí todo es pobre, sencillo y primitivo: las mujeres han conservado el gracioso traje italiano y no han adoptado, como las de las otras ciudades, la moda

de París. En fin, Loreto me encantó.

¿Qué diré de la santa Casa? Mi emoción fue muy profunda al encontrarme bajo el mismo techo que la Sagrada Familia, al contemplar los muros en los que Nuestro Señor había fijado Sus ojos divinos, al pisar la tierra que san José había regado con sus sudores, donde María había llevado a Jesús en sus brazos, después de haberlo llevado en su seno virginal. Vi la pequeña habitación de la Anunciación. Deposité mi rosario en la escudilla del Niño Jesús. ¡Qué encantadores son estos recuerdos!

Pero nuestro mayor consuelo fue recibir a Jesús *en Su casa* y convertirnos así en Su templo vivo, en el mismo lugar que Él había honrado con Su divina presencia. Según el uso romano, la santa Eucaristía se conserva en cada iglesia solo en un altar; y allí solamente los sacerdotes la distribuyen a los fieles. En Loreto, ese altar se encuentra en la basílica donde la santa Casa está encerrada, como un diamante precioso, en un estuche de mármol blanco. Eso no nos convenía. Era en el *diamante*, y no en el estuche, donde queríamos recibir el Pan de los Ángeles. Mi padre, con su dulzura de siempre, siguió a los peregrinos, mientras sus hijas, menos sumisas, se dirigían a la *santa Casa*.

Por un privilegio especial, un sacerdote se disponía a celebrar allí su misa; le confiamos nuestro deseo. De inmediato, ese sacerdote servicial pidió dos hostias pequeñas, que colocó sobre su patena, y usted adivina, Madre mía, la dicha inefable de esa comunión. Las palabras son impotentes para expresarla. ¿Qué será entonces cuando comulgaremos eternamente en la morada del Rey de los cielos? Entonces ya no veremos terminar nuestra alegría, no habrá para ensombrecerla la tristeza de la partida, no será necesario raspar furtivamente, como lo hicimos, los muros santificados por la presencia divina, pues Su casa será la nuestra durante todos los siglos.

No quiere darnos la de la tierra, se contenta con mostrárnosla, para hacernos amar la pobreza y la vida oculta; la que Él nos reserva es Su palacio de gloria, donde ya no Lo veremos velado bajo la apariencia

de un niño o de un poco de pan, sino tal cual es, en el resplandor de Su infinito esplendor.

* * *

Ahora voy a hablar de Roma: de Roma, donde yo creía encontrar el consuelo y donde, ¡ay!, hallé la cruz. Cuando llegamos era de noche; y, como me había dormido en el vagón, me despertó el grito de los empleados de la estación, repetido con entusiasmo por los peregrinos: *¡Roma! ¡Roma!* No era un sueño, ¡estaba en Roma!

Nuestro primer día, quizá el más delicioso, transcurrió fuera de las murallas. Allí todos los monumentos han conservado su antiguo sello; mientras que en el centro de Roma, ante los hoteles y las tiendas, podría uno creerse en París.

Este paseo por los campos romanos me dejó un recuerdo particularmente perfumado. ¿Cómo podría traducir la impresión que me hizo estremecer ante el Coliseo? ¡La veía, pues, por fin, aquella arena donde tantos mártires habían derramado su sangre por Jesús! Ya me disponía a besar la tierra santificada por sus gloriosos combates. ¡Pero qué decepción! Como el suelo ha sido elevado, la verdadera arena está sepultada a unos ocho metros de profundidad. A consecuencia de las excavaciones, el centro no es más que un montón de escombros; una barrera infranqueable impide la entrada. Por lo demás, nadie se atreve a penetrar en el seno de esas ruinas peligrosas.

¿Había venido yo a Roma para no bajar al Coliseo? ¡No, era imposible! Ya no escuchaba las explicaciones del guía; un solo pensamiento me ocupaba: ¡bajar a la arena!

Dice el santo Evangelio que Magdalena, permaneciendo siempre junto al Sepulcro e inclinándose varias veces para mirar adentro, acabó por ver a dos ángeles. Como ella, siguiendo agachada, vi, no dos ángeles, sino lo que buscaba; y, lanzando un grito de alegría, dije a mi hermana: «¡Ven! ¡Sígueme, vamos a poder pasar!». De inmediato nos

lanzamos, trepando por las ruinas que se desmoronaban bajo nuestros pasos; mientras mi padre, asombrado de nuestra audacia, nos llamaba de lejos. Pero ya no oíamos nada.

Así como los guerreros sienten crecer su valor en medio del peligro, así crecía nuestra alegría en proporción a nuestro cansancio y al peligro que afrontábamos para alcanzar la meta de nuestros deseos.

Celina, más previsora que yo, había escuchado al guía. Recordando que acababa de señalar un pequeño pavimento marcado con una cruz como el lugar donde combatían los mártires, se puso a buscarlo. Lo encontró pronto, y, arrodilladas sobre aquella tierra bendita, nuestras almas se fundieron en una misma oración... Mi corazón latía muy fuerte cuando acerqué mis labios al polvo enrojecido con la sangre de los primeros cristianos. Pedí la gracia de ser también mártir por Jesús, y sentí en el fondo de mi alma que era escuchada.

Todo esto duró muy poco tiempo. Después de recoger algunas piedras, nos dirigimos hacia los muros para recomenzar nuestra peligrosa empresa. Mi padre, al vernos tan felices, no pudo reprendernos; hasta noté que estaba orgulloso de nuestro valor.

* * *

Después del Coliseo, visitamos las Catacumbas. Allí, Celina y Teresa hallaron el modo de acostarse juntas hasta el fondo de la antigua tumba de santa Cecilia, y tomaron tierra santificada por sus benditas reliquias.

Antes de este viaje, yo no tenía a esta santa ninguna devoción particular; pero al visitar su casa, el lugar de su martirio, al oírla proclamar «reina de la armonía», por el canto virginal que hizo oír en el fondo de su corazón a su Esposo celestial, sentí por ella más que devoción: una verdadera ternura de amiga. Se volvió mi santa predilecta, mi confidente íntima. Lo que sobre todo me encantaba en ella eran su abandono, su confianza ilimitada, que la hicieron capaz de *virginizar* almas

que nunca habían deseado más que los gozos de la vida presente. Santa Cecilia se parece a la esposa de los Cantares. En ella veo *un coro en un campo de ejército*⁷. Su vida no fue más que un canto melodioso en medio mismo de las más grandes pruebas; y eso no me extraña, puesto que *el Evangelio sagrado reposaba sobre su corazón*⁸, y en su corazón reposaba el Esposo de las vírgenes.

La visita a la iglesia de Santa Inés también me fue muy dulce. Allí encontraba a una amiga de la infancia. Intenté, pero sin éxito, obtener una de sus reliquias para llevársela a mi madrecita Inés de Jesús. Como los hombres me la negaban, el buen Dios entró en el juego: una piedrecita de mármol rojo, desprendiéndose de un rico mosaico cuyo origen se remonta al tiempo de la dulce mártir, vino a caer a mis pies. ¿No fue encantador? ¡Santa Inés misma me daba un recuerdo de su casa!

* * *

Pasaron seis días contemplando las principales maravillas de Roma; y el séptimo vi la más grande de todas: LEÓN XIII. Ese día lo deseaba y lo temía a la vez: de él dependía mi vocación; pues no había recibido ninguna respuesta de Monseñor, y el permiso del Santo Padre se volvía mi única tabla de salvación. ¡Pero, para obtener ese permiso, había que pedirlo! ¡Había que *atreverse a hablar al Papa*, delante de varios cardenales, arzobispos y obispos! Solo este pensamiento me hacía temblar.

Fue el domingo por la mañana, 20 de noviembre, cuando entramos en el Vaticano, en la capilla del Sumo Pontífice. A las ocho asistíamos a su misa; y, durante el santo Sacrificio, nos mostró con su ardiente piedad, digna del Vicario de Jesucristo, que era verdaderamente el *santo Padre*.

El Evangelio de ese día contenía estas encantadoras palabras: «*No teman nada, pequeño rebaño; porque a mi Padre Le ha agradado darles Su*

reino»⁹. Y mi corazón se abandonaba a la confianza más viva. No, yo no temía, esperaba que el reino del Carmelo me perteneciera pronto. No pensaba entonces en estas otras palabras de Jesús: *«Les preparo mi reino como mi Padre me lo preparó»*¹⁰. (Es decir, les reservo cruces y pruebas; así llegarán a ser dignos de poseer mi reino.) *«Era necesario que el Cristo padeciera antes de entrar en Su gloria»*¹¹. *Si desean ocupar un lugar a Su lado, beban el cáliz que Él mismo bebió»*¹².

Después de la misa de acción de gracias que siguió a la de Su Santidad, comenzó la audiencia.

León XIII estaba sentado en un sillón elevado, vestido sencillamente con una sotana blanca y una muceta del mismo color. Junto a él se hallaban prelados y otros grandes dignatarios eclesiásticos. Según el ceremonial, cada peregrino se arrodillaba a su turno, besaba primero el pie y luego la mano del augusto Pontífice, y recibía su bendición; después, dos guardias nobles, tocándolo con un dedo, le indicaban con ello que se levantara para pasar a otra sala y dar su lugar al siguiente.

Nadie decía palabra; pero yo estaba muy resuelta a hablar cuando, de pronto, el señor abate Révérony, que estaba a la derecha de Su Santidad, nos hizo advertir en voz bien alta *que prohibía absolutamente hablar al Santo Padre*. Me volví hacia Celina, interrogándola con la mirada; mi corazón latía a reventar... *«¡Habla!»*, me dijo ella.

Un instante después, estaba yo de rodillas ante el Papa. Después de que besé su sandalia, me tendió la mano. Entonces, levantando hacia él mis ojos bañados en lágrimas, le supliqué en estos términos:

«¡Santísimo Padre, tengo una gran gracia que pedirle!».

Enseguida, inclinando la cabeza hasta mí, su rostro casi tocó el mío; se habría dicho que sus ojos negros y profundos querían penetrarme hasta lo íntimo del alma.

«Santísimo Padre, repetí, en honor de su Jubileo, *permítame entrar en el Carmelo a los quince años*».

El señor vicario general de Bayeux, asombrado y disgustado, intervino pronto:

«Santísimo Padre, es una niña que desea la vida del Carmelo; pero los superiores están examinando la cuestión en este momento».

«Pues bien, hija mía, me dijo Su Santidad, *haga lo que decidan los superiores*».

Juntando entonces las manos y apoyándolas en sus rodillas, intenté un último esfuerzo:

«¡Oh Santísimo Padre, si usted dijera *sí*, todos estarían de acuerdo!».

Me miró fijamente y pronunció estas palabras, recalcando cada sílaba con un tono penetrante:

«*Vamos... Vamos... entrará si el buen Dios lo quiere*».

Iba a hablar otra vez, cuando dos guardias nobles me invitaron a levantarme. Viendo que eso no bastaba, me tomaron por los brazos y el señor Révérony los ayudó a alzarme, pues yo seguía con las manos juntas apoyadas en las rodillas del Papa. En el momento en que así me levantaban, el buen Santo Padre posó suavemente su mano sobre mis labios, luego, alzándola para bendecirme, me siguió largo rato con la mirada.

Mi padre sufrió mucho al encontrarme llorando a la salida de la audiencia: como había pasado antes que yo, no sabía nada de mi gestión. Con él, el señor vicario general se había mostrado sumamente amable, presentándolo a León XIII como el padre de dos carmelitas. El Sumo Pontífice, en señal de particular benevolencia, había puesto su mano sobre su venerable cabeza, pareciendo así marcarlo con un sello misterioso en nombre del mismo Cristo.

¡Ah! Ahora que está en el cielo, este padre de *cuatro* carmelitas, ya no es la mano del representante de Jesús la que reposa sobre su frente, profetizándole el martirio, sino la mano del Esposo de las vírgenes, del Rey de los cielos; y nunca más se retirará esa mano divina de la frente que ha glorificado.

Mi prueba era grande; pero, habiendo hecho absolutamente todo lo que dependía de mí para responder a la llamada del buen Dios, debo

confesar que, a pesar de mis lágrimas, sentía en el fondo del corazón una gran paz. Sin embargo, esta paz residía en lo íntimo, y la amargura llenaba mi alma hasta los bordes... Y Jesús callaba... Parecía ausente, nada me revelaba Su presencia.

Ese día también, *el sol no se atrevió a brillar*; y el hermoso cielo azul de Italia, cargado de nubes sombrías, no cesó de llorar conmigo. ¡Ah, todo había terminado! Mi viaje ya no tenía ningún encanto a mis ojos, puesto que acababa de frustrarse su fin. Sin embargo, las últimas palabras del Santo Padre habrían debido consolarme como una verdadera profecía. En efecto, a pesar de todos los obstáculos, *lo que el buen Dios quiso se cumplió*: no permitió a las criaturas hacer lo que ellas querían, sino Su voluntad.

Desde hacía algún tiempo, me había ofrecido al Niño Jesús para ser *Su juguetito*. Le había dicho que no se sirviera de mí como de un juguete de precio que los niños se contentan con mirar sin atreverse a tocar; sino como de una pelotita sin valor alguno, que podía arrojar al suelo, empujar con el pie, *pinchar*, dejar en un rincón, o bien apretar contra Su corazón si eso Le daba gusto. En una palabra, *quería divertir al pequeño Jesús y entregarme a Sus caprichos infantiles*.

¡Acababa de escuchar mi oración! En Roma, Jesús *pinchó* a Su juguetito... *quería ver sin duda lo que había dentro...* y luego, contento con Su descubrimiento, dejó caer Su pelotita y se durmió. ¿Qué hizo durante Su dulce sueño, y qué fue de la pelota abandonada? Jesús soñó que seguía jugando; que la tomaba, la dejaba por turnos; que la mandaba bien lejos a rodar y por fin la apretaba contra Su Corazón, sin permitir ya nunca que se alejara de Su manita.

¡Comprenderá, Madre mía, la tristeza de la pelotita al verse en el suelo! Sin embargo, no dejaba de esperar contra toda esperanza.

* * *

Algunos días después del 20 de noviembre, mi padre, habiendo ido a

visitar al venerado hermano Simeón (director y fundador del Colegio San José), encontró en el establecimiento al señor abate Révérony y le reprochó amablemente no haberme ayudado en mi difícil empresa; luego contó la historia al querido hermano Simeón. El buen anciano escuchó este relato con mucho interés, tomó incluso notas y dijo con emoción: «¡Esto no se ve en Italia!».

Al día siguiente de la memorable jornada de la audiencia, tuvimos que partir hacia Nápoles y Pompeya. El Vesubio, en nuestro honor, hizo oír numerosos estampidos de cañón, dejando escapar de su cráter una espesa columna de humo. ¡Sus huellas en Pompeya son aterradoras! Muestran el poder de Dios, *que mira la tierra y la hace temblar, que toca las montañas y las reduce a cenizas*¹³. Yo habría querido pasearme sola entre las ruinas, meditando sobre la fragilidad de las cosas humanas; pero no hubo que pensar en esa soledad.

En Nápoles hicimos un magnífico paseo al monasterio de San Martino, situado en una alta colina que domina toda la ciudad. Pero, al volver, nuestros caballos se desbocaron, y solo a la protección de nuestros ángeles de la guarda atribuyo haber llegado sanos y salvos a nuestro espléndido hotel. Esta palabra *espléndido* no es exagerada; durante todo el viaje nos alojamos en hoteles principescos. Nunca había estado rodeada de tanto lujo. Bien cabe decirlo: la riqueza no hace la felicidad. Me habría sentido mil veces más feliz bajo un techo de paja, con la esperanza del Carmelo, que entre artesonados dorados, escaleras de mármol y alfombras de seda, con la amargura en el corazón.

¡Ah! Lo sentí bien: la alegría no se encuentra en los objetos que nos rodean, reside en lo más íntimo del alma. Se la puede poseer lo mismo en el fondo de una oscura prisión que en un palacio real. Así, soy más feliz en el Carmelo, aun en medio de las pruebas interiores y exteriores, que en el mundo, donde nada me faltaba, sobre todo las dulzuras del hogar paterno.

Aunque mi alma estaba sumida en la tristeza, por fuera yo era la misma; pues creía que mi petición al Santo Padre había quedado ocul-

ta. Pronto pude convencerme de lo contrario. Un día en que me quedé sola en el vagón con mi hermana, mientras los peregrinos bajaban al buffet, vi a monseñor Legoux presentarse en la portezuela. Después de mirarme bien, me dijo sonriendo: «Y bien, ¿cómo está nuestra pequeña carmelita?». Comprendí entonces que toda la peregrinación conocía mi secreto; por lo demás, lo noté en ciertas miradas simpáticas, pero por suerte nadie me habló de ello.

En Asís me ocurrió una pequeña aventura. Después de visitar los lugares embalsamados por las virtudes de san Francisco y de santa Clara, extravié en el monasterio la hebilla de mi cinturón. El tiempo de buscarla y de ajustarla a la cinta me hizo perder la hora de la partida. Cuando me presenté a la puerta, todos los coches habían desaparecido, con excepción de uno solo: ¡el del señor vicario general de Bayeux! ¿Había que correr tras los coches que ya no veía, exponerme a perder el tren, o pedir un lugar en la calesa del señor Révérony? Me decidí por este partido, que era el más sensato.

Procurando parecer muy poco apurada, a pesar de mi extremo apuro, le expuse mi situación crítica y lo puse a él mismo en apuros; pues su coche estaba absolutamente completo. Pero uno de aquellos señores se apresuró a bajar y, haciéndome subir a su lugar, fue a sentarse modestamente junto al cochero. ¡Yo parecía una ardilla atrapada en una trampa! Estaba lejos de sentirme cómoda, rodeada de todos esos grandes personajes, justo frente al *más temible*. Fue, sin embargo, muy amable conmigo, interrumpiendo de vez en cuando la conversación para hablarme del Carmelo y prometiéndome hacer todo lo que de él dependiera para realizar mi deseo de entrar a los quince años.

Este encuentro puso bálsamo en mi herida, sin impedirme por ello sufrir. Había perdido la confianza en la criatura, y ya no podía apoyarme sino en Dios solo.

Sin embargo, mi tristeza no me impidió tomar un vivo interés en los santos lugares que visitábamos. En Florencia me alegró contemplar a santa María Magdalena de Pazzi en medio del coro de las Carmeli-

tas. Todos los peregrinos querían hacer tocar sus rosarios en el sepulcro de la santa; pero solo mi mano resultó lo bastante pequeña para pasar por los agujeros de la reja. Así me vi encargada de ese noble oficio, que duró mucho y me llenó de orgullo.

No era la primera vez que obtenía privilegios. En Roma, en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén, veneramos varios fragmentos de la verdadera Cruz, dos espinas y uno de los clavos sagrados. Para contemplarlos a mis anchas, procuré quedarme la última; y cuando el religioso encargado de esos preciosos tesoros se disponía a volver a ponerlos sobre el altar, le pregunté si podía tocarlos. Me respondió que sí, pareciendo dudar de que lo lograra; pasé entonces mi dedito por una abertura del relicario, y pude así tocar el precioso clavo que fue bañado con la sangre de Jesús. Como se ve, yo obraba con Él como una niña que cree que todo le está permitido y mira los tesoros de su padre como suyos.

Después de pasar por Pisa y Génova, volvimos a Francia por un recorrido de los más espléndidos. A veces bordeábamos el mar; y, a causa de una tempestad, el ferrocarril, un día, se encontró tan cerca de él que las olas parecían llegar hasta nosotros. Más allá, atravesábamos llanuras cubiertas de naranjos, de olivos, de graciosas palmeras. Al caer la tarde, los numerosos puertos de mar se iluminaban con luces brillantes, mientras en el firmamento de azur centelleaban las primeras estrellas. Este cuadro de ensueño lo veía desvanecerse sin pena; ¡mi corazón aspiraba a otras maravillas!

Sin embargo, mi padre me proponía todavía un viaje a Jerusalén; pero, a pesar de la atracción natural que me llevaba a visitar los lugares santificados por el paso de Nuestro Señor, yo estaba cansada de las peregrinaciones de la tierra, ya no deseaba más que las bellezas del cielo; y, para dárselas a las almas, quería cuanto antes hacerme prisionera.

¡Ay! Antes de ver abrirse las puertas de mi bendita prisión, lo sentía, aún tendría que luchar y sufrir; no obstante, mi confianza no dismi-

nuía, y esperaba entrar el 25 de diciembre, día de Navidad.

* * *

Apenas de regreso en Lisieux, nuestra primera visita fue para el Carmelo. ¡Qué entrevista! ¡Usted la recuerda, Madre mía! Me abandoné por completo a usted, habiendo yo agotado por mi parte todos los recursos. Usted me dijo que escribiera a Monseñor y le recordara su promesa: obedecí enseguida. Echada la carta al correo, creía recibir sin ningún retraso el permiso de echar a volar. ¡Cada día, ay, una nueva decepción! Llegó la hermosa fiesta de Navidad, y Jesús dormía aún. ¡Dejó en el suelo Su pelotita sin siquiera echarle una mirada!

Esta prueba fue muy grande; pero Aquel cuyo Corazón vela siempre me enseñó que, a un alma cuya fe iguala apenas a un pequeño grano de mostaza, concede milagros con el fin de afianzar esa fe tan pequeña; pero que, con Sus íntimos, con Su Madre, no hizo milagros antes de haber probado su fe. ¿No dejó morir a Lázaro, aunque Marta y María Le habían mandado decir que estaba enfermo? En las bodas de Caná, cuando la Santísima Virgen pidió a Jesús que socorriera al dueño de la casa, ¿no le respondió que Su hora aún no había llegado? Pero, después de la prueba, ¡qué recompensa! El agua se cambia en vino, Lázaro resucita... Así obra el Amado con Su pequeña Teresa: después de probarla largo tiempo, colmó todos sus deseos.

* * *

Como aguinaldo del 1 de enero de 1888, Jesús me regaló una vez más Su cruz. Usted me dijo, Madre venerada, que tenía en la mano la respuesta de Monseñor desde el 28 de diciembre, *fiesta de los santos Inocentes*; que esa respuesta autorizaba mi entrada inmediata, pero que usted estaba decidida a no abrirme sino después de la Cuaresma. No pude contener las lágrimas ante la idea de una demora tan larga. Esta prueba tuvo para mí un carácter muy especial: veía rotos mis lazos por

el lado del mundo, ¡y ahora el Arca santa, a su vez, se negaba a acoger a la pobre palomita!

¿Cómo pasaron esos tres meses, tan ricos para mi alma en sufrimientos, pero más aún en gracias de toda clase? Primero se me ocurrió no privarme de nada, llevar una vida menos regulada que de costumbre; luego el buen Dios me hizo comprender el beneficio del tiempo que se me ofrecía, y resolví entregarme más que nunca a una vida seria y mortificada.

Cuando digo mortificada, no me refiero a las penitencias de los santos. Lejos de parecerme a las almas hermosas que, desde su infancia, practican toda clase de maceraciones, yo hacía consistir las mías únicamente en quebrar mi voluntad, en contener una palabra de réplica, en prestar pequeños servicios a mi alrededor sin hacerlos valer, y mil otras cosas de este género. Con la práctica de estas nimiedades me preparaba para ser la prometida de Jesús, y no puedo decir cuánto me hizo crecer esta espera en el abandono, la humildad y las demás virtudes.

[1.](#) *Imitación de Cristo*, l. III, c. 24, 2.

[2.](#) Is 65, 15.

[3.](#) Ap 2, 17.

[4.](#) 1 Co 4, 5.

[5.](#) Mt 5, 13.

[6.](#) Tt 1, 15.

[7.](#) Ct 7, 1.

[8.](#) Oficio de santa Cecilia.

[9.](#) Lc 12, 32.

[10.](#) Lc 22, 29.

[11.](#) Lc 24, 26.

[12.](#) Mt 20, 22.

13. Sal 103, 33.

Capítulo VII

Entrada de Teresa en el Arca bendita. Primeras pruebas. Los desposorios divinos. La nieve. Un gran dolor.

El lunes 9 de abril de 1888 fue el día elegido para mi entrada. Era el día en que se celebraba en el Carmelo la fiesta de la Anunciación, aplazada a causa de la Cuaresma. La víspera estábamos todos reunidos en torno a aquella mesa de familia en la que debía sentarme por última vez. ¡Qué desgarradoras son esas despedidas! Cuando uno querría verse olvidado, las palabras más tiernas brotan de todos los labios, como para hacer sentir más el sacrificio de la separación.

Por la mañana, después de dirigir una última mirada a los Buissonnets, ese nido encantador de mi infancia, partí hacia el Carmelo. Asistí a la santa Misa, rodeada, como el día anterior, de mis queridos padres. En el momento de la comunión, cuando Jesús hubo descendido a su corazón, no oí más que sollozos. Yo no derramé lágrimas; pero, al caminar la primera hacia la puerta de clausura, mi corazón latía con tanta violencia que me preguntaba si no iba a morir. ¡Ah, qué instante! ¡Qué agonía! Hay que haberla experimentado para comprenderla.

Abracé a todos los míos y me puse de rodillas ante mi padre para recibir su bendición. Él se arrodilló también y me bendijo llorando. Era un espectáculo que debió de hacer sonreír a los ángeles el de aquel anciano que presentaba al Señor a su hija, todavía en la primavera de la vida. Por fin, las puertas del Carmelo se cerraron tras de mí... caí en sus brazos, Madre querida; y allí recibí los abrazos de una nueva familia, cuya entrega y ternura no se sospechan en el mundo.

Mis deseos estaban, pues, por fin cumplidos; mi alma sentía una paz tan dulce y tan profunda que me sería imposible expresarla. Y, desde hace ocho años y medio, esa paz íntima ha seguido siendo mi heren-

cia; no me ha abandonado, ni siquiera en medio de las pruebas más grandes.

Todo en el monasterio me pareció encantador; me creía transportada a un desierto; sobre todo me cautivaba nuestra pequeña celda. Sin embargo, lo repito, mi felicidad era tranquila: ni el más leve céfiro rizaba las aguas serenas por las que navegaba mi pequeña barca. Ninguna nube oscurecía mi cielo azul. ¡Ah, me veía plenamente recompensada de todas mis pruebas! ¡Con qué profunda alegría repetía: «Ahora estoy aquí para siempre»!

Esa felicidad no era efímera, no debía volar con las ilusiones de los primeros días. ¡Las ilusiones! El buen Dios, en Su misericordia, me preservó de ellas. Encontré la vida religiosa tal como me la había imaginado; ningún sacrificio me sorprendió; y sin embargo, usted lo sabe, Madre mía, mis primeros pasos hallaron más espinas que rosas.

Ante todo, para mi alma no tenía más que el pan cotidiano de una amarga sequedad. Después el Señor permitió, Madre venerada, que, aun sin saberlo usted, yo fuera tratada por usted con mucha severidad. No podía encontrarme con usted sin recibir algún reproche. Una vez, recuerdo que, habiendo dejado una telaraña en el claustro, usted me dijo delante de toda la comunidad: «¡Se ve bien que nuestros claustros los barre una niña de quince años! ¡Es una lástima! Vaya a quitar esa telaraña y sea más cuidadosa en adelante.»

En las pocas direcciones en que permanecía junto a usted durante una hora, usted me reprendía todavía casi todo el tiempo; y lo que más pena me daba era no comprender la manera de corregirme de mis defectos: por ejemplo, de mi lentitud, de mi poca entrega en los oficios; defectos que usted me señalaba, Madre mía, en su solicitud y bondad para conmigo.

Un día me dije que, sin duda, usted deseaba verme emplear en el trabajo las horas de tiempo libre, ordinariamente dedicadas a la oración, y hice correr mi agujita sin levantar los ojos; pero, como quería ser fiel y obrar solo bajo la mirada de Jesús, nadie llegó a saberlo ja-

más.

Durante este tiempo de mi postulantado, nuestra Maestra me enviaba por la tarde, a las cuatro y media, a arrancar hierba en el jardín: eso me costaba mucho, tanto más, Madre mía, cuanto que estaba casi segura de encontrarla a usted en el camino. Usted dijo en una de esas ocasiones: «¡Pero, en fin, esta niña no hace absolutamente nada! ¿Qué clase de novicia es esa a la que hay que mandar todos los días a pasear?» Y en todas las cosas actuaba usted así conmigo.

¡Oh Madre querida, cuánto le agradezco que me haya dado una educación tan fuerte y tan preciosa! ¡Qué gracia inapreciable! ¿Qué habría sido de mí si, como creían las personas del mundo, yo hubiera sido *el juguete* de la comunidad? Quizá, en lugar de ver a Nuestro Señor en mis superiores, no habría considerado más que a la criatura, y mi corazón, tan bien guardado en el mundo, se habría apegado humanamente en el claustro. Felizmente, por su sabiduría maternal, fui preservada de esa verdadera desgracia.

Sí, puedo decirlo, no solo por lo que acabo de escribir, sino por otras pruebas todavía más sensibles, el sufrimiento me tendió los brazos desde mi entrada y yo lo abracé con amor. Lo que venía a hacer al Carmelo lo declaré en el examen solemne que precedió a mi profesión: *He venido para salvar las almas, y sobre todo para orar por los sacerdotes*. Cuando se quiere alcanzar un fin, hay que tomar los medios; y como Jesús me había hecho comprender que me daría almas por la cruz, cuantas más cruces encontraba, más crecía mi atractivo por el sufrimiento. Durante cinco años este camino fue el mío; pero yo era la única que lo conocía. Esa es justamente la flor ignorada que quería ofrecer a Jesús, esa flor cuyo perfume solo se exhala del lado de los cielos.

El reverendo Padre Pichon¹, dos meses después de mi entrada, se sorprendió él mismo de la acción de Dios en mi alma; creía mi fervor totalmente infantil y mi camino muy suave. Mi conversación con este buen Padre me habría traído grandes consuelos, de no ser por la extrema dificultad que experimentaba para abrirme. Le hice, sin embargo,

una confesión general, después de la cual pronunció estas palabras: «En presencia de Dios, de la Santísima Virgen, de los Ángeles y de todos los Santos, declaro que usted nunca ha cometido un solo pecado mortal; dé gracias al Señor por lo que ha hecho por usted gratuitamente, sin mérito alguno de su parte.»

¡Sin mérito alguno de mi parte! ¡Ah, no me costaba creerlo! Sentía cuán débil e imperfecta era: solo el agradecimiento llenaba mi corazón. El temor de haber manchado la blanca vestidura de mi bautismo me hacía sufrir mucho, y esta seguridad, salida de la boca de un director como lo deseaba nuestra santa Madre Teresa, es decir, «que une la ciencia con la virtud», me parecía venir del mismo Dios. El buen Padre me dijo aún: «Hija mía, que Nuestro Señor sea siempre su Superior y su Maestro de novicias.» Lo fue en efecto, y también mi *Director*. Con esto no quiero decir que mi alma haya estado cerrada a mis superiores; lejos de ocultarles mis disposiciones, siempre he procurado ser para ellos un libro abierto.

Nuestra Maestra era una verdadera santa, el tipo acabado de las primeras carmelitas; yo no me apartaba de ella ni un instante, porque me enseñaba a trabajar. No se puede decir su bondad para conmigo, yo la quería mucho, la apreciaba; y sin embargo mi alma no se dilataba. No sabía cómo expresar lo que pasaba en mí, me faltaban las palabras, mis direcciones se volvían un suplicio, un verdadero martirio.

Una de nuestras antiguas Madres pareció comprender un día lo que yo sentía. Me dijo en el recreo: «Hijita mía, me parece que no debe de tener usted gran cosa que decir a sus superiores.»

«¿Por qué piensa eso, Madre?»

«Porque su alma es extremadamente sencilla; pero, cuando sea perfecta, se volverá más sencilla todavía; mientras más se acerca uno a Dios, más se simplifica.»

La buena Madre tenía razón. Sin embargo, la extrema dificultad que sentía para abrirme, aunque procedía de mi sencillez, era una verdadera prueba. Hoy, sin dejar de ser sencilla, expreso mis pensamien-

tos con muchísima facilidad.

He dicho que Jesús me sirvió de director. Apenas el reverendo Padre Pichon se hacía cargo de mi alma, sus superiores lo enviaron al Canadá. Reducida a recibir una sola carta al año, la florecilla trasplantada a la montaña del Carmelo se volvió muy pronto hacia el Director de los directores y floreció a la sombra de Su cruz, teniendo por rocío bienhechor Sus lágrimas, Su sangre divina, y por sol radiante Su Faz adorable.

Hasta entonces no había sondeado la profundidad de los tesoros encerrados en la santa Faz; fue mi pequeña Madre Inés de Jesús quien me enseñó a conocerlos. Así como antes había precedido al Carmelo a sus tres hermanas, así también había penetrado la primera los misterios de amor ocultos en el Rostro de nuestro Esposo; entonces me los descubrió, y comprendí... Comprendí mejor que nunca lo que es la verdadera gloria. Aquel cuyo *reino no es de este mundo*² me mostró que la única realeza envidiable consiste en *querer ser ignorada y tenida en nada*³, en poner la alegría en el desprecio de sí misma. ¡Ah! Como el de Jesús, yo quería que *mi rostro estuviera oculto a todos los ojos, que en la tierra nadie me reconociera*⁴; tenía sed de sufrir y de ser olvidada.

¡Qué misericordioso es el camino por el que el divino Maestro me ha conducido siempre! Nunca me ha hecho desear algo sin dármelo; por eso Su cáliz amargo me pareció delicioso.

* * *

A fines de mayo de 1888, después de la hermosa fiesta de la Profesión de María, nuestra *primogénita*, a quien Teresa, *la Benjamina*, tuvo el favor de coronar de rosas el día de sus bodas místicas, la prueba vino de nuevo a visitar a mi familia. Desde su primer ataque de parálisis, constatabamos que nuestro buen padre se fatigaba con mucha facilidad. Durante nuestro viaje a Roma, yo notaba a menudo que su rostro delataba agotamiento y sufrimiento. Pero lo que sobre todo me impresionaba

ba eran sus admirables progresos en el camino de la santidad; había llegado a hacerse dueño de su vivacidad natural y las cosas de la tierra parecían apenas rozarlo.

Permítame, Madre mía, citarle a este propósito un pequeño ejemplo de su virtud:

Durante la peregrinación, los días y las noches en el vagón parecían largos a los viajeros, y los veíamos emprender partidas de cartas que a veces se volvían tormentosas. Un día, los jugadores nos pidieron que nos uniéramos: nos negamos, alegando nuestra poca habilidad en la materia; nosotras no encontrábamos como ellos el tiempo largo, sino demasiado corto para contemplar con calma los magníficos panoramas que se ofrecían a nuestros ojos. El descontento no tardó en asomar; nuestro querido padrecito, tomando la palabra con calma, nos defendió, dando a entender que, estando de peregrinación, la oración no ocupaba un lugar bastante amplio.

Uno de los jugadores, olvidando entonces el respeto debido a las canas, exclamó sin reflexionar: «¡Por fortuna, los fariseos son raros!» Mi padre no respondió una palabra, incluso pareció santamente alegre y halló la manera, algo más tarde, de estrechar la mano de aquel señor, acompañando esa hermosa acción con una palabra amable que podía hacer creer que la invectiva no había sido oída, o al menos que estaba olvidada.

Por lo demás, esa costumbre de perdonar no databa de ese día. Según el testimonio de mi madre y de todos los que lo conocieron, jamás pronunció una palabra contra la caridad.

Su fe y su generosidad eran igualmente a toda prueba. He aquí en qué términos anunció mi partida a uno de sus amigos: «Teresa, mi pequeña reina, entró ayer en el Carmelo. Solo Dios puede exigir un sacrificio semejante; pero Él me ayuda tan poderosamente que, en medio de mis lágrimas, mi corazón rebosa de alegría.»

A este fiel servidor le hacía falta una recompensa digna de sus virtudes, y esa recompensa se la pidió él mismo a Dios. Oh Madre mía, ¿re-

cuerda aquel día, aquel locutorio, en que mi padre nos dijo: «Hijas mías, vuelvo de Alençon, donde recibí en la iglesia de Nuestra Señora tan grandes gracias, tales consuelos, que hice esta oración: “Dios mío, ¡es demasiado! Sí, soy demasiado feliz, no es posible ir al cielo así, ¡quiero sufrir algo por Ti! Y me he ofrecido...”» La palabra *víctima* expiró en sus labios, no se atrevió a pronunciarla delante de nosotras, ¡pero lo habíamos comprendido!

¡Usted conoce, Madre mía, todas nuestras amarguras! No necesito escribir los detalles de esos recuerdos desgarradores...

* * *

Entretanto llegó la época de mi toma de hábito. Contra toda esperanza, habiéndose repuesto mi padre de un segundo ataque, Monseñor fijó la ceremonia para el 10 de enero. La espera había sido larga; pero también, ¡qué hermosa fiesta! No faltaba nada, ni siquiera *la nieve*.

¿Le he hablado, Madre mía, de mi predilección por la nieve? Siendo muy pequeña, su blancura me embelesaba. ¿De dónde me venía este gusto por la nieve? Quizá de que, siendo yo una florecilla de invierno, el primer adorno con que mis ojos de niña vieron embellecida la tierra fue su blanco manto. Quería, pues, ver, el día de mi toma de hábito, la naturaleza vestida de blanco como yo. Pero la víspera la temperatura era tan suave que se habría podido creer que era primavera, y ya no esperaba la nieve. El día 10, por la mañana, ¡ningún cambio! Dejé, pues, mi deseo de niña, irrealizable, y salí del monasterio.

Mi padre me esperaba en la puerta de clausura. Avanzando hacia mí, con los ojos llenos de lágrimas, y estrechándome contra su corazón, exclamó: «¡Ah, aquí está, pues, mi pequeña reina⁵!» Luego me ofreció su brazo e hicimos solemnemente nuestra entrada en la capilla. ¡Aquel día fue su triunfo, su última fiesta en este mundo! Todas sus ofrendas estaban hechas⁶, su familia pertenecía a Dios. Habiéndole confiado Celina que más tarde ella también abandonaría el mundo por

el Carmelo, este padre incomparable había respondido en un transporte de alegría: «Ven, vayamos juntos ante el Santísimo Sacramento a dar gracias al Señor por las gracias que concede a nuestra familia, y por el honor que me hace de escoger esposas en mi casa. Sí, el buen Dios me hace un gran honor al pedirme a mis hijas. Si poseyera algo mejor, me apresuraría a ofrecérselo.» ¡Ese *algo mejor* era él mismo! *Y el Señor lo recibió como hostia de holocausto, lo probó como al oro en el crisol y lo halló digno de Sí*⁷.

* * *

Después de la ceremonia exterior, cuando volví a entrar en el monasterio, Monseñor entonó el *Te Deum*. Un sacerdote le hizo notar que ese cántico solo se cantaba en las profesiones, pero el impulso estaba dado y el himno de acción de gracias continuó hasta el final. ¿No era necesario que esa fiesta fuera completa, ya que en ella se reunían todas las demás?

En el momento en que ponía el pie en la clausura, mi mirada se dirigió primero a mi lindo Jesusito⁸, que me sonreía en medio de las flores y de las luces; luego, volviéndome hacia el patio, ¡lo vi todo cubierto de nieve! ¡Qué delicadeza de Jesús! Colmando los deseos de Su pequeña prometida, ¡le daba nieve! ¿Quién es, pues, el mortal, por poderoso que sea, que pueda hacer caer del cielo un solo copo para encantar a su amada?

Todo el mundo se asombró de esa nieve como de un verdadero acontecimiento, a causa de la temperatura contraria; y desde entonces muchas personas, enteradas de mi deseo, hablaron a menudo, lo sé, del «pequeño milagro» de mi toma de hábito, pues les parecía un gusto bien singular el mío de amar la nieve... ¡Tanto mejor! Eso hacía resaltar todavía más la incomprensible condescendencia del Esposo de las vírgenes, de Aquel que ama los lirios blancos como la nieve.

Monseñor entró después de la ceremonia y me colmó de toda clase

de bondades paternas: me recordó, delante de todos los sacerdotes que lo rodeaban, mi visita a Bayeux, mi viaje a Roma, sin olvidar *los cabellos recogidos*; luego, tomándome la cabeza entre sus manos, Su Excelencia me acarició largo rato. Nuestro Señor me hizo pensar entonces, con inefable dulzura, en las caricias que me prodigaré pronto ante la asamblea de los Santos, y este consuelo vino a ser para mí como un anticipo de la gloria celestial.

* * *

Acabo de decirlo, la jornada del 10 de enero fue el triunfo de mi buen padre; comparo esta fiesta con la entrada de Jesús en Jerusalén el domingo de Ramos. Como la de nuestro divino Maestro, su gloria de un día fue seguida de una dolorosa pasión; y así como los sufrimientos de Jesús traspasaron el corazón de Su divina Madre, así también nuestros corazones sintieron muy hondamente las heridas y las humillaciones de aquel a quien más queríamos en la tierra...

Recuerdo que en el mes de junio de 1888 (en el momento en que temíamos para él una parálisis cerebral) dejé sorprendida a nuestra Maestra al decirle: «Sufro mucho, Madre mía, pero lo siento, aún puedo sufrir más.» No pensaba entonces en la prueba que nos aguardaba. ¡No sabía que, el 12 de febrero, un mes después de mi toma de hábito, nuestro venerado padre iba a beber de un cáliz tan amargo!... ¡Ah, entonces ya no dije que podía sufrir más! Las palabras no pueden expresar mis angustias ni las de mis hermanas; no intentaré escribirlas...

Más adelante, en los cielos, nos gustará conversar sobre estos días sombríos del destierro. Sí, los tres años del martirio de mi padre me parecen los más amables, los más fecundos de nuestra vida, no los cambiaría por los éxtasis más sublimes; y mi corazón, en presencia de este tesoro inestimable, exclama en su agradecimiento: «*Bendito seas, Dios mío, por estos años de gracia que hemos pasado en los males.*»⁹

¡Oh Madre querida, qué preciosa y dulce fue nuestra cruz tan amar-

ga, pues de todos nuestros corazones no se escaparon sino suspiros de amor y de agradecimiento! Ya no caminábamos, corríamos, volábamos por los senderos de la perfección.

Leonia y Celina ya no eran del mundo, aunque vivían en medio del mundo. Las cartas que nos escribían en aquella época están impregnadas de una admirable resignación. ¡Y qué locutorios pasaba yo con mi Celina! ¡Ah, lejos de separarnos, las rejas del Carmelo nos unían con más fuerza: los mismos pensamientos, los mismos deseos, el mismo amor de Jesús y de las almas nos hacían vivir! Nunca una palabra sobre las cosas de la tierra se mezclaba en nuestras conversaciones. Como antaño en los Buissonnets, sumergíamos, ya no nuestras miradas, sino nuestros corazones, más allá de los espacios y del tiempo; y, para gozar pronto de una felicidad eterna, escogíamos aquí abajo el sufrimiento y el desprecio.

Mi deseo de sufrimientos estaba colmado. Sin embargo, mi atractivo por ellos no disminuía, y por eso mi alma compartió pronto la prueba del corazón. La sequedad aumentó; no hallaba consuelo ni del lado del cielo ni del lado de la tierra; y no obstante, en medio de esas aguas de la tribulación que yo había deseado con toda el alma, era la más feliz de las criaturas.

Así transcurrió el tiempo de mis desposorios, ¡ay!, demasiado largo para mis deseos. Al final de mi año, usted me dijo, Madre mía, que no pensara en hacer la profesión, que el señor Superior se oponía formalmente; ¡y tuve que esperar todavía ocho meses! Al primer momento me fue difícil aceptar semejante sacrificio; pero pronto la luz divina penetró en mi alma.

Meditaba entonces los *Fundamentos de la vida espiritual* del P. Surin. Un día, durante la oración, comprendí que mi vivísimo deseo de pronunciar mis votos estaba mezclado con un gran amor propio; puesto que yo pertenecía a Jesús como *Su pequeño juguete*, para consolarlo y alegrarlo, no debía obligarlo a hacer mi voluntad en lugar de la Suya. Comprendí además que, el día de sus bodas, una novia no sería agrada-

ble a su esposo si no estuviera adornada con magníficos ornamentos, y yo todavía no había trabajado con ese fin. Entonces dije a Nuestro Señor: «Ya no Te pido que me dejes hacer la profesión, esperaré cuanto Tú quieras; solo que no podría soportar que, por culpa mía, se retrase mi unión Contigo; voy, pues, a poner todo mi empeño en hacerme un vestido enriquecido con diamantes y piedras preciosas de toda clase: cuando Tú lo encuentres bastante rico, estoy segura de que nada Te impedirá tomarme por esposa.»

Me puse manos a la obra con un ánimo nuevo. Desde mi toma de hábito, había recibido ya abundantes luces sobre la perfección religiosa, principalmente respecto al voto de pobreza. Durante mi postulando, me alegraba tener a mi uso cosas cuidadas y encontrar a mano lo que me era necesario. Jesús lo soportaba con paciencia, porque no Le gusta mostrarlo todo a las almas a la vez: ordinariamente da Su luz solo poco a poco.

Al comienzo de mi vida espiritual, hacia los trece o catorce años, me preguntaba qué ganaría más adelante, pues creía entonces imposible comprender mejor la perfección; pero pronto reconocí que mientras más se avanza por este camino, más lejos se cree uno del término. Ahora me resigno a verme siempre imperfecta, e incluso encuentro en ello mi alegría.

Vuelvo a las lecciones que me dio Nuestro Señor. Una noche, después de completas, busqué en vano nuestra lámpara en los estantes destinados a ese uso; era el gran silencio, imposible reclamarla. Me dije, con razón, que una hermana, creyendo tomar su linterna, se había llevado la nuestra. ¿Pero era necesario pasar una hora entera en tinieblas por causa de ese error? Justamente esa noche yo contaba con trabajar mucho. Sin la luz interior de la gracia, me habría quejado sin duda; con ella, en lugar de sentir pena, fui feliz, pensando que la pobreza consiste en verse privada, no solo de las cosas agradables, sino de las indispensables. Y en las tinieblas exteriores, hallé mi alma iluminada por una claridad divina.

En aquella época me nació un verdadero amor por los objetos más feos y menos cómodos: así sentí alegría cuando me quitaron el bonito jarrito de nuestra celda, para recibir en su lugar un jarro grande, todo desportillado. Hacía también muchos esfuerzos por no excusarme, lo que me resultaba muy difícil, sobre todo con nuestra Maestra, a la cual no habría querido ocultar nada.

Mi primera victoria no es grande, pero me costó mucho. Un pequeño florero, dejado por no sé quién detrás de una ventana, apareció roto. Nuestra Maestra, creyéndome culpable de haberlo dejado fuera de su sitio, me dijo que pusiera más atención otra vez, que me faltaba por completo el orden; en fin, pareció disgustada. Sin decir nada, besé la tierra, y después prometí tener más orden en el futuro. Por mi poca virtud, estas pequeñas prácticas, lo he dicho, me costaban mucho, y necesitaba pensar que en el día del Juicio todo sería revelado.

Me aplicaba sobre todo a los pequeños actos de virtud bien escondidos; así me gustaba doblar los mantos olvidados por las hermanas, y buscaba mil ocasiones de servir las. Se me dio también el atractivo por la penitencia; pero nada me estaba permitido para satisfacerlo. Las únicas mortificaciones que se me concedían consistían en mortificar mi amor propio, lo que me hacía más bien que las penitencias corporales.

Entretanto la Santísima Virgen me ayudaba a preparar el vestido de mi alma; en cuanto estuvo terminado, los obstáculos se desvanecieron y mi profesión quedó fijada para el 8 de septiembre de 1890. Todo lo que acabo de decir en tan pocas palabras requeriría muchas páginas; pero esas páginas no se leerán jamás en la tierra...

[1.](#) Antiguo misionero de la Compañía de Jesús en el Canadá.

[2.](#) Jn 18, 36.

[3.](#) *Imitación de Cristo*, libro I, cap. II, 3.

[4.](#) Is 53, 3.

[5.](#) Para honrar a Jesús, el divino Rey de quien Su *pequeña reina* iba a ser la prometi-

da, el señor Martin había querido que, ese día, ella vistiera un traje de terciopelo blanco, guarnecido de cisne y de punto de Alençon. Sus grandes bucles de cabello rubio flotaban sobre sus hombros y unos lirios componían su adorno virginal.

6. Leonia, habiendo entrado con las Clarisas, orden demasiado austera para su delicada salud, tuvo que volver a casa de su padre. Más tarde fue recibida en la Visitación de Caen, donde pronunció sus votos con el nombre de *Sor Francisca Teresa*.

7. Sab 3, 6.

8. Ella estuvo encargada, hasta su muerte, de adornar esta estatua del Niño Jesús.

9. Sal 89, 15.

Capítulo VIII

Las Bodas divinas. Un retiro de gracias. La última lágrima de una santa. Muerte de su padre. Cómo Nuestro Señor colma todos sus deseos. Una víctima de Amor.

¿Debo hablarle, Madre mía, de mi retiro de profesión? Lejos de recibir consuelo, tuve por herencia la aridez más absoluta, casi el abandono. Jesús dormía, como siempre, en mi barquilla. ¡Ah! Veo que muy rara vez las almas Lo dejan dormir tranquilamente en ellas. Este buen Maestro está tan cansado de tomarse continuamente molestias y de dar siempre el primer paso, que Se apresura a aprovechar el descanso que Le ofrezco. Sin duda no despertará antes de mi gran retiro de la eternidad; pero, en lugar de causarme pena, eso me da un extremo placer.

La verdad es que estoy lejos de ser santa; solo esta disposición es una prueba de ello. No debería alegrarme de mi sequedad, sino atribuirlo a mi poco fervor y fidelidad; debería afligirme de dormirme tantas veces durante mis oraciones y mis acciones de gracias. Pues bien, ¡no me aflijo! Pienso que los niños pequeños agradan a sus padres tanto cuando duermen como cuando están despiertos; pienso que, para hacer operaciones, los médicos duermen a sus enfermos; en fin, pienso que *el Señor ve nuestra fragilidad, que Se acuerda de que no somos más que polvo*¹.

* * *

Mi retiro de profesión fue, pues, como los que le siguieron, un retiro de gran aridez. Sin embargo, sin que yo misma me diera cuenta, los medios de agradar a Dios y de practicar la virtud se me iban descubriendo entonces con claridad. He observado muchas veces que Jesús no quiere darme provisiones. Me alimenta a cada instante con un ali-

mento enteramente nuevo; lo encuentro en mí, sin saber cómo ha llegado allí. Creo, sencillamente, que es el mismo Jesús, escondido en el fondo de mi pobre corazoncito, quien obra en mí de una manera misteriosa y me inspira todo lo que quiere que haga en el momento presente.

Algunas horas antes de mi profesión recibí de Roma, por medio del venerado Hermano Simeón, la bendición del Santo Padre, una bendición muy preciosa que ciertamente me ayudó a atravesar la más furiosa tempestad de toda mi vida.

Durante la piadosa víspera, ordinariamente tan dulce, que precede a la aurora del gran día, mi vocación me apareció de pronto como un sueño, una quimera; el demonio (pues era él) me inspiraba la seguridad de que la vida del Carmelo no me convenía en absoluto, de que engañaba a los superiores avanzando por un camino al que no estaba llamada. Mis tinieblas se hicieron tan espesas que ya no comprendí más que una sola cosa: como no tenía vocación religiosa, debía volver al mundo.

¡Ah! ¡Cómo describir mis angustias! ¿Qué hacer en semejante perplejidad? Me decidí por el mejor partido: descubrir sin demora esta tentación a nuestra Maestra. La hice, pues, salir del coro y, llena de confusión, le confesé el estado de mi alma. Por fortuna, ella vio más claro que yo, se contentó con reírse de mi confidencia y me tranquilizó por completo. Por lo demás, el acto de humildad que acababa de hacer había puesto en fuga al demonio como por encanto. Lo que él quería era impedirme confesar mi turbación y, de ese modo, arrastrarme a sus lazos. Pero yo, a mi vez, lo atrapé: para hacer más completa mi humillación, quise también decírselo todo a usted, Madre amadísima, y su respuesta consoladora terminó de disipar mis dudas.

* * *

Desde la mañana del 8 de septiembre fui inundada por un río de paz

y, en esa paz *que sobrepasa todo sentimiento*², pronuncié mis santos votos. ¡Cuántas gracias no pedí! Me sentía de verdad la «reina», y aproveché mi título para obtener todos los favores del Rey para con Sus súbditos ingratos. No olvidé a nadie: quería que ese día se convirtieran todos los pecadores de la tierra, y que el purgatorio no encerrara ya a un solo cautivo. Llevaba también sobre mi corazón este papelito con lo que deseaba para mí:

«Oh Jesús, divino Esposo mío, ¡haz que la vestidura de mi bautismo no se empañe jamás! Llévame, antes que dejarme aquí abajo manchar mi alma cometiendo la más pequeña falta voluntaria. ¡Que yo no busque ni encuentre jamás sino a Ti solo! ¡Que las criaturas no sean nada para mí, y yo nada para ellas! Que ninguna de las cosas de la tierra turbe mi paz.

«Oh Jesús, ¡no Te pido sino la paz!... La paz, y sobre todo el AMOR sin medida, sin límites. ¡Jesús! Que por Ti muera mártir; dame el martirio del corazón o el del cuerpo. ¡Ah, mejor dame los dos!

«Haz que cumpla mis compromisos en toda su perfección, que nadie se ocupe de mí, que sea pisoteada, olvidada como un granito de arena. Me ofrezco a Ti, mi Amado, para que cumplas perfectamente en mí Tu santa voluntad, sin que jamás las criaturas puedan ponerle obstáculo.»

Al final de ese hermoso día, deposité sin tristeza, según la costumbre, mi corona de rosas a los pies de la Santísima Virgen; sentía que el tiempo no se llevaría mi felicidad...

¡La Natividad de María! ¡Qué hermosa fiesta para hacerse esposa de Jesús! Era la *pequeña* Virgen santa de un día quien presentaba su *pequeña* flor al *pequeño* Jesús. Ese día todo era *pequeño*, excepto las gracias que recibí, excepto mi paz y mi alegría al contemplar por la tarde las hermosas estrellas del firmamento, pensando que *pronto* volaría al cielo para unirme a mi divino Esposo en el seno de una alegría eterna.

* * *

El 24 tuvo lugar la ceremonia de mi Toma de Velo. Esta fiesta estuvo

toda ella *velada* de lágrimas. Papá estaba demasiado enfermo para venir a bendecir a su reina; en el último momento, monseñor Hugonin, que debía presidir, se vio impedido él mismo; en fin, por varias otras circunstancias más, todo fue tristeza y amargura... Sin embargo, la paz, siempre la paz, se hallaba para mí en el fondo del cáliz. Ese día Jesús permitió que no pudiera contener mis lágrimas... y mis lágrimas no fueron comprendidas... En efecto, yo había soportado sin llorar pruebas mucho mayores; pero entonces me sostenía una gracia poderosa; mientras que, el 24, Jesús me dejó a mis propias fuerzas, y mostré cuán pequeñas eran.

Ocho días después de mi Toma de Velo, mi prima Juana Guérin se casó con el doctor La Néele. En el locutorio siguiente, al oírla hablar de las atenciones con que rodeaba a su marido, sentí que mi corazón se estremecía: «No se dirá, pensé, que una mujer del mundo hace más por su esposo, simple mortal, que yo por mi Jesús amado». Y, llena de un ardor nuevo, me esforcé más que nunca por agradar en todas mis acciones al Esposo celestial, al Rey de los reyes, que Se había dignado elevarme hasta Su alianza divina.

Habiendo visto la carta de participación de la boda, me entretuve en componer la invitación siguiente, que leí a las novicias para hacerles notar lo que a mí misma tanto me había impresionado: cuán poca cosa es la gloria de las uniones de la tierra comparada con los títulos de una esposa de Jesús:

EL DIOS TODOPODEROSO, Creador del cielo y de la tierra, soberano Señor del mundo, y la GLORIOSÍSIMA VIRGEN MARÍA, Reina de la corte celestial, se complacen en participarle el matrimonio espiritual de su augusto Hijo, JESÚS, Rey de los reyes y Señor de los señores, con la pequeña TERESA Martin, ahora Señora y Princesa de los reinos aportados en dote por su divino Esposo: la Infancia de Jesús y su Pasión, de donde le vienen sus títulos de nobleza: DEL NIÑO JESÚS Y DE LA SANTA FAZ.

No habiendo podido invitarle a la fiesta de las Bodas, que fue cele-

brada en la Montaña del Carmelo el 8 de septiembre de 1890 (pues solo la corte celestial fue admitida a ella), se le ruega, sin embargo, que asista a la Tornaboda, que tendrá lugar Mañana, día de la Eternidad, día en que Jesús, Hijo de Dios, vendrá sobre las nubes del cielo, en el esplendor de Su majestad, para juzgar a vivos y muertos.

Siendo todavía incierta la hora, se le invita a estar preparado y a velar.

Y ahora, Madre mía, ¿qué le diré? Fue en sus manos donde me entregué a Jesús, usted me conoce desde mi niñez, ¿necesito escribirle mis secretos? ¡Ah! Se lo ruego, permíteme si abrevio mucho la historia de mi vida religiosa.

El año que siguió a mi profesión recibí grandes gracias durante el retiro general. Ordinariamente los retiros predicados me resultan muy penosos; pero esta vez fue de otro modo. Me había preparado con una novena fervorosa, ¡me parecía que iba a sufrir tanto! Del reverendo Padre se decía que entendía más de convertir pecadores que de hacer avanzar a las almas religiosas. Pues bien, debo de ser una gran pecadora, porque el buen Dios se sirvió de este santo religioso para consolarme.

Yo tenía entonces penas interiores de todo género que me sentía incapaz de decir; y de pronto mi alma se dilató por completo, fui comprendida de una manera maravillosa e incluso adivinada. El Padre me lanzó a toda vela sobre las olas de la confianza y del amor, que tanto me atraían, pero por las cuales no me atrevía a avanzar. Me dijo que mis faltas no entristecían al buen Dios: «En este momento, añadió, hago Sus veces junto a usted; pues bien, le aseguro de Su parte que está muy contento de su alma».

¡Oh, qué feliz fui al oír estas consoladoras palabras! Jamás había oído decir que las faltas pudieran no entristecer al buen Dios.³ Esta seguridad me colmó de alegría; me hizo soportar con paciencia el destierro de la vida. Era, por lo demás, el eco de mis pensamientos íntimos. Sí, yo creía desde hacía mucho tiempo que el Señor es más tierno que una

madre, ¡y conozco a fondo más de un corazón de madre! Sé que una madre siempre está dispuesta a perdonar las pequeñas indelicadezas involuntarias de su hijo. ¡Cuántas veces lo he experimentado con dulzura! Ningún reproche me habría tocado tanto como una sola de las caricias maternales; soy de una naturaleza tal que el temor me hace retroceder; con el amor no solo avanzo, ¡sino que vuelo!

* * *

Dos meses después de este bendito retiro, nuestra venerada Fundadora, Madre Genoveva de Santa Teresa, dejó nuestro pequeño Carmelo para entrar en el Carmelo de los Cielos.

Pero, antes de hablarle de mis impresiones en el momento de su muerte, quiero decirle, Madre mía, mi dicha por haber vivido varios años con una santa no inimitable, sino santificada por virtudes ocultas y ordinarias. Más de una vez recibí de ella grandes consuelos.

Un domingo, al entrar en la enfermería para hacerle mi pequeña visita, encontré junto a ella a dos hermanas ancianas; me retiraba con discreción, cuando me llamó y me dijo con aire inspirado: «Espere, hija mía, solo tengo una palabra que decirle: usted siempre me pide un ramillete espiritual; pues bien, hoy le doy este: *“Sirva a Dios con paz y con alegría; recuerde, hija mía, que nuestro Dios es el Dios de la paz”*».

Después de darle las gracias sencillamente, salí, conmovida hasta las lágrimas y convencida de que el buen Dios le había revelado el estado de mi alma. Ese día yo estaba sumamente probada, casi triste, en una noche tal que ya no sabía si Dios me amaba. Pero la alegría y el consuelo que reemplazaron esas tinieblas, usted los adivina, Madre querida...

El domingo siguiente quise saber qué revelación había tenido Madre Genoveva; me aseguró no haber recibido ninguna. Entonces mi admiración fue aún mayor, al ver en qué grado eminente vivía Jesús en su alma y la hacía obrar y hablar. ¡Ah! Esa santidad me parece la más

verdadera, la más *santa*; es la que deseo, pues en ella no se encuentra ninguna ilusión.

El día en que esta venerada Madre dejó el destierro por la patria, recibí una gracia muy particular. Era la primera vez que asistía a una muerte; ¡de verdad que el espectáculo era arrebatador! Pero durante las dos horas que pasé al pie del lecho de la santa moribunda, una especie de insensibilidad se había apoderado de mí; y eso me apenaba, cuando, en el instante mismo del nacimiento al cielo de nuestra Madre, mi disposición interior cambió por completo. En un abrir y cerrar de ojos me sentí llena de una alegría y de un fervor indecibles, como si el alma bienaventurada de nuestra santa Madre me hubiera dado, en ese instante, una parte de la felicidad de que ya gozaba; pues estoy muy persuadida de que fue derecho al cielo.

Durante su vida le dije un día: «Oh Madre mía, usted no irá al purgatorio». «¡Así lo espero!», me respondió con dulzura. Ciertamente el buen Dios no pudo defraudar una esperanza tan llena de humildad; todos los favores que hemos recibido son la prueba de ello.

Cada hermana se apresuró a pedir alguna reliquia de nuestra venerada Madre; y usted sabe, Madre mía, cuál es la que yo conservo como un tesoro. Durante su agonía, noté una lágrima que centelleaba en su párpado como un hermoso diamante. Esa lágrima, la última de todas las que derramó sobre la tierra, no cayó; todavía la vi brillar cuando los restos mortales de nuestra Madre fueron expuestos en el coro. Entonces, tomando un finísimo lienzo, me atreví a acercarme por la tarde, sin ser vista de nadie, y ahora tengo la dicha de poseer la última lágrima de una santa.

No doy importancia a mis sueños; además, rara vez los tengo simbólicos, y hasta me pregunto cómo es que, pensando todo el día en el buen Dios, no me ocupo más de Él durante el sueño. Ordinariamente sueño con bosques, flores, arroyos y el mar. Casi siempre veo niños pequeños muy lindos, atrapo mariposas y pájaros como jamás los he visto. Si mis sueños tienen apariencia poética, ya ve usted, Madre mía,

que están lejos de ser místicos.

Una noche, después de la muerte de Madre Genoveva, tuve uno más consolador. Esta santa Madre daba a cada una de nosotras alguna cosa que le había pertenecido. Cuando llegó mi turno, creí que no recibiría nada, pues sus manos estaban vacías. Mirándome entonces con ternura, me dijo tres veces: *«A usted le dejo mi corazón»*.

* * *

Un mes después de esta muerte tan preciosa ante Dios, es decir, en los últimos días del año 1891, la epidemia de influenza se ensañó con la comunidad; yo solo fui atacada levemente y me mantuve en pie con otras dos hermanas. Es imposible imaginar el estado desolador de nuestro Carmelo en aquellos días de luto. Las más enfermas eran atendidas por las que apenas se arrastraban; la muerte reinaba por todas partes; y cuando una de nuestras hermanas había exhalado el último suspiro, era preciso, ¡ay!, abandonarla enseguida.

El día de mis 19 años fue entristecido por la muerte de nuestra venerada Madre Subpriora; la asistí con la enfermera durante su agonía. A esta muerte siguieron pronto otras dos. Yo me encontraba entonces sola en la sacristía y me pregunto cómo pude bastar para todo.

Una mañana, a la señal del despertar, tuve el presentimiento de que sor Magdalena ya no estaba. El dormitorio⁴ se hallaba en una oscuridad completa; nadie salía de las celdas. Me decidí, sin embargo, a entrar en la de sor Magdalena, a quien vi, en efecto, vestida y tendida sobre su jergón, en la inmovilidad de la muerte. No sentí el menor miedo; y, corriendo a la sacristía, traje enseguida un cirio y le puse en la cabeza una corona de rosas. En medio de aquel abandono, ¡sentía la mano del buen Dios, Su Corazón que velaba sobre nosotras! Sin esfuerzo pasaban nuestras queridas hermanas a una vida mejor; una expresión de gozo celestial se extendía sobre su rostro, parecían descansar en un dulce sueño.

Durante esas largas semanas de prueba pude tener el inefable consuelo de recibir todos los días la santa comunión. ¡Ah, qué dulce era! Jesús me mimó mucho tiempo, más tiempo que a Sus fieles esposas. Después de la influenza, quiso venir a mí algunos meses más, sin que la comunidad compartiera mi dicha. Yo no había pedido esta excepción, pero era muy feliz de unirme cada día a mi Amado.

Lo era también de poder tocar los vasos sagrados, de preparar los pequeños pañales destinados a recibir a Jesús. Sentía que debía ser muy fervorosa, y recordaba a menudo esta palabra dirigida a un santo diácono: «*Sé santo, tú que tocas los vasos del Señor*»⁵.

¿Qué le diré, Madre mía, de mis acciones de gracias en aquel tiempo y siempre? ¡No hay instantes en que esté menos consolada! ¿Y no es muy natural, puesto que no deseo recibir la visita de Nuestro Señor para mi satisfacción, sino únicamente para Su gusto?

Me represento mi alma como un terreno libre, y pido a la Santísima Virgen que quite de él los escombros, que son las imperfecciones; después le suplico que levante ella misma una vasta tienda digna del cielo y la adorne con sus propios atavíos. Luego invito a todos los Ángeles y a los Santos a venir a cantar cánticos de amor. Me parece entonces que Jesús está contento de verse recibido tan magníficamente; y yo comparto Su alegría. Todo esto no impide que vengan a importunarme las distracciones y el sueño; por eso no es raro que tome la resolución de continuar mi acción de gracias durante todo el día, puesto que la he hecho tan mal en el coro.

Ve usted, Madre venerada, que estoy lejos de caminar por la vía del temor; siempre sé encontrar el modo de ser feliz y de sacar provecho de mis miserias. Nuestro Señor mismo me anima en este camino. Una vez, contra mi costumbre, me sentía turbada al dirigirme a la santa Mesa. Desde hacía varios días, como el número de hostias no alcanzaba, yo recibía solo una partícula; y esa mañana hice esta reflexión poco fundada: «Si hoy no recibo más que la mitad de una hostia, ¡voy a creer que Jesús viene a mi corazón como a regañadientes!». Me acer-

co... ¡Oh dicha! El sacerdote, deteniéndose, me dio *dos hostias bien separadas*. ¿No fue una dulce respuesta?

Oh Madre mía, ¡cuántos motivos tengo para estar agradecida a Dios! Voy a hacerle todavía una ingenua confidencia: el Señor me mostró la misma misericordia que al rey Salomón. Todos mis deseos han sido satisfechos; no solo mis deseos de perfección, sino también aquellos cuya vanidad comprendía sin haberla experimentado. Como siempre había mirado a Madre Inés de Jesús como mi ideal, quería parecerme a ella en todo. Al verla pintar encantadoras miniaturas y componer hermosas poesías, pensaba que sería feliz si supiera pintar yo también⁶, si pudiera expresar mis pensamientos en versos y hacer bien a mi alrededor. Sin embargo, no habría querido pedir estos dones naturales, y mis deseos permanecían ocultos en el fondo de mi corazón.

Jesús, escondido también Él en este pobre corazoncito, Se complació en mostrarle una vez más la nada de lo que pasa. Para gran asombro de la comunidad, me salieron bien varios trabajos de pintura, comuse poesías, se me concedió hacer bien a algunas almas. Y así como *Salomón, volviéndose hacia las obras de sus manos, en las que se había tomado un trabajo tan inútil, vio que todo es vanidad y aflicción de espíritu bajo el sol*⁷, yo reconocí, por experiencia, que la única felicidad de la tierra consiste en esconderse, en permanecer en una total ignorancia de las cosas creadas. Comprendí que, sin el amor, todas las obras, aun las más brillantes, no son sino nada. En lugar de hacerme daño, de herir mi alma, los dones que el Señor me ha prodigado me llevan hacia Él; veo que solo Él es inmutable, solo Él capaz de colmar mis inmensos deseos.

Pero, ya que estoy en el capítulo de mis deseos, hay otros de distinto género que el divino Maestro se ha complacido todavía en colmar: deseos infantiles, semejantes al de *la nieve* de mi toma de hábito. Usted sabe, Madre mía, cuánto amo las flores. Al hacerme prisionera a los quince años, renuncié para siempre a la dicha de correr por los campos esmaltados con los tesoros de la primavera. Pues bien, ¡jamás

he poseído más flores que desde mi entrada en el Carmelo!

Es costumbre en el mundo que los novios regalen lindos ramos a sus novias; Jesús no lo olvidó... Recibí en abundancia, para Su altar, acianos, amapolas, grandes margaritas, todas las flores que más me encantan. Una florecilla amiga mía, la neguilla de los trigos, era la única que había faltado a la cita; deseaba mucho volver a verla, y he aquí que hace poco vino a sonreírme y a mostrarme que, en las cosas más pequeñas como en las grandes, el buen Dios da el ciento por uno desde esta vida a las almas que por Su amor lo han dejado todo.

Me quedaba todavía un solo deseo, el más íntimo de todos y el más irrealizable por muchos motivos. Ese deseo era la entrada de Celina en el Carmelo de Lisieux. Sin embargo, yo había hecho de él el sacrificio entero, confiando solo a Dios el porvenir de mi querida hermana. Aceptaba que partiera al fin del mundo, si era necesario, pero quería verla, como yo, esposa de Jesús. ¡Ah, cuánto sufrí al saberla expuesta en el mundo a peligros que a mí me habían sido desconocidos! Puedo decir que mi afecto fraternal se parecía más bien a un amor de madre; estaba llena de entrega y de solicitud por su alma. Cierta día, ella debía ir con mi tía y mis primas a una reunión mundana. No sé por qué sentí más pena que nunca, y derramé un torrente de lágrimas, suplicando a Nuestro Señor que *le impidiera bailar...* ¡Lo que sucedió precisamente! Él no permitió que Su pequeña novia pudiera bailar aquella noche (aunque de ordinario no tenía dificultad para hacerlo con gracia). Su caballero se encontró él mismo incapaz, no pudo hacer otra cosa que *caminar muy religiosamente con la señorita*, para gran asombro de toda la concurrencia. Después de lo cual, aquel pobre señor se escabulló avergonzado, sin atreverse a reaparecer un solo instante en toda la velada. Esta aventura, única en su género, me hizo crecer en confianza y me mostró claramente que el signo de Jesús estaba también puesto en la frente de mi hermana amada.

El 29 de julio de 1894, el Señor llamó a Sí a mi buen padre, ¡tan probado y tan santo! Durante los dos años que precedieron a su muer-

te, como la parálisis se había hecho general, mi tío lo tenía junto a sí, colmando su dolorosa vejez de toda clase de atenciones. Pero a causa de su estado de invalidez e impotencia, solo lo vimos una vez en el locutorio durante todo el curso de su enfermedad. ¡Ah, qué entrevista! Al momento de separarnos, cuando le decíamos hasta luego, alzó los ojos y, mostrándonos con el dedo el cielo, permaneció así largo rato, sin otra cosa para traducir su pensamiento que esta sola palabra, pronunciada con voz llena de lágrimas: «¡¡¡Al cielo!!!».

Habiéndole tocado ese hermoso cielo en herencia, los lazos que retenían en el mundo a *su ángel consolador* quedaban rotos. Pero los ángeles no se quedan en la tierra: cuando han cumplido su misión, vuelven enseguida a Dios; ¡por eso tienen alas! Celina intentó, pues, volar al Carmelo. ¡Ay!, las dificultades parecían insuperables. Un día, como sus asuntos se enredaban cada vez más, dije a Nuestro Señor después de la santa comunión: «Sabes, Jesús mío, cuánto he deseado que la prueba de mi padre le sirviera de purgatorio. ¡Oh, cuánto quisiera saber si mis ruegos son escuchados! No Te pido que me hables, solo Te pido una señal: conoces la oposición de Sor N. a la entrada de Celina; pues bien, si en adelante ella ya no pone obstáculos, esa será Tu respuesta, Tú me dirás con ello que mi padre fue derecho al cielo».

¡Oh misericordia infinita! ¡Condescendencia inefable! El buen Dios, que tiene en Su mano el corazón de las criaturas y lo inclina como quiere, cambió las disposiciones de esta hermana. La primera persona que encontré inmediatamente después de la acción de gracias fue ella misma, quien, llamándome con lágrimas en los ojos, me habló de la entrada de Celina, ¡sin mostrarme ya más que un vivo deseo de verla entre nosotras! Y pronto Monseñor, zanjando las últimas dificultades, le permitía a usted, Madre mía, sin la menor vacilación, abrir nuestras puertas a la palomita desterrada⁸.

¡Ahora ya no tengo ningún deseo, si no es el de amar a Jesús hasta la locura! Sí, solo el AMOR me atrae. Ya no deseo ni el sufrimiento ni la muerte, y sin embargo ¡a las dos las quiero! Mucho tiempo las llamé

como mensajeras de alegría... ¡Poseí el sufrimiento y creí tocar la orilla del cielo! Creí, desde mi más tierna juventud, que *la florecilla* sería cortada en su primavera; hoy solo me guía el abandono, no tengo otra brújula. Ya no sé pedir nada con ardor, excepto el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios sobre mi alma. Puedo decir estas palabras del cántico de nuestro Padre san Juan de la Cruz:

En la bodega interior
De mi Amado, bebí... y cuando salí,
En toda esta llanura
Ya no conocía nada,
Y perdí el rebaño que antes seguía.

Mi alma se ha empleado
Con todos sus recursos en Su servicio;
Ya no guardo rebaño,
Ya no tengo otro oficio,
Pues ahora *todo mi ejercicio es AMAR*.

O también:

Desde que lo he experimentado,
El *amor* es tan poderoso en obras
Que sabe sacar provecho de todo,
Del bien y del mal que halla en mí,
Y transformar mi alma en sí.

Oh Madre mía, ¡qué dulce es la vía del *amor*! Sin duda se puede caer, se pueden cometer infidelidades; pero el amor, sabiendo *sacar provecho de todo*, ha consumido muy pronto *todo* lo que puede desagradar a Jesús, sin dejar en el fondo del corazón más que una humilde y profunda paz.

¡Ah, cuántas luces no he sacado de las obras de san Juan de la Cruz! A los diecisiete y dieciocho años no tenía otro alimento. Pero

más tarde, los autores espirituales me dejaron todos en la aridez; y todavía estoy en esta disposición. Si abro un libro, aun el más hermoso, el más conmovedor, mi corazón se oprime enseguida y leo sin poder comprender; o, si comprendo, mi espíritu se detiene sin poder meditar.

En esta impotencia, la Sagrada Escritura y la Imitación vienen en mi ayuda; en ellas encuentro un maná escondido, sólido y puro. Pero, por encima de todo, es el Evangelio lo que me sostiene durante mis oraciones; de él saco todo lo que necesita mi pobre almita. Descubro siempre nuevas luces, sentidos ocultos y misteriosos. Comprendo y sé por experiencia que *el reino de Dios está dentro de nosotros*⁹. Jesús no necesita libros ni doctores para instruir a las almas; Él, el Doctor de los doctores, enseña sin ruido de palabras. Jamás Lo he oído hablar; pero sé que está en mí. A cada instante me guía y me inspira; percibo, justo en el momento en que lo necesito, claridades desconocidas hasta entonces. Las más de las veces no brillan ante mis ojos en las horas de oración, sino en medio de las ocupaciones del día.

A veces, sin embargo, una palabra como esta (que saqué esta tarde, al final de una oración pasada en sequedad) viene a consolarme: «Aquí está el Maestro que te doy, Él te enseñará todo lo que debes hacer. Quiero hacerte leer en el Libro de la vida, donde se contiene *la ciencia del amor*»¹⁰. ¡La ciencia del amor! ¡Ah! Esta palabra resuena dulcemente en el oído de mi alma. ¡Solo deseo esa ciencia! Por ella, *habiendo dado todas mis riquezas*, como la esposa de los cantares, *estimo no haber dado nada*¹¹.

Oh Madre mía, después de tantas gracias, ¿no puedo cantar con el Salmista que *el Señor es bueno, que Su misericordia es eterna*¹²? Me parece que si todas las criaturas recibieran los mismos favores, nadie temería a Dios, sino que sería *amado* hasta el exceso; por amor, y no temblando, ninguna alma cometería jamás la menor falta voluntaria.

Pero en fin, comprendo que no todas las almas pueden parecerse; es necesario que haya de diferentes familias, para honrar especialmen-

te cada una de las perfecciones divinas. A mí Él me ha dado Su MISERICORDIA INFINITA, y a través de este espejo inefable contemplo Sus otros atributos. Entonces todos me aparecen radiantes de AMOR: la *justicia* misma, más que los otros quizá, me parece revestida *de amor*. ¡Qué dulce alegría pensar que el Señor es justo, es decir, que tiene en cuenta nuestras debilidades, que conoce perfectamente la fragilidad de nuestra naturaleza! ¿De qué, pues, tendría yo miedo? El buen Dios, infinitamente justo, que se digna perdonar con tanta misericordia las faltas del hijo pródigo, ¿no debe ser *justo* también conmigo, *que estoy siempre con Él*¹³?

En el año 1895 recibí la gracia de comprender más que nunca cuánto desea Jesús ser amado. Pensando un día en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios, a fin de desviar, atrayéndolos sobre sí, los castigos reservados a los pecadores, hallé esta ofrenda grande y generosa, pero estaba muy lejos de sentirme llevada a hacerla.

«¡Oh divino Maestro mío!, exclamé en el fondo de mi corazón, ¿solo Tu justicia recibirá hostias de holocausto? ¿No tiene necesidad de ellas también *Tu amor misericordioso*? Por todas partes es desconocido, rechazado... los corazones a quienes deseas prodigarlo se vuelven hacia las criaturas, pidiéndoles la felicidad con un miserable afecto de un instante, en lugar de arrojarlos en Tus brazos y de aceptar el delicioso horno de Tu amor infinito.

«Oh Dios mío, ¿va a quedarse en Tu Corazón Tu amor despreciado? Me parece que si hallaras almas que se ofrecieran como VÍCTIMAS DE HOLOCAUSTO A TU AMOR, las consumirías rápidamente, que serías feliz de no reprimir ya las llamas de ternura infinita que están encerradas en Ti.

«Si Tu justicia se complace en descargarse, ella que solo se extiende sobre la tierra, ¡cuánto más desea Tu amor misericordioso abrasar las almas, puesto que *Tu misericordia se eleva hasta los cielos*¹⁴! Oh Jesús, que sea yo esa feliz víctima, consume a Tu pequeña hostia con el fuego del divino amor».

Madre mía, usted sabe de las llamas, o más bien de los océanos de gracias que vinieron a inundar mi alma, enseguida después de mi ofrenda del 9 de junio de 1895. ¡Ah! Desde ese día, el amor me penetra y me rodea; a cada instante, este *amor misericordioso* me renueva, me purifica y no deja en mi corazón ningún rastro de pecado. No, no puedo temer el purgatorio; sé que ni siquiera merecería entrar con las almas santas en ese lugar de expiación; pero sé también que el fuego del amor es más santificante que el del purgatorio, sé que Jesús no puede querer para nosotros sufrimientos inútiles, y que no me inspiraría los deseos que siento si no quisiera colmarlos.¹⁵

[1.](#) Sal 102, 14.

[2.](#) Flp 4, 7.

[3.](#) N. del E.: Teresa se refiere a las faltas de fragilidad, como precisa enseguida («las pequeñas indelicadezas involuntarias de su hijo»). El pecado venial deliberado sí debilita la caridad, aunque no rompe la Alianza con Dios (CEC 1863).

[4.](#) Corredor.

[5.](#) Is 52, 11.

[6.](#) Este deseo, Teresa lo guardaba en su corazón desde su infancia. Esto es lo que nos confió más tarde: «Yo tenía diez años el día en que mi padre anunció a Celina que iba a hacerle dar lecciones de pintura; yo estaba allí y envidiaba su dicha. Papá me dijo: “Y tú, mi reinita, ¿te daría gusto también aprender dibujo?”. Iba a responder con un sí muy alegre, cuando María hizo notar que yo no tenía las mismas disposiciones que Celina. Ella se salió pronto con la suya; y yo, pensando que era una buena ocasión de ofrecer un gran sacrificio a Jesús, guardé silencio. Deseaba con tanto ardor aprender dibujo que todavía hoy me pregunto cómo tuve fuerzas para callar».

[7.](#) Qo 2, 11.

[8.](#) Fue el 14 de septiembre de 1894. *Celina* se hizo *Sor Genoveva de Santa Teresa*.

[9.](#) Lc 17, 21.

[10.](#) Nuestro Señor a la beata Margarita María.

[11.](#) Ct 8, 7.

[12.](#) Sal 112, 1.

[13.](#) Lc 15, 31.

[14.](#) Sal 35, 5.

[15.](#) N. del E.: Teresa no niega el purgatorio, al que llama «lugar de expiación»: confía en que el amor la purifique ya en esta vida. La Iglesia enseña la purificación final de quienes mueren en gracia, pero imperfectamente purificados (CEC 1030-1031), y que «una conversión que procede de una ferviente caridad puede llegar a la total purificación del pecador» (CEC 1472).

Capítulo IX

El ascensor divino. Primeras invitaciones a las alegrías eternas. La noche oscura. La Mesa de los pecadores. Cómo comprende este ángel de la tierra la caridad fraterna. Una gran victoria. Un soldado desertor.

Madre querida, yo creía haber terminado, y usted me pide más detalles sobre mi vida religiosa. No quiero razonar, pero no puedo evitar reírme al tomar de nuevo la pluma para contarle cosas que usted sabe tan bien como yo; en fin, obedezco. No quiero averiguar qué utilidad puede tener este manuscrito; se lo confieso, Madre mía, si usted lo quemara ante mis ojos antes incluso de haberlo leído, no sentiría pena alguna.

* * *

En la comunidad se cree por lo general que usted me ha mimado de todas las maneras desde mi entrada en el Carmelo; pero *el hombre solo ve las apariencias, y Dios lee en el fondo de los corazones*¹. Oh Madre mía, le doy gracias una vez más por no haberme tratado con miramientos; Jesús sabía bien que Su florecilla necesitaba el agua vivificante de la humillación, era demasiado débil para echar raíces sin este medio, y a usted le debe este inestimable beneficio.

Desde hace algunos meses, el divino Maestro ha cambiado por completo Su manera de hacer crecer a Su florecilla: al encontrarla sin duda bastante regada, ahora la deja crecer bajo los rayos bien cálidos de un sol resplandeciente. Ya no quiere para ella más que Su sonrisa, que le da todavía por medio de usted, Madre venerada. Este dulce sol, lejos de marchitar a la florecilla, la hace crecer maravillosamente. En el fondo de su cáliz conserva las preciosas gotas de rocío que recibió en otro tiempo; y esas gotas le recordarán siempre que es pequeña y dé-

bil. Todas las criaturas podrían inclinarse hacia ella, admirarla, abrumarla con sus alabanzas; eso no añadiría jamás una sombra de vana satisfacción a la verdadera alegría que saborea en su corazón, al verse a los ojos de Dios una pobre y pequeña nada, nada más.

Al decir que todos los cumplidos me dejarían insensible, no me refiero, Madre mía, al amor y a la confianza que usted me demuestra; al contrario, me conmueven mucho, pero siento que no tengo nada que temer, y ahora puedo gozar de ellos a mis anchas, atribuyendo al Señor lo que Él ha querido poner de bueno en mí. Si Le place hacerme parecer mejor de lo que soy, eso no me concierne, Él es libre de obrar como quiere.

¡Dios mío, qué diferentes son los caminos por los que conduces a las almas! En la vida de los santos vemos a muchos que no han dejado nada de sí después de su muerte: ni el menor recuerdo, ni el menor escrito. Otros, al contrario, como nuestra Madre santa Teresa, enriquecieron a la Iglesia con su doctrina sublime, sin temor de *revelar los secretos del Rey*², para que sea más conocido y más amado por las almas. ¿Cuál de estas dos maneras agrada más a Nuestro Señor? Me parece que Le son igualmente agradables.

Todos los amados de Dios han seguido el impulso del Espíritu Santo, que hizo escribir al profeta: «*Digan al justo que todo está bien*»³. Sí, todo está bien cuando solo se busca la voluntad divina; por eso yo, pobre florecilla, obedezco a Jesús tratando de agradar a la que me Lo representa aquí abajo.

* * *

Usted lo sabe, Madre mía, mi deseo ha sido siempre llegar a ser santa; pero ¡ay!, cada vez que me he comparado con los santos, he comprobado que entre ellos y yo hay la misma diferencia que vemos en la naturaleza entre una montaña cuya cima se pierde en las nubes y el oscuro grano de arena pisoteado por los transeúntes.

En lugar de desanimarme, me dije: «El buen Dios no puede inspirar deseos irrealizables; puedo, pues, a pesar de mi pequeñez, aspirar a la santidad. ¡Hacerme más grande es imposible! Debo soportarme tal como soy, con mis imperfecciones sin número; pero quiero buscar el modo de ir al cielo por un caminito muy recto, muy corto, un caminito completamente nuevo. Estamos en un siglo de inventos: ahora ya no vale la pena subir los peldaños de una escalera; en las casas de los ricos, un ascensor la reemplaza con ventaja. Yo también quisiera encontrar *un ascensor* para elevarme hasta Jesús, porque soy demasiado pequeña para subir la ruda escalera de la perfección».

Entonces pedí a los Libros santos la indicación del *ascensor*, objeto de mi deseo; y leí estas palabras salidas de la boca misma de la Sabiduría eterna: «*Si alguien es MUY PEQUEÑO, que venga a mí*»⁴. Me acerqué, pues, a Dios, adivinando bien que había descubierto lo que buscaba; y queriendo saber aún qué haría con el *muy pequeño*, seguí mis investigaciones y esto es lo que encontré: «*Como una madre acaricia a su hijo, así Yo los consolaré, los llevaré en Mi seno y los meceré sobre Mis rodillas*»⁵.

¡Ah!, jamás palabras más tiernas, más melodiosas, vinieron a alegrar mi alma. *El ascensor* que debe elevarme hasta el cielo ¡*son Tus brazos, oh Jesús!* Para eso no necesito crecer; al contrario, es preciso que siga siendo pequeña, que lo sea cada vez más. Oh Dios mío, has superado mi esperanza, ¡y yo quiero cantar Tus misericordias! *Tú me instruíste desde mi juventud, y hasta ahora he anunciado Tus maravillas: seguiré publicándolas en la edad más avanzada*»⁶.

* * *

¿Cuál será para mí esa edad avanzada? Me parece que podría ser tanto ahora como más tarde: dos mil años no son más a los ojos del Señor que veinte años... ¡que un solo día!

Pero no crea, Madre mía, que su hija desea dejarla, estimando co-

mo una gracia mayor morir en la aurora que al declinar el día; lo que ella estima, lo que desea únicamente, es agradar a Jesús. Ahora que Él parece acercarse a ella para atraerla a la morada de la gloria, su corazón se alegra; ella lo sabe, lo ha comprendido, el buen Dios no necesita de nadie, y menos de ella que de los demás, para hacer el bien en la tierra.

Mientras tanto, Madre venerada, conozco su voluntad: usted desea que yo cumpla a su lado una misión muy dulce, muy fácil⁷; y esa misión la terminaré desde lo alto de los cielos. Usted me dijo, como Jesús a san Pedro: «*Apacienta Mis corderos*»; y yo me asombré, me encontré demasiado pequeña, le supliqué que apacentara usted misma a sus corderitos y que me conservara por gracia con ellos. Respondiendo un poco a mi justo deseo, usted más bien me nombró su primera compañera que su maestra, mandándome sin embargo que los condujera a los pastos fértiles y sombreados, que les indicara las hierbas mejores y más fortalecedoras, que les señalara con cuidado las flores brillantes, pero venenosas, que nunca deben tocar sino para aplastarlas bajo sus pies.

Madre mía, ¿cómo es posible que mi juventud, mi inexperiencia no la hayan asustado? ¿Cómo no teme que yo deje extraviarse a sus corderos? Al obrar así, quizá se acordó usted de que a menudo el Señor se complace en dar la sabiduría a los más pequeños.

En la tierra, ¡son muy raras las almas que no miden el poder divino con sus cortos pensamientos! El mundo admite de buen grado que, por doquier aquí abajo, haya excepciones; solo el buen Dios no tiene derecho a hacerlas. Hace tiempo, lo sé, esta manera de medir la experiencia por los años se practica entre los humanos; pues, en su adolescencia, el santo rey David cantaba al Señor: «*Soy joven y despreciado*». En el mismo salmo, sin embargo, no teme decir: «*Me he vuelto más prudente que los ancianos, porque he buscado Tu voluntad. Tu palabra es la lámpara que alumbrá mis pasos; estoy dispuesto a cumplir Tus mandatos, y nada me turba*»⁸.

Usted no juzgó siquiera imprudente, Madre mía, decirme un día

que el divino Maestro iluminaba mi alma y me daba la experiencia de los años. Soy demasiado pequeña ahora para tener vanidad, soy todavía demasiado pequeña para saber hilvanar bellas frases a fin de hacer creer que tengo mucha humildad; prefiero reconocer sencillamente *que el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas*⁹; y la más grande es haberme mostrado mi pequeñez, mi impotencia para todo bien.

* * *

Mi alma ha conocido muchas clases de pruebas, ¡he sufrido mucho aquí abajo! En mi infancia sufría con tristeza; hoy saboreo en la paz y en la alegría todos los frutos amargos. Para no sonreír al leer estas páginas, es preciso, lo confieso, que usted me conozca a fondo, Madre querida; porque ¿existe un alma aparentemente menos probada que la mía? ¡Ah!, si el martirio que sufro desde hace un año apareciera a la vista, ¡qué asombro! Ya que usted lo quiere, voy a tratar de escribirlo; pero no hay términos para explicar estas cosas, y siempre me quedaré por debajo de la realidad.

En la Cuaresma del año pasado me encontré más fuerte que nunca, y esa fuerza, a pesar del ayuno que observaba con todo rigor, se mantuvo perfectamente hasta Pascua; cuando el día de Viernes Santo, a la primera hora, Jesús me dio la esperanza de ir pronto a reunirme con Él en Su hermoso cielo. ¡Oh, qué dulce me es ese recuerdo!

El jueves por la noche, como no había obtenido permiso para quedarme toda la noche en el Sepulcro, volví a medianoche a nuestra celda. Apenas mi cabeza se posaba en la almohada, sentí una oleada que subía borboteando hasta mis labios; creí que iba a morir y mi corazón se partió de alegría. Sin embargo, como acababa de apagar nuestra lamparita, mortifiqué mi curiosidad hasta la mañana y me dormí tranquilamente.

A las cinco, al darse la señal del despertar, pensé enseguida que iba a enterarme de algo feliz; y, acercándome a la ventana, lo comprobé

pronto al encontrar nuestro pañuelo lleno de sangre. ¡Oh Madre mía, qué esperanza! Estaba íntimamente persuadida de que mi Amado, en ese día aniversario de Su muerte, me hacía oír un primer llamado, como un dulce y lejano murmullo que me anunciaba Su feliz llegada.

Asistí con gran fervor a Prima, y luego al Capítulo. Tenía prisa por estar a los pies de mi Madre para confiarle mi felicidad. No sentía la menor fatiga, el menor sufrimiento, por eso obtuve fácilmente el permiso de terminar mi Cuaresma como la había comenzado; y ese día de Viernes Santo compartí todas las austeridades del Carmelo, sin ningún alivio. ¡Ah!, jamás esas austeridades me habían parecido tan deliciosas... la esperanza de ir al cielo me transportaba de alegría.

Al atardecer de ese día feliz volví llena de gozo a nuestra celda, y estaba a punto de dormirme dulcemente, cuando mi buen Jesús me dio, como la noche anterior, la misma señal de mi próxima entrada en la vida eterna. Gozaba entonces de una fe tan viva, tan clara, que el pensamiento del cielo constituía toda mi felicidad; no podía creer que hubiese impíos sin fe, y me persuadía de que, ciertamente, hablaban contra su pensamiento al negar la existencia de otro mundo.

En los días tan luminosos del tiempo pascual, Jesús me hizo comprender que hay en verdad almas sin fe y sin esperanza que, por el abuso de las gracias, pierden esos preciosos tesoros, fuente de las únicas alegrías puras y verdaderas. Permitió que mi alma fuera invadida por las más espesas tinieblas y que el pensamiento del cielo, tan dulce para mí desde mi más tierna infancia, se me volviera motivo de lucha y de tormento. La duración de esta prueba no se limitaba a algunos días, a algunas semanas; hace meses que la sufro, y espero todavía la hora de mi liberación. Quisiera poder expresar lo que siento; ¡pero es imposible! Hay que haber viajado por este sombrío túnel para comprender su oscuridad. Sin embargo, voy a tratar de explicarlo con una comparación.

Supongamos que he nacido en un país rodeado de espesas nieblas; jamás he contemplado el risueño aspecto de la naturaleza, jamás he

visto un solo rayo de sol. Desde mi infancia, es cierto, oigo hablar de esas maravillas, sé que el país donde vivo no es mi patria, que hay otro hacia el cual debo aspirar sin cesar. No es una historia inventada por un habitante de las nieblas, es una verdad indiscutible; pues el Rey de la patria del sol brillante vino a vivir treinta y tres años en el país de las tinieblas... ¡Ay!, y *las tinieblas no comprendieron que Él era la luz del mundo*¹⁰.

Pero, Señor, ¡Tu hija la ha comprendido, Tu divina luz! Ella Te pide perdón por sus hermanos incrédulos, acepta comer todo el tiempo que Tú quieras el pan del dolor, se sienta por Tu amor a esa mesa llena de amargura, donde los pobres pecadores toman su alimento y de la cual no quiere levantarse antes de la señal de Tu mano. Pero ¿no puede decir en su nombre, en nombre de sus hermanos culpables: «*Ten piedad de nosotros, Señor, porque somos pobres pecadores*¹¹»? ¡Envíanos justificados! ¡Que todos los que no están iluminados por la antorcha de la fe la vean brillar por fin! Oh Dios mío, si es preciso que la mesa mancillada por ellos sea purificada por un alma que Te ama, yo quiero comer en ella sola el pan de las lágrimas, hasta que Te plazca introducirme en Tu luminoso reino; la única gracia que Te pido es no ofender-te jamás.

* * *

Le decía, Madre mía, que la certeza de ir un día lejos de mi país tenebroso me había sido dada desde mi infancia; no solo creía según lo que oía decir, sino que además sentía en mi corazón, por aspiraciones íntimas y profundas, que otra tierra, una región más bella, me serviría un día de morada estable, así como el genio de Cristóbal Colón le hacía presentir un nuevo mundo. Cuando, de repente, las nieblas que me rodean penetran en mi alma y me envuelven de tal modo, que ya no me es posible encontrar en mí ni siquiera la imagen tan dulce de mi patria... ¡Todo ha desaparecido!...

Cuando quiero reposar mi corazón, fatigado de las tinieblas que lo rodean, con el recuerdo fortalecedor de una vida futura y eterna, mi tormento se redobra. Me parece que las tinieblas, tomando prestada la voz de los impíos, me dicen burlándose de mí: «Sueñas con la luz, con una patria embalsamada de perfumes, sueñas con la posesión eterna del Creador de esas maravillas, crees salir un día de las nieblas donde languideces; ¡avanza!... ¡avanza!... alégrate de la muerte, que te dará, no lo que esperas, sino una noche más profunda todavía, la noche de la nada!...»

* * *

Madre querida, esta imagen de mi prueba es tan imperfecta como el bosquejo comparado con el modelo; sin embargo no quiero escribir más, temería blasfemar... tengo miedo incluso de haber dicho demasiado. ¡Ah, que Dios me perdone! Él sabe bien que, aunque no tengo el gozo de la fe, me esfuerzo por hacer sus obras. He pronunciado más actos de fe desde hace un año que durante toda mi vida.

En cada nueva ocasión de combate, cuando mi enemigo quiere provocarme, me comporto como una valiente: sabiendo que es una cobardía batirse en duelo, vuelvo la espalda a mi adversario sin mirarlo jamás de frente; luego corro hacia mi Jesús, Le digo que estoy dispuesta a derramar toda mi sangre para confesar que hay un cielo, Le digo que soy feliz de no poder contemplar en la tierra, con los ojos del alma, ese hermoso cielo que me espera, para que Se digne abrirlo por la eternidad a los pobres incrédulos.

Por eso, a pesar de esta prueba que me quita todo sentimiento de gozo, puedo exclamar todavía: «*Señor, Tú me colmas de alegría con todo lo que haces*»¹². Pues ¿hay una alegría mayor que la de sufrir por Tu amor? Cuanto más intenso es el sufrimiento y menos aparece a los ojos de las criaturas, ¡más Te hace sonreír, oh Dios mío! Y si, por imposible, Tú mismo debieras ignorarlo, yo sería todavía feliz de sufrir, con

la esperanza de que, por mis lágrimas, podría impedir o reparar quizá una sola falta cometida contra la fe.

Seguramente va a creer, Madre venerada, que exagero un poco la noche de mi alma. Si usted juzga por las poesías que he compuesto este año, debo parecerle inundada de consuelos, una niña para quien el velo de la fe casi se ha rasgado. Y sin embargo... ya no es un velo, ¡es un muro que se alza hasta los cielos y cubre el firmamento estrellado!

Cuando canto la felicidad del cielo, la posesión eterna de Dios, no siento por ello ninguna alegría; porque canto simplemente *lo que quiero creer*. A veces, lo confieso, un pequeñísimo rayo de sol ilumina mi sombría noche, entonces la prueba cesa un instante; pero después, el recuerdo de ese rayo, en lugar de consolarme, vuelve aún más espesas mis tinieblas.

¡Ah!, jamás he sentido tan bien que el Señor es dulce y misericordioso; no me envió esta pesada cruz sino en el momento en que podía llevarla; en otro tiempo, creo, me habría arrojado al desaliento. Ahora solo produce una cosa: quitar todo sentimiento de satisfacción natural en mi aspiración hacia la patria celestial.

* * *

Madre mía, me parece que ahora nada me impide echar a volar: pues ya no tengo grandes deseos, salvo el de amar hasta morir de amor... Soy libre, no tengo ningún temor, ni siquiera el que más temía, quiero decir el temor de permanecer largo tiempo enferma y por consiguiente de ser una carga para la comunidad. Si esto agrada al buen Dios, consiento de buen grado en ver prolongarse durante años mi vida de sufrimientos, del cuerpo y del alma. ¡Oh, no!, no temo una vida larga, no rehúso el combate: *«El Señor es la roca sobre la cual estoy elevada, que adiestra mis manos para el combate y mis dedos para la guerra; Él es mi escudo, en Él espero»*¹³. Jamás he pedido a Dios morir joven; es verdad, no he dejado de creer que así sería, pero sin hacer nada por obtenerlo.

A menudo el Señor se contenta con el deseo de trabajar por Su gloria; ¡y mis deseos, usted lo sabe, Madre mía, han sido muy grandes! Sabe también que Jesús me ha presentado más de un cáliz amargo en relación con mis queridas hermanas. ¡Ah!, el santo rey David tenía razón cuando cantaba: «*¡Qué bueno, qué dulce es para los hermanos habitar juntos en perfecta unión*¹⁴!» Pero en la tierra esta unión debe realizarse en medio de los sacrificios. No, no vine a este bendito Carmelo para vivir con mis hermanas; al contrario, presentía bien que sería motivo de grandes sufrimientos cuando no se quiere conceder nada a la naturaleza.

¿Cómo se puede decir que es más perfecto alejarse de los suyos? ¿Se ha reprochado alguna vez a unos hermanos combatir en el mismo campo de batalla, volar juntos para cosechar la palma del martirio? Sin duda se ha juzgado con razón que se animan mutuamente; pero también que el martirio de cada uno se vuelve el de todos.

Así sucede en la vida religiosa, que los teólogos llaman un martirio. Al darse a Dios, el corazón no pierde su ternura natural: esa ternura, al contrario, crece al volverse más pura y más divina. Con esa ternura la amo a usted, Madre mía, y amo a mis hermanas. Sí, soy feliz de combatir en familia por la gloria del Rey de los cielos; pero estaría dispuesta también a volar a otro campo de batalla, si el divino General me expresara ese deseo: ¡no sería necesaria una orden, bastaría una simple mirada, una señal!

Desde mi entrada en el Carmelo, siempre pensé que, si Jesús no me llevaba bien pronto al cielo, mi suerte sería la de la palomita de Noé: que un día el Señor, abriendo la ventana del arca, me diría que volara muy lejos hacia riberas infieles, llevando conmigo la rama de olivo. Este pensamiento me hizo planear más alto que todo lo creado.

Comprendiendo que, incluso en el Carmelo, podía haber separaciones, quise por anticipado habitar en los cielos; acepté, no solo desterrarme en medio de un pueblo desconocido, sino, lo que me resultaba mucho más amargo, acepté el destierro para mis hermanas. Dos de

ellas, en efecto, fueron solicitadas por el Carmelo de Saigón, que nuestro monasterio había fundado. Durante algún tiempo se trató seriamente de enviarlas allá. ¡Ah!, yo no habría querido decir una palabra para retenerlas, aunque mi corazón estuviera destrozado al pensar en las pruebas que las aguardaban...

Ahora todo ha pasado, los superiores han puesto obstáculos insuperables a su partida; en ese cáliz solo mojé mis labios, justo el tiempo de probar su amargura.

Permítame decirle, Madre mía, por qué, si la Santísima Virgen me cura, deseo responder al llamado de nuestras Madres de Hanói. Parece que para vivir en los Carmelos extranjeros se necesita una vocación muy especial; muchas almas se creen llamadas a ello sin serlo en realidad. Usted me dijo, Madre mía, que yo tenía esa vocación, y que solo mi salud era obstáculo para su cumplimiento.

¡Ah!, si algún día tuviera que dejar mi cuna religiosa, no sería sin herida. No tengo un corazón insensible; y justamente porque es capaz de sufrir mucho, deseo dar a Jesús todas las clases de sufrimientos que pudiera soportar. Aquí soy amada por usted, Madre mía, y por todas mis hermanas, y ese cariño me es muy dulce: por eso sueño con un monasterio donde sería desconocida, donde tendría que sufrir el destierro del corazón. No, si dejara todo lo que me es querido, no sería con la intención de prestar servicio al Carmelo de Hanói, pues conozco demasiado mi incapacidad; mi único fin sería cumplir la voluntad del buen Dios y sacrificarme por Él según Sus deseos. Siento bien que no tendría ninguna decepción; pues, cuando uno espera un sufrimiento puro, más bien se sorprende ante la menor alegría; y además, el sufrimiento mismo se convierte en la mayor de las alegrías, cuando se lo busca como un precioso tesoro.

Pero ahora estoy enferma, y no sanaré. Sin embargo, permanezco en paz; hace mucho que no me pertenezco, estoy totalmente entregada a Jesús... Él es, pues, libre de hacer de mí todo lo que Le plazca. Me ha dado el atractivo de un destierro completo, me ha preguntado si con-

sentía en beber ese cáliz: enseguida quise tomarlo, pero Él, retirando Su mano, me mostró que solo la aceptación Le bastaba.

¡Dios mío, de cuántas inquietudes se libera uno al hacer el voto de obediencia! ¡Qué felices son las simples religiosas! Siendo su única brújula la voluntad de los superiores, están siempre seguras de ir por el camino recto, sin temor de equivocarse, aun cuando les parezca cierto que los superiores se equivocan.¹⁵ Pero, cuando se deja de consultar la brújula infalible, enseguida el alma se extravía por caminos áridos donde pronto le falta el agua de la gracia.

Madre mía, usted es la brújula que Jesús me ha dado para conducirme con seguridad a la ribera eterna. ¡Qué dulce me es fijar en usted mi mirada y cumplir luego la voluntad del Señor! Al permitir que sufra tentaciones contra la fe, el divino Maestro ha aumentado mucho en mi corazón *el espíritu de fe*, que me Lo hace ver vivo en el alma de usted y comunicándome por medio de usted Sus órdenes benditas. Sé bien, Madre mía, que usted me hace dulce y ligera la carga de la obediencia; pero me parece, según mis sentimientos íntimos, que no cambiaría de conducta y que mi ternura filial no sufriría disminución alguna, si a usted le pareciera bien tratarme con severidad, porque vería todavía la voluntad de mi Dios manifestándose de otra manera para el mayor bien de mi alma.

* * *

Entre las gracias sin número que he recibido este año, no estimo como la menor la que me ha dado a comprender en toda su extensión el precepto de la caridad. Nunca había profundizado esta palabra de Nuestro Señor: *«El segundo mandamiento es semejante al primero: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”»*¹⁶. Me aplicaba sobre todo a amar a Dios, y amándolo he descubierto el secreto de estas otras palabras: *«No son los que dicen: ¡Señor! ¡Señor!, los que entrarán en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Mi Padre»*¹⁷.

Esa voluntad, Jesús me la dio a conocer cuando, en la última Cena, dio Su *mandamiento nuevo*, cuando dijo a Sus Apóstoles que *se amaran los unos a los otros como Él mismo los ha amado*¹⁸... Y me puse a buscar cómo Jesús había amado a Sus discípulos; vi que no era por sus cualidades naturales, comprobé que eran ignorantes y estaban llenos de pensamientos terrenales. Sin embargo los llama Sus amigos, Sus hermanos, desea verlos junto a Sí en el reino de Su Padre y, para abrirles ese reino, quiere morir en la cruz, diciendo *que no hay amor más grande que dar la vida por aquellos a quienes se ama*¹⁹.

Al meditar estas palabras divinas, vi cuán imperfecto era mi amor por mis hermanas, comprendí que no las amaba como Jesús las ama. ¡Ah!, ahora adivino que la verdadera caridad consiste en soportar todos los defectos del prójimo, en no extrañarse de sus debilidades, en edificarse con sus menores virtudes; pero sobre todo aprendí que la caridad no debe quedar encerrada en el fondo del corazón, pues *nadie enciende una antorcha para ponerla bajo el celemín, sino que se la pone sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa*²⁰. Me parece, Madre mía, que esa antorcha representa la caridad que debe iluminar, alegrar, no solo a los que me son más queridos, sino a *todos los que están en la casa*.

Cuando el Señor, en la antigua ley, ordenaba a Su pueblo amar al prójimo como a sí mismo, todavía no había descendido a la tierra; y, sabiendo bien hasta qué grado se ama uno a sí mismo, no podía pedir más. Pero cuando Jesús da a Sus Apóstoles un mandamiento nuevo, *Su mandamiento*²¹, ya no exige solamente amar al prójimo como a sí mismo, sino como Él lo ama, como lo amará hasta la consumación de los siglos.

¡Oh Jesús mío! Sé que Tú no mandas nada imposible; conoces mejor que yo mi debilidad y mi imperfección, sabes bien que jamás llegaré a amar a mis hermanas como Tú las amas, si Tú mismo, oh mi divino Salvador, no las amas todavía *en mí*. Precisamente porque quieres concederme esta gracia, hiciste un mandamiento *nuevo*. ¡Oh, cómo lo

amo!, pues me da la seguridad de que Tu voluntad es *amar en mí* a todos los que Tú me mandas amar.

Sí, lo siento, cuando soy caritativa es Jesús solo quien obra en mí; cuanto más unida estoy a Él, más amo también a todas mis hermanas. Si quiero aumentar en mi corazón este amor y el demonio trata de poner ante mis ojos los defectos de tal o cual hermana, me apresuro a buscar sus virtudes, sus buenos deseos; me digo que, si la vi caer una vez, bien puede haber alcanzado un gran número de victorias que oculta por humildad; y que incluso lo que me parece una falta puede muy bien ser, por la intención, un acto de virtud. Me cuesta tanto menos persuadirme de ello cuanto que lo experimenté por mí misma.

Un día, durante el recreo, la portera vino a pedir una hermana para una tarea que indicó. Yo tenía un deseo de niña de emplearme en ese trabajo, y justamente la elección recayó en mí. Enseguida comienzo a doblar nuestra labor, pero con la lentitud suficiente para que mi vecina doblara la suya antes que yo, pues sabía que la alegraría dejándole ocupar mi lugar. La hermana que pedía ayuda, al verme tan poco apresurada, dijo riendo: «¡Ah!, bien pensaba yo que no pondría usted esta perla en su corona, ¡iba demasiado lenta!». Y toda la comunidad creyó que yo había obrado por temperamento.

No sabría decir cuánto me aprovechó este pequeño suceso y me hizo indulgente. Todavía me impide tener vanidad cuando me juzgan favorablemente, pues me digo: «Ya que mis pequeños actos de virtud pueden ser tomados por imperfecciones, igualmente se puede uno equivocar llamando virtud a lo que no es más que imperfección»; y repito entonces con san Pablo: *«A mí muy poco me importa ser juzgada por tribunal humano alguno. Ni siquiera me juzgo a mí misma. El que me juzga es el Señor»*²².

¡Sí, es el Señor, es Jesús quien me juzga! Y para hacer favorable Su juicio, o más bien para no ser juzgada en absoluto, ya que Él dijo: *«No juzguen y no serán juzgados»*²³», quiero tener siempre pensamientos caritativos.

Vuelvo al santo Evangelio, donde el Señor me explica con toda claridad en qué consiste Su *mandamiento nuevo*.

Leo en san Mateo: «*Ustedes han oído que se dijo: “Amarás a tu amigo y odiarás a tu enemigo”. Pero Yo les digo: “Amen a sus enemigos, oren por los que los persiguen”*»²⁴.

Sin duda, en el Carmelo no se encuentran enemigos, pero en fin, hay simpatías; uno se siente atraído hacia tal hermana, mientras que otra le haría dar un largo rodeo para evitar encontrarla. Pues bien, Jesús me dice que a esa hermana hay que amarla, que hay que orar por ella, aunque su conducta me lleve a creer que no me ama: «*Si aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen? Porque también los pecadores aman a los que los aman*»²⁵. Y no basta con amar, hay que probarlo. Es natural sentirse feliz de agradar a un amigo; pero eso no es caridad, pues los pecadores también lo hacen.

Esto es lo que Jesús me enseña además: «*Den a quien les pida; y si alguien toma lo que les pertenece, no se lo reclamen*»²⁶. Dar a todas las que piden es menos dulce que ofrecer uno mismo por impulso del corazón; además, cuando se pide con afabilidad, no cuesta dar; pero si por desgracia se emplean palabras poco delicadas, enseguida el alma se rebela cuando no está afianzada en la caridad perfecta; encuentra entonces mil razones para negar lo que así se le pide, y solo después de haber convencido a la solicitante de su indelicadeza le da *como un favor* lo que reclama, o le presta un ligero servicio que le toma veinte veces menos tiempo del que hizo falta para hacer valer obstáculos y derechos imaginarios.

Si es difícil dar a quien pide, lo es mucho más *dejar que le tomen lo que le pertenece sin reclamarlo*. Oh Madre mía, digo que es difícil, debería decir más bien que *parece* difícil; pues *el yugo del Señor es suave y ligero*²⁷: cuando se lo acepta, se siente enseguida su dulzura.

Decía: «Jesús no quiere que yo reclame lo que me pertenece; eso de-

bería parecerme del todo natural, puesto que en realidad nada me pertenece en propiedad: debo, pues, alegrarme cuando me ocurre sentir la pobreza de la que hice voto solemne». Antes creía no estar apegada a nada; pero, desde que las palabras de Jesús se me hicieron luminosas, me veo muy imperfecta. Por ejemplo, si, al ponerme a trabajar en la pintura, encuentro los pinceles en desorden, si ha desaparecido una regla o un cortaplumas, la paciencia está muy cerca de abandonarme y tengo que tomarla con ambas manos para no reclamar con amargura los objetos que me faltan.

Esas cosas indispensables sin duda puedo pedir las, pero haciéndolo con humildad no falto al mandamiento de Jesús; al contrario, obro como los pobres que tienden la mano para recibir lo necesario; si los rechazan, no se extrañan, nadie les debe nada. ¡Ah!, ¡qué paz inunda el alma cuando se eleva por encima de los sentimientos de la naturaleza! No, no hay alegría comparable a la que goza el verdadero pobre de espíritu. Si pide con desprendimiento una cosa necesaria, y no solo se la niegan, sino que además tratan de quitarle lo que tiene, sigue el consejo de Nuestro Señor: *«Dejen también el manto al que quiera pleitear para quedarse con la túnica»*²⁸.

Dejar el manto es, me parece, renunciar a los últimos derechos, considerarse la sierva, la esclava de los demás. Cuando uno se ha quitado el manto, es más fácil caminar, correr, por eso Jesús añade: *«Y a quienquiera que los obligue a hacer mil pasos, hagan dos mil más con él»*²⁹. No, no me basta con dar a quienquiera que me pida, debo salir al encuentro de los deseos, mostrarme muy agradecida, muy honrada de prestar servicio; y, si toman una cosa de mi uso, parecer feliz de verme *librada* de ella.

Sin embargo, no puedo practicar siempre al pie de la letra las palabras del Evangelio; se presentan ocasiones en que me veo obligada a negar algo a mis hermanas. Pero cuando la caridad ha echado profundas raíces en el alma, se muestra por fuera: hay una manera tan graciosa de negar lo que no se puede dar, que la negativa causa tanto placer

como el don. Es cierto que uno se incomoda menos en recurrir a las que siempre se muestran dispuestas a hacer favores; sin embargo, con el pretexto de que me vería obligada a negarme, no debo alejarme de las hermanas que piden servicios con facilidad, ya que el divino Maestro dijo: «*No des la espalda al que quiera pedirte prestado*»³⁰.

Tampoco debo ser servicial para parecerlo, o con la esperanza de que otra vez la hermana a quien sirvo me haga un servicio a su vez; pues Nuestro Señor dijo también: «*Si prestan a aquellos de quienes esperan recibir algo, ¿qué mérito tienen? Hasta los pecadores prestan a los pecadores para recibir otro tanto. Ustedes, en cambio, hagan el bien, presten sin esperar nada, y su recompensa será grande*»³¹.

¡Oh, sí, la recompensa es grande, aun en la tierra! En este camino, solo el primer paso cuesta. *Prestar sin esperar nada* parece duro; uno preferiría *dar*, pues una cosa dada ya no pertenece. Cuando vienen a decirle con aire totalmente convencido: «Hermana, necesito su ayuda durante unas horas; pero esté tranquila, tengo permiso de nuestra Madre, y le devolveré el tiempo que me da». Verdaderamente, cuando se sabe muy bien que el tiempo prestado jamás será devuelto, uno preferiría decir: «¡Se lo doy!». Eso contentaría al amor propio; porque es un acto más generoso dar que prestar, y además se hace sentir a la hermana que no se cuenta con sus servicios.

¡Ah, cuán contrarias son las enseñanzas divinas a los sentimientos de la naturaleza! Sin el socorro de la gracia, sería imposible, no solo ponerlas en práctica, sino incluso comprenderlas.

* * *

Madre querida, siento que, más que nunca, me he explicado muy mal. No sé qué interés podrá encontrar usted en leer todos estos pensamientos confusos. En fin, no escribo para hacer una obra literaria; si la aburro con esta especie de discurso sobre la caridad, al menos verá que su hija ha dado prueba de buena voluntad.

¡Ay!, estoy lejos, lo confieso, de practicar lo que comprendo; y sin embargo el solo deseo que tengo de ello me da la paz. Si me ocurre caer en alguna falta contraria, me levanto enseguida; desde hace algunos meses ya ni siquiera tengo que combatir, puedo decir con nuestro Padre san Juan de la Cruz: «*Mi morada está enteramente pacificada*», y atribuyo esta paz íntima a cierto combate en el que salí victoriosa. A partir de ese triunfo, la milicia celestial viene en mi ayuda, sin poder soportar verme herida después de haber luchado valientemente en la ocasión que voy a describir.

Una santa religiosa de la comunidad tenía antiguamente el talento de desagradarme en todo; el demonio andaba de por medio, pues ciertamente era él quien me hacía ver en ella tantos aspectos desagradables; por eso, no queriendo ceder a la antipatía natural que sentía, me dije que la caridad no debía consistir solo en los sentimientos, sino dejarse ver en las obras. Entonces me apliqué a hacer por esa hermana lo que habría hecho por la persona a quien más quiero. Cada vez que me la encontraba, rogaba al buen Dios por ella, ofreciéndole todas sus virtudes y sus méritos. Sentía bien que eso alegraba grandemente a mi Jesús; pues no hay artista que no guste de recibir alabanzas por sus obras, y el divino Artista de las almas se alegra cuando uno no se detiene en lo exterior, sino que, penetrando hasta el santuario íntimo que Él se ha escogido por morada, admira su belleza.

No me contentaba con rezar mucho por la que me daba tantos combates, procuraba prestarle todos los servicios posibles; y cuando tenía la tentación de responderle de manera desagradable, me apresuraba a dirigirle una amable sonrisa, tratando de desviar la conversación; pues se dice en la *Imitación que vale más dejar a cada uno en su parecer que detenerse a discutir*³².

A menudo también, cuando el demonio me tentaba violentamente y podía escabullirme sin que ella advirtiera mi lucha íntima, huía *como un soldado desertor*... Y en esto, ella me dijo un día con aire radiante: «Sor Teresa del Niño Jesús, ¿querría confiarme qué la atrae tanto

hacia mí? No me encuentra usted sin dedicarme la más graciosa sonrisa». ¡Ah!, lo que me atraía era Jesús escondido en el fondo de su alma, Jesús que vuelve dulce lo más amargo.

* * *

Le hablaba hace un instante, Madre mía, de mi último recurso para evitar una derrota en los combates de la vida, quiero decir *la deserción*. Este recurso poco honroso lo empleaba durante mi noviciado, y siempre me resultó perfectamente. Voy a citarle un ejemplo notable que, creo, la hará sonreír:

Usted llevaba varios días enferma de una bronquitis que nos dio muchas inquietudes. Una mañana, vine muy despacito a dejar en su enfermería las llaves de la reja de comunión, pues yo era sacristana. En el fondo, me alegraba de tener esta ocasión de verla, pero me guardaba bien de dejarlo ver. Ahora bien, una de sus hijas, animada de un santo celo, creyó que iba a despertarla y quiso quitarme discretamente las llaves. Le respondí, lo más cortésmente posible, que yo deseaba tanto como ella no hacer ruido, y añadí que era *mi derecho* devolver las llaves. Comprendo hoy que habría sido más perfecto ceder sencillamente, pero entonces no lo comprendía y quise entrar tras ella, a pesar suyo.

Pronto ocurrió la desgracia temida, el ruido que hacíamos la hizo abrir los ojos, ¡y todo recayó sobre mí! La hermana a quien yo había resistido se apresuró a pronunciar todo un discurso, cuyo fondo era este: «Fue sor Teresa del Niño Jesús quien hizo el ruido». Yo ardía en deseos de defenderme; pero por suerte me vino una idea luminosa; me dije que, ciertamente, si comenzaba a justificarme iba a perder la paz de mi alma; y además, que siendo mi virtud demasiado débil para dejarme acusar sin replicar nada, debía elegir la huida como última tabla de salvación. Dicho y hecho. Me fui... pero mi corazón latía tan fuerte que me fue imposible ir lejos, y me senté en la escalera para disfrutar

en paz los frutos de mi victoria. Sin duda era una singular bravura; sin embargo, vale más, creo, no exponerse al combate cuando la derrota es segura.

¡Ay!, cuando pienso en el tiempo de mi noviciado, ¡cómo constato mi imperfección! Ahora me río de ciertas cosas. ¡Ah, qué bueno es el Señor por haber elevado mi alma, por haberle dado alas! Ya no podrían asustarme todas las redes de los cazadores; pues *en vano se tiende la red ante los ojos de los que tienen alas*³³.

Más adelante, podrá ser que el tiempo en que estoy me parezca lleno todavía de muchas miserias, pero ya no me extraño de nada, no me aflijo al verme la debilidad misma; al contrario, en ella me glorío y espero cada día descubrir en mí nuevas imperfecciones. Lo confieso, estas luces sobre mi nada me hacen más bien que las luces sobre la fe.

Recordando que *la caridad cubre la multitud de los pecados*³⁴, me abastezco en esa mina fecunda que el Señor abrió en Su Evangelio sagrado. Excavo en las profundidades de Sus palabras adorables, y exclamo con David: «*He corrido por el camino de Tus mandamientos, desde que dilataste mi corazón*»³⁵. Y solo la caridad puede dilatar mi corazón... ¡Oh Jesús!, desde que esta dulce llama lo consume, corro con delicia por el camino de *Tu mandamiento nuevo*, y quiero correr por él hasta el día bienaventurado en que, uniéndome al cortejo virginal, Te seguiré por los espacios infinitos, cantando *Tu Cántico nuevo*, que debe ser el del AMOR.

[1.](#) 1 Sm 16, 7.

[2.](#) Tb 12, 7.

[3.](#) Is 3, 10.

[4.](#) Pr 9, 4.

[5.](#) Is 66, 13.

[6.](#) Sal 70, 18.

7. Ella ejercía el cargo de maestra de novicias, sin llevar el título.

8. Sal 118, 141, 100, 105, 106.

9. Lc 1, 49.

10. Jn 1, 5.

11. Lc 18, 13.

12. Sal 91, 4.

13. Sal 143, 1, 2.

14. Sal 132, 1.

15. N. del E.: Teresa habla de la obediencia propia de la vida consagrada (CEC 915) en lo que se puede mandar con rectitud. No se trata de obedecer en lo que es pecado: la persona «debe obedecer siempre el juicio cierto de su conciencia» (CEC 1790).

16. Mt 22, 39.

17. Mt 7, 21.

18. Jn 13, 34.

19. Jn 15, 13.

20. Lc 11, 33.

21. Jn 15, 12.

22. 1 Co 4, 3, 4.

23. Lc 6, 37.

24. Mt 5, 43, 44.

25. Lc 6, 32.

26. Lc 6, 30.

27. Mt 11, 30.

28. Mt 5, 40.

29. Mt 5, 41.

30. Mt 5, 42.

31. Lc 6, 34, 35.

32. *Imitación de Cristo*, l. III, c. 44, 1.

33. Pr 1, 17.

[34.](#) Pr 10, 12.

[35.](#) Sal 118, 32.

Capítulo X

Nuevas luces sobre la caridad. El pincelito: su manera de pintar en las almas. Una oración escuchada. Las migajas que caen de la mesa de los niños. El buen samaritano. Diez minutos más preciosos que mil años de las alegrías de la tierra.

Madre querida, el buen Dios me ha concedido la gracia de penetrar las misteriosas profundidades de la caridad. Si pudiera expresar lo que comprendo, usted oiría una melodía del cielo. Pero, ¡ay!, solo tengo balbuceos infantiles y, si las palabras de Jesús no me sirvieran de apoyo, me sentiría tentada a pedirle permiso para callar.

Cuando el divino Maestro me dice *que dé a todo el que me pida y que deje que tomen lo que me pertenece sin reclamarlo*, pienso que no habla solo de los bienes de la tierra, sino que se refiere también a los bienes del cielo. Por lo demás, ni unos ni otros son míos: a los primeros renuncié por el voto de pobreza, y los segundos me los presta igualmente Dios, que puede quitármelos sin que me sea lícito quejarme.

Pero los pensamientos profundos y personales, las llamas de la inteligencia y del corazón forman una riqueza a la que uno se apega como a un bien propio, que nadie tiene derecho a tocar. Por ejemplo: si comunico a una de mis hermanas alguna luz de mi oración y ella luego la da a conocer como si viniera de sí misma, parece que se apropia de mi bien; o si se dice muy bajito a la vecina, durante el recreo, una palabra ingeniosa y oportuna, y esta, sin dar a conocer su fuente, repite en voz alta esa palabra, eso parece un robo para la propietaria, que no reclama, pero tendría bastantes ganas y aprovechará la primera ocasión para hacer saber con fineza que se han apoderado de sus pensamientos.

Madre mía, no podría explicarle tan bien estos tristes sentimientos

de la naturaleza si yo misma no los hubiera experimentado; y me gustaría mecirme en la dulce ilusión de que solo me visitaron a mí, si usted no me hubiera ordenado escuchar las tentaciones de las novicias. He aprendido mucho cumpliendo la misión que usted me confió; sobre todo me he visto obligada a practicar lo que enseñaba.

Sí, ahora puedo decirlo: he recibido la gracia de no estar más apegada a los bienes del espíritu y del corazón que a los de la tierra. Si me ocurre pensar y decir algo que agrade a mis hermanas, encuentro muy natural que se apoderen de ello como de un bien suyo: ese pensamiento pertenece al Espíritu Santo y no a mí, puesto que san Pablo asegura *que sin ese Espíritu de amor no podemos dar a Dios el nombre de Padre*¹. Él es, pues, muy libre de servirse de mí para dar un buen pensamiento a un alma, y no puedo creer que ese pensamiento sea de mi propiedad.

Por lo demás, si no desprecio los hermosos pensamientos que unen a Dios, comprendí hace mucho que hay que guardarse bien de apoyarse demasiado en ellos. Las inspiraciones más sublimes no son nada sin las obras. Es verdad que otras almas pueden sacar de ellas mucho provecho, si muestran al Señor una humilde gratitud porque Él les permite compartir el banquete de uno de Sus privilegiados; pero si este se complace en su riqueza y hace la oración del fariseo, se vuelve semejante a una persona que muere de hambre ante una mesa bien servida, mientras todos sus invitados toman de ella abundante alimento y echan quizá una mirada de envidia al poseedor de tantos tesoros.

¡Ah, cómo solo el buen Dios conoce el fondo de los corazones! ¡Qué cortos son los pensamientos de las criaturas! Cuando ven un alma cuyas luces superan las suyas, concluyen que el divino Maestro las ama menos. ¿Y desde cuándo ya no tiene Él derecho a servirse de una de Sus criaturas para dispensar a Sus hijos el alimento que les es necesario? En tiempos del faraón, el Señor todavía tenía ese derecho; pues, en la Escritura, dice a ese monarca: *«Te he elevado expresamente para hacer resplandecer en ti MI PODER, a fin de que mi nombre sea anuncia-*

*do por toda la tierra*².» Los siglos han sucedido a los siglos desde que el Altísimo pronunció esas palabras, y Su conducta no ha cambiado: siempre se ha escogido instrumentos entre los pueblos para hacer Su obra en las almas.

* * *

Si el lienzo pintado por un artista pudiera pensar y hablar, ciertamente no se quejaría de ser tocado y retocado sin cesar por el pincel; tampoco envidiaría la suerte de este objeto, sabiendo que no es al pincel, sino al artista que lo dirige, a quien debe la belleza de que está revestido. El pincel, por su parte, no podría gloriarse de la obra maestra ejecutada por su medio, pues no ignoraría que los artistas nunca se ven en aprietos, que juegan con las dificultades y se sirven a veces, por su gusto, de los instrumentos más débiles y defectuosos.

Madre venerada, soy un pincelito que Jesús ha escogido para pintar Su imagen en las almas que usted me ha confiado. Un artista tiene varios pinceles, necesita al menos dos: el primero, que es el más útil, da las tintas generales y cubre por completo el lienzo en muy poco tiempo; el otro, más pequeño, sirve para los detalles. Madre mía, usted es quien me representa el precioso pincel que la mano de Jesús sostiene con amor cuando quiere hacer un gran trabajo en el alma de sus hijas; y yo soy el pequeñito que Él se digna emplear después para los menores detalles.

La primera vez que el divino Maestro tomó Su pincelito fue hacia el 8 de diciembre de 1892; siempre recordaré esa época como un tiempo de gracias.

Al entrar en el Carmelo, encontré en el noviciado una compañera ocho años mayor que yo; y, a pesar de la diferencia de años, se estableció entre nosotras una verdadera intimidad. Para favorecer ese afecto, que parecía propio para dar frutos de virtud, se nos permitieron pequeñas conversaciones espirituales: mi querida compañera me encantaba

por su inocencia, su carácter expansivo y abierto; pero, por otra parte, me asombraba ver cuán diferente era su afecto hacia usted, Madre mía, del mío; además, muchas cosas de su conducta me parecían lamentables. Sin embargo, el buen Dios me hacía comprender ya que hay almas a las que Su misericordia no se cansa de esperar, a las que solo da Su luz por grados; por eso me guardaba bien de querer adelantarme a Su hora.

Reflexionando un día sobre este permiso que se nos había dado de conversar juntas, como dicen nuestras santas constituciones, «para inflamarnos más en el amor de nuestro Esposo», pensé con tristeza que nuestras conversaciones no alcanzaban el fin deseado; y vi claramente que ya no había que temer hablar o, de lo contrario, había que dejar unos coloquios que se parecían a los de las amigas del mundo. Supliqué a Nuestro Señor que pusiera en mis labios palabras dulces y convincentes, o más bien que hablara Él mismo por mí. Atendió mi oración; pues *los que vuelven sus miradas hacia Él serán iluminados*³, y *la luz se levantó en las tinieblas para los de corazón recto*⁴. La primera palabra me la aplico a mí misma, y la segunda a mi compañera, que verdaderamente tenía el corazón recto.

A la hora señalada para nuestra entrevista, mi pobre hermanita vio muy bien desde el comienzo que yo ya no era la misma; se sentó a mi lado ruborizándose; entonces, estrechándola contra mi corazón, le dije con ternura todo lo que pensaba de ella. Le mostré en qué consiste el verdadero amor, le probé que, al amar a su Madre Priora con un afecto natural, era a sí misma a quien amaba, le confié los sacrificios que yo había tenido que hacer a este respecto al comienzo de mi vida religiosa; y pronto sus lágrimas se mezclaron con las mías. Reconoció muy humildemente sus faltas, admitió que yo decía la verdad y me prometió empezar una vida nueva, pidiéndome como una gracia que la advirtiera siempre de sus defectos. Desde ese momento, nuestro afecto se hizo todo espiritual; en nosotras se cumplía el oráculo del Espíritu Santo: *«El hermano ayudado por su hermano es como una ciudad fortifi-*

*cada*⁵.»

Oh Madre mía, usted sabe bien que yo no tenía la intención de apartar de usted a mi compañera; solo quería decirle que el verdadero amor se alimenta de sacrificios, y que cuantas más satisfacciones naturales se niega el alma, más fuerte y desinteresada se vuelve su ternura.

* * *

Recuerdo que, siendo postulante, tenía a veces tentaciones tan violentas de darme gusto y de encontrar unas gotas de alegría, que me veía obligada a pasar deprisa ante su celda y a aferrarme a la baranda de la escalera para no volver sobre mis pasos. Se me ocurrían multitud de permisos que pedir, mil pretextos para dar la razón a mi naturaleza y contentarla. ¡Qué feliz soy ahora de haberme privado desde el comienzo de mi vida religiosa! Ya gozo de la recompensa prometida a los que combaten con valentía. Ya no siento que sea necesario negarme los consuelos del corazón; pues mi corazón está afirmado en Dios... Porque Lo amó únicamente, se ha ido ensanchando poco a poco, hasta dar a los que le son queridos una ternura incomparablemente más profunda que si se hubiera concentrado en un afecto egoísta e infructuoso.

* * *

Le he hablado, Madre querida, del primer trabajo que Jesús y usted se dignaron realizar por medio del pincelito; pero no era sino el preludio del cuadro de maestro que usted le confió después.

Apenas penetré en el santuario de las almas, juzgué al primer golpe de vista que la tarea sobrepasaba mis fuerzas; y, poniéndome enseguida en los brazos del buen Dios, imité a los bebés pequeños que, bajo el imperio de algún susto, esconden su cabecita rubia en el hombro de su padre, y dije: «Señor, Tú lo ves, soy demasiado pequeña para alimentar a Tus hijos; si quieres darles por mí lo que conviene a cada una, lle-

na mi manita; y, sin dejar Tus brazos, sin siquiera volver la cabeza, distribuiré Tus tesoros al alma que venga a pedirme su alimento. Cuando ella lo encuentre de su gusto, sabré que no es a mí, sino a Ti a quien se lo debe; al contrario, si se queja y halla amargo lo que le presento, mi paz no se turbará, procuraré persuadirla de que este alimento viene de Ti, y me guardaré bien de buscarle otro.»

Al comprender así que me era imposible hacer algo por mí misma, la tarea me pareció simplificada. Me ocupé interiormente y únicamente en unirme cada vez más a Dios, sabiendo que lo demás me sería dado por añadidura. En efecto, mi esperanza nunca ha sido defraudada: mi mano se ha hallado llena tantas veces como fue necesario para alimentar el alma de mis hermanas. Se lo confieso, Madre mía, si hubiera obrado de otro modo, si me hubiera apoyado en mis propias fuerzas, le habría entregado las armas sin tardar.

De lejos, parece fácil hacer bien a las almas, hacerles amar más a Dios, modelarlas según las propias miras y pensamientos. De cerca, al contrario, se siente que hacer el bien es cosa tan imposible, sin el auxilio divino, como hacer volver sobre nuestro hemisferio el sol durante la noche. Se siente que hay que olvidar absolutamente los gustos, las concepciones personales, y guiar a las almas, no por la propia vía, por el camino de uno, sino por el camino particular que Jesús les indica. Y esto no es todavía lo más difícil: lo que más me cuesta es observar las faltas, las más ligeras imperfecciones, y declararles una guerra a muerte.

Iba a decir: por desgracia para mí (pero no, sería una cobardía), digo, pues: por fortuna para mis hermanas, desde que ocupé mi lugar en los brazos de Jesús, soy como el vigía que observa al enemigo desde la torreta más alta de un castillo fuerte. Nada escapa a mis miradas; a menudo me asombra ver tan claro, y encuentro al profeta Jonás muy excusable por haber huido de la presencia del Señor para no anunciar la ruina de Nínive. Preferiría recibir mil reproches que dirigir uno solo; pero siento que es muy necesario que esta tarea me sea un sufrimien-

to, pues cuando se obra por naturaleza, es imposible que el alma en falta comprenda sus errores; piensa simplemente esto: la hermana encargada de dirigirme está descontenta, y su descontento recae sobre mí, que sin embargo estoy llena de las mejores intenciones.

Madre mía, con esto ocurre como con lo demás: tengo que encontrar en todo la abnegación y el sacrificio; así siento que una carta no producirá ningún fruto mientras no la escriba con cierta repugnancia y por el solo motivo de obedecer. Cuando hablo con una novicia, procuro mortificarme, evito dirigirle preguntas que satisfacerían mi curiosidad. Si la veo comenzar algo interesante y luego pasar a otra cosa que me aburre sin terminar la primera, me guardo bien de recordarle esa interrupción, pues me parece que no se puede hacer ningún bien buscándose a sí mismo.

Sé, Madre mía, que sus corderitos me encuentran severa... Si leyeran estas líneas, dirían que no parece costarme lo más mínimo correr tras ellos, mostrarles su hermoso vellón manchado, o traerles unos copos de lana que han dejado enganchados en las zarzas del camino. Los corderitos pueden decir lo que quieran: en el fondo, sienten que los amo con un amor muy grande; no, no hay peligro de que imite *al asalarado que, viendo venir al lobo, deja el rebaño y huye*⁶. Estoy dispuesta a dar mi vida por ellos y mi afecto es tan puro que ni siquiera deseo que lo conozcan. Jamás, con la gracia de Dios, he intentado atraerme sus corazones; comprendí que mi misión era conducirlos a Dios y a usted, Madre mía, que es aquí abajo el Dios visible al que deben amar y respetar.

* * *

He dicho que, instruyendo a las otras, había aprendido mucho. Ante todo vi que todas las almas tienen más o menos los mismos combates; y, por otra parte, que hay entre ellas una diferencia extrema; esa diferencia obliga a no atraerlas de la misma manera. Con algunas, siento que

debo hacerme pequeña, no temer humillarme confesando mis luchas y mis derrotas; entonces ellas confiesan fácilmente por sí mismas las faltas que se reprochan y se alegran de que yo las comprenda por experiencia; con otras, para lograrlo, lo que conviene es la firmeza, es no volver nunca sobre lo dicho: abajarse sería debilidad.

El Señor me ha concedido la gracia de no tener ningún miedo a la guerra; a toda costa debo cumplir mi deber. Más de una vez he oído esto: «Si quiere obtener algo de mí, no me tome por la fuerza sino por la dulzura, de lo contrario no obtendrá nada.» Pero sé que nadie es buen juez en causa propia, y que un niño a quien el cirujano hace sufrir una dolorosa operación no dejará de dar grandes gritos y de decir que el remedio es peor que el mal; sin embargo, si se encuentra curado unos días después, está feliz de poder jugar y correr. Lo mismo pasa con las almas: pronto reconocen que un poco de amargura es preferible al azúcar y no temen confesarlo.

A veces es un espectáculo verdaderamente mágico ver el cambio que se opera de un día para otro.

Vienen a decirme: «Tenía usted razón ayer al ser severa; al comienzo, eso me sublevó, pero después me acordé de todo y vi que usted era muy justa. Al salir de su celda, pensaba que todo había terminado, me decía: «Voy a ir a ver a nuestra Madre y a decirle que ya no iré con sor Teresa del Niño Jesús», pero sentí que era el demonio quien me soplabá eso; y luego me pareció que usted rezaba por mí, entonces me quedé tranquila y la luz empieza a brillar; ahora ilumíneme del todo, para eso vengo.»

Y yo, feliz de seguir la inclinación de mi corazón, sirvo enseguida manjares menos amargos... Sí, pero... me doy cuenta de que no hay que adelantarse demasiado... ¡una palabra podría destruir el hermoso edificio construido entre lágrimas! Si tengo la desgracia de decir lo más mínimo que parezca atenuar las verdades de la víspera, veo a mi hermanita intentar agarrarse de nuevo a las ramas... Entonces recurro a la oración, dirijo una mirada interior a la Virgen María, ¡y Jesús

triunfa siempre! ¡Ah!, la oración y el sacrificio son toda mi fuerza, son mis armas invencibles; pueden, mucho más que las palabras, tocar los corazones, lo sé por experiencia.

* * *

Durante la Cuaresma, hace dos años, una novicia vino a verme toda radiante: «¡Si supiera, me dijo, lo que soñé esta noche! Estaba junto a mi hermana, que es tan mundana, y quería desprenderla de todas las vanidades del mundo; para eso le explicaba estas palabras de su cántico *Vivir de amor*:

- > Amarte, Jesús, ¡qué pérdida fecunda!
- > Todos mis perfumes son Tuyos sin retorno.

Sentía bien que mi discurso penetraba hasta el fondo de su alma, y estaba llena de alegría. Esta mañana pienso que quizá el buen Dios quiere que Le dé esta alma. ¡Si le escribiera en Pascua para contarle mi sueño y decirle que Jesús la quiere por esposa! ¿Qué opina usted?» Respondí simplemente que bien podía pedir permiso para ello.

Como la Cuaresma no tocaba a su fin, usted se sorprendió, Madre mía, de una petición tan prematura; y, visiblemente inspirada por el buen Dios, respondió que las carmelitas deben salvar las almas más por la oración que por cartas. Al saber esta decisión, dije a mi querida hermanita: «Hay que ponerse manos a la obra, recemos mucho; ¡qué alegría si, al final de la Cuaresma, fuéramos escuchadas!» ¡Oh misericordia infinita del Señor! *Al final de la Cuaresma*, ¡un alma más se consagraba a Jesús! Era un verdadero milagro de la gracia: milagro obtenido por el fervor de una humilde novicia.

¡Qué grande es, pues, el poder de la oración! Se diría una reina que tiene siempre libre acceso al rey y puede obtener todo lo que pide. No es necesario, para ser escuchado, leer en un libro una hermosa fórmula compuesta para la ocasión; si fuera así, ¡qué digna de lástima sería

yo!

Fuera del oficio divino, que me alegra rezar cada día, aunque muy indigna, no tengo el valor de obligarme a buscar en los libros hermosas oraciones; me duele la cabeza, ¡hay tantas! Y además, ¡todas son más hermosas unas que otras! Como no puedo, pues, rezarlas todas, y no sé cuáles escoger, hago como los niños que no saben leer: digo sencillamente al buen Dios lo que quiero decirle, y siempre me entiende.

Para mí, la oración es un impulso del corazón, es una simple mirada lanzada hacia el cielo, es un grito de gratitud y de amor tanto en la prueba como en el seno de la alegría. En fin, es algo elevado, sobrenatural, que dilata el alma y la une a Dios. A veces, cuando mi espíritu se halla en una sequedad tan grande que no puedo sacar de él un solo buen pensamiento, rezo muy lentamente un *Padrenuestro* o un *Avemaría*; solo esas oraciones me arrebatan, alimentan divinamente mi alma y le bastan.

* * *

Pero ¿en qué punto de mi tema estaba? Heme aquí de nuevo perdida en un dédalo de reflexiones... ¡Perdóneme, Madre mía, por ser tan poco precisa! Esta historia, lo reconozco, es una madeja muy enredada. ¡Ay!, no sabría hacerlo mejor; escribo como me vienen los pensamientos, pesco al azar en el pequeño arroyo de mi corazón, y luego le ofrezco mis pececitos tal como se dejan atrapar.

* * *

Estaba, pues, en las novicias que a menudo me dicen: «Pero usted tiene respuesta para todo, creía esta vez ponerla en aprietos... ¿dónde va usted a buscar lo que nos enseña?» Hay incluso algunas bastante cándidas como para creer que leo en su alma, porque me ha ocurrido adelantarme a ellas revelándoles (sin revelación) lo que pensaban.

La más antigua del noviciado había resuelto ocultarme una gran pe-

na que la hacía sufrir mucho. Acababa de pasar una noche de angustias sin querer derramar una sola lágrima, temiendo que sus ojos enrojecidos la delataran; cuando, abordándome con el rostro más gracioso, me habla como de costumbre, de manera todavía más amable si es posible. Le digo entonces sencillamente: *Usted tiene pena, estoy segura*. Enseguida me mira con un asombro inexpresable... su estupefacción es tan grande que me contagia a mí misma y me comunica no sé qué impresión sobrenatural. Sentía al buen Dios allí, muy cerca de nosotras... Sin darme cuenta (pues no tengo el don de leer en las almas) había pronunciado una palabra verdaderamente inspirada, y pude después consolar por completo a esa alma.

* * *

Ahora, Madre querida, voy a confiarle mi mejor provecho espiritual con las novicias. Usted comprende que todo les está permitido, es necesario que puedan decir todo lo que piensan, el bien como el mal, sin restricción. Eso les resulta tanto más fácil conmigo cuanto que no me deben el respeto que se tiene a una Maestra.

No puedo decir que Jesús me haga caminar exteriormente por la vía de las humillaciones; no, Él se contenta con humillarme en el fondo de mi alma. Ante las criaturas todo me sale bien, sigo el camino peligroso de los honores (si se puede hablar así en religión) y comprendo a este respecto la conducta de Dios y de los superiores. En efecto, si yo pasara a los ojos de la comunidad por una religiosa incapaz, sin inteligencia ni juicio, le sería imposible, Madre mía, hacerse ayudar por mí. Por eso el divino Maestro ha echado un velo sobre todos mis defectos interiores y exteriores.

Este velo me atrae algunos cumplidos de parte de las novicias, cumplidos sin adulación, sé que piensan lo que dicen; pero en verdad eso no me inspira vanidad alguna, pues tengo siempre presente el recuerdo de mis miserias. A veces, sin embargo, me viene un deseo muy

grande de oír otra cosa que alabanzas, mi alma se cansa de un alimento demasiado azucarado, y entonces Jesús le hace servir una buena ensaladita bien avinagrada, bien sazónada: no falta nada, excepto *el aceite*, lo que le da aún más sabor.

Esta ensalada me la presentan las novicias en el momento en que menos lo espero. El buen Dios levanta el velo que les oculta mis imperfecciones; y mis queridas hermanitas, viendo la verdad, ya no me encuentran del todo a su gusto. Con una sencillez que me encanta, me dicen los combates que les doy, lo que les desagrada en mí; en fin, no se cohíben más que si se tratara de otra, sabiendo que me dan un gran placer al obrar así.

¡Ah!, en verdad es más que un placer, es un festín delicioso que colma mi alma de alegría. ¿Cómo una cosa que tanto desagrada a la naturaleza puede dar semejante felicidad? Si no lo hubiera experimentado, no podría creerlo.

Un día en que deseaba ardientemente ser humillada, ocurrió que una joven postulante se encargó tan bien de satisfacerme que me vino a la mente Semeí maldiciendo a David, y repetí interiormente con el santo rey: *«Sí, es el Señor quien le ha ordenado decirme todas estas cosas.»*⁷

Así el buen Dios cuida de mí. No siempre puede ofrecerme el pan fortificante de la humillación exterior; pero, de vez en cuando, me permite alimentarme *de las migajas que caen de la mesa de los niños*⁸. ¡Ah, qué grande es Su misericordia!

* * *

Madre querida, ya que trato de cantar con usted desde este mundo esa misericordia infinita, debo hacerle partícipe aún de un provecho real, sacado, como tantos otros, de mi pequeña misión. Antes, cuando veía a una hermana obrar de una manera que me desagradaba y parecía contraria a la regla, me decía: ¡Ah, si pudiera avisarla, mostrarle sus

errores, qué bien me haría! Pero al practicar el oficio, cambié de sentir. Cuando me ocurre ver algo torcido, suelto un suspiro de alivio: ¡Qué dicha!, no es una novicia, ¡no estoy obligada a reprenderla! Luego procuro enseguida excusar a la culpable y atribuirle las buenas intenciones que sin duda tiene.

* * *

Madre venerada, los cuidados que usted me prodiga durante mi enfermedad me han instruido aún mucho sobre la caridad. Ningún remedio le parece demasiado caro; y, si no resulta, sin cansarse usted prueba otra cosa. Cuando voy al recreo, ¡cuánta atención pone en resguardarme de las menores corrientes de aire! Madre mía, siento que debo ser igualmente compasiva con las enfermedades espirituales de mis hermanas, como usted lo es con mi enfermedad física.

He observado que las religiosas más santas son las más queridas; se busca su conversación, se les prestan servicios sin que siquiera los pidan; en fin, estas almas, capaces de soportar faltas de consideración y de delicadeza, se ven rodeadas del afecto general. Puede aplicárseles esta palabra de nuestro Padre san Juan de la Cruz: «Todos los bienes me fueron dados cuando ya no los busqué por amor propio.»

Las almas imperfectas, al contrario, son abandonadas; se guardan con ellas los límites de la cortesía religiosa, pero, temiendo quizá decirles alguna palabra desagradable, se evita su compañía. Al decir las almas imperfectas, no entiendo solamente las imperfecciones espirituales, puesto que las más santas no serán perfectas sino en el cielo; entiendo también la falta de juicio, de educación, la susceptibilidad de ciertos caracteres: todas cosas que no hacen la vida agradable. Sé bien que estas enfermedades son crónicas, sin esperanza de curación; pero sé también que mi Madre no dejaría de cuidarme, de intentar aliviarme, si yo permaneciera enferma muchos años.

Esta es la conclusión que saco: debo buscar la compañía de las her-

manas que no me agradan naturalmente, y cumplir con ellas el oficio del buen samaritano. Una palabra, una sonrisa amable bastan con frecuencia para hacer florecer un alma triste y herida. Sin embargo, no es solo con la esperanza de consolar como quiero ser caritativa: sé que, persiguiendo ese fin, me desanimaría pronto; pues una palabra dicha con la mejor intención será tomada quizá del todo al revés. Así que, para no perder ni mi tiempo ni mi esfuerzo, intento obrar únicamente para alegrar a Nuestro Señor y responder a este consejo del Evangelio:

*«Cuando des un banquete, no invites a tus parientes ni a tus amigos, no sea que ellos a su vez te inviten y así hayas recibido tu recompensa; invita más bien a los pobres, a los cojos, a los paralíticos, y serás dichoso porque no podrán devolverte nada, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará.»*⁹

¿Qué banquete podría ofrecer a mis hermanas, sino un banquete espiritual compuesto de caridad amable y alegre? No, no conozco otro, y quiero imitar a san Pablo, que se alegraba con los que encontraba en la alegría. Es verdad que lloraba con los afligidos, y las lágrimas deben aparecer a veces en el banquete que quiero servir; pero siempre procuraré que las lágrimas se cambien en sonrisas, puesto que *el Señor ama a los que dan con alegría*¹⁰.

Recuerdo un acto de caridad que el buen Dios me inspiró cuando yo era aún novicia. Por este acto, pequeño en apariencia, el Padre celestial, *que ve en lo secreto*, ya me ha recompensado sin esperar a la otra vida.

Era antes de que sor San Pedro quedara del todo inválida. Había que interrumpir la oración, por la tarde, a las seis menos diez, para llevarla al refectorio. Me costaba mucho ofrecerme; pues conocía la dificultad, o más bien la imposibilidad, de contentar a la pobre enferma. Sin embargo, no quería perder una ocasión tan hermosa, recordando las palabras divinas: *«Lo que hayan hecho al más pequeño de los míos, a mí me lo han hecho.»*¹¹

Me ofrecí, pues, muy humildemente para llevarla, y no sin trabajo

logré que aceptara mis servicios. Por fin me puse a la obra con tanta buena voluntad que lo logré perfectamente. Cada tarde, cuando la veía agitar su reloj de arena, yo sabía que eso quería decir: ¡Vámonos!

Entonces, tomando todo mi valor, me levantaba, y luego comenzaba toda una ceremonia. Había que mover y llevar el banco *de cierta manera*, sobre todo no apurarse; después tenía lugar el paseo. Se trataba de seguir a esta buena hermana sosteniéndola por la cintura; yo lo hacía con la mayor suavidad que me era posible, pero si por desgracia sobrevenía un traspie, enseguida le parecía que yo la sujetaba mal y que se iba a caer. «¡Ay, Dios mío! ¡Va usted demasiado rápido, me voy a romper!» Si yo intentaba entonces llevarla más despacio: «¡Pero sígame, pues, no siento su mano, me suelta, me voy a caer!... ¡Ay, ya decía yo que era usted demasiado joven para llevarme!»

Por fin llegábamos sin otro accidente al refectorio. Allí surgían otras dificultades: debía instalar a mi pobre inválida en su lugar y obrar con destreza para no lastimarla; luego subirle las mangas, siempre *de cierta manera*, y después de eso podía marcharme.

Pero pronto advertí que cortaba su pan con extrema dificultad; y desde entonces no la dejaba sin haberle prestado este último servicio. Como ella nunca me había expresado ese deseo, quedó muy conmovida por mi atención, y fue por este medio, nada buscado, como gané por completo su confianza, sobre todo (lo supe más tarde) porque, después de todos mis pequeños servicios, le hacía, según decía ella, *mi más hermosa sonrisa*.

* * *

Madre mía, hace mucho tiempo que se cumplió este acto de virtud, y sin embargo el Señor me deja su recuerdo como un perfume, una brisa del cielo. Una tarde de invierno, yo cumplía como de costumbre el humilde oficio del que acabo de hablar: hacía frío, era de noche... De pronto oí a lo lejos el son armonioso de varios instrumentos de música.

ca, y me representé un salón ricamente amueblado, iluminado con brillantes luces, resplandeciente de dorados; en ese salón, jóvenes elegantemente vestidas recibiendo y prodigando mil cortesías mundanas. Luego mi mirada se dirigió a la pobre enferma que yo sostenía. En lugar de una melodía, oía de cuando en cuando sus quejumbrosos gemidos; en lugar de dorados, veía los ladrillos de nuestro austero claustro apenas iluminado por una débil luz.

Este contraste impresionó dulcemente mi alma. El Señor la iluminó con los rayos de la verdad, que superan tanto el brillo tenebroso de los placeres de la tierra que, por gozar mil años de esas fiestas mundanas, no habría dado los diez minutos empleados en mi acto de caridad.

¡Ah!, si ya en el sufrimiento, en medio del combate, se pueden saborear semejantes delicias al pensar que Dios nos ha sacado del mundo, ¿qué será allá arriba cuando veamos, en medio de una gloria eterna y de un descanso sin fin, la gracia incomparable que nos ha hecho al escogernos para habitar en Su casa, verdadero pórtico de los cielos?

* * *

No siempre con estos transportes de alegría he practicado la caridad; pero, al comienzo de mi vida religiosa, Jesús quiso hacerme sentir cuán dulce es verlo en el alma de Sus esposas: por eso, cuando llevaba a sor San Pedro, lo hacía con tanto amor que me habría sido imposible hacerlo mejor si hubiera llevado al mismo Nuestro Señor.

* * *

La práctica de la caridad no me ha sido siempre tan dulce, se lo decía hace un instante, Madre querida. Para probárselo, voy a contarle, entre muchos otros, algunos de mis combates.

Durante mucho tiempo, en la oración, estuve cerca de una hermana que no cesaba de mover, o su rosario, o no sé qué otra cosa; quizá solo yo la oía, pues tengo el oído extremadamente fino; ¡pero sería im-

posible decir cuánto me cansaba eso! Habría querido volver la cabeza para mirar a la culpable y hacer cesar su alboroto; sin embargo, en el fondo del corazón sentía que valía más sufrir eso con paciencia por amor del buen Dios en primer lugar, y también para evitar una ocasión de disgusto.

Me quedaba, pues, tranquila, pero a veces el sudor me inundaba, y me veía obligada a hacer simplemente una oración de sufrimiento. Por fin buscaba el modo de sufrir con paz y alegría, al menos en lo íntimo del alma; entonces procuraba amar ese pequeño ruido desagradable. En lugar de intentar no oírlo (cosa imposible), ponía mi atención en escucharlo bien, como si fuera un encantador concierto; y mi oración, *que no era la de quietud*, se pasaba en ofrecer ese concierto a Jesús.

Otra vez, me hallaba en la lavandería frente a una hermana que, mientras lavaba los pañuelos, me lanzaba agua sucia a cada instante. Mi primer impulso fue retroceder secándome la cara, para mostrar a la que me salpicaba de ese modo que me haría un favor quedándose quieta; pero enseguida pensé que era muy tonta al rechazar tesoros que se me ofrecían con tanta generosidad, y me guardé bien de dejar ver mi fastidio. Hice, al contrario, todos mis esfuerzos por desear recibir mucha agua sucia, de modo que, al cabo de media hora, había tomado verdadero gusto a este nuevo género de aspersión, y me prometí volver, en la medida de lo posible, a ese lugar afortunado donde se servían gratis tantas riquezas.

Madre mía, usted ve que soy un alma *muy pequeña* que no puede ofrecer al buen Dios sino cosas *muy pequeñas*; y aun así me ocurre con frecuencia dejar escapar esos pequeños sacrificios que dan tanta paz al corazón; pero eso no me desanima, soporto tener un poco menos de paz y procuro estar más vigilante otra vez.

* * *

¡Ah, cuán feliz me hace el Señor! ¡Qué fácil y dulce es servirle en la tie-

rra! Sí, siempre, lo repito, me ha dado lo que he deseado, o más bien me ha hecho desear lo que quería darme. Así, poco tiempo antes de mi terrible tentación contra la fe, me decía: En verdad, no tengo grandes penas exteriores, y, para tenerlas interiores, será necesario que el buen Dios cambie mi camino; no creo que lo haga. Sin embargo, no puedo vivir siempre así en el reposo. ¿Qué medio hallará, pues?

La respuesta no se hizo esperar; me mostró que Aquel a quien amo nunca se queda sin medios; pues, sin cambiar mi camino, me dio esa gran prueba que pronto vino a mezclar una saludable amargura a todas mis dulzuras.

[1.](#) Rm 8, 15.

[2.](#) Ex 9, 14.

[3.](#) Sal 33, 5.

[4.](#) Sal 111, 4.

[5.](#) Pr 18, 19.

[6.](#) Jn 10, 12.

[7.](#) 2 S 16, 10.

[8.](#) Mc 7, 28.

[9.](#) Lc 14, 12-14.

[10.](#) 2 Co 9, 7.

[11.](#) Mt 25, 40.

Capítulo XI

Dos hermanos sacerdotes. Lo que entiende por estas palabras del libro del Cantar de los Cantares: «Atráeme...». Su confianza en Dios. Una visita del Cielo. Encuentra su reposo en el amor. Sublime infancia. Llamado a todas las «almas pequeñas».

No solo cuando quiere enviarme pruebas me las hace Jesús presentir y desear. Hacía mucho tiempo que guardaba un deseo que me parecía irrealizable: el de tener un hermano sacerdote. Pensaba a menudo que, si mis hermanitos no hubieran volado al cielo, habría tenido la dicha de verlos subir al altar; ¡esa dicha la echaba de menos! Y he aquí que el buen Dios, superando mi sueño (pues yo solo deseaba un hermano sacerdote que cada día pensara en mí en el santo altar), me ha unido con los lazos del alma a *dos* de Sus apóstoles. Quiero, Madre querida, contarle en detalle cómo el divino Maestro colmó mis deseos.

* * *

Fue nuestra Madre santa Teresa quien me envió, como ramillete de fiesta, en 1895, a mi primer hermano. Era día de lavado, yo estaba muy ocupada en mi trabajo, cuando la Madre Inés de Jesús¹, entonces priora, me llevó aparte y me leyó una carta de un joven seminarista, quien, inspirado, decía, por santa Teresa, pedía una hermana que se consagrara especialmente a su salvación y a la salvación de las almas de las que se ocuparía más adelante; prometía tener siempre un recuerdo para la que llegara a ser su hermana, cuando pudiera ofrecer el Santo Sacrificio. Y fui elegida para llegar a ser la hermana de este futuro misionero.

Madre mía, no sabría decirle mi dicha. Mi deseo, colmado así de una manera inesperada, hizo nacer en mi corazón una alegría que lla-

maré infantil; pues tengo que remontarme a los días de mi niñez para encontrar el recuerdo de esas alegrías tan vivas que el alma es demasiado pequeña para contenerlas. Desde hacía años no había gustado este género de felicidad; sentía que en ese aspecto mi alma era nueva, como si hubieran tocado en ella cuerdas musicales que hasta entonces habían quedado en el olvido.

Comprendiendo las obligaciones que me imponía, me puse manos a la obra, tratando de redoblar mi fervor, y escribí de vez en cuando algunas cartas a mi nuevo hermano. Sin duda, es por la oración y el sacrificio como se puede ayudar a los misioneros, pero a veces, cuando a Jesús le agrada unir dos almas para Su gloria, permite que puedan comunicarse sus pensamientos para animarse a amar más a Dios.

Sé bien que para eso se necesita una voluntad expresa de la autoridad; me parece que de otro modo esta correspondencia *solicitada* haría más mal que bien, si no al misionero, al menos a la carmelita, llevada continuamente por su género de vida a replegarse sobre sí misma. En lugar de unirla al buen Dios, este intercambio de cartas, aunque fuera espaciado, le ocuparía inútilmente el espíritu; quizá se imaginaría que hace maravillas, y en realidad no haría absolutamente nada, sino procurarse, bajo apariencia de celo, una distracción superflua.

* * *

Madre querida, heme aquí embarcada yo misma, no en una distracción, sino en una disertación igualmente superflua... ¡Nunca me corregiré de estas digresiones tan largas, que han de resultarle tan fatigosas de leer! Perdóneme, y permítame que vuelva a empezar en la próxima ocasión.

El año pasado, a fines de mayo, le tocó a usted darme mi segundo hermano; y como yo le hice la reflexión de que, habiendo ofrecido ya mis pobres méritos por un futuro apóstol, creía no poder hacerlo de nuevo por las intenciones de otro, usted me dio esta respuesta: que la

obediencia duplicaría mis méritos.

En el fondo de mi alma yo lo pensaba así; y, puesto que el celo de una carmelita debe abarcar el mundo, espero incluso, con la gracia de Dios, ser útil a más de dos misioneros. Rezo por todos, sin dejar de lado a los simples sacerdotes, cuyo ministerio es a veces tan difícil como el de los apóstoles que predicán a los infieles. En fin, quiero ser «hija de la Iglesia» como nuestra Madre santa Teresa, y rezar por todas las intenciones del Vicario de Jesucristo. Este es el fin general de mi vida.

Pero así como me habría unido especialmente a las obras de mis queridos hermanitos si hubieran vivido, sin descuidar por eso los grandes intereses de la Iglesia, que abarcan el universo, de la misma manera permanezco particularmente unida a los nuevos hermanos que Jesús me ha dado. Todo lo que me pertenece pertenece a cada uno de ellos; siento que Dios es demasiado bueno, demasiado generoso para hacer repartos; es tan rico que da sin medida lo que Le pido, aunque yo no me pierda en largas enumeraciones.

Desde que tengo solo dos hermanos y mis hermanitas las novicias, si quisiera detallar las necesidades de cada alma, los días serían demasiado cortos, y temería mucho olvidar algo importante. A las almas sencillas no les hacen falta medios complicados, y como yo soy de ese número, Nuestro Señor mismo me inspiró un pequeño medio muy sencillo para cumplir mis obligaciones.

* * *

Un día, después de la santa comunión, me hizo comprender esta palabra del Cantar: «*Atráeme, correremos tras el olor de Tus perfumes.*»² Oh Jesús, no es necesario, pues, decir: al atraerme, atrae a las almas que amo. Esta sencilla palabra: «*Atráeme*» ¡basta! Sí, cuando un alma se ha dejado cautivar por el olor embriagador de Tus perfumes, no podría correr sola; todas las almas que ama son arrastradas tras ella; ¡es una consecuencia natural de su atracción hacia Ti!

De la misma manera que un torrente arrastra tras sí, a las profundidades de los mares, lo que encuentra a su paso, de la misma manera, oh Jesús mío, el alma que se sumerge en el océano sin orillas de Tu amor atrae tras sí todos sus tesoros. Señor, Tú lo sabes, estos tesoros son para mí las almas que Te ha placido unir a la mía; estos tesoros, Tú me los has confiado; por eso me atrevo a tomar prestadas Tus propias palabras, las de la última tarde que Te vio todavía sobre nuestra tierra, caminante y mortal.

¡Jesús, Amado mío! No sé qué día terminará mi destierro... quizá más de una tarde me verá cantar todavía aquí abajo Tus misericordias; pero en fin, también para mí llegará la última tarde... entonces quiero poder decirte:

* * *

«Yo Te he glorificado sobre la tierra, he cumplido la obra que me diste para hacer, he dado a conocer Tu Nombre a los que me diste; eran Tuyos, y Tú me los diste. Ahora es cuando conocen que todo lo que me has dado viene de Ti: pues les he comunicado las palabras que me confiaste; ellos las han recibido, y han creído que eres Tú quien me ha enviado. Ruego por los que me diste, porque son Tuyos. Ya no estoy en el mundo, pero ellos todavía están en él, mientras yo vuelvo a Ti. Guárdalos por causa de Tu Nombre.

«Voy ahora a Ti; y digo esto, ahora que estoy en el mundo, para que la alegría que viene de Ti sea perfecta en ellos... No Te pido que los quites del mundo, sino que los preserves del mal. No son del mundo, así como yo tampoco soy del mundo.

«No ruego solo por ellos, sino también por los que creerán en Ti por lo que les oigan decir.

«Dios mío, deseo que donde yo esté, los que me diste estén también conmigo; y que el mundo conozca que Tú los has amado como me has amado a mí misma.»³

Sí, Señor, ¡esto es lo que querría repetir después de Ti antes de volar a Tus brazos! Quizá sea temeridad; pero no... Desde hace mucho tiempo, ¿no me has permitido ser audaz Contigo? Como el padre del hijo pródigo cuando habla a su hijo mayor, me has dicho: «*Todo lo que es mío es tuyo.*»⁴ Tus palabras, oh Jesús, son pues mías, y puedo servirme de ellas para atraer sobre las almas que me pertenecen los favores del Padre celestial.

Tú lo sabes, oh Dios mío, nunca he deseado más que amarte únicamente, no ambiciono otra gloria. Tu amor me previno desde mi infancia, ha crecido conmigo, y ahora es un abismo cuya profundidad no puedo sondear.

El amor atrae al amor; el mío se lanza hacia Ti, quisiera colmar el abismo que lo atrae; pero, ¡ay!, ¡ni siquiera es una gota de rocío perdida en el Océano! Para amarte como Tú me amas, tengo que tomar prestado Tu propio amor, y solo entonces encuentro el reposo. Oh Jesús mío, me parece que no puedes colmar a un alma con más amor del que has colmado a la mía; por eso me atrevo a pedirte *que ames a los que me has dado como me has amado a mí misma.*

Un día, en el cielo, si descubro que los amas más que a mí, me alegraré, reconociendo ya desde este mundo que esas almas lo merecen más; pero aquí abajo no puedo concebir una inmensidad de amor mayor que la que Te ha placido concederme, sin ningún mérito de mi parte.

* * *

Madre mía, estoy muy asombrada de lo que acabo de escribir, ¡no tenía esa intención!

Al repetir este pasaje del santo Evangelio: «*Les he comunicado las palabras que me confiaste*», yo no pensaba en mis hermanos, sino en mis hermanitas del noviciado; pues no me creo capaz de instruir a misioneros. Lo que escribía por ellos era la oración de Jesús: «*No Te pido que*

los quites del mundo... Ruego también por los que creerán en Ti por lo que les oigan decir.» ¿Cómo podría, en efecto, dejar en el olvido a las almas que serán su conquista por el sufrimiento y la predicación?

Pero no he explicado todo mi pensamiento sobre este pasaje del Cantar sagrado: «*Atráeme, correremos...*»

«*Nadie*, dijo Jesús, *puede venir en pos de mí si mi Padre, que me envió, no lo atrae*». ⁵ Luego nos enseña que basta llamar para que se nos abra, buscar para encontrar, y tender humildemente la mano para recibir. Añade que todo lo que se pide a Su Padre en Su Nombre, Él lo concede. Por eso sin duda el Espíritu Santo, antes del nacimiento de Jesús, dictó esta oración profética: «*Atráeme, correremos...*»

Pedir ser atraído es querer unirse de manera íntima al objeto que cautiva el corazón. Si el fuego y el hierro estuvieran dotados de razón y este último dijera al otro: «*Atráeme*», ¿no probaría su deseo de identificarse con el fuego hasta compartir su sustancia? Pues bien, esa es justamente mi oración. Pido a Jesús que me atraiga a las llamas de Su amor, que me una tan estrechamente a Él que Él viva y obre en mí. Siento que cuanto más abrase mi corazón el fuego del amor, cuanto más diga: «*Atráeme*», tanto más las almas que se acerquen a la mía *correrán veloces tras el olor de los perfumes del Amado*.

Sí, correrán, correremos juntas; pues las almas abrasadas no pueden permanecer inactivas. Sin duda, como santa Magdalena, se mantienen a los pies de Jesús, escuchando Su palabra dulce y encendida. Aunque parecen no dar nada, dan mucho más que Marta, que se afana por *muchas cosas* ⁶. Sin embargo, lo que Jesús reprende no son los trabajos de Marta, sino solo su inquietud; a esos mismos trabajos Su divina Madre se sometió humildemente, puesto que tenía que preparar las comidas de la Sagrada Familia.

Todos los santos han comprendido esto, y quizá más particularmente aquellos que llenaron el universo con la iluminación de la doctrina evangélica. ¿No fue en la oración donde san Pablo, san Agustín, santo Tomás de Aquino, san Juan de la Cruz, santa Teresa y tantos otros ami-

gos de Dios bebieron esa ciencia admirable que cautiva a los más grandes genios?

Un sabio lo dijo: «Denme un punto de apoyo y, con una palanca, levantaré el mundo.» Lo que Arquímedes no pudo obtener, los santos lo han recibido plenamente. El Todopoderoso les ha dado un punto de apoyo: ¡*Él mismo, Él solo!* Por palanca, la oración que abrasa con un fuego de amor; y así han levantado el mundo, así lo levantan y lo levantarán hasta el fin de los tiempos los santos que todavía militan.

* * *

Madre querida, me queda decirle lo que entiendo por *el olor de los perfumes del Amado*. Puesto que Jesús ha vuelto a subir al cielo, no puedo seguirlo sino por las huellas que dejó. ¡Ah, qué luminosas son esas huellas! ¡Qué divinamente embalsamadas están! No tengo más que echar los ojos al santo Evangelio: enseguida respiro el perfume de la vida de Jesús y sé hacia qué lado correr. No me lanzo hacia el primer puesto, sino hacia el último. Dejo que el fariseo suba, y repito, llena de confianza, la humilde oración del publicano. ¡Ah, sobre todo imito la conducta de Magdalena, su asombrosa, o más bien amorosa, audacia, que encanta el Corazón de Jesús y seduce el mío!

Si me elevo a Dios por la confianza y el amor, no es porque haya sido preservada del pecado mortal. ¡Ah, lo siento!, aunque tuviera sobre la conciencia todos los crímenes que se pueden cometer, no perdería nada de mi confianza; iría, con el corazón quebrantado de arrepentimiento, a arrojarme en los brazos de mi Salvador. Sé que Él ama con ternura al hijo pródigo, he oído Sus palabras a santa Magdalena, a la mujer adúltera, a la Samaritana. No, nadie podría asustarme; pues sé a qué atenerme sobre Su amor y Su misericordia. Sé que toda esa multitud de ofensas se desvanecería en un abrir y cerrar de ojos, como una gota de agua arrojada en un brasero ardiente.

Se cuenta en la Vida de los Padres del desierto que uno de ellos con-

virtió a una pecadora pública cuyos desórdenes escandalizaban a toda una comarca. Esta pecadora, tocada por la gracia, seguía al santo en el desierto para cumplir allí una rigurosa penitencia, cuando, la primera noche del viaje, antes incluso de llegar al lugar de su retiro, sus ataduras mortales se rompieron por el ímpetu de su arrepentimiento lleno de amor; y el solitario vio, en el mismo instante, su alma llevada por los Ángeles al seno de Dios.

He ahí un ejemplo muy impresionante de lo que quisiera decir, pero estas cosas no pueden expresarse... ¡Ah, Madre mía! si las almas débiles e imperfectas como la mía sintieran lo que siento, ninguna desesperaría de alcanzar la cima de la montaña del Amor, puesto que Jesús no pide grandes acciones, sino solamente el abandono y la gratitud.

«No tengo ninguna necesidad, dice Él, de los machos cabríos de sus rebaños, porque todas las bestias de los bosques me pertenecen y los millares de animales que pacen en las colinas: conozco todas las aves de las montañas.

«Si tuviera hambre, no sería a ustedes a quienes lo diría: pues la tierra y todo lo que contiene es mío. ¿Acaso debo comer la carne de los toros y beber la sangre de los machos cabríos? INMOLEN A DIOS SACRIFICIOS DE ALABANZA Y DE ACCIÓN DE GRACIAS⁷.»

* * *

¡He aquí, pues, todo lo que Jesús nos reclama! No tiene necesidad de nuestras obras, sino únicamente de nuestro *amor*.⁸ Ese mismo Dios, que declara no tener necesidad de decirnos si tiene hambre, no temió *mendigar* un poco de agua a la Samaritana... ¡¡¡Tenía sed!!! Pero al decir: *«Dame de beber⁹»*, lo que el Creador del universo reclamaba era el amor de Su pobre criatura. ¡Tenía sed de amor!

Sí, más que nunca Jesús está sediento. Solo encuentra ingratos e indiferentes entre los discípulos del mundo; y entre *Sus propios discípulos* halla, ¡ay!, muy pocos corazones que se entreguen sin reserva alguna a

la ternura de Su Amor infinito.

Madre querida, ¡qué felices somos de comprender los íntimos secretos de nuestro Esposo! Ah, si usted quisiera escribir lo que conoce de ellos, tendríamos hermosas páginas que leer. Pero, lo sé, usted prefiere, como la Santísima Virgen, conservar en el fondo de su corazón *todas estas cosas*¹⁰... A mí me dice *que es honroso publicar las obras del Altísimo*¹¹. Encuentro que usted tiene razón en guardar silencio; ¡es verdaderamente imposible expresar con palabras terrenales los secretos del cielo!

En cuanto a mí, después de haber trazado todas estas páginas, encuentro que todavía no he empezado. Hay tantos horizontes diversos, tantos matices variados hasta el infinito, que solo la paleta del pintor celestial podrá, después de la noche de esta vida, proporcionarme los colores divinos capaces de pintar las maravillas que Él descubre al ojo de mi alma.

Sin embargo, Madre venerada, ya que usted me manifiesta el deseo de conocer a fondo, en lo posible, todos los sentimientos de mi corazón, ya que quiere que ponga por escrito el sueño más consolador de mi vida, terminaré la historia de mi alma con este acto de obediencia. Si usted lo permite, me dirigiré a Jesús; de ese modo hablaré con más facilidad. Tal vez encuentre exageradas mis expresiones; sin embargo, le aseguro que no hay ninguna exageración en mi corazón: todo en él está calmado y sosegado.

* * *

Oh Jesús, ¡quién podrá decir con qué ternura, con qué dulzura conduces a mi almita!...

La tormenta rugía con mucha fuerza en ella desde la hermosa fiesta de Tu triunfo, la radiante fiesta de Pascua; cuando un día del mes de mayo hiciste brillar en mi oscura noche un rayo puro de Tu gracia...

Pensando en los sueños misteriosos que a veces concedes a Tus pri-

vilegiados, me decía que este consuelo no estaba hecho para mí; que para mí era la noche, siempre la noche profunda. Y bajo la tormenta, me quedé dormida.

Al día siguiente, 10 de mayo, a las primeras luces de la aurora, me encontré, mientras dormía, en una galería donde me paseaba a solas con nuestra Madre. De repente, sin saber cómo habían entrado, vi a tres carmelitas revestidas de sus mantos y grandes velos, y comprendí que venían del cielo. «¡Ah, qué feliz sería, pensé, de ver el rostro de una de estas carmelitas!» Como si mi oración hubiera sido escuchada, la más alta de las santas se adelantó hacia mí y caí de rodillas. ¡Oh dicha! Levantó su velo, o más bien lo alzó y me cubrió con él.

Sin ninguna vacilación, *reconocí* a la Venerable Madre Ana de Jesús, fundadora del Carmelo en Francia¹². Su rostro era hermoso, de una belleza inmaterial; ningún rayo se desprendía de él, y sin embargo, a pesar del espeso velo que nos envolvía a ambas, yo veía ese rostro celestial iluminado por una luz inefablemente suave que parecía producir él mismo.

La santa me colmó de caricias y, viéndome tan tiernamente amada, me atreví a pronunciar estas palabras: «Oh Madre mía, se lo ruego, dígame si el buen Dios me dejará mucho tiempo en la tierra. ¿Vendrá pronto a buscarme?» Sonrió con ternura. «*Sí, pronto... pronto. Se lo prometo.*» «Madre mía, añadí, dígame además si el buen Dios no me pide otra cosa que mis pobres pequeñas acciones y mis deseos; ¿está contento de mí?»

En ese momento, el rostro de la Venerable Madre resplandeció con un brillo nuevo, y su expresión me pareció incomparablemente más tierna. «*El buen Dios no pide nada más de usted, me dijo, está contento, muy contento...*» Y tomándome la cabeza entre sus manos, me prodigó tales caricias que me sería imposible expresar su dulzura. Mi corazón rebosaba de alegría, pero me acordé de mis hermanas y quise pedir algunas gracias para ellas... ¡Ay, me desperté!

No sabría repetir la alegría de mi alma. Han pasado varios meses

desde ese sueño inefable, y sin embargo el recuerdo que me deja no ha perdido nada de su frescura, de sus encantos celestiales. Veo todavía la mirada y la sonrisa llenas de amor de esa santa carmelita, creo sentir todavía las caricias con que me colmó.

Oh Jesús, *Tú habías mandado a los vientos y a la tempestad, y se hizo una gran calma*¹³.

Al despertar, creía, sentía que hay un cielo, y que ese cielo está poblado de almas que me quieren y me miran como a su hija. Esta impresión permanece en mi corazón, tanto más dulce cuanto que la Venerable Madre Ana de Jesús me había sido hasta entonces, casi me atrevo a decir, indiferente; nunca la había invocado, y solo pensaba en ella cuando oía hablar de ella, cosa bastante rara.

Y ahora sé, comprendo cuán poco indiferente le era yo por su parte, y este pensamiento aumenta mi amor, no solo por ella, sino por todos los bienaventurados habitantes de la patria celestial.

¡Oh Amado mío! esta gracia no era más que el prelude de gracias aún mayores con que querías colmarme; déjame recordártelas hoy, y perdóname si desatino al querer repetir mis esperanzas y mis deseos que tocan lo infinito... ¡perdóname y sana mi alma dándole lo que espera!

¡Ser Tu esposa, oh Jesús, ser carmelita, ser, por mi unión Contigo, madre de almas, todo eso debería bastarme! Sin embargo siento en mí otras vocaciones: siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir... Quisiera realizar todas las obras más heroicas, siento el valor de un cruzado, quisiera morir en un campo de batalla en defensa de la Iglesia.

¡La vocación de sacerdote! ¡Con cuánto amor, oh Jesús, Te llevaría en mis manos cuando mi voz Te hiciera bajar del cielo! ¡Con cuánto amor Te daría a las almas! Pero ¡ay!, aunque deseo ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de san Francisco de Asís, y siento la vocación de imitarlo rehusando la sublime dignidad del sacerdocio. ¿Cómo conciliar entonces estos contrastes?¹⁴

Quisiera iluminar a las almas como los profetas, los doctores. Quisiera recorrer la tierra, predicar Tu Nombre y plantar sobre el suelo infiel Tu cruz gloriosa, ¡oh Amado mío! Pero una sola misión no me bastaría: quisiera anunciar al mismo tiempo el Evangelio en todas las partes del mundo, y hasta en las islas más remotas. Quisiera ser misionera no solo durante algunos años, sino que quisiera haberlo sido desde la creación del mundo, y seguir siéndolo hasta la consumación de los siglos.

¡Ah, por encima de todo, quisiera el martirio! ¡El martirio! He ahí el sueño de mi juventud; ese sueño ha crecido conmigo en mi celdita del Carmelo. Pero esa es otra locura; pues no deseo un solo género de suplicio, para satisfacerme necesitaría todos...

Como Tú, Esposo mío adorado, quisiera ser flagelada, crucificada... Quisiera morir despojada como san Bartolomé; como san Juan, quisiera ser sumergida en aceite hirviendo; deseo, como san Ignacio de Antioquía, ser molida por los dientes de las fieras, a fin de llegar a ser un pan digno de Dios. Con santa Inés y santa Cecilia, quisiera ofrecer mi cuello a la espada del verdugo; y como Juana de Arco, sobre una hoguera ardiente, ¡murmurar el nombre de Jesús!

Si mi pensamiento se dirige a los tormentos inauditos que serán el destino de los cristianos en el tiempo del Anticristo, siento estremecerse mi corazón, quisiera que esos tormentos me estuvieran reservados. Abre, Jesús mío, Tu Libro de la Vida, donde están consignadas las acciones de todos los Santos; ¡esas acciones, quisiera haberlas cumplido por Ti!

A todas mis locuras, ¿qué vas a responder? ¿Hay sobre la tierra un alma más pequeña, más impotente que la mía? Sin embargo, a causa de mi misma debilidad, Te has complacido en colmar mis pequeños deseos infantiles; y hoy quieres colmar otros deseos más grandes que el universo...

Como estas aspiraciones se volvían un verdadero martirio, abrí un día las epístolas de san Pablo, para buscar algún remedio a mi tormento. Los capítulos XII y XIII de la primera epístola a los Corintios cayeron ante mis ojos. Leí en ellos que no todos pueden ser a la vez apóstoles, profetas y doctores, que la Iglesia se compone de diferentes miembros, y que el ojo no podría ser al mismo tiempo la mano.

La respuesta era clara, pero no colmaba mis deseos ni me daba la paz. *«Abajándome entonces hasta lo profundo de mi nada, me elevé tan alto que pude alcanzar mi meta.»*¹⁵ Sin desanimarme, continué mi lectura y este consejo me alivió: *«Busquen con ardor los dones más perfectos; pero todavía voy a mostrarles un camino más excelente.»*¹⁶

Y el Apóstol explica cómo todos los dones más perfectos no son nada sin el *Amor*, que la Caridad es el camino más excelente para ir con seguridad a Dios. ¡Por fin había encontrado el reposo!

Considerando el cuerpo místico de la santa Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo, o más bien quería reconocirme en todos. La Caridad me dio la clave de *mi vocación*. Comprendí que, si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no le faltaba el más necesario, el más noble de todos los órganos; comprendí que tenía *un corazón*, y que ese corazón ardía de amor; comprendí que solo el amor hacía obrar a sus miembros, que, si el amor llegara a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio, los mártires se negarían a derramar su sangre. Comprendí que el amor encerraba todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que abarcaba todos los tiempos y todos los lugares, ¡porque es eterno!

Entonces, en el exceso de mi gozo delirante, exclamé: «Oh Jesús, amor mío, ¡mi vocación, por fin la he encontrado! *¡Mi vocación es el amor!* Sí, he hallado mi lugar en el seno de la Iglesia, y ese lugar, oh Dios mío, Tú me lo has dado: en el corazón de la Iglesia, mi Madre, *¡yo seré el amor!*... Así lo seré todo; ¡así mi sueño quedará realizado!»

¿Por qué hablar de gozo delirante? No, esa expresión no es justa; más bien fue la paz la que vino a ser mi parte, la paz calmada y serena

del navegante que divisa el faro que le indica el puerto. ¡Oh faro luminoso del amor! sé cómo llegar hasta ti, ¡he hallado el secreto de apropiarme tus llamas!

No soy más que una niña impotente y débil; sin embargo, es mi misma debilidad la que me da la audacia de ofrecirme como víctima a Tu amor, ¡oh Jesús! Antaño, solo las hostias puras y sin mancha eran aceptadas por el Dios fuerte y poderoso: para satisfacer a la justicia divina hacían falta víctimas perfectas; pero a la ley de temor ha sucedido la ley de amor, y el amor me ha elegido por holocausto a mí, ¡criatura débil e imperfecta! ¿No es esta elección digna del amor? Sí, para que el amor quede plenamente satisfecho, es preciso que se abaje hasta la nada y que transforme en fuego esa nada.

Oh Dios mío, lo sé, *el amor solo se paga con amor*¹⁷. Por eso he buscado y he encontrado el modo de aliviar mi corazón devolviéndote amor por amor.

«*Empleen las riquezas que hacen injustos para ganarse amigos que los reciban en los Tabernáculos eternos.*»¹⁸ He ahí, Señor, el consejo que das a Tus discípulos, después de haberles dicho que *los hijos de las tinieblas son más hábiles en sus negocios que los hijos de la luz*¹⁹.

Hija de la luz, comprendí que mis deseos de serlo todo, de abrazar todas las vocaciones, eran riquezas que bien podrían volverme injusta; entonces me serví de ellas para hacerme amigos. Acordándome de la oración de Eliseo al profeta Elías cuando le pidió su doble espíritu, me presenté ante los Ángeles y la asamblea de los Santos y les dije: «Soy la más pequeña de las criaturas, conozco mi miseria, pero sé también cuánto gustan los corazones nobles y generosos de hacer el bien; les conjuro, pues, bienaventurados habitantes de la ciudad celestial, que me adopten por hija: a ustedes solos corresponderá la gloria que me hagan adquirir; dignense escuchar mi oración, obtenganme, se lo suplico, ¡su doble amor!»

Señor, no puedo profundizar mi petición, ¡temería verme aplastada bajo el peso de mis deseos audaces! Mi excusa es mi título de *niña*: los

niños no reflexionan sobre el alcance de sus palabras. Sin embargo, si su padre, si su madre suben al trono y poseen inmensos tesoros, no vacilan en contentar los deseos de los pequeños seres a quienes quieren más que a sí mismos. Para darles gusto, hacen locuras, llegan incluso a la debilidad.

Pues bien, yo soy la hija de la santa Iglesia. La Iglesia es reina, puesto que es Tu Esposa, ¡oh divino Rey de reyes! No son las riquezas ni la gloria (ni siquiera la gloria del cielo) lo que reclama mi corazón. La gloria pertenece por derecho a mis hermanos: los Ángeles y los Santos. Mi gloria será el reflejo que irradie de la frente de mi Madre. ¡Lo que pido es *el amor*! Ya no sé más que una cosa: *amarte*, ¡oh Jesús! Las obras brillantes me están vedadas, no puedo predicar el Evangelio ni derramar mi sangre... ¿qué importa? Mis hermanos trabajan en mi lugar, y yo, *niñita*, me mantengo muy cerca del trono real, *amo* por los que combaten.

Pero ¿cómo daré testimonio de mi amor, puesto que el amor se prueba con obras? ¡Pues bien! *la niñita arrojará flores...* embalsamará con sus perfumes el trono divino, ¡cantará con su voz argentina el cántico del amor!

Sí, Amado mío, así se consumirá mi vida efímera delante de Ti. No tengo otro medio para probarte mi amor que arrojar flores: es decir, no dejar escapar ningún pequeño sacrificio, ninguna mirada, ninguna palabra, aprovechar las más mínimas acciones y hacerlas por amor. Quiero sufrir por amor e incluso gozar por amor; así arrojaré flores. No encontraré ni una sin deshojarla para Ti... y luego cantaré, cantaré siempre, aunque tenga que cortar mis rosas en medio de las espinas; y mi canto será tanto más melodioso cuanto más largas y punzantes sean esas espinas.

Pero ¿de qué Te servirán, Jesús mío, mis flores y mis cantos? ¡Ah, bien lo sé!, esta lluvia embalsamada, estos pétalos frágiles y sin valor alguno, estos cantos de amor de un corazón tan pequeño Te encantarán de todos modos. Sí, estas nada Te darán gusto: harán sonreír a la

Iglesia triunfante que, queriendo jugar con su niñita, recogerá estas rosas deshojadas y, haciéndolas pasar por Tus manos divinas para revestirlas de un valor infinito, las arrojará sobre la Iglesia purgante para apagar sus llamas; sobre la Iglesia militante para darle la victoria.

¡Oh Jesús mío! Te amo, amo a la Iglesia, mi madre, recuerdo que *el más pequeño movimiento de puro amor le es más útil que todas las demás obras juntas*²⁰. Pero ¿está de veras el puro amor en mi corazón? Mis inmensos deseos, ¿no son un sueño, una locura? ¡Ah! si así es, ilumíname; Tú lo sabes, busco la verdad. Si mis deseos son temerarios, hazlos desaparecer; pues estos deseos son para mí el mayor de los martirios. Sin embargo, lo confieso, si un día no alcanzo esas regiones más elevadas hacia las que aspira mi alma, habré gustado más dulzura en mi martirio, en mi locura, que la que gustaré en el seno de las alegrías eternas; a menos que, por un milagro, me quites el recuerdo de mis esperanzas terrenales. ¡Jesús! ¡Jesús! si es tan delicioso el deseo del amor, ¿qué será entonces poseerlo, gozarlo para siempre?

¿Cómo puede un alma tan imperfecta como la mía aspirar a la plenitud del amor? ¿Cuál es, pues, este misterio? ¿Por qué no reservas, oh mi único Amigo, estas inmensas aspiraciones a las almas grandes, a las águilas que planean en las alturas? ¡Ay! yo no soy más que un pobre pajarito cubierto apenas de un ligero plumón; no soy un águila, solo tengo sus ojos y su corazón... Sí, a pesar de mi extrema pequeñez, me atrevo a fijar la mirada en el Sol divino del amor, ¡y ardo en deseos de lanzarme hasta Él! Quisiera volar, quisiera imitar a las águilas; pero todo lo que puedo hacer es levantar mis alitas; no está en mi pequeño poder echar a volar.

¿Qué va a ser de mí? ¿Morir de dolor al verme tan impotente? ¡Oh, no! ni siquiera voy a afligirme. Con un audaz abandono, quiero quedarme allí, fijando hasta la muerte la mirada en mi divino Sol. Nada podrá asustarme, ni el viento ni la lluvia; y si densas nubes llegan a ocultar el Astro de amor, si me parece no creer que exista otra cosa que la noche de esta vida, entonces será el momento de la *alegría per-*

fecta, el momento de llevar mi confianza hasta los límites extremos, guardándome bien de cambiar de lugar, sabiendo que más allá de las tristes nubes ¡mi dulce Sol brilla todavía!

¡Oh Dios mío! hasta aquí comprendo Tu amor por mí; pero, Tú lo sabes, muy a menudo me dejo distraer de mi única ocupación, me alejo de Ti, ¡mojo mis alitas apenas formadas en los miserables charcos de agua que encuentro sobre la tierra! Entonces *gimo como la golondrina*²¹, y mi gemido Te lo dice todo, y Te acuerdas, oh misericordia infinita, de que *no has venido a llamar a los justos, sino a los pecadores*²².

Sin embargo, si permaneces sordo a los gorjeos quejumbrosos de Tu pobre criatura, si sigues velado, pues bien, consiento en quedarme mojada, acepto estar transida de frío, y todavía me alegro de este sufrimiento, por lo demás merecido. ¡Oh Astro mío querido! sí, soy feliz de sentirme pequeña y débil en Tu presencia y mi corazón permanece en paz... sé que todas las águilas de Tu corte celestial se compadecen de mí, que me protegen, me defienden y ponen en fuga a los buitres, imagen de los demonios, que querrían devorarme. ¡Ah! no les tengo miedo, no estoy destinada a ser su presa, sino la del Águila divina.

¡Oh Verbo, oh Salvador mío! Tú eres el Águila que amo y que me atraes: Tú que, lanzándote hacia la tierra del destierro, quisiste sufrir y morir para arrebatrar todas las almas y sumergirlas hasta el centro de la Trinidad santa, eterno hogar del amor. Tú que, remontando hacia la luz inaccesible, permaneces oculto en nuestro valle de lágrimas bajo la apariencia de una blanca hostia, y eso para alimentarme con Tu propia sustancia. ¡Oh Jesús! déjame decirte que Tu amor llega hasta la locura... ¿Cómo quieres, ante esta locura, que mi corazón no se lance hacia Ti? ¿Cómo tendría límites mi confianza?

¡Ah! por Ti, lo sé, los Santos también han hecho locuras, han hecho grandes cosas, ¡puesto que eran águilas! Yo soy demasiado pequeña para hacer grandes cosas, y mi locura es esperar que Tu amor me acepte como víctima; mi locura es contar con los Ángeles y los Santos para volar hasta Ti con Tus propias alas, ¡oh mi Águila adorada! Todo el tiem-

po que Tú quieras, permaneceré con los ojos fijos en Ti, quiero ser *fascinada* por Tu mirada divina, quiero llegar a ser presa de Tu amor. Un día, tengo la esperanza, Te lanzarás sobre mí y, llevándome al hogar del amor, me sumergirás por fin en ese abismo ardiente, para hacerme su feliz víctima para siempre.

* * *

¡Oh Jesús! ¡Si pudiera decir a todas las *almas pequeñas* Tu condescendencia inefable! Siento que si, por imposible, encontraras una más débil que la mía, Te complacerías en colmarla de favores aún mayores, con tal de que se abandonara con entera confianza a Tu misericordia infinita.

Pero ¿por qué estos deseos de comunicar Tus secretos de amor, oh Amado mío? ¿No eres Tú solo quien me los ha enseñado, y no puedes revelarlos a otros? Sí, lo sé, y Te conjuro que lo hagas; *¡¡¡Te suplico que abajes Tu mirada divina sobre un gran número de almas pequeñas, Te suplico que Te elijas en este mundo una legión de pequeñas víctimas, dignas de Tu AMOR!!!*

* * *

¡Jesús!

Recuerda las divinas ternuras
con que colmaste a los niños pequeñitos;
yo también quiero recibir Tus caricias.
Ah, dame Tus besos arrebatadores;
para gozar en los Cielos de Tu dulce presencia
sabré practicar las virtudes de la infancia;
Tú nos lo has dicho muchas veces:
«El Cielo es para el niño...»
¡Recuerda!

TERESA DEL NIÑO JESÚS.

[1.](#) Su hermana Paulina.

[2.](#) Ct 1, 3.

[3.](#) Jn 17.

[4.](#) Lc 15, 31.

[5.](#) Jn 6, 44.

[6.](#) Lc 10, 41.

[7.](#) Sal 49, 9-14.

[8.](#) N. del E.: no es desprecio de las obras; en el capítulo X Teresa escribe que «las inspiraciones más sublimes no son nada sin las obras». Quiere decir que lo que da valor a las obras es la caridad: «La caridad de Cristo es en nosotros la fuente de todos nuestros méritos ante Dios» (CEC 2011, que cita el Acto de ofrenda de la santa).

[9.](#) Jn 4, 7.

[10.](#) Lc 2, 19.

[11.](#) Tb 12, 7.

[12.](#) La Venerable Madre Ana de Jesús, en el mundo Ana de Lobera, nació en España en 1545. Entró en la Orden del Carmelo, en el primer monasterio de San José de Ávila, en 1570, y pronto llegó a ser la consejera y coadjutora de santa Teresa, que la llamaba «*su hija y su corona*». San Juan de la Cruz, su director espiritual durante catorce años, gustaba de llamarla «*un serafín encarnado*», y se tenía en tan alta estima su sabiduría y su santidad que los sabios la consultaban en sus dudas y recibían sus respuestas como oráculos. Fiel heredera del espíritu de santa Teresa, había recibido del Cielo la misión de conservar a la Reforma del Carmelo su perfección primitiva. Después de haber fundado tres monasterios de esta reforma en España, la implantó en Francia, luego en Bélgica, donde, ya célebre por los dones sobrenaturales más elevados, particularmente el de la contemplación, murió en olor de santidad en el convento de las carmelitas de Bruselas, el ... de marzo de 1621. El 3 de mayo de 1878, Su Santidad el Papa León XIII firmó la introducción de la causa de beatificación de esta gran sierva de Dios.

[13.](#) Mt 8, 26.

14. N. del E.: es un deseo de amor que la santa no pretende cumplir y que resuelve, pocas líneas después, en su vocación al amor en el seno de la Iglesia. Solo el varón bautizado recibe válidamente la ordenación, por una decisión del Señor a la que la Iglesia «se reconoce vinculada» (CEC 1577).

15. San Juan de la Cruz.

16. 1 Co 12, 31.

17. San Juan de la Cruz.

18. Lc 16, 9.

19. *Ibid.*, 8.

20. San Juan de la Cruz.

21. Is 38, 14.

22. Mt 9, 13.

Capítulo XII

El Calvario. El vuelo hacia el Cielo.

«Es de la más alta importancia que el alma se ejercite mucho en el AMOR, a fin de que, consumiéndose rápidamente, no se detenga apenas aquí abajo, sino que llegue pronto a ver a su Dios cara a cara.»

San Juan de la Cruz.

«Muchas páginas de esta historia no se leerán jamás sobre la tierra...» Sor Teresa del Niño Jesús lo ha dicho; y nosotros lo repetimos forzosamente después de ella. Hay sufrimientos que no está permitido revelar aquí abajo; solo el Señor se ha reservado celosamente el descubrir su mérito y su gloria en la clara visión que rasgará todos los velos...

Él hizo *«desbordar en el alma de su pequeña esposa las olas de infinita ternura encerradas en Su Corazón divino»*: este fue el martirio de amor que su voz melodiosa ha cantado tan suavemente. Pero *«ofrecerse en víctima al amor no es ofrecerse a las dulzuras, a los consuelos...»* Teresa lo experimentó, pues el divino Maestro la condujo por los ásperos senderos del dolor; y solo en su austera cima murió VÍCTIMA DE CARIDAD.

* * *

Hemos visto cuán grande fue el sacrificio de Teresa cuando dejó para siempre a su padre, que la amaba tan tiernamente, y la casa familiar donde había sido tan feliz; pero quizá se piense que ese sacrificio se le suavizaba mucho, puesto que en el Carmelo volvía a encontrar a sus dos hermanas mayores, las queridas confidentes de su alma: fue, al contrario, para la joven postulante la ocasión de las privaciones más sensibles.

Como la soledad y el silencio se guardaban rigurosamente, solo veía a sus hermanas a la hora de los recreos. Si hubiera sido menos

mortificada, a menudo habría podido sentarse a su lado; pero «*buscaba de preferencia la compañía de las religiosas que menos le agradaban*»; así, podía decirse que no se sabía si quería más particularmente a sus hermanas.

Algún tiempo después de su entrada, la destinaron como ayudante de Sor Inés de Jesús, su tan amada «*Paulina*»: fue una nueva fuente de sacrificios. Teresa sabía que una palabra inútil está prohibida y jamás se permitió la menor confidencia. «¡Oh, mi Madrecita!, dirá más tarde, ¡cuánto sufrí entonces!... No podía abrirle mi corazón, ¡y pensaba que usted ya no me conocía!...»

Después de cinco años de este silencio heroico, Sor Inés de Jesús fue elegida Priora. En la noche de la elección, el corazón de la «*pequeña Teresa*» debió de latir de alegría al pensar que en adelante podría hablar a su «*Madrecita*» con toda libertad y, como antaño, derramar su alma en la de ella; pero el sacrificio se había vuelto el alimento de su vida; si pidió un favor, fue el de ser considerada como la última, el de tener en todas partes el último lugar. Así, de todas las religiosas, fue ella quien vio con menos frecuencia a su Madre Priora.

* * *

Quería vivir la vida del Carmelo con toda la perfección que exigía su santa Reformadora. Aunque sumida en una habitual aridez, su oración era continua. Un día, una novicia que entraba en su celda se detuvo, impresionada por la expresión toda celestial de su rostro. Cosía con actividad y, sin embargo, parecía perdida en una profunda contemplación.

«¿En qué piensa usted?», le preguntó la joven hermana. «Medito el Padrenuestro», respondió ella. «¡Es tan dulce llamar al buen Dios *nuestro Padre*!...» Y brillaban lágrimas en sus ojos.

«No veo bien qué tendré de más en el cielo que ahora», decía otra vez; «veré al buen Dios, es cierto; pero, en cuanto a estar con Él, ya lo

estoy del todo en la tierra.»

Una viva llama de amor la consumía. He aquí lo que ella misma cuenta:

«Pocos días después de mi ofrenda al *Amor misericordioso*, comenzaba en el Coro el ejercicio del Vía Crucis, cuando me sentí de pronto herida por un dardo de fuego tan ardiente que pensé morir. No sé cómo explicar este arrebató; no hay comparación que pueda hacer comprender la intensidad de esa llama. Me parecía que una fuerza invisible me sumergía entera en el fuego. ¡Oh, qué fuego! ¡Qué dulzura!»

Como la Madre Piora le preguntara si este arrebató era el primero de su vida, respondió sencillamente:

«Madre mía, he tenido varios arrebatos de amor, particularmente una vez, durante mi noviciado, en que permanecí una semana entera muy lejos de este mundo; era como si se hubiera echado para mí un velo sobre todas las cosas de la tierra. Pero no me quemaba una llama real, podía soportar esas delicias sin esperar ver romperse mis lazos bajo su peso; mientras que, el día de que hablo, un minuto, un segundo más, y mi alma se separaba del cuerpo... ¡Ay! Me encontré de nuevo sobre la tierra, y la sequedad volvió enseguida a habitar mi corazón.»

Un poco más aún, dulce víctima de amor. La mano divina ha retirado su dardo de fuego, pero la herida es mortal...

* * *

En esta íntima unión con Dios, Teresa adquirió sobre sus actos un dominio verdaderamente notable; todas las virtudes florecieron a porfía en el delicioso jardín de su alma.

Y que no se crea que esta magnífica floración de bellezas sobrenaturales creció sin ningún esfuerzo.

«No hay en la tierra fecundidad sin sufrimiento: sufrimientos físicos, angustias privadas, pruebas conocidas de Dios o de los hombres. Cuando, al leer la vida de los Santos, brotan en nosotros los pensa-

mientos piadosos, las resoluciones generosas, no debemos limitarnos, como con los libros profanos, a pagar algún tributo de admiración al genio de sus autores; sino pensar más aún en el precio con que, sin duda alguna, pagaron el bien sobrenatural que han producido en cada uno de nosotros¹.»

Y si hoy «*la pequeña santa*» obra en los corazones transformaciones maravillosas, si el bien que hace sobre la tierra es inmenso, puede creerse con toda verdad que lo ha comprado al mismo precio con que Jesús rescató nuestras almas: el sufrimiento y la cruz.

No fue el menor de sus sufrimientos la lucha valerosa que emprendió contra sí misma, negando toda satisfacción a las exigencias de su altiva y ardiente naturaleza. Desde niña había adquirido la costumbre de no excusarse ni quejarse nunca; en el Carmelo quiso ser la pequeña sirvienta de sus hermanas.

Con este espíritu de humildad, se esforzaba por obedecer a todas indistintamente.

Una tarde, durante su enfermedad, la comunidad debía reunirse en la ermita del Sagrado Corazón para cantar un cántico. Sor Teresa del Niño Jesús, ya minada por la fiebre, había ido allí penosamente; llegó agotada y tuvo que sentarse enseguida. Una religiosa le hizo señal de levantarse para cantar el cántico. Sin vacilar, la humilde niña se levantó y, a pesar de la fiebre y de la opresión, permaneció de pie hasta el final.

La enfermera le había aconsejado hacer todos los días un pequeño paseo de un cuarto de hora por el jardín. Ese consejo se volvía una orden para ella. Una tarde, una hermana, viéndola caminar con mucho trabajo, le dijo: «¡Haría usted mucho mejor en descansar, su paseo no puede serle provechoso en tales condiciones, se agota, y nada más!» «Es cierto», respondió esta niña de obediencia, «pero ¿sabe usted qué me da fuerzas?... Pues bien, *camino por un misionero*. Pienso que allá, muy lejos, alguno de ellos está quizá agotado en sus correrías apostólicas; y, para disminuir sus fatigas, ofrezco las mías al buen Dios.»

* * *

Daba a sus novicias sublimes ejemplos de desprendimiento:

Un año, para la fiesta de la Madre Priora, nuestras familias y los obreros del monasterio habían enviado grandes ramos de flores. Teresa los disponía con gusto, cuando una hermana lega le dijo en tono de disgusto: «¡Se ve bien que esos ramos tan grandes los ha dado su familia; los de la pobre gente van a quedar otra vez disimulados!» Una dulce sonrisa fue la única respuesta de la santa carmelita. Enseguida, a pesar de la poca armonía que debía resultar del cambio, puso en primera fila los ramos de los pobres.

Llena de admiración ante tan gran virtud, la hermana fue a acusarse de su imperfección a la Reverenda Madre Priora, alabando en voz alta la paciencia y la humildad de Sor Teresa del Niño Jesús.

Así, cuando la «*Pequeña Reina*» dejó la tierra de destierro por el reino de Su Esposo, esa misma hermana, llena de fe en su poder, acercó su frente a los pies helados de la virginal niña, pidiéndole perdón por su falta de antaño. En el mismo instante se sintió curada de una anemia cerebral que, desde hacía largos años, le impedía todo trabajo intelectual, incluso la lectura y la oración mental.

* * *

Lejos de huir de las humillaciones, las buscaba con empeño; así, se ofreció para ayudar a una hermana de quien se sabía que era difícil de contentar; su generosa propuesta fue aceptada. Un día en que acababa de soportar muchos reproches, una novicia le preguntó por qué tenía un aire tan feliz. ¡Cuál no fue su sorpresa al oír esta respuesta! «Es que mi hermana N. acaba de decirme cosas desagradables. ¡Oh, qué placer me ha dado! Querría ahora encontrarla para poder sonreírle.» En el mismo instante esa hermana llama a la puerta, y la novicia, maravillada, pudo ver cómo perdonan los santos.

«Yo me elevaba tanto por encima de todas las cosas», dirá más tar-

de, «que salía fortalecida de las humillaciones.»

* * *

A todas estas virtudes unía un valor extraordinario. Desde su entrada, a los quince años, salvo los ayunos, se le dejó seguir todas las prácticas de nuestra austera regla. A veces, sus compañeras del noviciado notaban su palidez e intentaban que la dispensaran, ya del Oficio de la noche, ya del levantarse temprano; la venerada Madre Priora² no accedía a sus peticiones: «Un alma de este temple, decía, no debe ser tratada como una niña, las dispensas no se han hecho para ella. Déjenla, Dios la sostiene. Por lo demás, si está enferma, debe venir ella misma a decirlo.»

Pero Teresa tenía este principio: *«hay que llegar hasta el límite de las fuerzas antes de quejarse.»* ¡Cuántas veces fue a Maitines con vértigos o violentos dolores de cabeza! «Todavía puedo caminar, se decía, pues bien, ¡debo cumplir con mi deber!» Y, gracias a esta energía, cumplía sencillamente actos heroicos.

Su delicado estómago se acomodaba con dificultad a la alimentación frugal del Carmelo; ciertos alimentos la enfermaban; pero sabía ocultarlo tan bien que nadie lo sospechó jamás. Su vecina de mesa dice haber intentado en vano adivinar cuáles eran los platos de su gusto. Así, las hermanas de la cocina, viéndola tan poco exigente, le servían invariablemente las sobras.

Solo durante su última enfermedad, cuando se le ordenó decir lo que le dolía, quedó al descubierto su mortificación.

«Cuando Jesús quiere que se sufra, decía entonces, hay que pasar absolutamente por ello. Así, mientras mi hermana María del Sagrado Corazón (su hermana María) era provisora, se esforzaba por cuidarme con la ternura de una madre, ¡y yo parecía muy mimada! Sin embargo, ¡cuántas mortificaciones me hacía pasar!, pues me servía según sus gustos, absolutamente opuestos a los míos.»

Su espíritu de sacrificio era universal. Todo lo más penoso y menos agradable, se apresuraba a tomarlo como la parte que le correspondía; todo lo que Dios le pedía, se lo daba, sin reparar en sí misma.

«Durante mi postulanteo, dice, me costaba mucho hacer ciertas mortificaciones exteriores, usuales en nuestros monasterios; pero jamás cedí a mis repugnancias: me parecía que el Crucifijo del patio del claustro me miraba con ojos suplicantes y me mendigaba esos sacrificios.»

Su vigilancia era tal que no dejaba sin observar ninguna de las recomendaciones de su Madre Priora, ninguno de esos pequeños reglamentos que hacen tan meritoria la vida religiosa. Una hermana anciana, habiendo notado su extraordinaria fidelidad en este punto, la consideró desde entonces como una santa.

Le gusta decir que no hacía grandes penitencias: es que su fervor tenía por nada las que le estaban permitidas. Sucedió, sin embargo, que cayó enferma por haber llevado demasiado tiempo una pequeña cruz de hierro cuyas puntas se le habían clavado en la carne. «Eso no me habría ocurrido por tan poca cosa, decía después, si el buen Dios no hubiera querido hacerme comprender que las maceraciones de los santos no están hechas para mí, ni para las almas pequeñas que andarán por el mismo camino de infancia.»

«*Las almas más queridas de mi Padre*, decía un día Nuestro Señor a santa Teresa, *son las que Él prueba más; y la grandeza de sus pruebas es la medida de Su amor.*» Teresa era una de esas almas más queridas de Dios; y Él iba a colmar Su amor inmolándola en un cruel martirio.

Conocemos la llamada del Viernes Santo, 3 de abril de 1896, en que, según su expresión, oyó «*como un lejano murmullo que le anunciaba la llegada del Esposo.*» Largos meses, muy dolorosos, debían transcu-

rrir aún antes de esa hora bendita de la liberación.

La mañana de ese Viernes Santo, supo hacer creer tan bien que su esputo de sangre no tendría consecuencias, que la Madre Priora le permitió cumplir todas las penitencias prescritas por la regla ese día. Por la tarde, una novicia la vio limpiando ventanas. Tenía el rostro lívido y, a pesar de su energía, parecía al límite de sus fuerzas. Al verla tan agotada, esta novicia, que la quería mucho, se deshizo en lágrimas, suplicándole que le permitiera pedir para ella algún alivio. Pero su joven maestra se lo prohibió expresamente, diciendo que bien podía sopor-
tar un ligero cansancio en el día en que Jesús tanto había sufrido por ella.

Pronto una tos persistente inquietó a la Reverenda Madre. Sometió a Sor Teresa del Niño Jesús a un régimen fortificante, y la tos desapareció por algunos meses.

«De veras, decía entonces nuestra querida hermanita, la enfermedad es una conductora demasiado lenta, *yo solo cuento con el amor.*»

Fuertemente tentada de responder al llamado del Carmelo de Hanoi, que la pedía con insistencia, comenzó una novena al venerable Teófano Vénard, con el fin de obtener su completa curación. ¡Ay! Esa novena fue el punto de partida de un estado gravísimo.

* * *

Después de haber, como Jesús, *pasado por el mundo haciendo el bien*; después de haber sido olvidada, desconocida como Él, nuestra pequeña santa iba a subir tras Él un doloroso Calvario.

Habituada a verla sufrir siempre y, sin embargo, mantenerse siempre valiente, su Madre Priora, inspirada sin duda por Dios, le permitió seguir los ejercicios de comunidad, algunos de los cuales la fatigaban en extremo.

Al llegar la noche, la heroica niña debía subir sola la escalera del dormitorio; deteniéndose en cada peldaño para recobrar aliento, vol-

vía penosamente a su celda, y llegaba allí tan agotada que a veces necesitaba (ella lo confesó más tarde) una hora para desvestirse. Y, después de tanta fatiga, era sobre su duro jergón donde debía pasar el tiempo del descanso.

Así, las noches eran muy malas; y, como se le preguntara si no necesitaba algún auxilio en esas horas de sufrimiento: «¡Oh, no!, respondió; me estimo muy dichosa, al contrario, de encontrarme en una celda bastante apartada para no ser oída por mis hermanas. Me alegra sufrir sola; en cuanto me compadecen y me colman de delicadezas, *ya no gozo.*»

¡Santa niña!... ¡Qué dominio habías adquirido, pues, sobre ti misma para poder decir con toda verdad esas sublimes palabras!... Así, lo que a nosotros nos causa tanto disgusto, el olvido de las criaturas, ¡se volvía tu gozo!..... ¡Ah, cómo sabía bien tu divino Esposo reservarte esa amarga delicia que te era tan dulce!

Con frecuencia le aplicaban puntas de fuego en el costado. Un día en que había sufrido por ello de modo particular, descansaba en su celda durante el recreo. Oyó entonces en la cocina a una hermana hablar de ella en estos términos: «Mi hermana Teresa del Niño Jesús va a morir pronto; y me pregunto de veras qué podrá decir nuestra Madre de ella después de su muerte. Quedará muy en apuros, pues esta hermanita, por amable que sea, no ha hecho por cierto nada que valga la pena de ser contado.»

La enfermera, que lo había oído todo, le dijo:

«Si usted se hubiera apoyado en la opinión de las criaturas, estaría hoy muy desilusionada.»

«¡La opinión de las criaturas! ¡Ah! Por fortuna el buen Dios me ha concedido siempre la gracia de serle absolutamente indiferente. Escuche una pequeña historia que acabó de mostrarme lo que vale:

“Pocos días después de mi toma de hábito, fui a ver a nuestra Madre. Una hermana del velo blanco que se hallaba allí dijo al verme: ‘¡Madre, ha recibido usted una novicia que le hace honor! ¡Qué buen

aspecto tiene! ¡Espero que seguirá la regla mucho tiempo!’ Yo estaba muy contenta con el cumplido, cuando otra hermana del velo blanco, llegando a su vez, dijo: ‘Pero, mi pobre hermanita Teresa del Niño Jesús, ¡qué aire cansado tiene usted! Tiene una cara que hace temblar; si esto continúa, ¡no seguirá mucho tiempo la regla!...’ Yo no tenía, sin embargo, más que dieciséis años; pero esta pequeña anécdota me dio una experiencia tal, que desde entonces no tuve en nada la opinión tan variable de las criaturas.”»

«¿Dicen que usted nunca ha sufrido mucho?»

Sonriendo entonces, y mostrando un vaso que contenía una poción de un rojo brillante:

«¿Ve usted este vasito?, dijo. Se lo creería lleno de un licor delicioso; en realidad, no tomo nada más amargo. Pues bien, es la imagen de mi vida: a los ojos de los demás, siempre ha vestido los colores más risueños; les ha parecido que yo bebía un licor exquisito; ¡y era amargura! Digo amargura, y sin embargo mi vida no ha sido amarga, porque he sabido hacer de toda amargura mi gozo y mi dulzura.»

«¿Sufre usted mucho en este momento, no es cierto?»

«Sí, ¡pero lo he deseado tanto!»

«¡Cuánta pena nos da verla sufrir tanto, y pensar que quizá sufra todavía más!», le decían sus novicias.

«¡Oh, no se aflijan por mí! *He llegado a no poder ya sufrir, porque todo sufrimiento me es dulce.* Además, hacen muy mal en pensar en lo que pueda suceder de doloroso en el futuro, ¡es como meterse a crear! Nosotras, que corremos por el camino del amor, nunca debemos atormentarnos por nada. Si no sufriera de minuto en minuto, me sería imposible conservar la paciencia; pero solo veo el momento presente, olvido el pasado y me guardo bien de mirar el futuro. Si uno se desalienta, si a veces desespera, es porque piensa en el pasado y en el futuro. Sin embargo, recen por mí: a menudo, cuando suplico al Cielo que venga en mi auxilio, ¡es entonces cuando me siento más abandonada!»

«¿Cómo hace usted para no desalentarse en esos abandonos?»

«Me vuelvo hacia el buen Dios, hacia todos los santos, y les doy gracias de todos modos; *creo que quieren ver hasta dónde llevaré mi esperanza...* Pero no en vano la palabra de Job entró en mi corazón: “Aunque Dios me matara, aún esperaré en Él³”. Lo confieso, tardé mucho en establecerme en este grado de abandono; ahora estoy en él, *¡el Señor me ha tomado y me ha puesto allí!*»

«Mi corazón está lleno de la voluntad de Jesús, decía aún; así, cuando se vierte algo encima, no penetra hasta el fondo; es una nada que resbala fácilmente, como el aceite sobre la superficie de un agua limpia. ¡Ah! Si mi alma no estuviera llena de antemano, si tuviera que estarlo por los sentimientos de alegría o de tristeza que se suceden tan deprisa, ¡sería un oleaje de dolor muy amargo! Pero esas alternancias no hacen más que rozar mi alma; así permanezco siempre en una paz profunda que nada puede turbar.»

Sin embargo, su alma estaba envuelta en espesas tinieblas: sus tentaciones contra la fe, siempre vencidas y siempre renacientes, estaban ahí para quitarle todo sentimiento de felicidad ante el pensamiento de su muerte próxima.

«Si no tuviera la prueba que es imposible comprender, decía, creo que moriría de alegría al pensar en dejar pronto esta tierra.»

El divino Maestro quería, con esta prueba, acabar de purificarla y permitirle no ya solo caminar a pasos rápidos, sino volar por su *caminito de confianza y de abandono*. Sus palabras lo prueban a cada instante:

«No deseo más morir que vivir; si el Señor me ofreciera elegir, no elegiría nada; no quiero sino lo que Él quiere; *¡es lo que Él hace lo que yo amo!*

«No tengo ningún miedo de los últimos combates, ni de los sufrimientos de la enfermedad, por grandes que sean. El buen Dios siempre me ha socorrido: me ha ayudado y conducido de la mano desde mi más tierna infancia... cuento con Él. El sufrimiento podrá llegar a los límites extremos, pero estoy segura de que no me abandonará jamás.»

Tal confianza debía excitar la furia del demonio que, en los últimos momentos, pone en juego todas sus astucias infernales para tratar de sembrar la desesperación en los corazones.

«Anoche, decía a la Madre Inés de Jesús, me asaltó una verdadera angustia y mis tinieblas aumentaron. No sé qué voz maldita me decía: “¿Estás segura de ser amada por Dios? ¿Ha venido Él a decírtelo? No es la opinión de algunas criaturas lo que te justificará ante Él.”

«Hacía mucho que sufría con estos pensamientos cuando vinieron a traerme su billete verdaderamente providencial. Usted me recordaba, Madre mía, todos los privilegios de Jesús sobre mi alma; y, como si mi angustia le hubiera sido revelada, me decía que yo era grandemente querida de Dios, y que estaba en vísperas de recibir de Su mano la corona eterna. Ya la calma y la alegría renacían en mi corazón. Sin embargo, me dije aún: “Es el afecto de mi Madrecita por mí lo que le hace escribir esas palabras.” Inmediatamente sentí entonces la inspiración de tomar el santo Evangelio y, abriéndolo al azar, mis ojos cayeron sobre este pasaje que nunca había advertido: *“Aquel a quien Dios ha enviado dice las mismas cosas que Dios, porque no le ha comunicado Su Espíritu con medida.”*⁴

«Me dormí después del todo consolada. Es usted, Madre mía, a quien el buen Dios ha enviado para mí, y debo creerle, puesto que usted dice las mismas cosas que Dios.»

En el transcurso del mes de agosto, permaneció varios días como fuera de sí, conjurándonos a hacer rezar por ella. Nunca la habíamos visto así. En ese estado de angustia inexpresable, la oíamos repetir:

«¡Oh, cuánto hay que rezar por los agonizantes! ¡Si se supiera!»

Una noche, suplicó a la enfermera que echara agua bendita sobre su cama diciendo:

«El demonio está a mi alrededor; no lo veo, pero lo siento... me atormenta, me sujeta como con una mano de hierro para impedirme tomar el más leve alivio; aumenta mis males para que me desespere... ¡Y no puedo rezar! Solo puedo mirar a la Santísima Virgen y decir: ¡Jesús! ¡Cuán necesaria es la oración de Completas: “*Procul recedant somnia, et noctium phantasmata!* Líbranos de los fantasmas de la noche.”

«Experimento algo misterioso, no sufro por mí, sino por otra alma..... y el demonio no quiere.»

La enfermera, vivamente impresionada, encendió un cirio bendito y el espíritu de tinieblas huyó para no volver. Sin embargo, nuestra hermanita permaneció hasta el fin en dolorosas angustias.

Un día, mientras miraba el cielo, le hicieron esta reflexión:

«Pronto habitará usted más allá del cielo azul; ¡por eso lo contempla con tanto amor!»

Se contentó con sonreír y dijo luego a la Madre Priora:

«¡Madre mía, nuestras hermanas no saben mi sufrimiento! Al mirar el firmamento azul, yo solo pensaba en encontrar hermoso este cielo material; *el otro se me cierra cada vez más...* Primero me afligió la reflexión que me hicieron, luego una voz interior me respondió: “*Sí, mirabas el cielo por amor. Puesto que tu alma está enteramente entregada al amor, todas tus acciones, aun las más indiferentes, llevan este sello divino.*” Al instante quedé consolada.»

A pesar de las tinieblas que la envolvían por entero, de tiempo en tiempo el divino Carcelero entreabría la puerta de su oscura prisión; era entonces un arrebató de abandono, de confianza y de amor.

Paseando un día por el jardín, sostenida por una de sus hermanas, se detuvo ante el encantador cuadro de una pequeña gallina blanca que tenía cobijada bajo sus alas a su graciosa familia. Pronto sus ojos se llenaron de lágrimas y, volviéndose hacia su querida guía, le dijo: «No puedo quedarme más, entremos pronto...»

Y, en su celda, lloró largo rato sin poder articular una sola palabra. Por fin, mirando a su hermana con una expresión toda celestial, añá-

dió:

«Pensaba en Nuestro Señor, en la amable comparación que Él tomó para hacernos creer en Su ternura. Toda mi vida, eso es lo que ha hecho por mí: *¡me ha ocultado enteramente bajo Sus alas!* No puedo expresar lo que pasó en mi corazón. ¡Ah! El buen Dios hace bien en velarse a mis miradas, en mostrarme raramente y como “*a través de los barrotes*”⁵ los efectos de Su misericordia; siento que no podría soportar su dulzura.»

* * *

No podíamos resignarnos a perder este tesoro de virtudes y, el 5 de junio de 1897, comenzamos una fervorosa novena a Nuestra Señora de las Victorias, esperando que una vez más levantaría por un milagro la *floreilla* de su amor. Pero nos dio la misma respuesta que el venerable mártir Teófilo, y tuvimos que aceptar generosamente la amarga perspectiva de una próxima separación.

A comienzos de julio, su estado se agravó mucho y, por fin, la bajaron a la enfermería.

Viendo su celda vacía, y sabiendo que nunca volvería a subir a ella, la Madre Inés de Jesús le dijo:

«Cuando ya no esté con nosotras, ¡qué pena tendré al mirar esta celda!»

«Para consolarla, Madrecita, piense que soy muy feliz allá arriba, y que una gran parte de mi felicidad la adquiriré en esta pequeña celda; pues», añadió levantando hacia el cielo su hermosa mirada profunda, *«he sufrido mucho en ella; habría sido feliz de morir aquí.»*

* * *

Al entrar en la enfermería, la mirada de Teresa se volvió primero hacia la Virgen milagrosa que habíamos instalado allí. Sería imposible traducir la expresión de esa mirada. «¿Qué ve usted?», le dijo su her-

mana María (la misma que, en su infancia, fue testigo de su éxtasis y le sirvió también de madre). Ella respondió:

«¡Jamás me ha parecido tan hermosa!... pero hoy es la estatua; *antes, bien sabe usted que no era la estatua...*»

Con frecuencia, después, la angélica niña fue consolada de la misma manera. Una noche exclamó:

«¡Cuánto la amo, a la Virgen María! ¡Si hubiera sido sacerdote, qué bien habría hablado de ella! La muestran inabordable, habría que mostrarla imitable. *¡Es más madre que reina!* He oído decir que su resplandor eclipsa a todos los santos, como el sol al salir hace desaparecer las estrellas. ¡Dios mío, qué extraño es eso! ¡Una madre que hace desaparecer la gloria de sus hijos! Yo pienso todo lo contrario; creo que aumentará mucho el esplendor de los elegidos... ¡La Virgen María! ¡Qué sencilla me parece que era su vida!»

Y, continuando su discurso, nos hizo una pintura tan suave, tan deliciosa del interior de la Sagrada Familia, que quedamos admiradas.

* * *

Una prueba muy sensible la aguardaba. Desde el 16 de agosto hasta el 30 de septiembre, día bienaventurado de su comunión eterna, a causa de los vómitos que se producían sin cesar, ya no le fue posible recibir la santa Eucaristía. ¡El Pan de los Ángeles! ¿Quién lo había amado más que este serafín de la tierra? ¡Cuántas veces, aun en pleno invierno de este último año, después de sus noches de crueles sufrimientos, la valerosa niña se levantó desde la mañana para acudir a la Mesa santa! Nunca creía comprar demasiado caro la dicha de unirse a su Dios.

Antes de verse privada de este alimento celestial, Nuestro Señor la visitó a menudo en su lecho de dolor. La comunión del 16 de julio, fiesta de Nuestra Señora del Monte Carmelo, fue particularmente conmovedora. Durante la noche, compuso la siguiente estrofa, que debía cantarse antes de la comunión:

Tú que conoces mi pequeñez extrema,
¡no temes abajarte hasta mí!
Ven a mi corazón, oh Sacramento que amo;
ven a mi corazón... suspira por Ti.
Quiero, Señor, que Tu bondad me deje
morir de amor tras este favor;
¡Jesús!, oye el grito de mi ternura,
ven a mi corazón.

Por la mañana, al paso del Santísimo Sacramento, el pavimento de nuestros claustros desaparecía bajo las flores del campo y las rosas deshojadas. Un joven sacerdote, que debía celebrar ese mismo día su primera Misa en nuestra capilla, llevó el santo Viático a nuestra dulce enferma. Y Sor María de la Eucaristía, cuya voz melodiosa tenía vibraciones celestiales, cantó, según su deseo:

Morir de amor es un martirio muy dulce,
y es el que quisiera sufrir.
¡Oh Querubines! Afinen su lira,
pues, lo siento, mi destierro va a acabar...

* * *

Divino Jesús, realiza mi sueño:
¡morir de amor!

Algunos días después, la pequeña víctima de Jesús se sintió peor; y, el 30 de julio, recibió la Extremaunción. Toda radiante decía entonces:

«La puerta de mi sombría prisión está entreabierta, estoy en la alegría, sobre todo desde que nuestro Padre Superior me aseguró que mi alma se parece hoy a la de un niño pequeño después del bautismo.»

Sin duda, pensaba volar muy pronto en medio de la blanca falange de los Santos Inocentes. No sabía que dos meses de martirio la separaban todavía de su liberación.

Un día, dijo a la Madre Priora:

«Madre mía, se lo ruego, deme permiso para morir... Permítame ofrecer mi vida por tal intención...»

Y, como se le negaba ese permiso:

«Pues bien», replicó, «sé que en este momento el buen Dios desea tanto *un pequeño racimo de uvas*, que nadie quiere ofrecerle, que va a verse obligado a *venir a robarlo*... No pido nada, sería salir de mi camino de abandono, solo ruego a la Virgen María que recuerde a su Jesús el título de *Ladrón* que Él mismo se dio en el santo Evangelio, a fin de que no olvide venir a *robarme*.»

Un día le trajeron un haz de espigas de trigo. Tomó una tan cargada de granos que se inclinaba sobre su tallo, y la contempló largo rato... luego dijo a la Madre Priora:

«Madre mía, esta espiga es la imagen de mi alma: *¡el buen Dios me ha cargado de gracias para mí y para muchos otros!.... ¡Ah! Quiero inclinarme siempre bajo la abundancia de los dones celestiales, reconociendo que todo viene de lo alto.*»

No se equivocaba: sí, su alma estaba cargada de gracias... ¡y qué fácil parecía distinguir al Espíritu de Dios alabándose a Sí mismo por esa boca inocente!

¿No había hecho ya este Espíritu de verdad escribir a la gran Teresa de Ávila:

«Con una humilde y santa presunción, que las almas llegadas a la unión divina se tengan en alta estima, que tengan sin cesar ante los ojos el recuerdo de los beneficios recibidos y se guarden bien de creer hacer acto de humildad no reconociendo las gracias de Dios. ¿No es claro que un recuerdo fiel de los beneficios aumenta el amor hacia el bienhechor? ¿Cómo podrá el que ignora las riquezas de que es poseedor hacer partícipes de ellas a otros y distribuirlas con liberalidad?»

No es esta la única vez que *la pequeña Teresa de Lisieux* pronunció palabras verdaderamente inspiradas.

En el mes de abril de 1895, cuando gozaba de muy buena salud, hizo esta confidencia a una religiosa anciana y digna de fe:

«Moriré pronto; no le digo que sea dentro de algunos meses; *pero sí dentro de 2 o 3 años a lo más: lo siento por lo que pasa en mi alma.*»

Las novicias le manifestaban su sorpresa al verla adivinar sus pensamientos más íntimos:

«Este es mi secreto», les dijo; «nunca les hago observaciones sin invocar a la Santísima Virgen, le pido que me inspire lo que más bien les pueda hacer; y yo misma me asombro a menudo de las cosas que les enseño. Siento simplemente, al decírselas, que no me equivoco y que Jesús les habla por mi boca.»

Durante su enfermedad, una de sus hermanas acababa de tener un momento de penosa angustia, casi de desaliento, ante el pensamiento de una inevitable y próxima separación. Entrando enseguida en la enfermería, sin dejar traslucir nada de su pena, se sorprendió mucho al oír a nuestra santa enferma decirle en tono serio y triste: «¡No habría que llorar como los que no tienen esperanza!»

Una de nuestras Madres, habiendo venido a visitarla, le prestaba un pequeño servicio. «¡Qué feliz sería yo, pensaba, si este ángel me dijera: “¡En el Cielo se lo devolveré!”» En el mismo instante, Sor Teresa del Niño Jesús, volviéndose hacia ella, le dijo: «Madre mía, *¡en el Cielo se lo devolveré!*»

Pero lo más sorprendente es que parecía tener conciencia de la misión para la cual el Señor la había enviado aquí abajo. El velo del porvenir parecía haber caído ante ella; y, más de una vez, nos reveló sus secretos en profecías ya cumplidas:

«*Nunca he dado al buen Dios sino amor, decía, Él me devolverá amor.* DESPUÉS DE MI MUERTE, HARÉ CAER UNA LLUVIA DE ROSAS.»

Una Hermana le hablaba de la bienaventuranza del cielo. Ella la interrumpió, diciendo: «No es eso lo que me atrae...»

«¿Qué es entonces?»

«¡Oh! ¡Es el AMOR! Amar, ser amada, y *volver a la tierra para hacer amar al AMOR.*»

Una noche, recibió a la Madre Inés de Jesús con una expresión muy particular de serena alegría:

«Madre mía, unas notas de un concierto lejano acaban de llegar hasta mí, y he pensado que pronto oiré melodías incomparables; pero esta esperanza no pudo alegrarme más que un instante; una sola espera hace latir mi corazón: *¡es el amor que recibiré y el que podré dar!*

«*Siento que mi misión va a comenzar, mi misión de hacer amar al buen Dios como yo Lo amo... de dar mi caminito a las almas. QUIERO PASAR MI CIELO HACIENDO EL BIEN SOBRE LA TIERRA. No es imposible, pues en el seno mismo de la visión beatífica, los ángeles velan por nosotros. ¡No, no podré tomar ningún descanso hasta el fin del mundo! Pero cuando el ángel haya dicho: “¡Ya no habrá más tiempo!⁶” entonces descansaré, podré gozar, porque el número de los elegidos estará completo.*»

«¿Qué caminito quiere usted, pues, enseñar a las almas?»

«Madre mía, *es el camino de la infancia espiritual, es el camino de la confianza y del total abandono.* Quiero indicarles los pequeños medios que tan perfectamente me han resultado; decirles que no hay más que una sola cosa que hacer aquí abajo: *arrojar a Jesús las flores de los pequeños sacrificios, ¡ganarlo con caricias! ¡Así es como Lo gané yo, y por eso seré tan bien recibida!*»

«Si la induzco a error con mi caminito de amor», decía a una novicia, «no tema que se lo deje seguir mucho tiempo. Pronto me aparecería a usted para decirle que tome otro camino; pero, si no vuelvo, crea en la verdad de mis palabras: *¡nunca se tiene demasiada confianza en el buen Dios, tan poderoso y tan misericordioso! ¡Se obtiene de Él tanto como se espera!...*»

La víspera de la fiesta de Nuestra Señora del Monte Carmelo una novicia le dijo:

«Si usted muriera mañana, después de la comunión, sería una muer-

te tan hermosa que me consolaría de toda mi pena, me parece.»

Y Teresa respondió vivamente:

«¡Morir después de la comunión! ¡Un día de gran fiesta! No, no será así: *las almas pequeñas no podrían imitar eso*. En mi caminito solo hay cosas muy ordinarias; *es preciso que todo lo que yo hago, las almas pequeñas puedan hacerlo*.»

Escribía también a uno de sus hermanos misioneros:

«Lo que me atrae hacia la Patria de los cielos es el llamado del Señor, es la esperanza de amarlo por fin como lo he deseado tanto, y el pensamiento de que podré hacerlo amar *a una multitud de almas* que Lo bendecirán eternamente.»

Y otra vez:

«Cuento con no quedarme inactiva en el Cielo, mi deseo es trabajar todavía por la Iglesia y por las almas; se lo pido a Dios y estoy segura de que Él me escuchará. Ve usted que, si ya dejo el campo de batalla, no es con el deseo egoísta de descansar. Desde hace mucho el sufrimiento se ha vuelto mi cielo aquí abajo; y me cuesta concebir cómo me será posible aclimatarme en un país donde la alegría reina sin mezcla alguna de tristeza. Será preciso que Jesús transforme del todo mi alma, de otro modo no podría soportar las delicias eternas.»

* * *

Sí, el sufrimiento se había vuelto su cielo sobre la tierra; le sonreía, como nosotros sonreímos a la dicha.

«Cuando sufro mucho», decía, «cuando me ocurren cosas penosas, desagradables, en lugar de poner cara triste, respondo con una sonrisa. Al principio no siempre lo lograba; pero ahora es un hábito que estoy muy feliz de haber contraído.»

Una de nuestras hermanas dudaba de su paciencia. Un día, al visitarla, vio en su rostro una expresión de alegría celestial y quiso saber la causa.

«Es porque siento un dolor muy vivo», respondió Teresa; «siempre me he esforzado por amar el sufrimiento y por hacerle buena acogida.»

«¿Por qué está usted tan alegre esta mañana?», le preguntaba la Madre Inés de Jesús.

«Es porque he tenido dos penitas; nada me da tantas *alegrías pequeñas* como las *penas pequeñas*.»

Y otra vez:

«¿Ha tenido muchas pruebas hoy?»

«Sí, pero... ¡puesto que las amo!... Amo todo lo que el buen Dios me da.»

«¿Es espantoso lo que usted sufre?»

«No, no es espantoso; ¿podría una pequeña víctima de amor encontrar espantoso lo que su Esposo le envía? Él me da a cada instante lo que puedo soportar; no más; y si, el momento siguiente, aumenta mi sufrimiento, aumenta también mi fuerza.

«Sin embargo, jamás podría pedirle sufrimientos más grandes, *pues soy demasiado pequeña*; se volverían entonces sufrimientos míos, tendría que soportarlos yo sola; *y nunca he podido hacer nada sola*.»

* * *

Así hablaba en su lecho de muerte esta virgen sabia y prudente cuya lámpara, siempre llena del aceite de las virtudes, brilló hasta el fin.

Si el Espíritu Santo nos dice en el libro de los Proverbios: «*La doctrina de un hombre se prueba por su paciencia*»⁷, quienes la oyeron pueden creer en su doctrina, ahora que la ha probado con una paciencia invencible.

* * *

En cada visita, el médico nos manifestaba su admiración: «¡Ah! Si supieran lo que soporta. Nunca he visto sufrir tanto con esa expresión de

alegría sobrenatural. ¡Es un ángel!» Y como le expresábamos nuestra pena al pensar en perder un tesoro semejante: «No podré curarla, es un alma que no está hecha para la tierra.»

Viendo su extrema debilidad, ordenaba pociones fortificantes. Teresa se entristeció al principio, a causa de su precio elevado; luego nos dijo:

«Ahora ya no me aflijo de tomar remedios caros, pues he leído que santa Gertrudis se alegraba de ello pensando que todo sería en provecho de nuestros bienhechores, ya que Nuestro Señor dijo: *“Lo que hagan al más pequeño de los míos, a Mí mismo se lo harán.”*⁸

«Estoy convencida de la inutilidad de los medicamentos para curarme», añadía; «pero me he arreglado con el buen Dios para que Él haga que se beneficien de ellos pobres misioneros que no tienen ni el tiempo ni los medios de cuidarse.»

* * *

Conmovido por las atenciones de su pequeña esposa, el Señor, que nunca se deja vencer en generosidad, la rodeaba también de Sus divinas delicadezas: unas veces eran ramos floridos enviados por su familia, otras un pequeño petirrojo que venía a saltar sobre su lecho, mirándola con aire de conocida y haciéndole mil monerías.

«Madre mía», decía entonces nuestra niña, «estoy profundamente conmovida por las delicadezas del buen Dios hacia mí; por fuera, estoy colmada de ellas... ¡y sin embargo permanezco en las más negras tinieblas!... Sufro mucho... ¡sí, mucho! pero con todo eso, *estoy en una paz asombrosa*: todos mis deseos se han cumplido... estoy llena de confianza.»

* * *

Algún tiempo después, contaba este rasgo conmovedor:

«Una noche, a la hora del gran silencio, la enfermera vino a poner-

me a los pies una botella de agua caliente y tintura de yodo en el pecho.

«Estaba consumida por la fiebre, una sed ardiente me devoraba. Al someterme a esos remedios, no pude evitar quejarme a Nuestro Señor: “Jesús mío”, Le dije, “Tú eres testigo, ¡ardo y todavía me traen calor y fuego! ¡Ah! Si yo tuviera, en lugar de todo eso, medio vaso de agua, ¡cuánto más aliviada estaría!... ¡Jesús mío! *¡Tu pequeña hija tiene mucha sed!* Pero es feliz de todos modos de encontrar la ocasión de carecer de lo necesario, para parecerse más a Ti y para salvar almas.”

«Pronto me dejó la enfermera, y yo no contaba con volver a verla hasta la mañana siguiente, cuando, para mi gran sorpresa, volvió unos minutos después, trayendo una bebida refrescante: “Acabo de pensar ahora mismo que usted podría tener sed”, me dijo; “en adelante tomaré la costumbre de ofrecerle este alivio todas las noches.” La miré, atónita, y, cuando estuve sola, rompí a llorar. ¡Oh, qué bueno es nuestro Jesús! ¡Qué dulce y tierno es! ¡Qué fácil de conmovér es Su corazón!»

* * *

Una de las delicadezas del Corazón de Jesús que causaron más alegría a su pequeña esposa fue la del 6 de septiembre, día en que, por un hecho enteramente providencial, recibimos una reliquia del venerable Teófano Vénard. Varias veces ya había expresado el deseo de poseer algo que hubiera pertenecido a su bienaventurado amigo; pero, viendo que no se le daba curso, ya no hablaba de ello. Así, su emoción fue grande cuando la Madre Priora le entregó el precioso objeto; lo cubrió de besos y no quiso separarse más de él.

¿Por qué apreciaba tanto, pues, al angélico misionero? Se lo confió a sus hermanas queridas en una conversación conmovedora:

«Teófano Vénard es *un santo pequeño*, su vida es del todo ordinaria. Amaba mucho a la Virgen Inmaculada, amaba mucho a su familia.»

Recalcando entonces estas últimas palabras:

«¡Yo también amo mucho a mi familia! ¡No comprendo a los santos que no aman a su familia!... Como recuerdo de despedida, les he copiado ciertos pasajes de las últimas cartas que él escribió a sus padres; son mis pensamientos, mi alma se parece a la suya.»

Transcribimos aquí esa carta que se creería salida de la pluma y del corazón de nuestro ángel:

«No encuentro nada en la tierra que me haga dichosa; mi corazón es demasiado grande, nada de lo que se llama felicidad en este mundo puede satisfacerlo. Mi pensamiento vuela hacia la eternidad, ¡el tiempo va a acabar! Mi corazón está apacible como un lago tranquilo o un cielo sereno; no echo de menos la vida de este mundo: tengo sed de las aguas de la vida eterna...

«Un poco más y mi alma dejará la tierra, terminará su destierro, concluirá su combate. ¡Subo al cielo! Voy a entrar en esa morada de los elegidos, a ver bellezas que el ojo del hombre jamás ha visto, a oír armonías que el oído jamás ha oído, a gozar de alegrías que el corazón jamás ha gustado... ¡Heme aquí llegada a esta hora que cada una de nosotras ha deseado tanto! Es bien verdad que el Señor escoge *a los pequeños* para confundir a los grandes de este mundo. No me apoyo en mis propias fuerzas, sino en la fuerza de Aquel que, en la cruz, venció a las potencias del infierno.

«Soy una flor primaveral que el Dueño del jardín corta para Su placer. Todas somos flores plantadas en esta tierra y que Dios corta a Su tiempo: un poco antes, un poco después... ¡Yo, pequeña efímera, me voy la primera! Un día nos reencontraremos en el paraíso y gozaremos de la verdadera felicidad.»

SOR TERESA DEL NIÑO JESÚS, tomando las palabras del angélico mártir Teófilo Vénard.

Hacia fines de septiembre, como se le refiriera algo de lo que se había dicho en el recreo acerca de la responsabilidad de quienes tienen cargo de almas, se reanimó un instante y pronunció estas hermosas palabras:

«“Los pequeños serán juzgados con extrema dulzura⁹”. Es posible permanecer pequeño, aun en los cargos más temibles; ¿y no está escrito que al final “*el Señor se levantará para salvar a todos los mansos y humildes de la tierra*¹⁰”? ¡No dice juzgar, sino salvar!¹¹»

Sin embargo, la ola del dolor subía cada vez más. La debilidad llegó a ser tan excesiva que, pronto, la santa pequeña enferma quedó reducida a no poder hacer, sin ayuda, el más leve movimiento. Oír hablar cerca de ella, aun en voz baja, se le volvía un penoso sufrimiento; la fiebre y la opresión no le permitían articular una sola palabra sin sentir la más extrema fatiga. En ese estado, sin embargo, la sonrisa no abandonó sus labios. ¿Pasaba una nube por su frente? Era el temor de dar a nuestras hermanas un aumento de pena. Hasta la antevíspera de su muerte quiso estar sola por la noche. Sin embargo, su enfermera se levantaba varias veces, a pesar de sus instancias. En una de sus visitas, la encontró con las manos juntas y los ojos alzados al cielo.

«¿Qué hace usted así?», le preguntó; «habría que intentar dormir.»

«No puedo, hermana, ¡sufro demasiado! Entonces rezo.....»

«¿Y qué le dice a Jesús?»

«No Le digo nada, ¡Lo amo!»

* * *

«¡Oh, *qué bueno es el buen Dios!*...», exclamaba a veces. «Sí, tiene que ser muy bueno para darme la fuerza de soportar todo lo que sufro.»

Un día dijo a su Madre Priora:

«Madre mía, quisiera confiarle el estado de mi alma; pero no puedo, estoy demasiado emocionada en este momento.»

Y, por la tarde, le entregó estas líneas, trazadas a lápiz con mano temblorosa:

«¡Oh, Dios mío, qué bueno eres con la pequeña víctima de Tu amor misericordioso! Ahora mismo que unes el sufrimiento exterior a las pruebas de mi alma, no puedo decir: “*Me han cercado las angustias de*

la muerte.”¹² Sino que exclamo, en mi gratitud: “*He bajado al valle de las sombras de la muerte, sin embargo, no temo ningún mal, porque Tú estás conmigo, Señor.*”¹³»

«Algunas creen que usted tiene miedo de la muerte», le dijo su *Madrecita*.

«Bien podría suceder, nunca me apoyo en mis propios pensamientos, sé cuán débil soy; pero quiero gozar del sentimiento que el buen Dios me da ahora; siempre habrá tiempo de sufrir por lo contrario.

«El señor Capellán me dijo: “¿Está usted resignada a morir?” Le respondí: “¡Ah! Padre, encuentro que solo hay necesidad de resignación para vivir..... para morir, lo que siento es alegría.”

«No se aflija, Madre mía, si sufro mucho y si no manifiesto ninguna señal de felicidad en el último momento. ¿No murió Nuestro Señor Víctima de amor? Y vea cuál fue Su agonía...»

* * *

¡Por fin se levantó la aurora del día eterno! Era el jueves 30 de septiembre. Por la mañana, nuestra dulce víctima, hablando de su última noche de destierro, miró la estatua de María diciendo:

«¡Oh! ¡Le he rezado con un fervor!... pero es la agonía pura, sin ninguna mezcla de consuelo...

«Me falta el aire de la tierra, ¿cuándo tendré el aire del Cielo?»

A las dos y media, se incorporó en su lecho, lo que no había podido hacer desde hacía varias semanas, y exclamó:

«¡Madre mía, el cáliz está lleno hasta el borde! No, nunca habría creído que fuera posible sufrir tanto... No puedo explicármelo sino por mi deseo extremo de salvar almas...»

Y algún tiempo después:

«Todo lo que he escrito sobre mis deseos de sufrimiento, ¡oh!, ¡es muy verdad! *No me arrepiento de haberme entregado al amor.*»

Repitió varias veces estas últimas palabras.

Y un poco más tarde:

«Madre mía, prepáreme para morir bien.»

Su venerada Priora la animó con estas palabras:

«Hija mía, usted está del todo lista para comparecer ante Dios, porque siempre ha comprendido la virtud de la humildad.»

Ella se dio entonces este hermoso testimonio:

«Sí, lo siento, mi alma nunca buscó sino la verdad... ¡sí, he comprendido la humildad del corazón!»

A las cuatro y media, se manifestaron los síntomas de la última agonía. Apenas nuestra angélica moribunda vio entrar a la comunidad, le dio las gracias con la más graciosa sonrisa; luego, toda entera al amor y al sufrimiento, teniendo el crucifijo en sus manos desfallecientes, emprendió el combate supremo. Un sudor abundante cubría su rostro; temblaba... Pero, como en el seno de una furiosa tempestad el piloto, a un paso del puerto, no pierde el ánimo, así esta alma de fe, divisando muy cerca el faro luminoso de la orilla eterna, daba valerosamente los últimos golpes de remo para alcanzar el puerto.

Cuando la campana del monasterio tañó el Ángelus de la tarde, fijó en la Estrella del mar, la Virgen inmaculada, una mirada inexpresable. ¿No era el momento de cantar:

Tú, que viniste a sonreírme en la mañana de mi vida,
ven a sonreírme otra vez, Madre, ¡ya es la tarde!

A las siete y unos minutos, nuestra pobre pequeña mártir, volviéndose hacia su Madre Priora, le dijo:

«Madre mía, ¿no es la agonía?... ¿No voy a morir?...»

«Sí, hija mía, es la agonía, pero Jesús quizá quiere prolongarla algunas horas.»

Entonces, con voz dulce y quejumbrosa:

«Pues bien... vamos... vamos... ¡oh! ¡No querría sufrir menos!»

Luego, mirando su crucifijo:

«¡OH!... ¡LO AMO!... ¡DIOS MÍO, YO... TE... AMO!!!»

* * *

Estas fueron sus últimas palabras. Apenas acababa de pronunciarlas cuando, para nuestra gran sorpresa, se desplomó de pronto, con la cabeza inclinada a la derecha, en la actitud de esas vírgenes mártires que se ofrecen por sí mismas al filo de la espada; o más bien, como una víctima de amor, aguardando del divino Arquero la flecha abrasada de la que quiere morir...

De pronto se incorpora, como llamada por una voz misteriosa, abre los ojos y los fija, brillantes de paz celestial y de una dicha indecible, un poco por encima de la imagen de María.

Esta mirada se prolongó el espacio de un *Credo*, y su alma bienaventurada, hecha presa del *Águila divina*, voló a los cielos....

* * *

Este ángel nos había dicho algunos días antes de dejar este mundo: «*La muerte de amor que deseo es la de Jesús en la cruz.*» Su deseo fue plenamente escuchado: las tinieblas y la angustia acompañaron su agonía. Sin embargo, ¿no podemos aplicarle también la profecía sublime de san Juan de la Cruz acerca de las almas consumadas en la divina caridad?

«*Mueren en transportes admirables y asaltos deliciosos que les da el amor, como el cisne cuyo canto es más melodioso cuando está a punto de morir.* Eso es lo que hacía decir a David que “*la muerte de los justos es preciosa ante Dios*”: pues es entonces cuando los ríos del amor se escapan del alma, y se van a perder en el océano del amor divino.»

* * *

Apenas nuestra blanca paloma emprendió el vuelo, la alegría del último instante se imprimió en su frente; una sonrisa inefable animaba su

rostro. Le pusimos una palma en la mano; y los lirios y las rosas rodearon los despojos virginales de aquella que llevaba al cielo la túnica blanca de su bautismo, enrojecida con la sangre de su martirio de amor. El sábado y el domingo, una numerosa y recogida muchedumbre no cesó de afluir ante la reja del coro, contemplando en la majestad de la muerte a *«la pequeña reina»*, siempre graciosa, y haciéndole tocar por centenares rosarios, medallas y hasta joyas.

El 4 de octubre, día de la inhumación, la vimos rodeada de una hermosa corona de sacerdotes; ese honor le era debido: ¡había rezado tanto por las almas sacerdotales! Por fin, tras haber sido solemnemente bendecido, este precioso grano de trigo fue arrojado al surco por las manos maternas de la santa Iglesia...

¿Y quién dirá ahora de cuántas espigas maduras ha llevado el germen?... Una vez más se ha cumplido magníficamente la palabra del divino Segador: *«En verdad les digo que, si el grano de trigo, caído en tierra, no muere, permanece solo; pero si muere, LLEVA MUCHO FRUTO...»*

Unos Ángeles, aquella noche, en la sombra descendieron,
para buscar a una hermana y llevarla a los Cielos;
sobre sus alas de azur, gozosos, la arrebataron,
y el Niño Dios, Jesús, acudía delante de ellos.

Unas Vírgenes estaban allí, para hacer su conquista,
y el ardor del triunfo en sus ojos estallaba;
todas la miraban con aire de fiesta,
¡la Virgen Inmaculada también le sonreía!...

Y, rotos sus lazos, apareció en medio de ellas
Teresa, bella y joven, de mirada inflamada;
sola, tenía la frente adornada de flores nuevas,
más brillantes que el alba en los primeros días de mayo.

Esta esposa escogida, alma pura y serena,

ya colmada de días, iba a buscar en el Cielo,
en el Cielo impaciente por proclamarla reina,
de su ardiente amor el salario eterno...

* * *

*Bella ROSA DESHOJADA antaño sobre la tierra,
corremos al olor de tus perfumes tan dulces.
Tú que comprendiste el Amor, danos tu luz,
jarroja aún desde Allá Arriba tus pétalos sobre nosotros!*

[1.](#) Dom Guéranger.

[2.](#) Era la Reverenda Madre María de Gonzaga. Había reconocido en su novicia «un alma extraordinaria, ya santa, y capaz de llegar a ser más tarde una Priora de élite». Por eso le dio esa educación religiosa tan viril de la que Teresa se aprovechó tan bien y por la cual se mostró tan filialmente agradecida, como lo dice en la *Historia de su alma*. Fue en sus manos donde Sor Teresa del Niño Jesús dio el último suspiro, «feliz, decía ella, de no tener en ese momento por Superiora a su Madrecita, para poder ejercitar más su espíritu de fe en la autoridad.» La Madre María de Gonzaga murió el 17 de diciembre de 1904, asistida por la Reverenda Madre Inés de Jesús, entonces Priora. Tenía 71 años de edad.

[3.](#) Jb 13, 15.

[4.](#) Jn 3, 34.

[5.](#) Ct 2, 9.

[6.](#) Ap 10, 6.

[7.](#) Pr 19, 11.

[8.](#) Mt 25, 40.

[9.](#) Sb 6, 7.

[10.](#) Sal 75, 9.

[11.](#) N. del E.: el versículo dice entero, en la Vulgata, «cuando Dios se levantó para el juicio, para salvar a todos los mansos de la tierra» (Sal 75, 10). Teresa subraya la misericordia sin negar el juicio, que revelará que el amor de Dios es más fuerte que

la muerte (CEC 1040).

[12](#). Sal 17, 5.

[13](#). Sal 22, 4.

Acto de ofrenda de mí misma como víctima de holocausto al Amor misericordioso del buen Dios

*Este escrito fue hallado, después de la muerte de sor Teresa del Niño
Jesús, en el libro de los santos Evangelios que ella llevaba día y noche
sobre su corazón.*

Oh Dios mío, Trinidad bienaventurada, deseo amarte y hacerte amar, trabajar en la glorificación de la santa Iglesia, salvando a las almas que están en la tierra y librando a las que sufren en el Purgatorio. Deseo cumplir perfectamente Tu voluntad y llegar al grado de gloria que me has preparado en Tu reino; en una palabra, deseo ser santa, pero siento mi impotencia, y Te pido, oh Dios mío, que Tú mismo seas mi santidad.

Puesto que me has amado hasta darme a Tu Hijo único para ser mi Salvador y mi Esposo, los tesoros infinitos de Sus méritos son míos; con gozo Te los ofrezco, suplicándote que no me mires sino a través de la Faz de Jesús y en Su Corazón ardiente de amor.

Te ofrezco también todos los méritos de los Santos que están en el cielo y en la tierra, sus actos de amor y los de los santos Ángeles; por último, Te ofrezco, oh Trinidad bienaventurada, el amor y los méritos de la Santísima Virgen, mi Madre querida; a ella abandono mi ofrenda, rogándole que Te la presente.

Su divino Hijo, mi Esposo amado, en los días de Su vida mortal, nos dijo: *«Todo lo que pidan a mi Padre en mi nombre, Él se lo dará»*. (Jn 16, 23.) Estoy, pues, cierta de que escucharás mis deseos... Lo sé, oh Dios mío, *cuanto más quieres dar, más haces desear*.

Siento en mi corazón deseos inmensos, y con confianza Te pido que vengas a tomar posesión de mi alma. ¡Ah! No puedo recibir la santa comunión tan a menudo como lo deseo; pero, Señor, ¿no eres Tú Todopo-

deroso? Permanece en mí como en el Tabernáculo, no Te alejes jamás de Tu pequeña hostia.¹

Quisiera consolarte de la ingratitud de los malos, y Te suplico que me quites la libertad de desagradarte.² Si por debilidad caigo alguna vez, que enseguida Tu divina mirada purifique mi alma, consumiendo todas mis imperfecciones, como el fuego que transforma todas las cosas en sí mismo.

Te doy gracias, oh Dios mío, por todas las gracias que me has concedido: en particular por haberme hecho pasar por el crisol del sufrimiento. Con gozo Te contemplaré en el último día, llevando el cetro de la cruz; puesto que Te has dignado darme en suerte esta cruz tan preciosa, espero parecerme a Ti en el cielo y ver brillar sobre mi cuerpo glorificado los sagrados estigmas de Tu pasión.

Después del destierro de la tierra, espero ir a gozar de Ti en la patria; pero no quiero acumular méritos para el cielo, quiero trabajar por Tu solo amor, con el único fin de agradarte, de consolar Tu Corazón sagrado y de salvar almas que Te amarán eternamente.

Al atardecer de esta vida, me presentaré ante Ti con las manos vacías; porque no Te pido, Señor, que cuentes mis obras... *¡Todas nuestras Justicias tienen manchas a Tus ojos!* Quiero, pues, revestirme de Tu propia Justicia, y recibir de Tu amor la posesión eterna de Ti mismo. ¡No quiero otro trono ni otra corona que a Ti, oh Amado mío!

A Tus ojos, el tiempo no es nada; *un solo día es como mil años*³. Puedes, pues, en un instante prepararme para comparecer ante Ti.

* * *

Para vivir en un acto de perfecto amor, ME OFREZCO COMO VÍCTIMA DE HOLOCAUSTO A TU AMOR MISERICORDIOSO, suplicándote que me consumas sin cesar, dejando desbordar en mi alma las olas de ternura infinita que están encerradas en Ti, y que así llegue yo a ser mártir de Tu amor, ¡oh Dios mío!

¡Que este martirio, después de haberme preparado para comparecer ante Ti, me haga por fin morir, y que mi alma se lance sin demora al eterno abrazo de Tu amor misericordioso!

¡Quiero, oh Amado mío, a cada latido de mi corazón, renovarte esta ofrenda un número infinito de veces, hasta que, *habiéndose desvanecido las sombras*⁴, pueda repetirte mi amor en un cara a cara eterno!...

MARÍA-FRANCISCA-TERESA DEL NIÑO JESÚS Y DE LA SANTÍSSIMA TRINIDAD,
rel. carm. ind.

Fiesta de la Santísima Trinidad, 9 de junio,
del año de gracia 1895.

1. N. del E.: es un deseo amoroso, no una afirmación doctrinal. La presencia eucarística de Cristo dura mientras subsisten las especies consagradas (CEC 1377); entre una comunión y otra, Dios habita en el alma en gracia (Jn 14, 23; CEC 260).

2. N. del E.: pide la gracia de no ofender nunca a Dios, no la pérdida del libre albedrío: la gracia no se opone a la libertad, y cuanto más dócil es el alma a ella, más libre se hace (CEC 1742).

3. Sal 89, 4.

4. Ct 4, 6.

Consagración a la Santa Faz

(Compuesta para el noviciado.)

¡Oh Faz adorable de Jesús! Puesto que Te has dignado elegir particularmente nuestras almas para entregarte a ellas, venimos a consagrártelas.

Nos parece, oh Jesús, oírte decirnos: «*Ábranme, hermanas mías, esposas mías amadas, porque mi Faz está cubierta de rocío, y mis cabellos están húmedos de las gotas de la noche*»¹. Nuestras almas comprenden Tu lenguaje de amor; queremos enjugar Tu dulce Rostro y consolarte del olvido de los malos. A sus ojos, Tú sigues estando «*como escondido...* ¡*Te consideran un objeto de desprecio!*»².

Oh Rostro más hermoso que los lirios y las rosas de la primavera, ¡no estás escondido a nuestros ojos! Las lágrimas que velan Tu divina mirada se nos aparecen como diamantes preciosos que queremos recoger, para comprar, con su valor infinito, las almas de nuestros hermanos.

De Tu boca adorada hemos oído la queja amorosa. Comprendiendo que la sed que Te consume es una sed de amor, quisiéramos, para saciar Tu sed, ¡poseer un amor infinito!

¡Esposo amado de nuestras almas! Si tuviéramos el amor de todos los corazones, ese amor sería Tuyo... Pues bien, danos ese amor, y ven a saciar Tu sed en Tus pequeñas esposas.

¡Almas, Señor, necesitamos almas! sobre todo almas de apóstoles y de mártires; para que, por medio de ellas, abrasemos en Tu amor a la multitud de los pobres pecadores.

Oh Faz adorable, ¡sabremos obtener de Ti esta gracia! Olvidando nuestro destierro, *a orillas de los ríos de Babilonia*, cantaremos a Tus oídos las melodías más dulces. Puesto que Tú eres la verdadera, la única

patria de nuestras almas, *nuestros cánticos no serán cantados en tierra extranjera*³.

¡Oh Faz querida de Jesús! mientras esperamos el día eterno, en que contemplaremos Tu gloria infinita, nuestro único deseo es cautivar Tus ojos divinos, ocultando también nuestro rostro, para que aquí abajo nadie pueda reconocernos... Tu mirada velada, ¡ese es nuestro cielo, oh Jesús!

¹. Ct 5, 2.

². Is 53, 3.

³. Sal 136, 4.